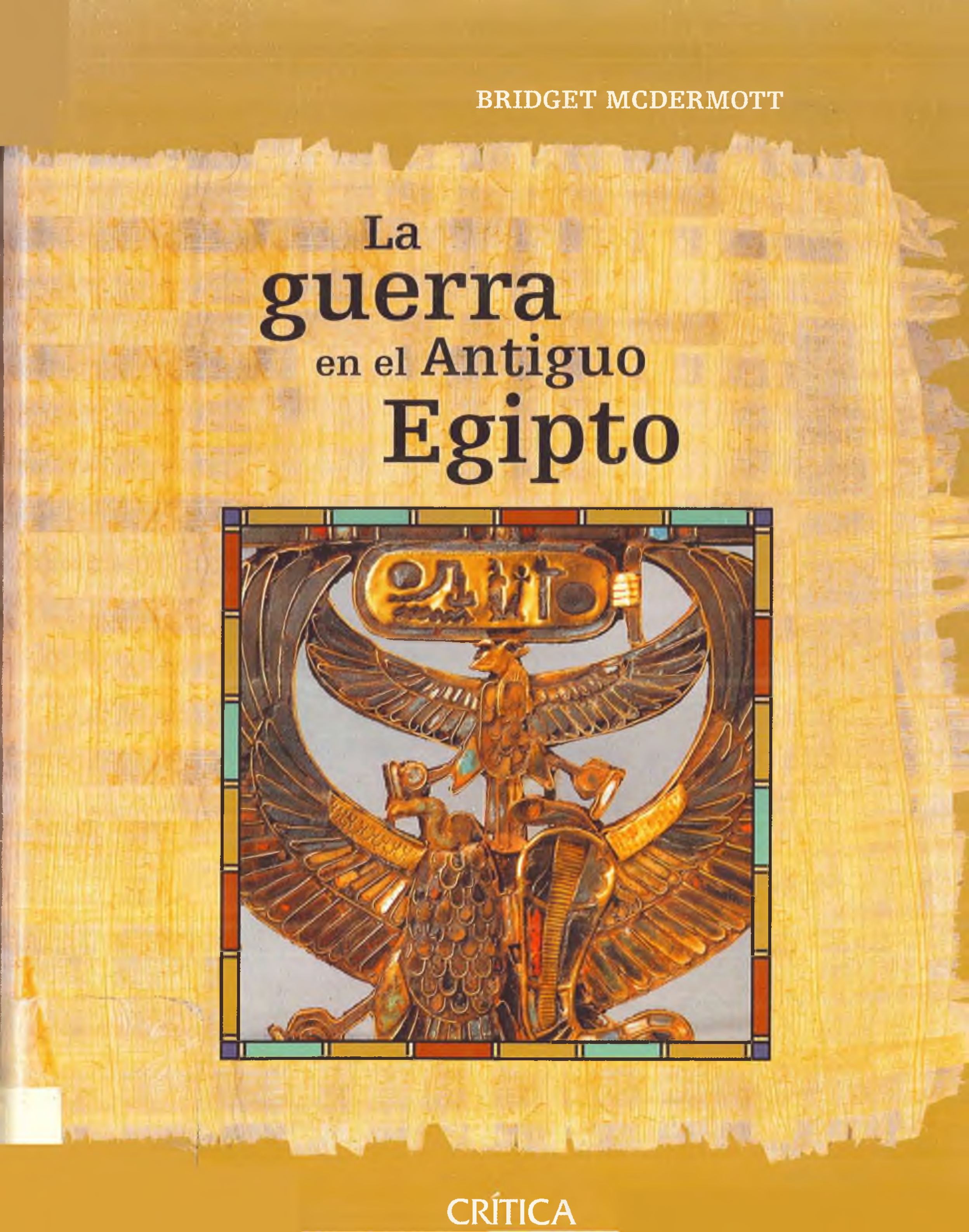
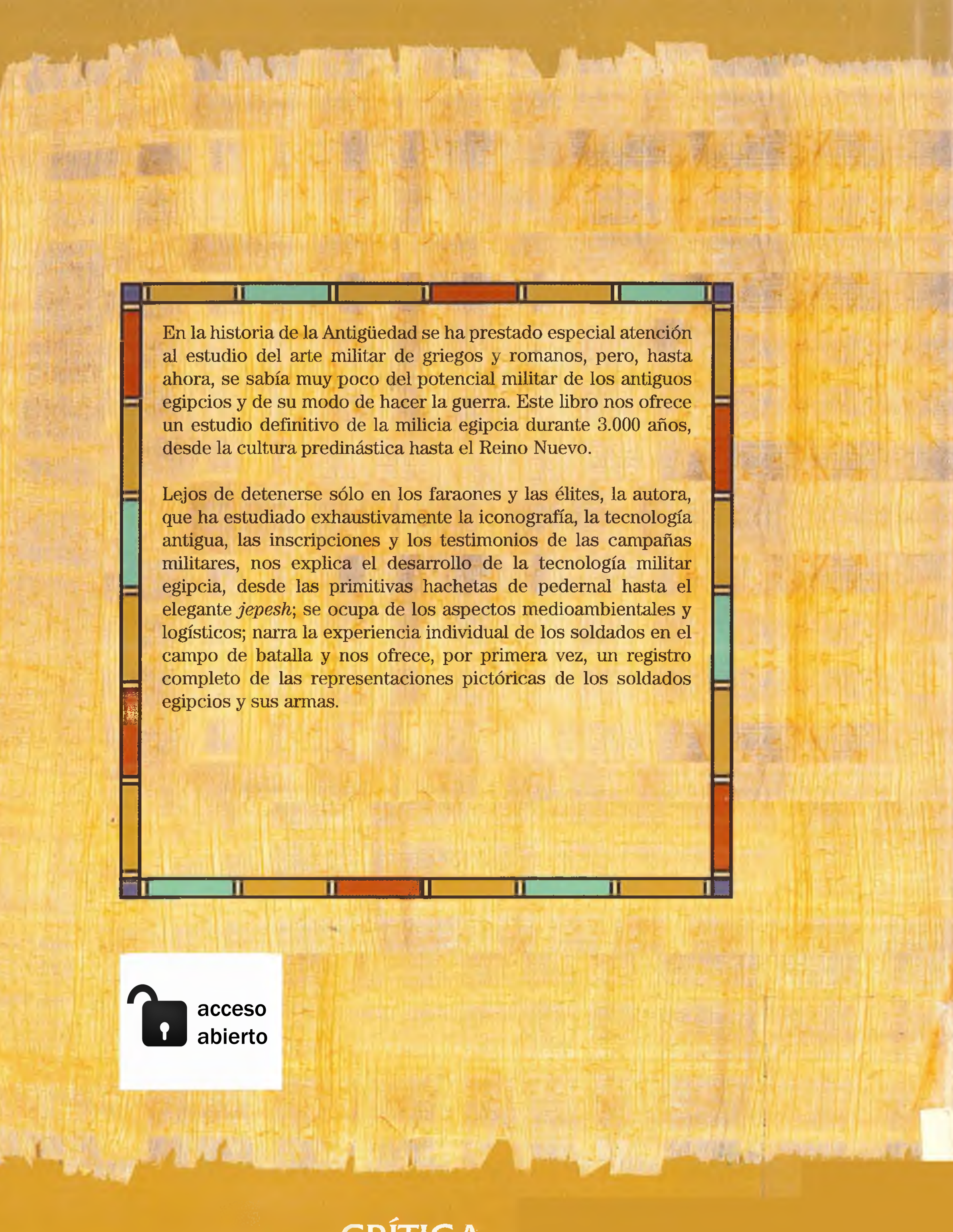

BRIDGET MCDERMOTT

La guerra en el Antiguo Egipto

CRÍTICA



En la historia de la Antigüedad se ha prestado especial atención al estudio del arte militar de griegos y romanos, pero, hasta ahora, se sabía muy poco del potencial militar de los antiguos egipcios y de su modo de hacer la guerra. Este libro nos ofrece un estudio definitivo de la milicia egipcia durante 3.000 años, desde la cultura predinástica hasta el Reino Nuevo.

Lejos de detenerse sólo en los faraones y las élites, la autora, que ha estudiado exhaustivamente la iconografía, la tecnología antigua, las inscripciones y los testimonios de las campañas militares, nos explica el desarrollo de la tecnología militar egipcia, desde las primitivas hachetas de pedernal hasta el elegante *jepesh*; se ocupa de los aspectos medioambientales y logísticos; narra la experiencia individual de los soldados en el campo de batalla y nos ofrece, por primera vez, un registro completo de las representaciones pictóricas de los soldados egipcios y sus armas.

CRÍTICA

Bridget McDermott, fascinada por la cultura y la historia de Egipto desde su niñez, obtuvo su primera licenciatura en Egiptología en la Universidad de Liverpool y su doctorado sobre la milicia egipcia en la Universidad de Manchester.
Es autora de la obra *Decoding Hieroglyphs*, que fue merecedora del premio anual Longman-History Today New Generation Historical Book.

Bridget McDermott

LA GUERRA EN EL ANTIGUO EGIPTO

Traducción castellana de
Cecilia Belza


CRÍTICA
Barcelona

Título original:
WARFARE IN ANCIENT EGYPT

Realización: Átona, SL
Ilustración de la cubierta: detalle de un pectoral incrustado en oro perteneciente a Rameses II, procedente de las excavaciones de Mariette en el Serapeum.

Revisión técnica: MARC ORRIOLS

CRÍTICA, S.L. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es
ISBN: 84-8432-727-2
Depósito legal: B-2054-2006
Impreso en España
2006. – Hurope, Lima 3 bis, Barcelona

Para Stephen y Delphi,
en memoria de William M. Hicks



AGRADECIMIENTOS



Quiero expresar mi agradecimiento a Abdullah Abdullah, a Mohamed Hasan Ali y a todo el equipo del Servicio de Antigüedades de Luxor; a Elham Aly, del Museo Egipcio de El Cairo; a la Dra. Sue d'Auria, del Museo de Bellas Artes de Boston; a la Dra. Catherine Bridonneau, del Museo del Louvre de París; a Carolyn Graves-Brown, de la Universidad de Gales en Swansea; a la profesora Betsy Bryan y a Vivian Davies, del Museo Británico de Londres; a la Dra. Anna Maria Donadoni Roveri, del Museo Delle Antichità Egizie; al Dr. Willem M. van Haarlem, del Museo Allard Pierson de Ámsterdam; a la sra. Rosalind y al profesor Jac Janssen; al Dr. Luc Limme y a Donald Lowle, de la Universidad de Liverpool; a Francesco Nicosia, del Museo Egipcio de Florencia; al Dr. John Nunn; a David Orman y al personal de la Biblioteca John Rylands, de Manchester; e igualmente a las plantillas de las bibliotecas Sydney Jones y Arqueológica de la Universidad de Liverpool, así como a la British Library de Londres.

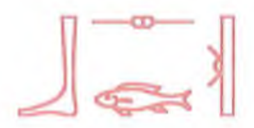
Además deseo manifestar mi gratitud para con el Dr. William Peck y Gabriele Pieke, del Pelizaeus-Museum de Hildesheim; el Dr. J. Raven, del Rijksmuseum, y la Dra. Catherine Roehrig, del Museo Metropolitano de Bellas Artes de Nueva York; la Dra. Bettina Schmitz, del mismo Pelizaeus-Museum; y los doctores Ian Shaw, Christopher Eyre y Stephen Snape, de la Universidad de Liverpool. Estoy también en deuda con John Taylor, del Museo Británico; John Waller, del Royal Armouries Museum de Leeds; Claire Warrior, del Pitt-Rivers de Oxford; y Pat Winker, del Departamento de Estudios Orientales de la Universidad de Liverpool.

Por la ayuda prestada con las becas de investigación, quiero dar asimismo las gracias a Richard S. Harwood, a David Pepper y a la Fundación para el Estudio de Amarna, a las becas de desplazamiento Allgrove McDowell y los premios «Travel Scholarship» de la Universidad de Manchester. Quiero dejar constancia de mi especial gratitud hacia la profesora A. R. David, por la constante ayuda y el ánimo con que ha favorecido la búsqueda de materiales para el presente libro.

En un ámbito más personal, muchas gracias a Nadine Balicki, David Beaumont, Jamie Bentham y al Dr. Stephen Buckley, de la Universidad de Bristol; a Alison Chester, a Paul, a Poppy y a Tom. Gracias, como siempre, a la Dra. Joann Fletcher, del Colegio Universitario de Londres, y a toda la familia Fletcher: Gary, Susan y Kate. Gracias a Joyce Filer, del Museo Británico, y a Sami Adib Gindi, por la asistencia prestada en Jartum. También deseo expresar mi agradecimiento al profesor Ken Kitchen, de la Universidad de Liverpool, y al llorado Alan Schulman. Gracias a John Hill, Jonathan Hunt, W. Kendrick, Angie y Pat Mondino, Mo Plume, Michael Preston, Jason Semmens y Fiona Jane Wilson. También han contribuido a la redacción de este libro, y me siento en deuda con ellos, Stephen Jobling y Barbara McDermott.

INTRODUCCIÓN





Hoy en día, en el análisis de la historia militar de la Antigüedad ocupa una posición preponderante el estudio del arte militar de los griegos. Sin embargo, y pese a la general desatención, la historia militar egipcia también puede ofrecer a los estudiosos y al público interesado una información única, rica y diversa acerca de los conflictos bélicos de la época antigua. Durante tres mil años —desde la cultura predinástica (3200 a. C.) y pasando por la supremacía totalitaria del Reino Nuevo (1552-1069 a. C.)— se puede seguir de forma sistemática, gracias a la imaginería militar, el desarrollo ininterrumpido de armas de ataque y defensa. Por otro lado, los vestigios arqueológicos nos permiten seguir el desarrollo de la cultura armamentística egipcia, desde la fabricación de hachas de sílex, varas y bastones de madera, y porras de piedra, hasta la introducción del arco compuesto y el uso de armas tan complejas y elegantes como el *jepesh*, la espada larga y los venablos y jabalinas. Aparte de las cuestiones puramente militares, este libro también plantea una perspectiva antropológica única en su campo, puesto que atiende a la importancia de los factores medioambientales y logísticos, que movieron a los diversos grupos de varones a trabajar o luchar en unidades organizadas y a actuar bajo las órdenes de mandos electos. Asimismo nos proponemos demostrar que algunos elementos de los rituales y despliegues militares pervivieron más allá del período arcaico y se pueden observar igualmente en época del Reino Nuevo.* Algunos de esos elementos aún pueden verse en el Egipto moderno, por ejemplo en los combates de bastones y la ornamentación militar; otros no son difíciles de identificar entre las muestras de agresividad de las tribus del África moderna.

Mientras que la evolución militar de Grecia quedó plasmada en la poesía épica y otras obras literarias, los egipcios se valieron ante todo, para dar mayor relieve a su desarrollo, de otras formas artísticas, del mito y de la realeza. Esto no significa que los egipcios evitaran las referencias literarias; al contrario, celebraron su poderío militar mediante prolíficas series de testimonios no solo plásticos, sino también escritos. Si

* En la presente traducción se utiliza el término de «Reino» (Antiguo, Medio y Nuevo), en lugar del más frecuente, pero en su conjunto más inexacto, de «Imperio». (*N. de la t.*)

bien admiraban el arrojo individual y lo recompensaban, no hay ninguna prueba de que fomentaran la idea del honor mediante obras literarias de corte romántico o textos sapienciales. Los egipcios asentaron el orden público (la seguridad nacional) gracias a la habilidad personal del gobernante; por ello, el Estado perpetuó enormes imágenes bélicas por medio, sobre todo, de la iconografía regia. En ellas se representaba también al soldado raso, pero fundamentalmente para poder exhibir las armas y para que simbolizara el poderío de Egipto en tanto que fortaleza unitaria. En efecto, el individualismo, o los actos de heroicidad individual, se consideraban improductivos; y mientras que se recompensaba la bravura con tierras y bienes materiales, el papel de los soldados no fue nunca celebrado o distinguido de forma abierta en las manifestaciones artísticas. Sin embargo, un examen minucioso de las numerosas y diversas formas en las que aparecen representados los soldados y sus armas nos proveerá de un rico y nutrido cúmulo de informaciones; aunque en ellas predomina, por descontado, la función de las armas en la guerra.

La tecnología militar del antiguo Egipto se ha visto sometida a diversos métodos de análisis, entre los que se cuenta el estudio de las heridas producidas en el campo de batalla. En épocas anteriores, los estudiosos se centraron en buscar correlaciones entre los anales bélicos y los sitios destruidos durante la tardía Edad del Bronce. En cambio, actualmente se tiende a examinar la faceta política de la guerra antigua, así como los resultados y las compensaciones que conllevaba para el Estado y la economía. En cualquier caso, todavía no se ha emprendido ningún estudio a fondo acerca de la experiencia individual de la batalla; y brilla por su ausencia el estudio del soldado y el lugar que le correspondía en el seno de las estructuras sociales y religiosas de la comunidad egipcia. Nuestro actual conocimiento de la tecnología militar del antiguo Egipto se basa en las pruebas extraídas de representaciones iconográficas estatales, la tecnología antigua, las inscripciones y los testimonios tardíos de las campañas militares. Algunos investigadores han tratado de analizar la función de las armas correspondientes a cada una de las clases, mientras que otros han establecido comparaciones con las armas y herramientas halladas en excavaciones de otras zonas del Próximo Oriente. La mayoría de estudios dedicados a las armas suelen analizarlas solo con respecto a su función en tanto que posesiones de la élite. En definitiva, es muy infrecuente que se establezca e investigue la relación existente entre el soldado, sus armas de ataque y protección, y su importancia iconográfica. Hasta ahora, por ejemplo, nadie se ha planteado con rigor de qué forma manejaban y transportaban los soldados sus armas.

El soldado común ha caído con frecuencia en el olvido de los estudios de historia política, estrategia militar y topografía y etnografía del antiguo Próximo Oriente. La tarea resulta aún más penosa porque los vestigios que nos informan de la realidad del antiguo ejército egipcio están plagados de propaganda regia y religiosa, pero en cambio escasean los datos sobre el soldado raso. Aunque por lo general se cree que no existió

un ejército profesional hasta la época del Reino Nuevo (1552 a. C.), es la intención de este libro probar que se ha subestimado seriamente la competencia del aparato bélico egipcio previo a ese período. Al descuidar la función de los soldados, se omite igualmente el componente básico de aquel sistema militar. Lo que es peor: si no se toma en cuenta el papel y la función del armamento, el historiador prescinde de un elemento fundamental en los combates. El enfrentamiento militar es connatural al comportamiento humano. Afecta a la sociedad en su conjunto y define los límites geográficos, políticos y económicos. Un análisis de la estructura política de la guerra que desatienda la función individual de los hombres que lucharon en ella solamente nos estará enseñando la mitad del cuadro. Con este libro no solo me propongo restaurar el equilibrio, sino que además quiero presentar nuevos materiales y con ello ampliar las perspectivas de los estudios militares del antiguo Egipto.

Este trabajo ofrece a la luz pública —por primera vez, según entiendo— un registro exhaustivo de las representaciones pictóricas de soldados egipcios y sus armas. Con ello se busca, por un lado, plantear un desafío al academicismo que ha confinado sus estudios militares a los rangos de la élite; y por el otro, establecer un marco cronológico que refleje la evolución de los soldados de a pie y sus armas habituales. Investigaremos la representación artística de los soldados, sus armas y sus corazas desde el Período Predinástico hasta la Dinastía XX, puesto que a partir de entonces desciende notablemente el número de los relieves de tema militar (descubiertos hasta la fecha). También ofrecemos un estudio detallado sobre el proceso de fabricación de las armas, así como de la adaptación —extraordinariamente precisa— de los antiguos egipcios a las tecnologías aportadas por sus enemigos. Aquí encontrará el lector un pormenorizado examen de las armas del soldado de a pie, y de cómo el Estado, o sus funcionarios, describieron a los rangos inferiores de la milicia. Daremos cuenta de las formas en que el soldado usaba, marcaba y llevaba sus armas; y en la medida de lo posible, trataremos de interpretar su comportamiento en el campo de batalla y determinar los propósitos de las representaciones militares.

Los egipcios no realizaron representaciones exactas de su arte y su técnica militar. En lo que atañe a la descripción del soldado raso, es evidente que se buscaba, ante todo, exhibir las panoplias; esta meta es la que explica que los hombres aparezcan muy bien equipados, y en ocasiones, con una tan acabada selección de armas de corto y largo alcance que resultaría ciertamente difícil de acarrear. No obstante, este análisis iconográfico nos permitirá obtener una información completa, puesto que la representación suele ser muy minuciosa y prestar gran atención sobre los detalles; así lo manifiesta la comparación de las imágenes con los vestigios arqueológicos. Las escenas militares que examinamos más adelante se han catalogado en fases específicas. Salvo raras excepciones, la historia de los testimonios militares se integra en las etapas principales de la historia egipcia; en su mayoría, los llamados «Períodos Intermedios» es-

tán muy pobremente documentados. Por otro lado, los egipcios usaron las mismas imágenes durante períodos de tiempo muy prolongados. De hecho, las imágenes culturales —o los temas que reflejan la identidad nacional, y en especial aquellos que poseen tradiciones o connotaciones militares— han sido adoptadas por un gran número de culturas diferentes, tanto antiguas como modernas, que comparten convenciones, símbolos y motivos semejantes. El estudio moderno de estas imágenes ha puesto de relieve varias cuestiones. Para contribuir a este fin, en muchas ocasiones he considerado las armas y la imaginería militar en el contexto de las prácticas sociales y religiosas de sociedades africanas comparables, que compartieron un entorno ambiental equiparable al de los antiguos egipcios. Me refiero sobre todo a las tribus nuer, dinka y masai; esta última, en particular, revela similitudes muy sorprendentes en los campos del vestido, las armas y las prácticas militares.

Este libro quiere ofrecer una descripción definitiva de la milicia egipcia, válida tanto para un lector general como para el historiador militar. Recorre todo el proceso de crecimiento cultural y político del sistema estatal egipcio y pretende explicar el modo en que una sociedad primitiva pudo evolucionar hacia una ciudad-estado, manteniendo la seguridad de sus fronteras y adquiriendo una fuerza y una tecnología que le posibilitaron resistir a la ocupación extranjera durante períodos muy largos. Por último, el libro analiza tanto la función imperial de Egipto en el Próximo Oriente como la política de los faraones guerreros del Reino Nuevo, quienes, hacia el año 1352 a. C., habían llegado a ser los gobernantes supremos del mundo entonces conocido.

I

LA GUERRA, DE LA PREHISTORIA AL REINO ANTIGUO



EGIPTO EN LA PREHISTORIA

Cuando el casquete polar ártico empezó a fundirse, las praderas del Norte de África quedaron inundadas y reducidas a regiones de pastos y oasis, aisladas entre sí; el agua potable comenzó a escasear. Los nómadas que se alimentaban de la caza que podían capturar en los bosques y las llanuras se vieron forzados a abandonar su estilo de vida, basado en la caza y la recolección. Podemos seguir la pista de estos pueblos nómadas desde el 300.000 a. C., aproximadamente (esto es, desde la era del Paleolítico Inferior), una época de la que sabemos con certeza que en Egipto se desarrolló una industria de herramientas de piedra. Los sílex paleolíticos de la zona revelan el uso de hojas de hacha como herramientas y armas, mientras que el arte rupestre nos muestra que incluso los antílopes y los elefantes eran considerados objetos de caza. Cuando la vida fue trasladándose al valle del Nilo, los antiguos pueblos cazadores se comenzaron a adaptar a la producción de cereales. Durante esta época, el valle del Nilo fue un gran pantano repleto de vida: era el hogar de una fauna muy diversa, en la que no faltaban los peces, los hipopótamos, los cocodrilos, las ovejas ni la caza menor del desierto. Todas estas criaturas aparecen representadas sobre objetos del primitivo arte egipcio.

La región del valle del Nilo era idónea para la agricultura, puesto que la tierra demostró ser extraordinariamente fértil. Los egipcios establecieron un sistema de regadío que conducía el rico fango aluvial del Nilo hasta los campos. Cada año, a mediados de julio, el río se desbordaba e inundaba las tierras; a ello seguían abundantes cosechas. La regularidad de las inundaciones reportó a muchas comunidades la posibilidad de ser autosuficientes, de modo que los pueblos ya no se vieron obligados por más tiempo a vagar por las llanuras en busca de comida. El ciclo anual de la siembra de cereales, las inundaciones y las cosechas introdujo ritmos concretos en las vidas de los pueblos, que a su vez favorecieron el establecimiento de períodos de tiempo libre, durante los cuales surgieron nuevos conceptos culturales. Se domesticó a los animales y se desarrolló el sistema de trueque comercial. Se emprendió el regadío de las tierras a gran escala y se hizo necesaria la cooperación entre comunidades. Conforme aumentaba la pobla-

ción, se designaron jefes de grupo y se estableció el concepto de jerarquía; los asentamientos crecieron hasta constituir comunidades extensas, que rendían culto a los dioses locales, cuyas características se reflejaban en los tótems o los estandartes. Cuando la adquisición de la tierra cobró más importancia y los diversos jefes empezaron a competir entre sí por el poder, los políticos buscaron con más anhelo la agresión armada que la producción ganadera.

LA GUERRA PRIMITIVA

La batalla más antigua de la que tenemos noticia, en lo que atañe al Próximo Oriente, tuvo lugar en Dyebel Sahaba. Este emplazamiento, situado al norte del Uadi Halfa egipcio, se descubrió en 1962. Se sabe que aquí se produjo una masacre en la Edad de Piedra, hacia 10.000 a. C. La excavación del cementerio sacó a la luz los esqueletos de cincuenta y dos hombres, mujeres y niños, cuyos restos se han datado, mediante la técnica del carbono, en época del Pleistoceno tardío. Las tumbas del período Qadan consisten en hoyos ovales poco profundos, cubiertos de rocas y decorados con cuernos de reses. Los arqueólogos descubrieron restos de puntas de flecha en más del 40 por 100 de las fosas, y algunas de las astillas se encontraron incrustadas en los huesos; es probable que las muertes se debieran a una multiplicidad de heridas. Este suceso parece contradecir de forma clara la creencia ampliamente sostenida según la cual los grupos de cazadores y recolectores eran en su mayoría pasivos, de modo que solo había accesos de violencia en épocas de inestabilidad climática y expansión territorial. También es evidente, por otro lado, que fue el hombre primitivo el primero en emplear armas de largo alcance: el arco y las flechas. Entre las tribus nómadas, así como en los asentamientos primitivos, los hombres utilizaron armas para cazar y dar muerte a otros miembros de la comunidad. De forma paralela al desarrollo de estas comunidades, a las migraciones y a los asentamientos, hubo bandas organizadas de guerreros que hacían la guerra y atacaban a otras comunidades menores.

Los pueblos primitivos que vivían en grupos pequeños o aislados no competían por los bienes materiales, y sus recorridos migratorios por territorios abiertos no espoleaban a los guerreros para luchar con los de otros pueblos. Los estudios antropológicos indican, sin embargo, que en las comunidades primitivas todos los varones eran considerados guerreros potenciales. Las escaramuzas tribales tenían por objeto conseguir mujeres y ganado para los hombres, y a cambio se esperaba de los guerreros que protegieran esos bienes frente a las otras tribus. Son innumerables los estudios realizados sobre esas guerras; en el presente libro centraremos la atención sobre los principales conceptos de la guerra africana, a saber: que el hombre nacía siendo guerrero, que luchaba por el prestigio y actuaba como guardián de su comunidad.

En nuestro intento de analizar los estadios primitivos de la guerra egipcia, hemos examinado estudios antropológicos de la guerra tribal que muestran paralelismos con los dedicados a las culturas ganaderas de África. Las primeras representaciones del período arcaico —al igual que ocurre, de hecho, con cualesquiera representaciones artísticas de los períodos posteriores de la historia del antiguo Egipto— ilustran temas que nos permiten entrever una cultura cuya identidad colectiva estaba profundamente influenciada por la cría de ganado. Sin embargo, cuando las comunidades de caza y recolección empezaron a asentarse con sistemas de vida agrícolas, la ocupación permanente dio origen a unos fuertes vínculos territoriales; así, además del ganado, la tribu buscó establecer su derecho sobre la tierra. Las sociedades fueron reuniéndose en pueblos, y se dio comienzo al proceso de urbanización. La tribu —que dejó de ser una cultura predominantemente guerrera— designaba tanto a los jefes como a los «diplomáticos» que se ocuparían del comercio. Los nuevos recursos permitieron una exhibición de la riqueza y la construcción de tumbas complejas, rasgos característicos, uno y otro, de las sociedades emergentes. No obstante, el pasado más violento seguía encontrando vías de manifestación: durante la formación de los primeros estados, los sacrificios de sangre y el canibalismo se convirtieron, con frecuencia, en una costumbre.

EL PERÍODO ARCAICO

Los pobladores de los primeros asentamientos egipcios tomaron como oficio el de granjero, artesano o funcionario. Ya en fecha temprana se desarrolló el calendario y se creó un sistema fiscal. Con el progreso de la escritura, la historia comenzaba a tomar forma; aun así, el período arcaico es la etapa infantil de la escritura, que no alcanzó su estadio clásico hasta el Reino Medio. Manetón, sacerdote egipcio del siglo III a. C., dividió la historia egipcia en treinta y una dinastías, la primera de las cuales estuvo marcada por el reinado faraónico. Los egiptólogos todavía emplean este sistema. Las dos primeras dinastías pertenecen al «Período Tinita» —llamado así por la ciudad de Tinis, sita en el Alto Egipto—. Durante las primeras fases de este período, los egipcios extendieron sus fronteras y se enzarzaron en guerras con los pueblos vecinos del sur y el oeste.

LA UNIFICACIÓN DE EGIPTO

Hacia 3200 a. C. se produjo en Egipto un cambio decisivo: las dos regiones principales del país, la septentrional y la meridional, quedaron unificadas bajo un único gobernante. Fue una época en la que se lograron grandes progresos en la vida cultural, política y militar. Los egipcios empezaron a encargar monumentos arquitectónicos; sus





Figura 2. Pintura mural de la Tumba 100, en Hieracómpolis. Esta arcaica representación muestra imágenes que se convirtieron en iconos característicos de la posterior historia egipcia; en particular, el combate de dos varones armados con bastones y escudos, y el de un caudillo que revienta con una maza el cráneo de los prisioneros atados. *(Bridget McDermott-Museo y Galería de Arte de la Ciudad de Glasgow.)*

monarcas fueron enterrados en tumbas de gran complejidad, las *mastabas*. Estos avances, conseguidos en un período relativamente corto, han llevado a los egiptólogos a conjeturar que la unificación de Egipto fue el resultado de una invasión por parte de pueblos aún sin identificar.

Encontraremos temas militares tanto en las imágenes grabadas en un objeto predinástico denominado habitualmente «cuchillo de Dyebel el-Arak» (fig. 1), como en una pintura mural de la Tumba 100 (fig. 2) de Hieracómpolis; sin embargo, la evidente influencia mesopotámica hizo creer en un principio a los historiadores que se estaba retratando a extranjeros. (En la actualidad, los egiptólogos tienden a no tomar en

Figura 1 (página anterior). En el asa de marfil del cuchillo de Dyebel el-Arak se muestra a soldados con la cabeza afeitada, que llegan en barco y combaten con los guerreros locales. Están armados con mazas y porras o bastones. *(Joann Fletcher-Museo del Louvre, París.)*

Figura 3. Cabeza de la «maza de Escorpión», de Hieracómpolis. Se trata de una excelente muestra de los grandes objetos ceremoniales que se hallan con frecuencia en depósitos de la cultura arcaica. Es probable que represente al rey Nármer, quien unificó el Alto y el Bajo Egipto. Los estandartes de la zona superior representan a los enemigos sojuzgados por el rey. *(Bridget McDermott-Ashmolean Museum de Oxford.)*



Figura 4 a. Detalle de la Tumba 100 en Hieracómpolis que muestra al caudillo reventando las cabezas de los prisioneros encadenados. (véase la parte inferior izquierda de la fig. 4 *b*.)



Figura 4 b. Este detalle de la Tumba 100 en Hieracómpolis muestra el momento en que los prisioneros son encadenados. Los dos guerreros del centro están armados con bastones curvos. *(Bridget McDermott.)*

consideración la idea de que la raza original, la de los «seguidores de Horus», no fuera egipcia.) La imaginería bélica grabada sobre algunos objetos arcaicos —concretamente sobre mazas (fig. 3), obras cerámicas y paletas— se inspiró, probablemente, en los disturbios civiles que estallaron mientras el norte y el sur luchaban por el dominio. Los animales grabados o pintados sobre estos objetos simbolizan el caos; como en el mundo de la naturaleza, los más fuertes agreden a los más débiles. Estos animales son siempre cuadrúpedos, mostrados en escenas alegóricas y turbulentas. Las embarcaciones también son un motivo recurrente en la cerámica; representan la llegada de foráneos que traen el desorden a los nomos. Son varios los iconos incluidos en estas primeras representaciones militares; uno muy llamativo muestra a una bestia exótica domesticada por un par de figuras humanas, una imagen que se complementa con la

de un jefe dominante que aparece en pose heroica, a punto de reventar el cráneo de unos prisioneros que permanecen encadenados (fig. 4).

LA ÉPOCA DE LAS PIRÁMIDES

Los nuevos gobernantes egipcios adoptaron el epíteto de «Señor de las dos tierras», un término que pervivió a lo largo de la historia de Egipto y que hace referencia a la unificación de sur y norte bajo un único rey. Cuando Egipto se convirtió en un lugar seguro, la administración de las tierras prosperó y el gobierno ejecutó con éxito iniciativas agrícolas como el desarrollo de las técnicas de regadío. La población floreció y las ciudades crecieron, creándose asentamientos permanentes a lo largo del Nilo. Los progresos en el cálculo y la escritura facilitaron la construcción de monumentos y la organización de los ejércitos.

Los enterramientos complejos y las inscripciones funerarias figuran entre los rasgos más importantes del Egipto del Reino Antiguo. El Reino Antiguo empieza con la



Figura 5. Esta espléndida lanza, hallada en la tumba de Hemaka, fue tallada a partir de un único colmillo de elefante. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Dinastía III y está dominado por una sucesión de faraones que centraron sus objetivos en la expansión geográfica y la adquisición de tesoros con los que financiar sus ricas tumbas. Egipto estaba experimentando un gran avance científico y técnico, y hacia la Dinastía IV el rey había establecido un sistema de comercio con los países vecinos. Los tres grandes reyes de esta dinastía —Jufu, Jafre y Menkaure (o Quéope, Quefrén y Micerino)— levantaron pirámides sobre la llanura de Guiza. A comienzos de la Dinastía V ascendió al trono Userkaf. Durante su reinado, el dios Sol ocupó un lugar preeminente en el país, y a partir de entonces los reyes adoptaron el título de «Hijo de Re».

De forma gradual, el poder fue pasando a las familias nobles. Estas construyeron tumbas magníficas en las proximidades de unas pirámides que habían adornado al más alto nivel. En la decoración mural del interior predominaban las escenas agrícolas: apenas se concedía importancia a las referencias militares. Hacia finales de la Dinastía V, el gobierno había quedado debilitado por estos nobles, que se arrogaron la función de nomarcas y se negaron a seguir rindiendo cuentas ante el rey.

La guerra organizada

Durante el período arcaico de Egipto (3300-3150 a. C.), una serie de «nomos» o ciudades empezó a crecer y comerciar en el valle del Nilo; las armas y la cerámica halladas en sepulturas de la época han permitido a los arqueólogos documentar la existencia de dos culturas separadas, la septentrional y la meridional. Los conflictos bélicos de este período arcaico fueron iniciados por comunidades urbanizadas y familiarizadas con la escritura. Los asaltos militares fueron registrados por escrito por orden de los gobernantes de la Dinastía I (3150-2925 a. C.): estas campañas se conmemoraron en dos inscripciones talladas sobre la roca en Dyebel Sheij Suleiman, al sur, en tanto que los gobernantes egipcios dirigían campañas en Asia, con el fin de asegurar sus fronteras. Diversos escritos hallados en objetos de las tumbas de la Dinastía II incluyen como epíteto real el de «conquistador de tierras extranjeras», lo que mueve a pensar que en la frontera, la actividad militar debía de ser un fenómeno habitual. Durante esta época, asimismo, hubo representaciones regulares de escenas de golpeo; se han encontrado, por ejemplo, entre los ajuares de las tumbas de los grandes funcionarios. Hemaka, un ministro del rey Den que capitaneó varias campañas asiáticas, fue enterrado con un magnífico despliegue de armas, entre las que había desde una lanza de marfil hasta cientos de flechas espléndidamente trabajadas (figs. 5, 22 y 23).

Sin embargo, el campo de batalla no era la única órbita propia del soldado y sus armas. A lo largo de la historia egipcia, el ejército prestó su apoyo a las expediciones mineras; hay evidencia de que esto fue así desde, por lo menos, la Dinastía III, cuando se

sabe que los soldados acompañaron al sur del Sinaí a grupos encargados de extraer cobre y turquesas. En época de la Dinastía IV se llegó a establecer de forma permanente un destacamento en Buhen, al sur de Egipto. Las representaciones artísticas del período se caracterizan por la presencia de temas marcadamente militares. El botín y los prisioneros enumerados en la paleta de Nármer, por ejemplo, testimonian la captura de 120.000 prisioneros así como de grandes cantidades de ganado y animales de cría. Además, los reyes de estos períodos iniciales adoptaron nombres que ponen de manifiesto la gran relevancia del guerrero-cazador; aparte de casos tan obvios como el del sobrenombre «Escorpión», se puede citar como ejemplo el caso de Aha, un guerrero cuyo apelativo significa justamente «luchador».

Durante el Reino Antiguo (2700-2190 a. C.) el sistema administrativo en Egipto se perfeccionó lo suficiente como para proteger sus fronteras, permitiendo que florecieran el comercio y la minería. Egipto ya había establecido un sistema de larga tradición en las relaciones exteriores, que le permitía comerciar y adquirir bienes materiales. Nunca se pintó un ejército permanente dentro del canon de la iconografía estatal; de ese período apenas han pervivido unos pocos relieves militares e inscripciones. Las pinturas murales de las grandes tumbas del Reino Antiguo están dominadas por imágenes relacionadas con la casa y la agricultura; y la guerra tampoco se conmemoraba por medio del arte monumental o arquitectónico. No obstante, sí nos han llegado algunos testimonios escritos de acontecimientos militares.

En el Reino Antiguo, Esnofru dirigió expediciones militares a Nubia, donde sofocó una revuelta y capturó prisioneros y ganado, una característica recurrente en el tópico del guerrero-cazador. El ejército de esta época estaba compuesto por un cuerpo organizado de hombres capitaneados por un comandante electo; pero además se contaba con la compañía de numerosos grupos de personal civil, entre el que probablemente hubo mujeres. Las campañas menores eran dirigidas por soldados especializados en esas expediciones, y conservamos testimonios de escaramuzas con pueblos nómadas. Por otro lado, las relaciones comerciales prosperaron especialmente a partir de la Dinastía IV, cuando Egipto desarrolló lazos con el Líbano y Siria. También durante el reinado de Esnofru se estableció en Egipto una flota naval. Los primeros contactos unieron al país con el Egeo, durante el reinado de Userkaf; según se cree, hubo expediciones a Biblos y Punt, además de comercio en la zona norte del Mediterráneo, por lo menos desde la Dinastía V.

Disponemos de dos importantes textos militares datados en el Reino Antiguo, integrados en las autobiografías de dos soldados, Herjuf y Uni. El soldado Uni, que sirvió en las huestes de Pepi I, describe las acciones bélicas precisas y sistemáticas: «Cuando Su Majestad emprendió la guerra contra las gentes del desierto, reunió un ejército de varias decenas de miles [de soldados] del Alto Egipto». Sobre el ejército, por ejemplo, afirma: «El ejército regresó sano y salvo, había saqueado y arrasado la tierra de los ha-

bitantes del desierto, había desvalijado sus fortalezas, cortado sus higueras y parras, quemado sus edificios, dado muerte a sus tropas —a decenas de miles— y se había llevado a muchos de los soldados, cautivos».

A finales del Reino Antiguo, el poder fue pasando de manos de las autoridades centrales a las de funcionarios menores, por la progresiva donación de tumbas y territorios. La adquisición de poder por parte de estos terratenientes condujo al desarrollo de un sistema feudal que a la postre desembocó en una guerra civil.

Guerra y religión

En el *papiro Westcar*, que contiene un documento del Reino Antiguo, los súbditos del rey son definidos como «noble ganado», con un término que tal vez se originara en las comunidades de cultura ganadera; en estas comunidades, formadas por guerreros, mujeres y hombres sagrados, las funciones del sacerdote y el guerrero estaban integradas hasta el extremo de resultar simbióticas. Los primeros ritos iniciáticos —que aún se representaban en el arte funerario del Reino Antiguo— dan testimonio del rito de paso por el que los niños varones se convertían en miembros de la tribu. Este proceso requería de un iniciador, un hombre santo o un sacerdote, sin cuya mediación los jóvenes no podían alcanzar la madurez. Es muy probable que el sacerdote dirigiera ritos en los que, mediante la adivinación o la profecía, actuara como mediador entre los hombres y los dioses. Además, aunque no desempeñaban papel alguno en las escaramuzas directas, eran responsables de las prácticas mágicas destinadas a promover la victoria. En Egipto —como en otras antiguas culturas ganaderas— el sacerdote u hombre santo recibiría los premios de la guerra en nombre de la tribu o el ejército, en el marco de un acto que a menudo se acompañaba de un recuento ceremonial del ganado y los prisioneros, usados respectivamente para procurarse carne y ofrendar sacrificios.

Conforme se desarrollaba la estructura estatal y se abría la brecha entre la tribu y el hombre santo, fueron aflorando conflictos entre los funcionarios de la administración y los sacerdotes que todavía actuaban como mediadores entre el gobernante y sus dioses.

El estudio antropológico ha puesto de relieve el hecho de que la formación de los estados primitivos se caracteriza con frecuencia por el uso de rituales de canibalismo y sacrificios sangrientos; y aducen justamente las pruebas del antiguo arte egipcio, donde aparecen hombres atados y ejecutados. Aunque tenemos pocas pruebas de canibalismo en el antiguo Egipto, es interesante señalar que la práctica se describe en los *Textos de las Pirámides*, en los que son temas recurrentes la violencia y el consumo de carne humana.



Figura 6. Es esta escena, los varones de la tribu lucen tocados complejos y alzan los brazos en imitación de la cornamenta del ganado. El objeto que cuelga en la parte superior es un escudo decorado con colas de animal; se hacían de cuero sobre estructuras de madera. *(Bridget McDermott.)*

Es Jonsu quien dio muerte a los señores, quien los estrangula para el rey y extrae lo que hay en sus cuerpos. Porque él es el enviado que el rey manda para atarlos. Es Shezmu quien los corta para el rey y quien cocina para él una porción de ellos en los fuegos vespertinos; y es el rey quien come su magia y engulle sus espíritus.

La representación de los primeros pobladores de Egipto revela temas típicos, como los que aún se pueden percibir en las culturas ganaderas modernas, en las que las escaramuzas producidas por los intentos de robo de ganado son más frecuentes que las propiamente territoriales. De hecho, los motivos animales han interpretado un papel importante a lo largo de todos los períodos de la historia militar egipcia, hasta el punto de que no se puede distinguir entre la imagen del cazador y la del guerrero. Para los primeros pobladores la importancia económica del ganado era inigualable, puesto que constituía la base del intercambio y las relaciones intercomunitarias; era la

fuente de alimentación principal, y además la carne y la leche figuraban entre las ofrendas religiosas más estimadas. La piel se utilizaba para hacer ropas, mantas y cobertores con los que guarecerse; con los huesos se fabricaban armas, y la bosta se empleaba como combustible. No es de extrañar que las comunidades consideraran el ganado como su principal fuente de recursos. De hecho, en Egipto el ganado y el sacrificio de animales conformaban la base misma de todo el sistema religioso arcaico. Acerca de estas culturas, el antropólogo Evans-Pritchard escribió que «su idioma social es un idioma bovino».

Los vestigios artísticos remarcan aún más tanto la significación del ganado como su incorporación en el simbolismo bélico. Es probable que las primeras imágenes del guerrero egipcio fueran similares a los danzantes que se retratan en una cerámica predinástica (fig. 6): se los muestra con los brazos alzados, en imitación de los cuernos animales. Vale la pena mencionar que en África todavía se practica este tipo de danza; y que la imagen del guerrero bailando con los brazos en alto se encuentra asimismo en los escudos de los modernos guerreros tribales. Con frecuencia el que baila aparece seguido por hombres que portan redes, o bien lo acompaña un guerrero-cazador armado con una vara o bastón de extensión variable. Las figuras suelen incluir genitales masculinos. Quizá las prácticas funerarias practicadas hoy en día por la tribu luo del distrito de Mara (Tanzania septentrional) puedan arrojar algo de luz sobre estas escenas antiguas. Entre los luo, los guerreros armados que llevan tocados altos interpretan el papel más importante en los funerales, por ejemplo. Durante el enterramiento, el espíritu del muerto se transfiere de forma simbólica al cuerpo de una vaca viva, y los guerreros bailan para conducir a esta vaca hacia los bosques donde podrán liberar de nuevo al espíritu. Igual que estos guerreros modernos, los cazadores-guerreros del Egipto arcaico aparecen con frecuencia tocados o representados con máscaras. Cubrir la cara durante un acto bélico podía tener por objeto intimidar al enemigo, o bien permitía que el hombre se identificara con la imagen de un tótem. Es evidente que los primeros cazadores tenían la esperanza de imbuirse con el espíritu de sus presas a través de las máscaras, pero estas también funcionaron como símbolos primitivos de la dominación egipcia y, en los contextos religiosos, se emplearon para inducir a la comunión espiritual entre su portador y los dioses.

Los ritos iniciáticos del hombre tribal servían para distinguir el papel del varón del atribuido a la mujer. Mientras que a las mujeres se las consideraba símbolos de fecundidad, muchas veces se asociaba al guerrero con la muerte. Todas las culturas tribales empleaban ritos que celebraban la transición de la infancia a la edad adulta, y existen varios motivos comunes a estas ceremonias. Por ejemplo, a menudo se afeitaba parte de la cabeza del joven, para recrear un estado prenatal, símbolo de su renacimiento. Durante el rito los muchachos permanecían desnudos y volvían a vestirse después de la ceremonia. Son frecuentes las palizas y los insultos rituales, que a menudo tienen lu-



Figura 7. Esta escena fue grabada en los muros de una tumba no identificada del Reino Antiguo. Es probable que muestre un rito de transición o una ceremonia de iniciación a la condición de guerrero. La figura principal viste máscara y tocado; otras llevan bastones, uno de ellos en forma de mano humana. Este tipo de porras fue adoptado luego tanto por el ejército como por la policía. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

gar dentro de una cabaña de iniciación, en la que se recluye a los niños antes del acontecimiento. Cuando termina el proceso, unos determinados miembros de la tribu sacan a los niños de la choza como símbolo de su renacer. Estos sucesos encuentran un precedente histórico en varias representaciones murales de las primeras tumbas del Reino Antiguo (fig. 7).

IMÁGENES MILITARES DEL PERÍODO ARCAICO Y EL REINO ANTIGUO

Se tiende a pensar que, durante varios siglos, los primeros pueblos nómadas existieron sin establecer competencia mutua; y que el deseo de competir, por el contrario, es inherente a la naturaleza de los grupos asentados, que dependen de la tierra para sobrevivir. Las ocupaciones a largo plazo ejercen un gran efecto sobre la psique humana y producen una poderosa sensación de propiedad y permanencia, lo que potencia tanto el desarrollo de centros religiosos como la necesidad de establecer líneas ancestrales y poner la historia por escrito. La agresión armada —bastante evolucionada ya durante la Dinastía I— favoreció que las comunidades menores trazaran una lenta evolución hacia la categoría de Estado. Estas comunidades competían entre ellas e intercambiaban bienes. Son conceptos esenciales para las comunidades más ricas de Egipto, que construyeron magníficas tumbas para sus dirigentes. Estos lugares de enterramiento fueron decorados con emblemas de victoria y equipados con artículos de lujo.

A menudo, la cerámica y los objetos funerarios de los antiguos egipcios estaban decorados con símbolos asociados con la guerra o la religión. Durante el proceso de es-



Figura 8. La paleta de los Cazadores incluye temas militares de gran expresividad, a través de la alegoría de las escenas de caza. Los soldados de esta paleta están armados con palos arrojadizos, arcos, algunas lanzas y una doble cabeza de maza. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

tablecimiento de la economía estatal, los egipcios exhibieron objetos muy elaborados, como señal de riqueza. Esto conllevó que las tumbas se decoraran con objetos que reflejaban la ideología estatal; posteriormente, las representaciones mostrarán el surgimiento de la «actitud heroica» en el arte, esto es, la imagen de un caudillo golpeando a sus enemigos.

Los egipcios pintaron muchas veces a un gobernante que con una mano agarraba a un grupo de varones por el pelo, mientras que en la otra empuñaba una maza a punto de caer sobre sus cráneos. El tema del triunfo sobre los enemigos también está representado con expresividad en la tumba de un cacique del período arcaico, la Tumba 100 de Hieracómpolis (fig. 4). Está decorada con un llamativo mural que muestra una fila de prisioneros encadenados, acompañados por un hombre vestido con pieles de animales. El hombre, que aparece golpeando a sus prisioneros con una maza, está retratado con atuendo sacerdotal. Aunque la pintura contiene imágenes que nos retrotraen a los sistemas tribales, también enseña ya los principios básicos de una cultura económica en evolución.



Figura 9. Detalle de la paleta de los Cazadores: varios soldados acechan a los leones. *(Bridget McDermott.)*

Paletas

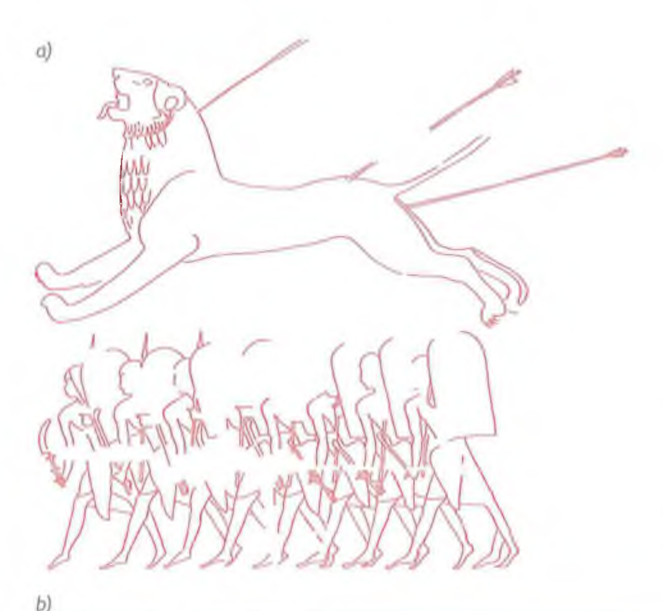
Los temas militares también se esculpieron y grabaron tanto en grandes paletas rituales como en la cabeza de las mazas (fig. 3). Las paletas cosméticas, originalmente usadas para mezclar la pintura de los ojos, eran de un tamaño exagerado y se decoraban con escenas de cacería y guerra. Su imaginería suele ser truculenta, puesto que se realzan los actos de mutilación, decapitación o pérdida de los ojos. Son varias las escenas en las que resaltan especialmente los ojos, de modo que el enemigo mira por encima del hombro hacia su vencedor. Los egipcios colocaban estas paletas en los enterramientos primitivos como símbolos de regeneración: el estado en el que los ojos se abren de nuevo. Eran zoomórficas u ovales, y parece probable que fueran diseñadas para conmemorar o registrar acontecimientos históricos. Con frecuencia se han encontrado en enterramientos predinásticos, junto con grandes mazas igualmente esculpidas. Una de las muestras más significativas, la paleta de Nármer, es el ejemplo más antiguo de la forma en que los egipcios disponían sus imágenes artísticas con una multiplicidad de configuraciones y registros, usando una técnica que tal vez ayudaba a recalcar el nuevo sentido de la organización social; nuevo, pero imprescindible en una sociedad emergente, unida bajo un mismo rey. En la paleta de Nármer se emplean va-

rios motivos animales y humanos. En una sección hallaremos la imagen tradicional del rey que sostiene una maza sobre las cabezas de sus enemigos, septentrionales en este caso; en otra sección se retrata al rey bajo la forma de un toro, a punto de derribar con sus cuernos las murallas de una ciudad enemiga. Tras el rey vienen los portaestandartes de varias provincias. También se muestra a una serie de prisioneros decapitados, con las cabezas colocadas entre las piernas. En el fragmento inferior de la paleta se representa una fortaleza con bastiones. La paleta de Nármer muestra también a un grupo de guerreros que transporta los estandartes que permiten distinguir a cada unidad por su afiliación a una determinada ciudad o a un pueblo. El papel de estos abanderados es un indicio claro de la existencia de desarrollos complejos en el seno de la organización militar.

La paleta de los Cazadores (figs. 8 y 9) se concibe generalmente como un objeto conmemorativo, que podría representar la victoria del sur de Egipto frente al norte. En ella, jóvenes varones llevan armas de largo alcance; estas armas se empleaban en las maniobras militares y eran sin lugar a dudas más complejas que las que se utilizaban durante las refriegas cuerpo a cuerpo. La paleta está decorada con animales y deidades bovinas. El león que tira de su cachorro desempeña un papel central en la historia. Este león, imagen metafórica del jefe enemigo, es atravesado por las flechas; lo persiguen soldados armados con arcos, hachas, lanzas, palos arrojadizos y mazas de cabeza de pera. Los hombres están divididos en dos secciones y a cada parte corresponde un papel independiente en la «cacería». Igual que en la paleta de Nármer, los hombres llevan estandartes que los afilian a un distrito político o a un cuerpo militar. En las paletas egipcias queda bastante clara la existencia de una relación de simbiosis entre las imágenes de caza y las bélicas. Irónicamente, este antiguo ejemplo de imaginería militar —de *c.* 3100 a. C.— servirá casi de facsímil para la última gran representación del ejército del Reino Nuevo, ya en 1186 a. C. En efecto, las escenas de la paleta de los Cazadores y las que retratan la victoria egipcia en el templo de Medinet Habu (perteneciente a la Dinastía XIX) revelan una sorprendente semejanza en los soldados que persiguen a la caza (fig. 9). La congruencia de estas dos piezas pone de relieve la duradera conexión que vinculó el arte militar egipcio con el tema del cazador-guerrero.

La paleta del Campo de Batalla (fig. 10) muestra a hombres con rasgos tópicamente atribuidos a los libios, que reciben el ataque de leones y buitres. Hay soldados caídos en el campo de batalla, esculpidos con los cuerpos retorcidos en contorsiones imposibles. La escena se reproduce en tiempo pasado, una vez abandonado el campo por el ejército triunfante: es el primer ejemplo de una matanza bélica en la que aves carroñeras arrancan los ojos de los prisioneros ejecutados. Estos procesos de mutilación del cuerpo se consideran esenciales, puesto que resultaban abominables para el pueblo egipcio, que anhelaba poder preservar la carne de la destrucción.

a)



Figuras 10 a y b. Esta escena del Reino Nuevo, del templo de Medinet Habu, es comparable con la paleta de los Cazadores, pese a que las separan más de dos mil años. Los soldados, las armas y las cuerdas son similares. Era tradición que, tras una campaña victoriosa, se retratara al rey y sus soldados cazando bueyes y leones. *(Bridget McDermott-Museos del Louvre y Británico.)*

b)



Figura 10 c. Varias escenas de la paleta de los Cazadores dan testimonio del horror que sentían los antiguos egipcios ante la idea de una mutilación. El león es un símbolo del rey que devora a sus enemigos. Además, los buitres arrancan la carne de los cuerpos de los enemigos muertos y abandonados en el campo de batalla. *(Bridget McDermott-Museos Ashmolean de Oxford y Británico.)*

Cerámica

En la cerámica egipcia es frecuente encontrar vasijas pintadas con toda una serie de emblemas predinásticos (fig. 11). A menudo, por ejemplo, con imágenes de figuras danzantes. Algunas representaciones dejan ver a una divinidad bovina, que tal vez podría corresponder a una forma primitiva de la diosa Hathor. Aparecen también figuras similares, con genitales masculinos y plumas en el pelo. Estas figuras danzantes, habituales en la imaginería militar de los Reinos Medio y Nuevo, son acompañadas por músicos que interpretan un ritmo de marcha al sonar una especie de castañuelas (figs. 11 y 12). Estos instrumentos, que se usan tal cual en el África moderna, están siempre vinculados con las culturas ganaderas; se emplean en los funerales y durante los ritos de paso a la edad adulta, y se tocan antes de que un grupo de guerreros se lance a bai-

lar una de las «danzas de ganado». Estas danzas son recuerdo de las que se mostraban ya en la cerámica arcaica, en las que los hombres daban vueltas con los brazos alzados sobre las cabezas, imitando la forma de unos cuernos. En otra escena de cazadores guerreros se muestra a un varón en posición de res, con las manos por encima de la cabeza; lo arponea otro varón que protege el cuerpo con un gran escudo (fig. 13). No son menos relevantes algunas imágenes fragmentarias del período predinástico: en un fragmento cerámico de Hieracómpolis se muestra a un guerrero armado con maza y bastón, mientras que otros ejemplos nos muestran imágenes primitivas bien de arqueros, bien de soldados que marchan con el carcaj a la espalda.

Modelos y máscaras

La maqueta militar más antigua de las conservadas se ha encontrado en Dióspolis Parva, en Egipto, y debe datarse en el Período Predinástico. Nos muestra a dos guerreros situados tras una muralla baja (fig. 14), que aparentan estar desnudos. Sus rostros se orientan al otro lado de la muralla, pero no dan signos de vida; se asemejan mucho a los de una máscara, y de hecho se ha demostrado la existencia de máscaras en este período. También en la paleta del avestruz aparece un cazador-guerrero enmascarado; en una escena iniciática de una mastaba del Reino Antiguo podemos ver a un individuo con máscara de cabeza de león (fig. 7). Los cráneos de los soldados de la maqueta de Dióspolis Parva tienen hendiduras, por lo que resulta bastante probable que en algún momento hubieran llevado tocados o pelucas; estos tocados servirían para crear un primer efecto de sorpresa o amenaza, cuando los enemigos vieran emerger sus rostros por encima del cercado (fig. 14).

La decoración de las tumbas

Varias tumbas del Reino Antiguo muestran imágenes de lo que se cree que era un juego infantil, conocido como «meter al prisionero». Aparece un grupo de varones armados con varas, que llevan a un hombre atado y desfilan como en una procesión tradicional. Es frecuente que las mastabas del Reino Antiguo se ilustren con escenas de iniciación, que subrayaban la transición de la niñez a la edad adulta. Aparte del grupo de figuras humanas armadas con varas, se ve también a tres individuos en el interior de una cabaña: uno está echado en el suelo y los de atrás permanecen de pie. Hay otra persona en la puerta de la cabaña, que anima al niño a levantarse por sí mismo y salir (fig. 7). Estas escenas vienen siempre acompañadas de imágenes de combate con bastones o de lucha. En algunos fragmentos del Museo Británico (fig. 7), los muchachos



Figuras 11 y 12. Figuras de mujer y de varón, que realizan danzas de ganado en vasijas antiguas. Los varones están acompañados por compañeros que hacen sonar las castañuelas. Véase también el fragmento del Reino Nuevo reproducido en la fig. 119. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 13. En esta imagen de un antiguo vaso predinástico, un varón que baila es atacado por un guerrero. *(Bridget McDermott-Ashmolean Museum.)*

están armados con bastones en forma de mano humana, que fueron las porras tradicionales tanto de los militares como de la policía del antiguo Egipto.

En ocasiones, las pinturas murales de las tumbas del Reino Antiguo ofrecen a los egiptólogos información acerca de la tecnología militar. La tumba de Inta, por ejemplo, datada en el Reino Antiguo, contiene una de las primeras escenas de sitio: es una representación compleja de una ciudad fortificada protegida por baluartes (fig. 15). En ella los soldados egipcios aparecen trepando por una escalera de asalto, apoyada en las murallas de la ciudad. La historia no se ofrece en orden secuencial: todas las imágenes suceden dentro de un mismo espacio. Sin embargo, el artista egipcio ha logrado expresar un tiempo pasado, puesto que aun estando los arqueros ausentes de la pintura, los cuerpos de los soldados —probablemente asiáticos— han sido atravesados por las flechas. También se muestra la ejecución de los heridos a manos de soldados armados con hachas. A intramuros se muestra a la población en estado de sitio; el pueblo reci-



Figura 14 (arriba y abajo).
El fragmento de Dióspolis Parva es la maqueta militar más antigua recuperada hasta la fecha. Muestra una estructura fortificada, en la que dos soldados —guardianes, cabe suponer— miran por encima de la muralla. *(Bridget McDermott/Ashmolean Museum.)*



Figura 15. Esta escena de la tumba de Inta, en Deshashe, muestra al enemigo herido por los arqueros. Los soldados emplean hachetas en el asedio a la ciudad. *(Bridget McDermott.)*

be el ataque de los soldados, mientras algunos son golpeados en el suelo: los cuerpos postrados exhiben un sorprendente parecido con aquellas figuras retorcidas que se veían en la base de la paleta de Nármer. En la hilera inferior de la escena se ha dibujado una procesión de prisioneros conducidos en manadas, como el ganado.

En otra escena de asedio del Reino Antiguo, esta vez procedente de la tumba de Jamehesit (fig. 16), se ha apoyado una escalera de asalto, con ruedas, en las murallas de una fortificación. Los soldados egipcios, que suelen llevar armas en el cinto de sus faldones, aparecen dando hachazos sobre los muros de la ciudad. La figura del azadón, frecuente en las paletas predinásticas, queda situada sobre la escena del cerco, como símbolo de haber forzado la entrada; el azadón se emplea muchas veces con este valor simbólico, para indicar que se ha echado por tierra un muro construido con ladrillos de barro (fig. 31 p. 70).

También otras tumbas del Reino Antiguo, como la de Ptahhotep en Saqqara, contienen series de imágenes de lucha, de combate de bastones o de cuerdas de asalto: todas ellas pueden interpretarse con un sentido militar. Dos fragmentos de sendas tumbas del Reino Antiguo contienen grabados de un grupo de soldados que transporta aljabas cilíndricas para las lanzas. Si bien uno es muy fragmentario, el otro nos muestra a un

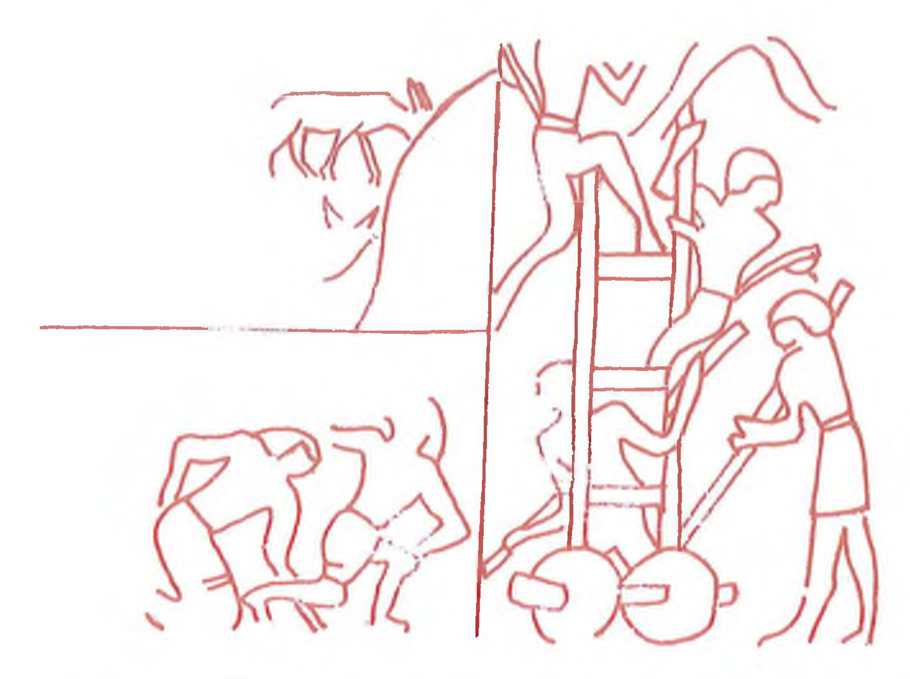


Figura 16. Detalle de la tumba de Jamehesit, en el que los egipcios recurren a una escalera de asalto para acceder al interior de una ciudad asiática. Las hachas van metidas en el cinto de los faldones; más adelante se dotó a estas armas de un correaje para atarlas alrededor de la cintura. *(Bridget McDermott.)*

destacamento de soldados acompañados por escribas, con un detalle de organización que no tiende a considerarse característico del ejército del Reino Antiguo (fig. 17).

SOLDADOS Y ARQUEROS

Arcos

El arco es el arma más antigua conocida por el hombre. Se desarrolló en la Prehistoria, y los primeros testimonios documentados de su función militar se fechan hacia 10.000 a. C. Los primeros arcos egipcios empleaban materiales como la madera de sicómoro o limonero, nervios animales y cuernos. Hubo arcos predinásticos simples y compuestos. En el diseño de un arco simple —como el que todavía se usa en el África moderna— se utiliza una madera arqueada; las dos extremidades se unen entre sí con partes móviles de forma circunfleja. En otro tipo de arco, las zonas de unión se fabricaban con cuerno de antílope. En Egipto se han encontrado unos pocos arcos de

cuerno, bastante pequeños, pero los egiptólogos suelen considerarlos modelos votivos; y aunque se han desenterrado restos de arcos predinásticos, siguen siendo raros. Estos ejemplos predinásticos, entre los que se encuentran puntas de madera, son prueba de que los arcos —ya fueran para un uso ordinario o en calidad de amuletos— se pintaban y decoraban con los colores del tótem o las insignias locales.

Las cuerdas de arco antiguas muestran idénticas características que las modernas cuerdas de tripa. El primer ejemplo de estas cuerdas de tripa está datado en el período Badariense, del que conservamos también una descripción del cordaje como «correas de tejido animal». No hay en las pinturas murales indicios de que se practicaran muescas para las cuerdas.

Son escasas las representaciones predinásticas del guerrero con arco. Aparecen como cazadores-guerreros en alguna escena del período arcaico: por ejemplo, los siete arqueros de la paleta de los Cazadores (figs. 8 y 9). En esta pieza los arqueros interpretan el papel central de la narración. Son la vanguardia: los primeros en acercarse a la presa enemiga y tratar de derribarla. Por otro lado, todos los arqueros van armados igualmente con mazas, las armas que tradicionalmente se usaban para acabar con los enemigos heridos.

Durante el Reino Antiguo se estableció la costumbre de añadir equipamiento de arquero entre los objetos funerarios. Se conservan muy pocas muestras de fragmentos de arco del Reino Antiguo. Ello no obstante, han pervivido algunos de Asiut, junto con sus cuerdas (fig. 18). En la colección del Museo Británico hay dos arcos largos de Asiut, datados en la Dinastía VI; los que alberga el oxoniense Museo Pitt-Rivers son, probablemente, los arcos de cuerno más antiguos del mundo.

Durante el Reino Antiguo, el arco largo (fig. 19) se usaba tanto para cazar como para fines militares. Los arcos de esa época estaban ligeramente curvados y carecían de nódulos en las cuerdas. Durante la Dinastía VI se va dando al arco otra forma, con los extremos curvados, y escasean los ejemplos de sujeción con cuerdas. El cordaje seguía siendo de tripa retorcida; esta clase de cuerdas se ve claramente en los arcos del fragmento de los arqueros de Quéope (el rey constructor de la gran pirámide de Guiza), que disparan sus flechas en un grabado reproducido en la fig. 20. Estos arqueros de Quéope han emprendido una acción en grupo, bien preparada y organizada. Originalmente, la pieza pretendía retratar una unidad de arqueros, de movimientos idénticos, lo que parece indicar que los cuerpos de arqueros actuaban como divisiones bien organizadas. Los testimonios literarios del período más relevantes para nuestro tema se ocupan de las matanzas de soldados enemigos: «los corazones [hostiles] han sido derrotados [?], a los arqueros que están en el [campo] se les da muerte». Muchas veces se asociaba al dios Horus con los actos de mayor precisión militar, y se lo identificaba como un arquero de élite, descrito como «Horus el tirador». Una inscripción reza: «Trae los dos ojos de Horus: un arco-*iwnt*. Yo soy aquel que tensa las cuerdas del arco como Horus y que estira de la cuerda como Osiris». Con frecuencia, podemos recono-



Figura 17. Fragmento marino de Lisht, en el que se retrata la marcha de una unidad bien organizada y entrenada. Los soldados están acompañados por un escriba militar y van armados con varas que se almacenaban en aljabas. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*

cer a los arqueros de las escenas conmemorativas porque llevan una pluma sencilla o doble en la cabeza. Los soldados de todos los períodos de la historia egipcia han llevado adornos en la cabeza, pero las plumas adquirieron una importancia singular para los arqueros, en cuyas representaciones hallaremos regularmente plumas dobles, ya desde el Período Predinástico.

A pesar de la escasez de imágenes de arqueros desplegados entre las escenas de ataque militar del Reino Antiguo, los arqueros reciben un trato especial en una de las imágenes de asedio de Deshashe (fig. 15). Curiosamente, no aparecen en la escena; pero resulta evidente que su intervención fue clave en la derrota de los soldados enemigos. El conjunto adquiere una tensión poco común en los relatos visuales del período. La imagen del arquero también está incluida entre los signos jeroglíficos; en ellos veremos tanto arcos con cuerdas como sin ellas, sostenidos en vertical en las manos de arqueros arrodillados.



Figura 18. La cuerda de este arco de la Dinastía VI conserva su estado original: enrollada y luego tensada en la parte móvil. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 19. Este fragmento, inédito hasta la fecha, no ha podido ser datado con exactitud, pero debe de remontarse a la Dinastía V o VI. Muestra a una hilera de arqueros que marchan portando arcos largos y llevando flechas en las manos. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 20. Los arqueros de Quéope, el constructor de la Gran Pirámide, en este singular y bellamente preservado fragmento del Reino Antiguo. Obsérvese que la cuerda de los arcos está fabricada con tripa enrollada. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Flechas

Las pruebas más antiguas del uso de flechas durante los conflictos y los enfrentamientos bélicos proceden de la zona de Qadan. Los exámenes realizados a los restos óseos hallados en la región nos muestran heridas mortales infligidas por flechas. La función militar del arco y las flechas carece de orígenes tangibles en la Prehistoria; ello no obstante, no cabe duda de que se trata del proyectil más antiguo conocido por el hombre. A medida que se iban desarrollando las comunidades menores del valle del Nilo, las armas se convirtieron en elementos necesarios, tanto las de caza como las de guerra. Salvo en lo que se debió a los progresos de la metalurgia, en la historia militar del antiguo Egipto la producción de flechas no incorporó ningún cambio radical de diseño. De hecho, en el Reino Nuevo encontraremos ejem-



Figura 21. Esta punta de sílex es un ejemplo de la exquisita pericia de los artesanos del Reino Antiguo. En este período se produjeron puntas de piedra, de madera, de marfil e incluso de cristal. *(Bridget McDermott-Museo de Manchester.)*

plos de reutilización de las flechas predinásticas junto con las de la Dinastía XVIII.

Aunque los astiles se tallaban de madera, el junco fue siempre el material más accesible para los productores de flechas del antiguo Egipto. Se han podido examinar astiles obrados sobre madera de pino y de acacia; estaban reforzados con hilos y en la punta hay indicios, con frecuencia, de la adición de engorras (ganchos o vueltas para dificultar la extracción y multiplicar el daño). La punta se fijaba a la varilla o bien atándola, o con puntas y espigas; cuando la cabeza era de junco solía asegurarse con hilo, para impedir que el astil se partiera. La espiga tenía que ser muy larga, en proporción a la cabeza, de modo que la presión lateral no partiera la caña. Cuando se necesitaban cabezas huecas para las puntas, se empleaba, en ocasiones, la madera.

El sílex fue el material más habitual de las puntas de flecha (fig. 21). Las del período Badariense ya solían incluir espigas. La pericia empleada en la fabricación de esas puntas de sílex puede comprobarse fácilmente entre los restos conservados, que ponen de manifiesto un amplio abanico de estilos y diseños, en particular entre los grandes grupos de puntas de flecha. Se han recuperado muestras de puntas de hueso, de madera y de cobre; y a pesar de su rareza, incluso algunas puntas de cristal, que han emergido de algunas tumbas reales de la Dinastía I.

Solo entre los vestigios del equipamiento de arquero hallado en la tumba de Hemaka ya encontraremos una gran variedad de tipos de flecha: por ejemplo, con puntas de marfil (fig. 22). Algunas fueron decoradas con bandas azules y rojas; una vez

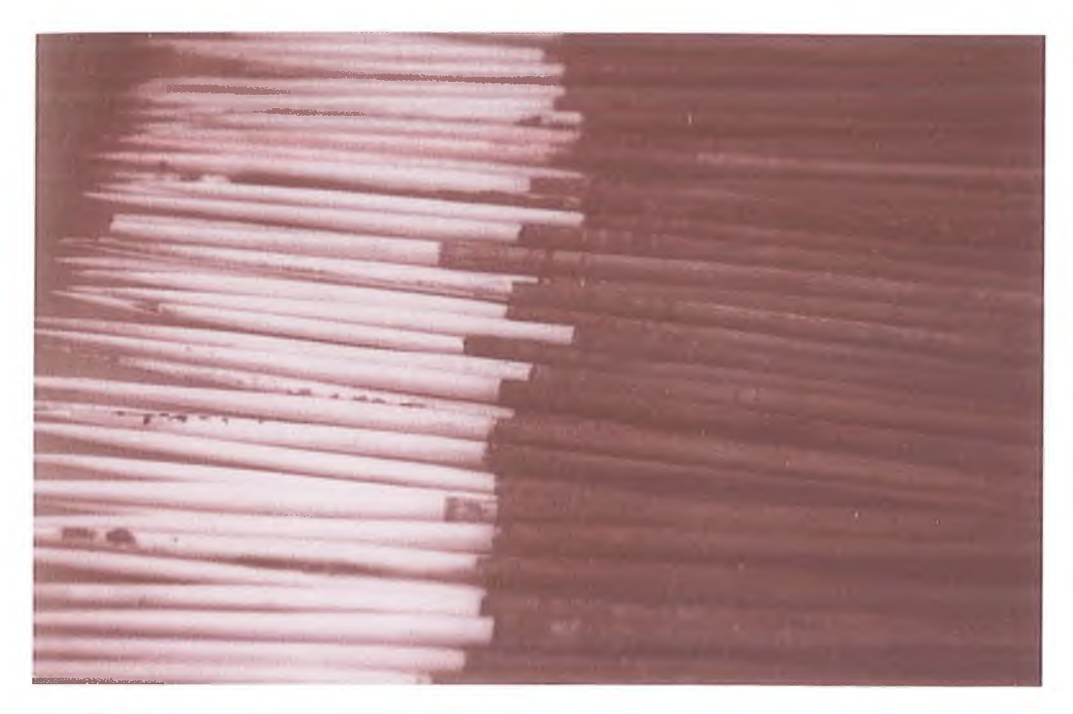


Figura 22. Estas largas y elegantes puntas de marfil se hallaron en la tumba de Hemaka. Fueron fijadas mediante resina a unos astiles de junco. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

añadidas las puntas se les colocaban plumas, pegadas con resina y cuerdas. En esta misma tumba apareció una flecha rematada con la mandíbula de un pez diminuto (fig. 23). Las plumas suelen incluir incisiones para su ajuste en la cuerda. La longitud de estas flechas varía entre los 480 y los 550 mm; se recogían en haces separadas por tamaños, de entre 78 y 122 unidades cada una. También se encontró un grupo compuesto por un surtido de flechas de distintas clases, colocadas todas en un carcaj de piel. Los nuevos haces contenían 42, 79 y 8 flechas, atadas con tiras de lino. En las escenas funerarias del Reino Medio, este es justo el modo más habitual de dibujar los haces de flechas.

Son muy numerosos los vestigios que nos han permitido examinar los materiales y la fabricación de las puntas y los astiles predinásticos. Petrie, en su detallado análisis de las puntas de flecha predinásticas, establece más de once variantes. Los egiptólogos han sugerido que el diseño de las puntas se adaptaba a propósitos específicos: las hojas con engorras perforaban mejor la piel, mientras que las ahorquilladas eran más adecuadas para la caza de aves. Sin embargo, también se emplearon flechas ahorquilladas en la batalla (fig. 24). Era frecuente que las flechas incorporaran largas

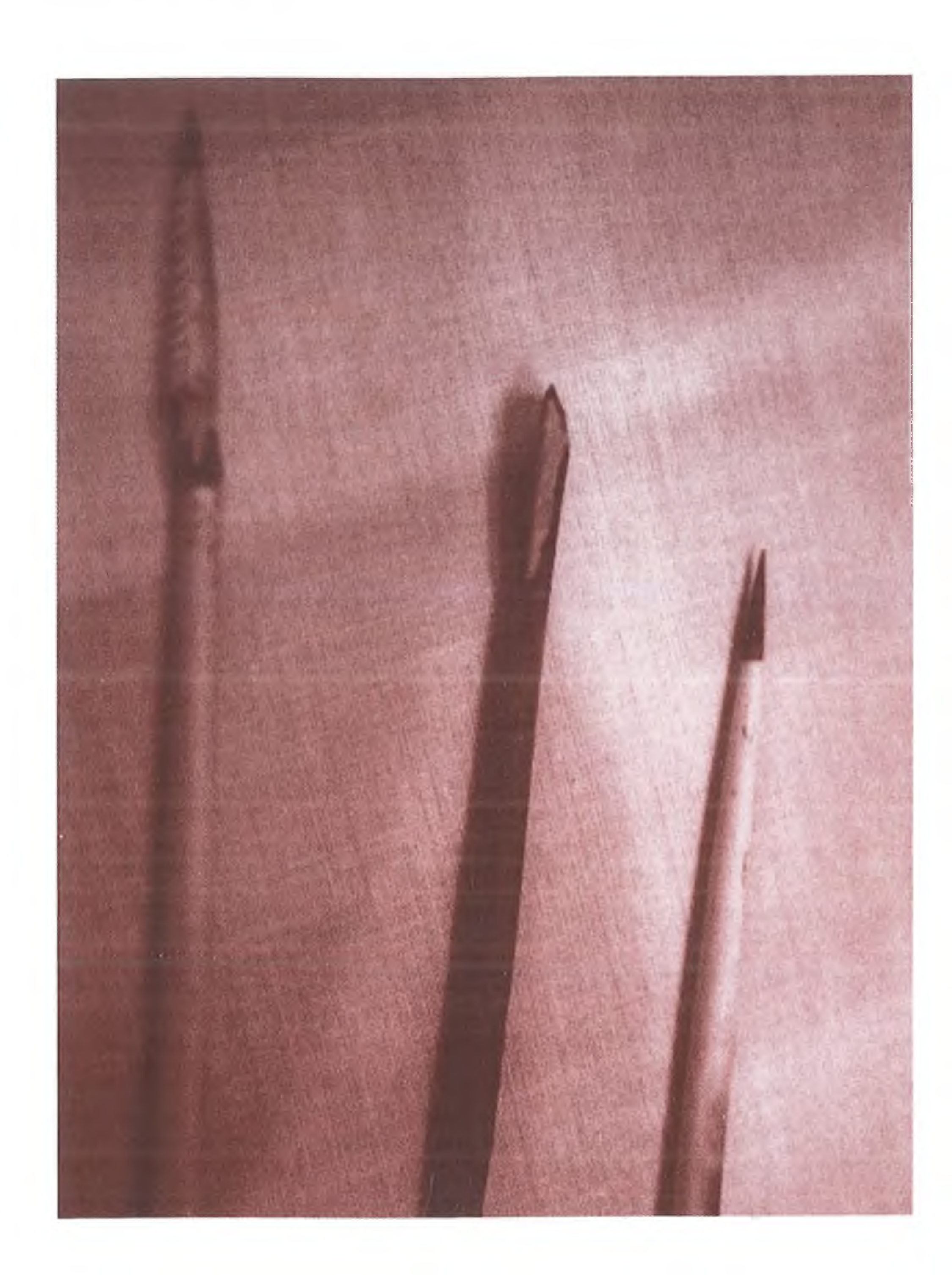


Figura 23 (página anterior). Estas tres flechas de la tumba de Hemaka se tallaron a partir de piezas de hueso y de la mandíbula de algún pez muy pequeño. La presencia de un pigmento oscuro en el extremo podría indicar que estamos ante saetas venenosas. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 24. Un soldado semita es atravesado por una flecha de punta transversal. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*

puntas de madera, pintadas con marcas identificativas mediante yeso y pigmento negro.

Los estudiosos han propuesto varias explicaciones para esta costumbre de la pigmentación, habitual en las puntas de flecha de este período. Las marcas podrían haber servido, por ejemplo, para identificar flechas envenenadas. Hay haces de puntas de marfil entre los restos de la tumba de Dyer, de la Dinastía I, que están teñidas de un color ocre rojizo; algunos especialistas consideran que ello podía constituir un intento de convocar una magia que les fuera propicia. No obstante, las puntas envenenadas son moneda corriente en el África moderna. Es bastante probable que los egipcios —que manejaban alcaloides vegetales y venenos de serpientes y escorpiones— usaran componentes tóxicos cuyas propiedades habrían escapado a los analistas modernos.

Entre las representaciones más antiguas de arqueros armados con flechas se cuenta un grabado del Uadi Hammamat, en el que vemos la imagen de un guerrero armado con un arco curvo y corto. Por otro lado, en una estela del período arcaico se retrató la figura de un varón armado a un tiempo con un arco y una maza. Entre los vestigios de Abido hay también un cazador de la Dinastía I, acompañado por perros. En la paleta de los Cazadores, descrita con anterioridad, un arquero equipado con tres flechas de punta transversal se prepara para disparar (fig. 9). En algunas escenas de esta paleta los guerreros atacantes han fijado su posición, por lo que los vemos representados

con las flechas ya dispuestas en los arcos. La herida de un soldado semita atravesado por ese mismo tipo de flecha se ve en un fragmento de paleta albergado hoy en el Metropolitan Museum of Art (fig. 24).

Durante el Reino Antiguo no hay variaciones con respecto al estilo y los materiales empleados en el proceso de emplumado de las flechas predinásticas. Es frecuente que en las escenas militares y de caza se vea a soldados, monarcas y personas regias inmersas en esta tarea. También hallaremos flechas en las escenas militares de la tumba de Inta, en Deshashe (fig. 15); aquí se las muestra como objetos en reposo, una vez han atravesado las extremidades inferiores y superiores de los soldados enemigos. Hasta el momento, sabemos de muy pocos artistas que buscaran un modo de ilustrar la velocidad de las flechas en pleno vuelo.

Con anterioridad al desarrollo de la pólvora, los arqueros solían pertenecer a los rangos de élite; no cabe duda de que lo mismo debió ocurrir en el seno del antiguo ejército egipcio. Durante los períodos más tardíos, los arqueros aparecen a menudo participando en procesiones ceremoniales; durante el Reino Antiguo, por el contrario, casi nunca se representan de forma expresa la función y la jerarquía de los militares. Pero los arqueros también tomaban parte en las ceremonias regias: se los empleaba para repeler a los enemigos de Egipto, en un ritual que incluía disparar una flecha hacia cada uno de los puntos cardinales.

Aljabas

Conservamos restos de aljabas halladas en las excavaciones de tumbas arcaicas. Estaban fabricadas con piezas de piel cosidas entre sí, y podían contener entre 5 y 79 flechas por carcaj. También se emplearon aljabas para el transporte de las varas y bastones de madera. No suelen figurar en las representaciones artísticas del período arcaico; entre las excepciones sobresalen los guerreros de la paleta de los Cazadores, que sí llevan aljabas a la espalda (figs. 8 y 9). También hay carcajes perfectamente visibles a la espalda de los guerreros retratados en ciertos fragmentos predinásticos, conservados hoy en el Museo Egipcio de El Cairo (fig. 25).

Aunque es posible retrotraer el uso del carcaj hasta el Período Predinástico, conservamos pocos restos materiales o representaciones artísticas que puedan datarse en el Reino Antiguo. Como excepción cabe citar, tal vez, cierto carcaj de cuero teñido. Esta aljaba se abría o cerraba mediante una serie de cuerdas anudadas en la abertura del estuche (fig. 26). Tiene un aspecto similar a los vestigios recuperados en la tumba de Hemaka, y también a los estuches cilíndricos que llevaban los soldados representados en cierto fragmento del Reino Antiguo, que nos muestra unas representaciones inigualadas de los carcajes concebidos para el transporte de varas o bastones (fig. 17, p. 47).



Figura 25. En este fragmento arcaico hay tres guerreros que realizan un típico saludo militar. A la espalda llevan largas aljabas cilíndricas. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Algunas aljabas se fabricaban con fibra vegetal. Aparte se les añadía un cinto para colgarlas del hombro, cruzadas sobre el pecho. La correa pasaba hasta el otro lado del cuerpo para que las flechas o los bastones pudieran sacarse por debajo de la axila. Las aljabas se podían cerrar estirando de cuerdas o cubriéndolas con una lona.

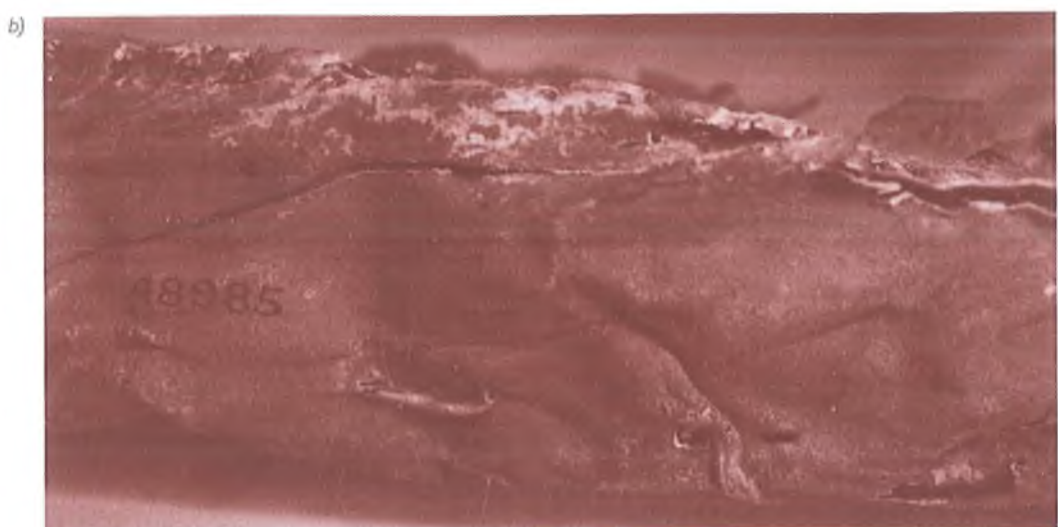
SOLDADOS Y HACHAS

Las herramientas y las armas más antiguas del Paleolítico fueron los fragmentos bifaces y las hachas sin mango. Los mangos no se incorporaron hasta 45.000 a. C., aproximadamente, formándose así las típicas hachetas.

Las hachas se utilizaron a lo largo de toda la historia de Egipto, en contextos tanto ceremoniales como funcionales; también se han hallado miniaturas y hachas con valor de amuleto en varios yacimientos predinásticos. Sigue siendo difícil determinar el papel exacto de las hachas en la iconografía. En la mitología africana, se asocian a menudo con el azadón y fueron usadas frecuentemente como símbolo de liderazgo y de un orador autorizado. Durante el período arcaico y el Reino Antiguo, como hemos visto, el azadón siguió siendo representado en las escenas de destrucción de las murallas de

a)

b)



una ciudad. Durante el Reino Nuevo se emplearon hachas en contextos idénticos, para derribar las puertas de las fortificaciones (fig. 89 p. 174).

Aunque no disponemos de pinturas ni grabados antiguos que representen varones armados con hachas, sí se pueden ver esas figuras entre los jeroglíficos de la época. Se ha fijado una tipología exhaustiva de las hachas del Reino Antiguo a partir de los vestigios conservados. No obstante, a menudo resulta difícil distinguir lo que fueron hachas de batalla entre las herramientas más comunes de este período. En cuanto a los testimonios del Reino Antiguo, podemos encontrar hachas en las escenas de combate de la tumba de Jamehesit, en Saqqara, donde se observan hachas con empuñadura curva y hojas en forma de media luna, metidas en el faldón de los soldados que acercan a las murallas las escaleras de asalto (fig. 16). Sabemos que se fabricaron también hachas de hoja perforada, pero no se han encontrado restos materiales de este tipo de armas. Las hachas aparecen también en algunas escenas de la tumba de Inta, en Deshashe (fig. 15), manejadas con una o las dos manos.

SOLDADOS Y LANZAS

La lanza fue una de las principales armas del hombre antiguo y su uso puede datarse fehacientemente desde c. 70.000 a. C. En tanto que arma ofensiva, su longevidad no ha tenido parangón en los ámbitos militar y cinegético. Posteriormente, a pesar de la continua evolución del armamento, con influencias cruzadas entre las culturas, la lanza se ha mantenido en uso hasta el mismo siglo XX, bajo la forma de la bayoneta.

Incluida entre las armas de los primeros guerreros egipcios, la lanza se usaba como arma de corto y medio alcance. El asta se fabricaba con juncos o madera y se remataba con una punta de sílex. Los egipcios también producían una punta peculiar, conocida con el nombre de «punta de cola de pez» (fig. 27). Aunque su función exacta no ha podido ser determinada con certeza, quizá tuvo un uso ceremonial; dejando a un lado aquí su empleo como herramientas de violación, algunas armas llegaron a reverenciarse como iconos mitológicos. Las hojas servían para varias funciones. Un ejemplo de punta de cola de pez, descubierto con una cuerda enrollada alrededor del extremo, era sin duda un proyectil que pudo haber sido fijado a un asta de lanza. Aunque esta clase de hojas se puede haber empleado como puntas de lanza, también se las utilizaba como dagas o espadas cortas.

Figuras 26 a y b (página anterior). Aljaba de cuero teñido, cosida hasta darle forma cilíndrica. Se cierra al estirar de una cuerda que rodea la abertura, anudada repetidamente. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 27. Se conservan numerosas puntas de lanza del tipo «de cola de pez», datadas en el Reino Antiguo. Es probable que sirvieran para una multiplicidad de funciones, pero solo se ha encontrado un ejemplo claro de su utilidad en una hoja de daga; como su punta apareció con una cuerda enrollada, parece probable que se empleara como proyectil. *(Bridget McDermott.)*

Desde el principio del Período Dinástico, hacia 3050 a. C., las técnicas metalúrgicas estuvieron en continuo desarrollo y refinamiento. Eso permitió trabajar, perforar y atar puntas de cobre a las astas de lanza, aunque no sabemos con qué materiales.

La única lanza predinástica que sepamos que ha pervivido hasta nuestros días se descubrió en la tumba de Hemaka; probablemente era de naturaleza ceremonial. Se había construido con un asta de madera, y la punta, con un colmillo de elefante. El colmillo se incrustó en el palo y luego se aseguró con dos clavos de cobre, que atravesaban la base de un lado a otro.

Los guerreros primitivos dependían de lanzas sencillas, fabricadas con juncos o madera y con puntas de sílex. Es probable que en la caza y la guerra se utilizara asimismo una variante de la lanza: las varas o bastones afilados. Hay representaciones arcaicas del valle del Nilo que muestran la figura de un varón atravesando el cuerpo de su ene-

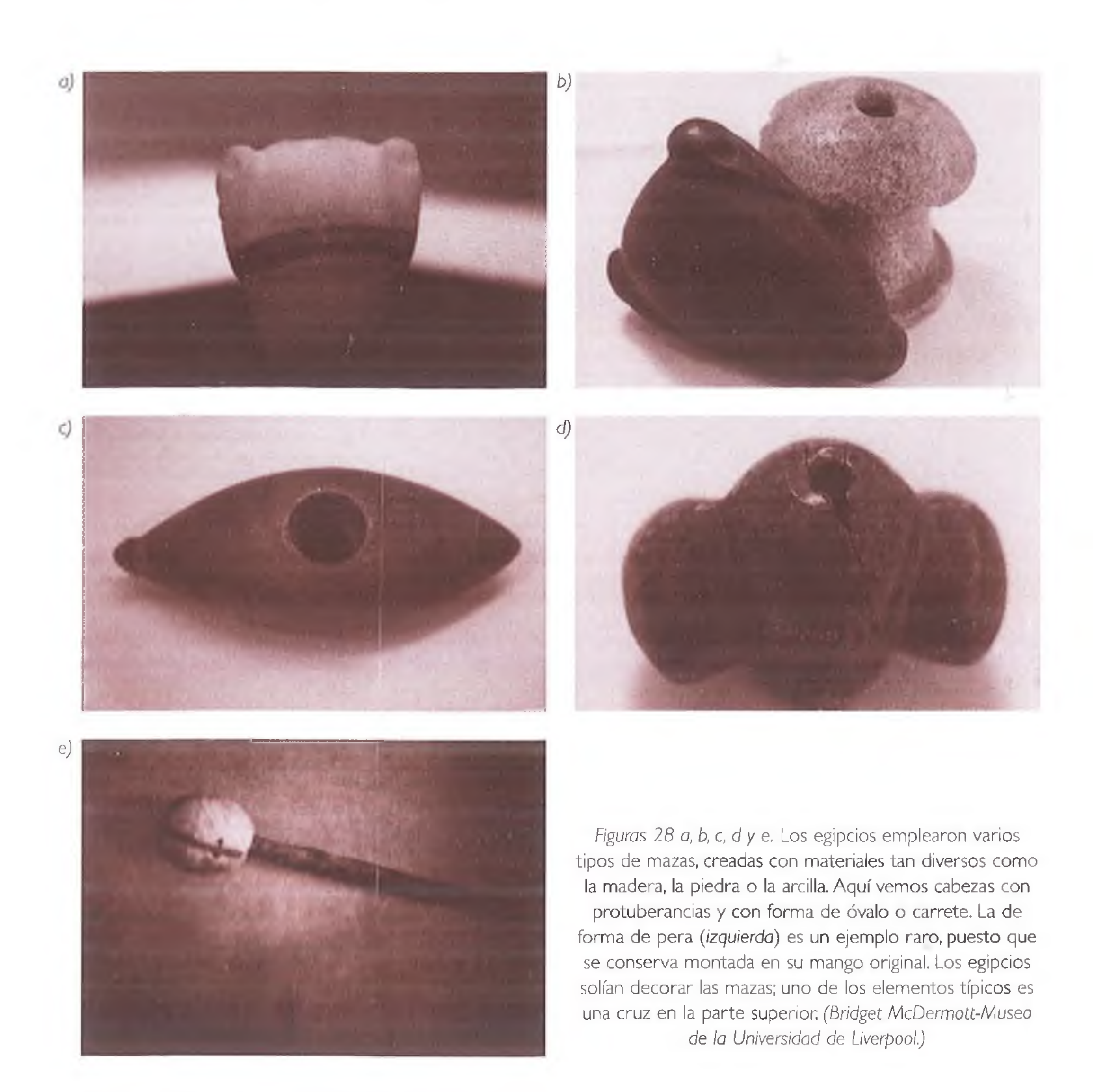
migo con una de estas lanzas (fig. 13). El papel tradicional de la lanza en la conceptualización militar se define por vez primera en la paleta de los Cazadores, en la que aparecen guerreros amados con pares de lanzas (figs. 8 y 9). Esta escena pone de manifiesto cuán rudimentaria era la imagen prototípica de los infantes de una *phyle* egipcia; sin embargo, esta representación se convirtió en uno de los rasgos más comunmente repetidos en la iconografía militar de los períodos posteriores de la historia del antiguo Egipto. Se percibe con nitidez la presencia de cuatro lanzas; en todos estos casos, el soldado lleva asimismo un palo arrojadizo como arma de refuerzo.

SOLDADOS Y MAZAS

Hay una abundante variación en los diseños de cabezas de maza a lo largo de todos los períodos de la historia de Egipto (fig. 28). Las cabezas se fabricaban a partir de materiales tan diversos como la piedra o la arcilla; en ocasiones, incluían muescas o protuberancias; y a menudo se tallaban en ella motivos animales o humanos. Entre las mazas predinásticas figuran cabezas con forma de disco, de pera, de diamante o de carrete, así como ovales y redondas. Suelen estar decoradas con motivos artísticos, siendo el más frecuente una cruz en la parte superior.

Durante los períodos siguientes, la maza quedó asociada con las fortificaciones celestiales y aparece en varios textos del templo de Edfu como la deidad de «El gran Blanco». La maza ya aparecía en la temprana iconografía religiosa; a menudo se la representaba en las garras de un halcón, cuando se reproducían escenas de asedio militar, como símbolo de la destrucción de las murallas y fortificaciones enemigas. Si tenemos en cuenta que se la ha descrito como *el arma* por antonomasia del Período Predinástico, resulta sorprendente ver con qué poca frecuencia aparece, por comparación, en el contexto del arte militar. Nunca se la ha encontrado, por ejemplo, en representaciones de combate cuerpo a cuerpo. En consecuencia, la significación militar de la maza resulta imposible de definir con exactitud. Dejando a un lado el contexto marcial, sin embargo, la cantidad y la variación de los diseños sugiere el establecimiento de un sistema de comercio coherente. Ahora bien, la maza es por definición un objeto desequilibrado, en el que la desproporción entre el peso de la cabeza y el del asta provocaba que esta fuera propensa a partirse. Quizá por eso hubo preferencia por las porras y los bastones, cuyo reparto de pesos más regular no disminuye el efecto brutal de su manejo.

En la paleta de los Cazadores, aparecen seis figuras de cazadores-guerreros armados con mazas; todos ellos llevan, además de la maza, un arco o una lanza (fig. 8). El arma sobresale siempre por encima del hombro del guerrero, en una postura convencional con la que se indica que se está a punto de golpear. Las imágenes de la paleta de los Cazadores dan testimonio, asimismo, del uso de las dobles mazas. La maza se emplea-



Figuras 28 a, b, c, d y e. Los egipcios emplearon varios tipos de mazas, creadas con materiales tan diversos como la madera, la piedra o la arcilla. Aquí vemos cabezas con protuberancias y con forma de óvalo o carrete. La de forma de pera (*izquierda*) es un ejemplo raro, puesto que se conserva montada en su mango original. Los egipcios solían decorar las mazas; uno de los elementos típicos es una cruz en la parte superior. *(Bridget McDermott-Museo de la Universidad de Liverpool.)*

ba sobre todo como arma secundaria, para rematar a los animales o enemigos heridos. Es un arma demoledora, definitiva, que por ello mismo se convirtió en símbolo de dominación absoluta.

Aunque la maza parece faltar en las escenas de combate singular de las pinturas murales de la Tumba 100 de Hieracómpolis, sí que aparece en una escena prototípica, blandida por un guerrero que golpea con ella a los prisioneros; la peculiaridad radica en que la escena está claramente aislada del ámbito del combate real (fig. 4a, detalle).

A la vista de la importancia de esta tumba, sería de esperar que la maza, si de veras tuvo significación como arma de guerra, hubiera sido incluida en las escenas de combate. Durante esta fase primitiva, la maza podría haber sido asimilada a las imágenes heráldicas de la dominación regia y el gobierno legítimo, puesto que hoy, en los modernos rituales de Estado, se la emplea justo de ese modo.

SOLDADOS Y PALOS ARROJADIZOS

Los más destacados estudiosos de la guerra egipcia siguen en desacuerdo en lo que respecta al uso del palo arrojadizo (una suerte de bumerán, sobre cuyo uso y características volveremos más adelante) durante el Período Predinástico. A pesar de que se los halla muy raramente en las excavaciones, hay palos arrojadizos en las estelas predinásticas, las inscripciones funerarias y los textos jeroglíficos.

Aunque no han pervivido restos materiales que puedan datarse en el Reino Antiguo, sería un error asumir que estos palos carecían de función militar. De hecho, lo más probable es que se usaran de modo ininterrumpido, lo que explicaría la aparición de este arma entre las escenas de combate del Reino Medio (véase más adelante). Por supuesto, encontramos referencias a la utilidad de los palos arrojadizos en los textos del Reino Antiguo, y hay testimonios de su comercio desde el período arcaico.

II

LA GUERRA EN EL REINO MEDIO



UNA HISTORIA DE LA GUERRA EN EL REINO MEDIO

El período de ciento sesenta años (2200-2040 a. C.) que transcurre entre el Reino Antiguo y el Reino Medio se conoce con el nombre de Primer Período Intermedio. Comprende la fase de declive del Reino Antiguo, que se vino abajo debido a dos crisis económicas: por un lado, la causada por la distribución de la riqueza y el poder entre los nobles; por otro lado, una probable crisis debida a factores medioambientales, entre los que figura un estallido de hambruna. En el primer caso, la transferencia del poder a los jefes locales permitió que se desarrollaran ejércitos privados en zonas inestables de los alrededores del país.

Al final, la violencia estalló en el propio Egipto. El comercio se hundió y el país se vio amenazado por los invasores del este. Durante esta época, varias ciudades acrecentaron su importancia; entre ellas Heracleópolis, que era considerada como un emplazamiento estratégico de especial valor, por actuar de bisagra entre la zona septentrional y la meridional. Los príncipes de Hieracómpolis gozaban de un extraordinario poder y su reino se mantuvo estable hasta la ascensión al trono de la casa de Áctoes (Jeti).

Áctoes III inició una querella con sus vecinos del sur, los tebanos, que a su vez intentaron sojuzgar al reino de Heracleópolis; las tierras vecinas distribuyeron sus alianzas entre los dos agresores, cambiando a menudo de bando, según conviniera en cada momento.

El conflicto se describe en la autobiografía de Anjtifi, un gobernador de Hieracómpolis.

> El general de Armant me dijo: «Ven, hombre de valía, navega hacia el fuerte de Armant». Entonces descendí al oeste de Armant, y hallé que todo el ejército de Tebas y Coptos había atacado el fuerte de Armant. Alcancé la orilla oeste de Tebas. Mis bravas y excelentes tropas se dirigieron al oeste y al este de Tebas, dispuestas para la batalla. Pero ninguno se atrevió a salir de Tebas, porque tenían miedo. Todo el Alto Egipto murió de hambre, y todos habían llegado a un estado tal de hambre que se comieron a sus propios hijos.



Figura 29. Estatua de Mentuhotep II. *(Joann Fletcher-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Como se ha descrito aquí, la batalla tuvo lugar en los alrededores de la zona de Armant, en Tebas. El enemigo de Anjtifi no era otro que Inyotef I, el príncipe de Tebas. Inyotef se hizo con el control del sur de Egipto y sojuzgó a los nomos gobernados por Hieracómpolis. Su sucesor, Inyotef II, reavivó el conflicto. Los tebanos del Egipto medio habían emprendido un esfuerzo desesperado por conquistar el norte.

Mentuhotep II (fig. 29) sucedió a Inyotef en 2040 a. C. Este príncipe tebano actuó más como gobernante legítimo de Egipto que como gobernador provincial, por lo que

buscó el modo de reunificar nuevamente los dos reinos del Alto y el Bajo Egipto. Heredó la tierra que se extiende desde la Primera Catarata meridional hasta el décimo nomo del Alto Egipto; entre Mentuhotep y el norte se encontraba la ciudad de Asiut, que todavía estaba bajo el control de caudillos provinciales. Tras una larga lucha, Mentuhotep capturó Asiut y puso fin a este prolongado período de guerras civiles. Derrotó a la dinastía heracleopolitana y se convirtió en iniciador de la etapa histórica del Reino Medio. Mentuhotep fue un político excelente. Permitió a los gobernantes leales de las provincias aliadas que mantuvieran sus puestos y conservó en la zona a los administradores tebanos. Una vez más florecieron el comercio y los proyectos arquitectónicos.

Mentuhotep murió tras haber reinado durante 51 años. Su templo funerario se construyó en Tebas y sirvió de modelo para el posterior templo de la reina Hatshepsut, erigido ya en el Reino Nuevo (fig. 30). En él se encuentra además una cámara mortuoria única, con un grupo de momias de soldados; se cree que estos hombres, tal como tendremos ocasión de ver más adelante, murieron en la guerra que derivó en la reunificación de Egipto y tuvo como resultado el gobierno unificado de Mentuhotep II.

Las principales provincias asociadas con las guerras civiles fueron El-Bersha, Asiut y Beni Hasan. Sus tumbas nos han legado un gran número de representaciones de temas militares, pero por fortuna el historiador cuenta asimismo con una gran abundancia de vestigios arqueológicos, entre los que no faltan los objetos de naturaleza militar, como las hachas, los arcos o las dagas. Tras la época de inestabilidad civil, Mentuhotep trasladó a Tebas la capital de Egipto; pero una vez fallecido el restaurador de la unidad de Egipto, sus sucesores volvieron a establecerla en Menfis, al norte. El Reino Medio se considera como la edad clásica de Egipto: el período en que la literatura egipcia alcanza su máximo esplendor. De esta época proceden los textos sapienciales, las obras del alto funcionariado y las composiciones imaginativas de más relieve. Numerosos textos de este período —como *Las aventuras de Sinuhé*, el *Relato del Náufrago* y *El oasita elocuente*— dan cabida a los temas de la moralidad y la justicia, características estas que interpretaron un papel fundamental en el pensamiento religioso del Reino Medio.

El pueblo egipcio había confiado una vez más en el faraón para alcanzar la salvación personal. Durante el Reino Medio, la supervivencia de la persona en la vida del Más Allá empezó a concebirse supeditada al hecho de que en esta vida se hubieran comportado de un modo ético y correcto. El culto a Osiris cobró una relevancia inusitada en la teología del Reino Medio. Cada año se celebraban sus misterios en el principal centro de culto, en Abido; y Osiris, dador de vida y dios de la fertilidad y la regeneración, se convirtió en un símbolo de la victoria del bien sobre el mal. Tras la muerte, se confiaba en poder ser juzgado ante Osiris, en la gran Sala del Juicio, en un proceso durante el cual el corazón y los hechos se pondrían en las respectivas pesas de una balanza crucial.

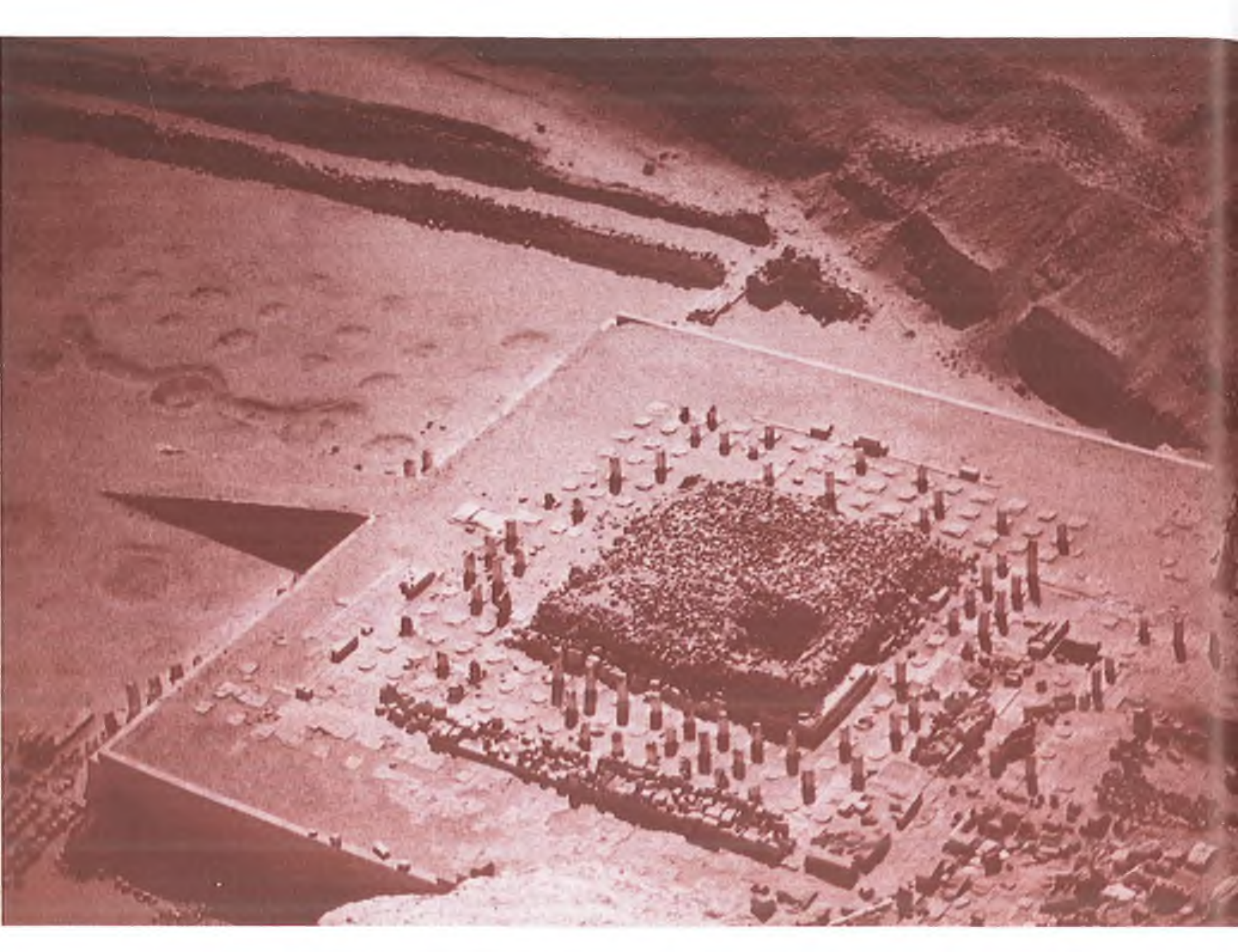


Figura 30. Ruinas del templo funerario de Mentuhotep II en Tebas. Se halla situado junto al templo de la reina Hatshepsut, erigido durante el Reino Nuevo con una clara influencia del primero. *(Joann Fletcher-Deir el-Bahari, Tebas.)*

Son pocos los edificios religiosos que han pervivido de esta época, pero basta contemplar los restos del templo de Mentuhotep II en Deir el-Bahari (Tebas), para apreciar la elegancia del diseño y el refinamiento de los complejos funerarios del Reino Medio. Los gobernantes egipcios levantaron estructuras piramidales en la zona septentrional, en Dahshur, Lisht y Hawara. Este período se caracteriza asimismo por un nuevo estilo de las estatuas reales, que adoptan la forma de momias; por su parte, las estatuas de particulares nos muestran a funcionarios en la posición de ruego, que con

frecuencia adoptan el estilo de las estatuas-cubo: individuos sentados con las piernas flexionadas hacia la barbilla. Las extensas superficies cuboides de estas estatuas eran decoradas luego con inscripciones.

Los egipcios habían logrado estabilizar el control de la zona meridional, donde erigieron toda una serie de fortificaciones. Egipto pasó a desarrollar un papel de relevancia en la política del Próximo Oriente, en la que países como Siria sellaron sus alianzas con tesoros o tributos. Durante el Reino Medio, Egipto también mantuvo relaciones comerciales con Creta; eso explica que se hayan encontrado restos de cerámica minoica en Illahun y Abido. A Egipto llegaron trabajadores extranjeros, y fueron nutridos los grupos de asiáticos que se asentaron en el Delta. Bajo el reinado de Sesostris I los egipcios emprendieron campañas militares en Siria y Palestina. Además, en Nubia se hallaron los *Textos de execración*: una serie de estatuillas mágicas en las que se había inscrito los nombres de los enemigos de Egipto; una vez grabadas se procedía al destrozo ritual de las figuras y se las enterraba debajo de los edificios. Del mismo modo, los símbolos de los «Nueve Arcos» —los enemigos tradicionales de Egipto— se representaban debajo de las sandalias del rey o en los mismos suelos del palacio real.

LAS TÉCNICAS DE ASEDIO

En la zona del Próximo Oriente, se han encontrado vestigios de técnicas de asedio desde el período Neolítico. Las excavaciones arqueológicas han recuperado muros fortificados de hasta 34 m de grosor, erigidos en Mesopotamia hacia 3000 a. C. En Egipto podríamos remontarnos incluso algo más atrás, puesto que en determinadas imágenes de las paletas arcaicas y las miniaturas de arcilla de hacia 3100 a. C. ya se constata la presencia de estructuras fortificadas (fig. 31).

Cuando se planeaba un sitio, las cuestiones principales eran la situación topográfica de la ciudadela, su forma, su tamaño y su fuente de agua. La operación se planeaba de modo que permitiera al ejército atacante cercar por entero el perímetro de la ciudadela y hacer pasar hambre a sus habitantes, impidiendo la renovación de provisiones. Una vez había ocupado la posición fijada, el ejército tenía que mantener una estrecha vigilancia sobre todos los muros y posibles surtidas de la ciudadela, para evitar que nadie abandonara la ciudad en busca de auxilio. A este respecto, no hay que olvidar que el ejército atacante seguía siendo un objetivo vulnerable, puesto que si los cercados se desesperaban, podían lanzarse contra los sitiadores.

Se conocían varios métodos para abrir una brecha en las murallas de una ciudad. Los soldados podían conseguir o bien pasarla por alto, o bien atravesarla. Los egipcios emplearon escaleras para alzarse sobre las protecciones. Estas escaleras debían prepararse especialmente en el mismo lugar de sitio, puesto que se necesitaban las medidas con-



Figura 31. Paleta arcaica con la representación de una serie de ciudades fortificadas. En todos los casos aparece un animal que está abriéndose paso con ayuda de un azadón. El león, el halcón y el escorpión son símbolos asociados tradicionalmente con el poder monárquico o divino. Véase también la figura 89, donde unos soldados del Reino Nuevo golpean con hachas en las puertas de las fortalezas enemigas. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

cretas de cada muralla; por otra parte, solamente eran efectivas para barreras de una altura inferior a los 10 m. En algunas representaciones del Reino Nuevo podemos observar a soldados talando árboles con ese fin; en las escenas del Reino Medio es más frecuente ver a los egipcios derribando las murallas con grandes hachas o con arietes de asalto. Estas dos técnicas de asalto —que podemos ver en paletas arcaicas y en escenas de las tumbas primitivas— podían llegar a abrir paso a los atacantes porque las murallas solían estar construidas con adobe. Otra opción era que los zapadores tomaran la ciudad cavando túneles bajo sus muros; pero no tenemos ninguna prueba que demuestre el uso de este método en el Egipto antiguo. A este respecto, sí son numerosos los relatos antiguos que nos informan del uso de artimañas para abrir brechas en los muros; no se trataba, desde luego, de un concepto desconocido para ellos. Un texto datado en el Reino Nuevo, por ejemplo, revela cómo los miembros de un ejército egipcio lograron acceder al interior de la fortificación de Joppa por la vía de esconder a sus soldados en cestas que debían ser transportadas hasta el interior del complejo urbano.

La guerra de asedio exigía una gran cantidad de tiempo y una importante disponibilidad de soldados; además, los egipcios emplearon cálculos matemáticos complejos y técnicas de ingeniería avanzada. Una gran parte de lo que en este campo han averi-

guado los arqueólogos proviene de fuentes asirias; pero también han pervivido hasta nuestros días algunas muestras, aunque discretas, de la logística militar egipcia. Los documentos del Reino Nuevo apuntan a que las operaciones de este tipo podían prolongarse durante períodos muy extensos: en uno de los ejemplos citados, el ejército de Tutmosis III mantuvo sitiada Megiddo durante siete meses. Entre tanto, el ejército sitiador debía enfrentarse a los problemas habituales de esta clase de operaciones. La ocupación a largo plazo de un sitio puede provocar una serie concreta de reacciones psicológicas, puesto que el cerco constiste esencialmente en un juego de paciencia; así pues, el ejército tenía que vérselas con situaciones tales como el aburrimiento o la decadencia moral. Como se ha indicado más arriba, los sitiadores eran vulnerables a los ataques sorpresa del enemigo; pero no eran estos los únicos riesgos. Entre los hombres acampados durante todo ese tiempo podían surgir dolencias y enfermedades tales como plagas de piojos, disentería e infecciones de los pies. Y lo que es más, el proceso mismo suponía un coste tan elevado que los egipcios se veían obligados a valerse de los recursos naturales de la zona para procurarse la comida, calor y un refugio.

UNA HISTORIA DE LA FORTIFICACIÓN

En Egipto se conocen estructuras fortificadas que se remontan incluso al Período Predinástico (3150 a. C.). Durante el Reino Antiguo (2700-2190 a. C.) los egipcios erigieron estructuras de protección en las regiones meridionales, con los muros defensivos conocidos como *sun*, que podrían haber dado su nombre moderno a la zona de Asuán. La Primera Catarata hacía las veces de barrera infranqueable para la navegación; en este punto, era preciso sacar las embarcaciones del agua y transportarlas por la orilla hasta poder reanudar el viaje. Durante el Reino Nuevo, los egipcios levantaron muros defensivos y ciudadelas por todo el desierto occidental, el Sinaí y la costa mediterránea. Igualmente, mantenían una cadena de edificaciones fortificadas en el sur. Durante el reinado de Amenemes I (Amenemhat), la parte oriental del Delta estuvo flanqueada por una serie de fuertes conocidos como «las murallas del príncipe», concebidos para proteger a Egipto de las invasiones orientales.

Un epíteto real frecuente en este período incluye la determinación de «ampliar las fronteras de Egipto», como mención directa al programa nacional de expansión y dominación. Para mantener controladas las zonas sojuzgadas en el extranjero, los egipcios construyeron posiciones fortificadas que les permitieran dominar la navegación y las caravanas comerciales, a la vez que defender el territorio. Durante el Reino Medio se explotaron las minas de cobre y de oro, que se convirtieron en activos importantes para la economía egipcia. Las fortalezas de la zona se idearon para asentar y acrecentar la relevancia de Egipto en Nubia y proteger sus intereses; por eso estaban situadas

en los puntos en los que las rutas comerciales se separaban del río. Para transportar a estas minas la comida y el agua se recurría a caravanas de acémilas. No hay testimonios que indiquen el asedio de estas guarniciones, pero las excavaciones arqueológicas han demostrado que se encendió fuego de forma habitual; quizá ello se deba a las técnicas locales de trabajo del metal.

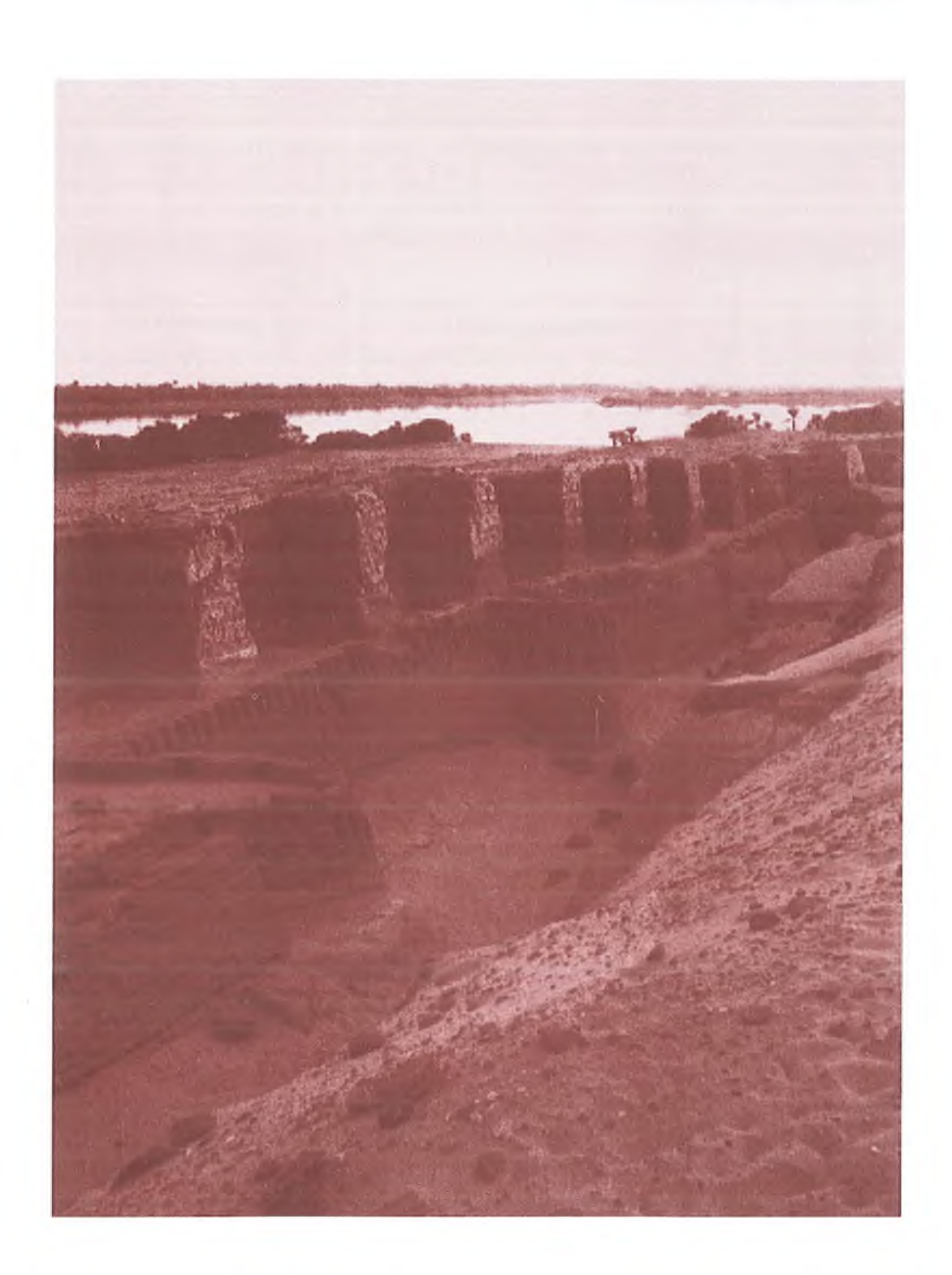
Como se afirmaba arriba, las fortificaciones se construían con adobe; pero se usaban vigas de madera para los dinteles de las puertas y se pavimentaba con piedra. Alrededor del fuerte se levantaba una estructura de baluartes adicionales, junto con una torre albarrana aislada, como atalaya. Si se recibía un ataque desde el exterior, los defensores arrojaban piedras desde los parapetos o las dejaban caer desde trampas preparadas a tal efecto. Los baluartes estaban dispuestos a intervalos que no excedían nunca los 30 m de distancia; con ello se evitaba la presencia de espacios «muertos» entre dos torres, de modo que los soldados siempre podían disparar hacia todas direcciones. La parte superior solía cubrirse por un parapeto almenado que protegía los muros, que a su vez incluían aspilleras rectangulares a través de las cuales se disparaban las flechas o lanzaban las piedras. Las diversas fortificaciones egipcias solían erigirse siguiendo unos planos muy similares, en los que nunca faltaban los talleres, los barracones, los cuarteles de oficiales ni el templo. Por la parte interior del fuerte corrían tanto las calles como las alcantarillas. Muchas estaban conectadas con el Nilo mediante pasadizos cubiertos. Cada fuerte se designaba con un apelativo particular, como por ejemplo «El que desvía los arcos»; en este caso, se trata de una referencia directa al término que empleaban los egipcios para aludir a «los nueve arcos», los enemigos tradicionales del país.

Buhen

La fortaleza de Buhen estaba situada en el extremo norte de la Segunda Catarata. En un principio Buhen era poco más que un asentamiento amurallado, pero durante el Reino Medio los egipcios emprendieron un proceso de expansión militar a gran escala, destinado a absorber Nubia, y reforzaron el recinto hasta convertirlo en una compleja ciudadela, con sus propios depósitos, sus templos y un ejército permanente.

Buhen era una fortificación más dentro de una serie de fuertes que se construyeron en un lapso de tan solo 130 años, entre los reinados de Sesostris I y Sesostris III (Rei-

Figura 32 (página siguiente). Hubo una fortificación en Buhen desde por lo menos el Reino Antiguo. La presente estructura, datada en el Reino Medio, incluía bastiones, glacis y un puente levadizo controlado con un mecanismo de rodillos. *(Archivos de la Asociación para la Exploración de Egipto.)*



no Medio). Los egipcios levantaron estas estructuras con adobe, un material común en los edificios del Egipto antiguo; los adobes se formaban con el fango aluvial del Nilo y muchas veces se mezclaban con paja; luego se dejaban secar al sol, sobre esteras o en moldes. Los adobes empleados en las fortificaciones del Reino Medio, sin embargo, eran bastante más grandes que los de la mayoría de viviendas egipcias. Justo ese tamaño planteaba un problema de secado, ya que era fácil que en el proceso surgieran fisuras longitudinales; la cuestión se solventó intercalando capas de pasto seco entre las capas de barro. Una vez secos los muros, se recubrían con yeso y se decoraban con insignias militares.

La fortaleza de Buhen se construyó y diseñó con una estructura externa rectangular. El cercamiento exterior alcanzaba los 700 m de perímetro, con un grosor de 4 m; el conjunto estaba rodeado por una zanja. Las murallas fueron reforzadas con la construcción adicional de 32 bastiones regulares. El diseño de la muralla occidental incluía una gran torre que a la postre alcanzó los 47 m de altura. La fortaleza contaba con un doble portón de madera y un puente levadizo accionado por un mecanismo de rodillos.

Aparte de los baluartes se levantaron cinco torres menores. Los muros interiores alcanzaban un grosor de 5 m y una altura no inferior a los 11 m; estaban reforzados con torres esquineras y bastiones dispuestos a intervalos de 5 m; en cada uno de ellos se practicaban aberturas redondeadas para la intervención defensiva de arqueros y lanzadores.

En las fortificaciones de fecha más tardía se percibe la intención de mejorar el diseño de Buhen (fig. 33). Por ejemplo, el fuerte de Kuban muestra varias modificaciones, como la ampliación de la línea defensiva y la zanja exterior. Con idéntica meta, la fortaleza de Mirgissa se erigió en la cima de un acantilado; mientras que el recinto de Semna, cuyo cercado adoptó la forma de una letra L, cubría la zona llana de una colina rocosa y empinada. La fortificación de Uronarti se construyó en una isla; tenía forma triangular y estaba reforzada por una serie de muros inclinados, afianzados con baluartes.

También la fortaleza de Askut se levantó en una isla, en el Batn el-Hajar, justo al sur de la Segunda Catarata. A diferencia de las otras fortificaciones nubias, que fueron erigidas en grupos, Askut se situaba en una zona desértica, pero cercana a un yacimiento de minas auríferas. Aun así, estaba preparado para alojar a una población numerosa; las excavaciones han demostrado que disponía de una enorme zona de almacenaje, que ocupaba casi la mitad de la ciudadela. Con este dato como base, los historiadores han sugerido que el granero de Askut podría haber almacenado la mayoría de los víveres de la provincia, que servirían para mantener a un alto porcentaje de los soldados egipcios destacados en Nubia. Se ha estimado que sus depósitos podían ofrecer comida para 5.628 personas al año.

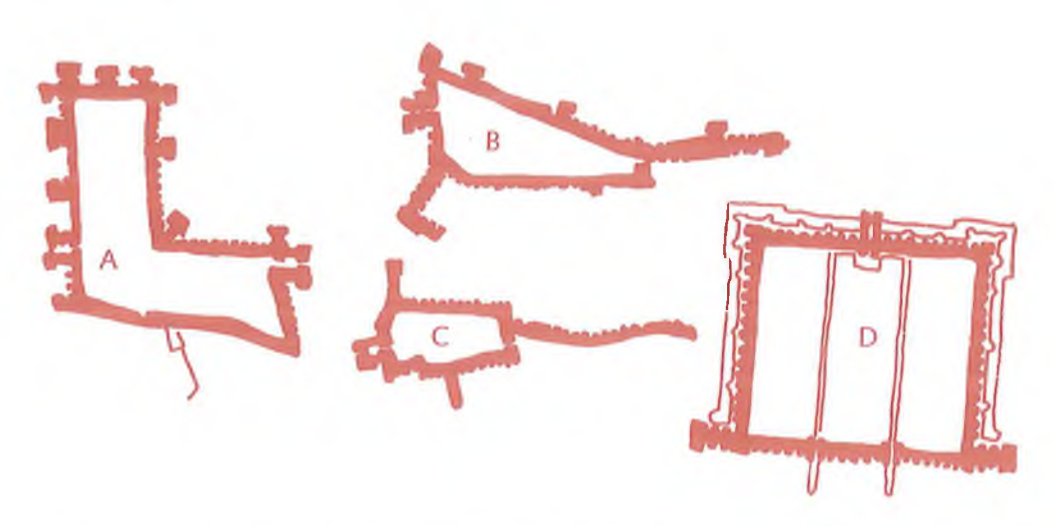


Figura 33. Perfil de algunas fortificaciones egipcias: A, Semna. B. Uronarti. C. Shalfak. D. Buhen (según Adams, 1982). *(Bridget McDermott.)*

LOS SOLDADOS DEL REY MENTUHOTEP II

Durante el curso de 1925-1926, Herbert Winlock, contratado por la expedición del Metropolitan Museum of Art, estaba trabajando en la orilla occidental de Luxor, la antigua Tebas, en una zona situada cerca del Valle de los Reyes. Winlock sentía un interés particular por la historia de la Dinastía XI. En los años inmediatamente anteriores había dedicado buena parte de su tiempo a examinar los vestigios recuperados en los alrededores del templo de Mentuhotep II en Deir el-Bahari. Encontró algunas catacumbas justo debajo de los muros del templo, y entró en ellas; descubrió que cada una tenía un pasadizo que se había ido alargando conforme se sumaban los entierros. La tumba era más baja que las de los nobles y había quedado enterrada por el desprendimiento de un bloque de la parte alta de la pared de roca, unos 35 m más arriba. En una de las tumbas encontró sesenta momias. Aunque es posible que originalmente los cuerpos hubieran sido depositados en ataúdes —puesto que se encontraron pequeños fragmentos de madera cerca de los cadáveres—, al descubrirlos estaban juntos y vendados. Parece probable que los cuerpos se hubieran secado en la arena, después de haber sido recuperados del campo de batalla; no se percibía ninguna otra señal de productos químicos de embalsamamiento. Winlock creyó que los cuerpos debían de pertenecer a caudillos militares que habrían recibido un honorable entierro cerca de su rey.

Winlock describió el hallazgo como «horripilante», e hizo mención al fétido y putrefacto estado que adquirieron los cuerpos cuando se dejaron al calor del sol. En un principio, aquellos cuerpos le recordaron a los de los monjes cristianos coptos. En aquellos días, sin embargo, el mundo continuaba sacudido por los sorprendentes descubrimientos de la tumba de Tutankhamón, y en comparación Winlock se sintió tan decepcionado que ordenó cerrar de nuevo la tumba, que permaneció clausurada durante los tres años siguientes. En 1926 [*sic*] se volvió a examinar su interior y los arqueólogos dieron con una gran colección de vendajes y mortajas marcadas con símbolos jeroglíficos. Winlock ofreció a los obreros egipcios una pequeña recompensa por cada fragmento marcado que recuperaran, y al final logró reunir más de sesenta muestras de ropa impresas con el nombre de los soldados; por ejemplo, con los nombres, perfectamente legibles, de Sobekhotep y Senusoret.

El doctor Douglas E. Derry, profesor de anatomía en la Escuela de Medicina Kasr el-Ainy de El Cairo, examinó los cuerpos en la tienda provisional en la que fueron dispuestos tras extraerlos de la tumba. Mientras procedía con la inspección del décimo cuerpo, le llamó la atención un objeto que sobresalía de la cavidad torácica del soldado: era ni más ni menos que un resto de flecha. Cuando los arqueólogos volvieron a examinar los cuerpos, encontraron numerosas heridas de flecha, que se hacían aún más evidentes al observar de cerca la piel reseca. Concluyeron, por tanto, que habían hallado la tumba de un grupo de soldados. Aquellos hombres habían recibido sepultura en una catacumba que habitualmente se habría reservado para los miembros de la casa real. Tras practicar diversos análisis se consideró que los cuerpos habían sido depositados en la tumba antes de terminarla, puesto que aparecieron herramientas de los artesanos dentro mismo de la cámara funeraria. La tumba no llegaba al metro de altura.

Los soldados

Derry estimó que la estatura media de aquellos soldados debía de rondar los 1,68 m: una altura considerable para un varón egipcio. Sin embargo, Winlock identificó los cuerpos como de raza nubia, ya que su pelo se asemejaba al de los nubios representados en los monumentos egipcios. Algunos soldados tenían cicatrices antiguas, de modo que, al menos en parte, podía tratarse de veteranos. Se constató que habían padecido numerosas heridas en el cráneo y en el rostro. Winlock intentó calcular la edad de los soldados y llegó a la conclusión de que estarían entre los 30 y los 40 años: los dientes estaban muy estropeados y tres de ellos parecían tener el pelo gris. Sin embargo, es importante señalar que el pelo canoso y el deterioro de los dientes eran características comunes entre los varones egipcios aun antes de cumplir la treintena.

Los soldados llevaban el pelo corto, pero habían rizado algunos de los mechones para que el grosor de la cabellera sirviera, en la medida de lo posible, de protección para la cabeza. Dos llevaban barba. A pesar de que se los identificó como arqueros, solamente se encontraron fragmentos de armas junto a los cuerpos. En los brazos aparecieron vestigios de muñequeras, además de otros ejemplos dispersos por el suelo, entre los escombros de la tumba. Los excavadores hallaron también los restos de un arco, con la cuerda de tripa retorcida aún atada; e igualmente una cuerda de lino trenzada, que al parecer se habría usado con el mismo fin.

Se ha conjeturado que seis de los cuerpos fueron atacados por aves carroñeras, puesto que en esos casos aparecen indicios de que parte de la carne había sido arrancada a tiras; según eso, los soldados debieron de pasar un tiempo tendidos en el campo de batalla. También se encontraron puntas de flecha entre el pelo de los soldados; algunas habían producido pequeñas heridas, pero las brechas verdaderamente significativas fueron causadas por el impacto de proyectiles arrojados desde arriba. Entre los ejemplos de heridas por flecha se cuenta un corte de 25 mm en el brazo propiamente dicho de un soldado, así como una incisión en otro, creada por una punta de madera de 70 mm que se adentró en la zona comprendida entre el costillar y la piel. Este último fragmento describía una curva a través del esternón, mientras que la raíz se encontraba clavada en el cuello. En otro de los soldados, una flecha había penetrado por el costado izquierdo del cuerpo (en el ángulo inferior del omoplato, por debajo las costillas) a una velocidad suficiente como para atravesar directamente la cavidad torácica, donde se clavó por igual en el pulmón izquierdo y en el corazón. Se encontraron otras saetas en una zona aneja a un pequeño agujero circular abierto en la base del cuello de otro soldado, con pruebas claras de hemorragia alrededor de la herida. Parece ser que la flecha habría atravesado la parte inferior de la cuenca del ojo izquierdo y había entrado por detrás de la nariz y el rostro. Se encontraron otros hombres que habían sido heridos justo en la zona donde permanecía clavada la punta de flecha; es el caso de una saeta fijada en un omoplato derecho, que sin duda había tocado al guerrero mientras este permanecía herido en tierra. Algunos soldados mostraban incisiones que indicaban claramente que la saeta había entrado por los pulmones y las costillas. Hay huellas frecuentes de abundantes hemorragias en la parte izquierda del pecho. Uno de los soldados tenía fragmentos de flecha distribuidos por el pelo, pero que no le habían provocado heridas en el cuero cabelludo. Por otro lado, entre los restos de vendajes y en los cuerpos se recuperaron otros tres fragmentos de puntas, con adherencia de tejidos corporales. Otro soldado tenía una herida abierta por punción en el costado izquierdo del cráneo: el hueso se había partido en dos partes que aún permanecían unidas a la parte interior de la cavidad craneal. Esta herida podría ser el resultado de un golpe recibido en la cabeza por una flecha lanzada con gran fuerza; de hecho, las escenas militares del Reino Medio a menudo representan imágenes de enemigos derribados de este modo por las flechas.

La escena de la batalla

El examen de los restos indica que las heridas descritas más arriba fueron causadas esencialmente por flechas o por piedras arrojadas desde gran altura; quizá desde lo alto de unas murallas o desde un risco que dominara la llanura en la que resultaron atrapados los guerreros. Durante la batalla, los soldados de Mentuhotep fueron rechazados y el ejército atacante pudo regresar al campo de batalla para rematar a los heridos, ya fuera apuñalándolos o quebrándoles la cabeza con objetos contundentes, probablemente porras o mazas; el análisis muestra sin lugar a dudas que los soldados sufrieron un alto porcentaje de heridas en la cabeza y que tenían las narices rotas. Algunas de las heridas fueron provocadas *post mortem*: resulta evidente que los atacantes se aseguraron de rematar definitivamente a sus enemigos. Son numerosas las manchas de sangre, de lo que podría deducirse que muchos de los soldados yacieron en el suelo, desangrándose hasta morir. Los cortes y los golpes que sufrieron fueron administrados con una enorme fuerza. Cuando los atacantes se retiraron, los cuerpos fueron asaltados por las aves de carroña. Estas devoraron la piel y los músculos de piernas, rodillas y pies, al igual que los brazos, las arterias y los tendones. En el caso de uno de los soldados, el abdomen y el pecho resultaron particularmente dañados. Todos los cuerpos fueron enterrados en arena y se secaron antes de ser vendados; se secaron de forma natural, con las manos a los lados y la piernas extendidas. Algunos mostraban los tobillos cruzados y los codos flexionados con las manos pegadas a los hombros o situadas bajo la parte derecha de la cara. No hay signos de embalsamamiento: conservaban las uñas y los dedos de pies y manos, y los tendones estaban bien conservados. Los órganos internos seguían siendo reconocibles, pero los genitales se habían abotargado durante el proceso de putrefacción. Se encontró arena en los cuerpos y en las densas cabelleras. Las heridas estaban cubiertas de arena, al igual que los ojos y la boca; se había aplicado arena en las heridas y en el interior de los cráneos. Parece que los soldados fueron envueltos en vendas de lino mientras permanecían en el mismo campo de batalla; en cada cuerpo se emplearon varias capas de lienzos de lino.

SOLDADOS Y CORAZAS

Reino Medio

Protección de la cabeza

Aunque los exámenes practicados a las momias de los mercenarios de Mentuhotep II revelan que para protegerse el cráneo de las puntas de flecha los guerreros antiguos re-

currían a trenzar el pelo, no hay indicios que lleven a pensar que los soldados egipcios utilizaron cascos metálicos o de tela antes del Reino Nuevo.

Protección pectoral

Durante el Reino Medio, los soldados utilizaron como protector pectoral una serie de correas de cuero, que se ajustaban a los hombros para cruzarlas por el pecho. Esta clase de prendas —que usaban asimismo los navegantes, los bailarines y los acróbatas— se empleaban además como punto de agarre y de sujeción de armas, como una forma ligera de protegerse de las flechas desviadas, y como escudo para resguardar el pecho de los golpes. Los soldados de este período también llevaban una especie de fajas abdominales, fijadas con correas a los hombros; se vestían por la parte delantera del cuerpo y se anudaban al cuello y a la cintura con cintas fabricadas, probablemente, con alguna clase de lino almohadillado. La importancia de esta prenda queda de relieve en el momento mismo en que la adopta para sí el dios Horus de Buhen, durante la Dinastía XII; ello da a entender que este tipo de faja había llegado a ser ciertamente característico de la iconografía militar. Se lo conoce como *qny* [*queny*]. Por último, destacaremos que en las pinturas funerarias de El-Bersha se encuentra el primer ejemplo conocido de peto verdadero: los soldados se protegen el pecho con piezas de cuero o lino reforzado, sujetas por las arriba descritas correas pectorales (figs. 34 y 55, p. 105).

Escudos

Durante este período el ejército egipcio utilizó una gran variedad de escudos de cuerpo entero, que a menudo quedaron reflejados en las pinturas murales funerarias y en la decoración de los ataúdes y los toldos de los barcos en miniatura. Existen tres tipos



Figura 34. Estos soldados del Reino Medio, tomados de pinturas de las tumbas de El-Bersha, están armados, respectivamente, con un hacha de hoja oblicua, un escudo, una lanza larga y una jabalina. *(Bridget McDermott.)*

principales de escudo militar. La infantería solía emplear una suerte de rodelas ligeras, de un metro de altura, aproximadamente; pero en las tumbas de Asiut se retrató a los infantes con escudos del tamaño del cuerpo. Desplegadas, las embrazaduras de la parte interior podían llegar a medir varios metros (figs. 34 y 55). Ahora bien, la creación más singular y asombrosa de este período corresponde al enorme escudo de asalto que aparece en las escenas de batalla de las tumbas de Beni Hasan. El propio tamaño de estos escudos ya implica que solo para moverlos se necesitaba la colaboración de varios soldados. Es de creer que tal exigencia dificultaba las maniobras militares, y por eso esa variante fue abandonada pronto, en la época del Reino Medio.

SOLDADOS Y ARQUEROS

Arcos

Aunque las armas procedían del Estado, los arqueros eran responsables del mantenimiento de su equipo. Este se les distribuía desde almacenes similares a los que aparecen en algunas escenas de la tumba de Senbi, en Meir. Es probable que los arqueros llevaran a cuestas sus propios petates (fig. 35); ha pervivido una de estas bolsas, que contenía cordaje de repuesto, una muñequera y piedras de pulir. El equipo de los arqueros solía incluir asimismo algunos fragmentos de malaquita, que probablemente utilizaban para protegerse los ojos y ver mejor.

La influencia de las naciones vecinas, y muy especialmente el contacto con la zona de Asiria, posibilitó el desarrollo de un armamento más evolucionado. No obstante, los modelos anteriores —tanto el doble arco convexo como el arco macizo— siguieron empleándose como armas militares. En la tumba de Antefoker se halló un arco que, sin duda ninguna, partía de una construcción compuesta. Los arcos simples de la tumba de Senebtisi se cortaron de ramas naturales y se dejaron sin pintar, con los extremos de ambas palas protegidos por cápsulas de oro.

Los arcos de tipo doble convexo aparecieron durante el período del Reino Medio. En la tumba de Achtoy, por ejemplo, se encontró un gran arco curvado que se empleaba a la vez como arma cinegética y militar. Aunque las representaciones de la tumba de Senbi se centran en las tradiciones cinegéticas, en los almacenes se representaron dos clases de arcos, tensados los dos y mostrados por duplicado. Se ven, en efecto, dos arcos de barriga cóncava y palas redondeadas; pero el resto son arcos simples, que a su vez aparecen entre los signos jeroglíficos, tanto tensados como destensados.

Se ha constatado que los arcos del Reino Medio se dotaron de cuerdas de tripa, pero las preferidas eran las de lino, que demostraron ser más eficientes que las anteriores. Se han examinado varias cuerdas de tripa de la Dinastía XI; en un estudio analítico de los

Figura 35. El único ejemplo conservado de un petate de arquero. Se ven claramente las cuerdas de recambio y las muñequeras; en la bolsa se hallaron igualmente una vasija y fragmentos de malaquita. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*



Figura 36. En esta figura, un arquero emplea la rodilla para fijar el arco mientras lo encorda de nuevo. Se trata de la tumba 15, de Baqt III. *(Bridget McDermott.)*

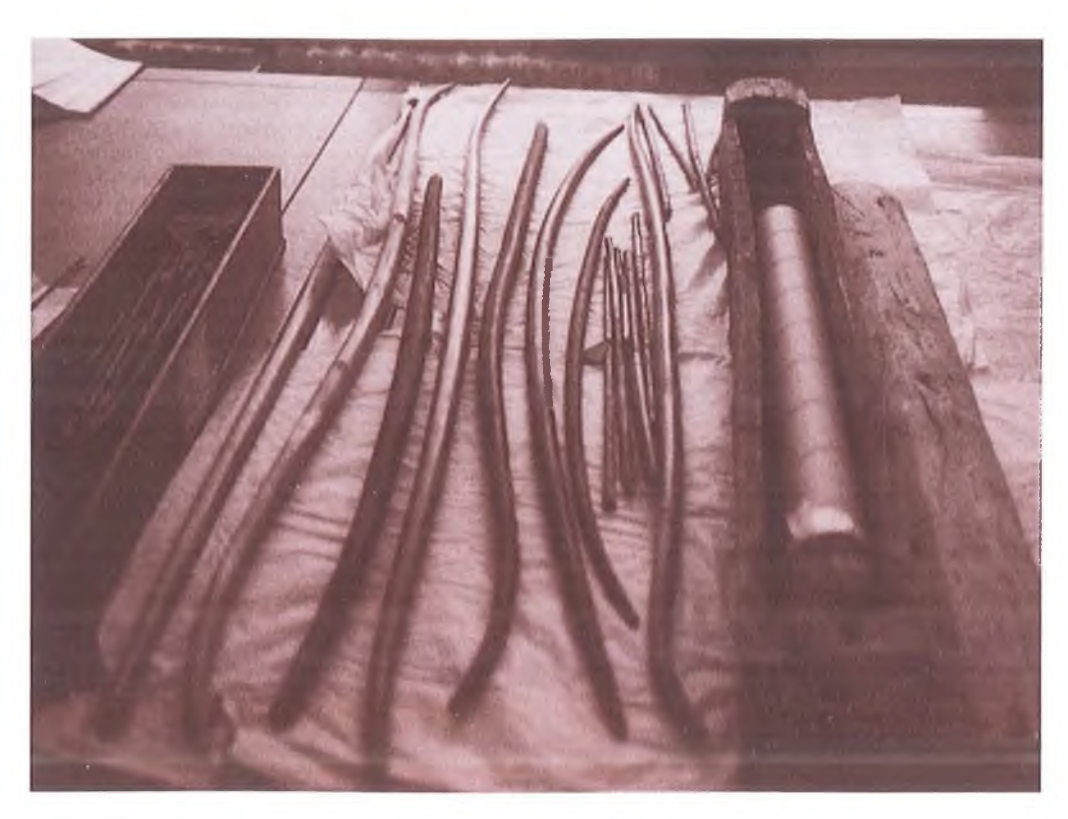


Figura 37 a. Colección de arcos y saetas del Reino Medio en el Museo Británico. A la derecha de las armas hay un estuche de madera. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

restos hallados en la tumba de los mercenarios de Mentuhotep, por ejemplo, se estudian piezas de tripa retorcida de 240 mm de largo por 2 mm de grueso. Se han encontrado a menudo restos de tripa pegados en los extremos de las palas de arcos rotos. El cordaje solía colocarse justo antes del combate militar: el lino se enrollaba en el extremo de la pala superior y se aprovechaba el peso del soldado para doblar la madera y fijar el otro extremo de la cuerda en la pala inferior. Otra forma de ajustar la cuerda era agarrar el arco entre las rodillas y estirar en vertical de un extremo a otro del arco (fig. 36). Entre los restos de las momias identificadas como arqueros de Mentuhotep, se hallaron pruebas que demuestran que las cuerdas del arco se fijaban colocándolas paralelas al eje y enrollándolas luego en los extremos de la pala mediante un sistema de once lazos o vueltas. Estas vueltas servían para tensar la cuerda, porque iban tirando de los extremos del arco hasta que el conjunto adquiría la necesaria tensión. Cabe pensar que los arqueros llevaban varias cuerdas de repuesto, ya que muchas veces se



Figura 37 b. Detalle del estuche de madera mostrado en la fig. 37. *(Bridget McDermott.)*

partían durante el uso, y los soldados no podían arriesgar una demora; aunque no disponemos de pruebas directas de esta clase de prácticas, se han encontrado cuerdas de respuesto en el petate de un arquero. Se ha estimado que durante el combate las podrían llevar enrolladas en la cabeza.

También se han hallado restos de arcos del Reino Medio entre los ajuares funerarios de algunas tumbas descubiertas en los alrededores del templo de Mentuhotep, en Tebas; y había algunos otros entre los materiales del entierro de un sacerdote de la Dinastía XII. Además se sabe que en ocasiones se incluían arcos entre los objetos funerarios de las mujeres, así como figurillas de arqueros; en la reproducción de una panoplia hallada en la tumba de Najt en Asiut también se incluyeron dos arcos.

Por otro lado, los arqueros fueron personajes relevantes en las celebraciones de duelo funerario del Reino Medio. Su significación en el contexto de estos rituales se hace evidente en los textos literarios de este período, como en las *Aventuras de Sinuhé*: «No es un asunto menor que tu cadáver vaya a ser enterrado sin una escolta de arqueros».

A finales del Reino Medio y principios del Nuevo, era frecuente depositar arcos dentro de los ataúdes. Se acostumbraba a desmembrarlos antes; el proceso formaba parte de un ritual funerario en el que se «daba muerte» a los arcos. Hay datos que apuntan al hecho de que hubo equipos de arquería diseñados específicamente para ese destrozo ritual. Los arcos rotos son uno de los hallazgos más frecuentes de este período de la historia egipcia. Por ejemplo, en un yacimiento en Saqqara (donde no era extraño hallar material de arquería dispuesto cerca de los difuntos) se recuperó un arco serrado deliberadamente en dos partes. Esta práctica parece haberse hecho aún más popular durante el Reino Medio, hasta el extremo de que se ha sugerido que todos los tebanos de la Dinastía XI fueron enterrados junto con su arco particular. De hecho, algunos nobles disponían de un arsenal considerable y pidieron que al ser representados en las estelas no faltaran los arcos (fig. 38). La práctica ritual del desmembramiento del arco comportaba numerosas implicaciones. Como acto simbólico podía comportar la muerte del espíritu enemigo, una creencia habitual, que se conserva entre algunos guerreros de la moderna África septentrional; pero quizá simbolizaba la separación metafórica del cuerpo y el espíritu, como una flecha lanzada por el arco. En las *Aventuras de Sinuhé*, este punto se presenta remarcado con gran énfasis, mediante las palabras: «afloja tu arco, depón tus flechas»; esta frase se asociaba con la muerte del cuerpo.

Aunque —de forma un tanto sorprendente— se han encontrado conchas de molusco junto a las muñequeras de los arqueros de Mentuhotep, carecemos de referencias artísticas que indiquen el uso de amuletos entre los militares, a pesar de que esta práctica puede considerarse universal a lo largo de la historia de la guerra. Ahora bien, el empleo de estas conchas por parte de los arqueros nubios se puede comparar con las prácticas de algunas tribus del moderno Sudán, que aún utilizan esa clase de objetos como amuletos de protección. Algunas conchas están perforadas con agujeritos que permiten utilizarlas como una especie de silbato. Resulta extraña esa ausencia de amuletos entre las representaciones artísticas de los soldados del Egipto antiguo; son numerosas, sin embargo, las escenas que muestran a hombres con plumas en la cabeza. Pese a que esta costumbre no era exclusiva del cuerpo de arqueros, se trata de un rasgo obviamente vinculado con la arquería; por otro lado, algunos textos literarios dan a entender que las plumas se utilizaron como amuletos. Por ejemplo, en el *papiro de Edwin Smith* encontramos referencias a las fuerzas protectoras que puede deparar una pluma: «Pronuncia la palabra sobre la pluma de buitre con la que un hombre se ha cubierto, llevándola como protección allí donde va. Servirá de protección contra la enfermedad en el año de la peste». La intervención de los buitres, manifiesta sobre los cuerpos pro-

Figura 38 (página siguiente). Estela de un arquero con su perro. El saetero aparece en la postura tradicional, con el arco en una mano y un haz de flechas en la otra. *(Bridget McDermott-Museo Arqueológico de Florencia.)*



fanados de los soldados caídos, subraya los miedos más profundos de los egipcios en relación con la mortalidad y la conservación física. Parece probable, por tanto, que se confiara en el poder de las plumas de buitre empleadas como amuleto. Por otro lado, la pluma también se asociaba con Maat, la manifestación del caos vencido.

Aparte de estas funciones rituales y militares, los arcos también aparecen en otros contextos. Los objetos conmemorativos aparecen señalados, a menudo, con la representación del equipo de arquería de su propietario; de por sí, esta práctica ya atestigua la condición especial que el arquero ostentaba entre los soldados del ejército egipcio. En las estelas funerarias de este período, los funcionarios suelen estar dibujados con sus arcos: se los ve agarrando el arma con firmeza en una mano y un haz de flechas en la otra (fig. 38). Aparece asimismo el sintagma «fuerte de brazo», que con frecuencia se usa para referirse a la habilidad del arquero. Tradicionalmente, los soldados son presentados con dos arcos, en una dualidad que se manifiesta igualmente en los paneles de los ataúdes, donde los arcos también suelen pintarse por pares. Además, entre la decoración interior de un ataúd de la Dinastía XII —que pertenecía a Achtoy, adminis-



Figura 39. Saeteros de la miniatura de Meserheti. Hay cuarenta arqueros dispuestos en un pedestal de madera, que marchan en fila de cuatro. En una mano sostienen el arco y en la otra las flechas. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

trador de la hacienda de Lisht— hallamos un arco curvado. Se trata de arcos curvos por sistema, que aparecen representados a un tiempo con la envoltura de protección y sin ella. Una escena fragmentaria de la tumba de Amenemes nos muestra a un arquero que lleva dos arcos simples, cuyas palas están protegidas con fundas. Otro ejemplo de esta práctica se puede identificar en una escena procesional de la tumba de Áctoes.

Otro aspecto que debemos tener en cuenta es el de los arqueros en miniatura, tallados en madera, que se empleaban como ejemplo para las compañías de infantes. La más famosa y mejor conservada de todas ellas es la maqueta de los soldados de Meserheti, albergada hoy en el Museo de El Cairo (fig. 39), que representa a cuarenta arqueros armados con el tradicional arco de madera maciza. En el Museo de Bellas Artes de Boston se puede contemplar la maqueta de un arquero armado con un arco roto. Asimismo, debido a su excelente potencial como centinelas fluviales, también resulta frecuente hallar arqueros en las maquetas de embarcaciones (fig. 40). Suelen aparecer con las herramientas y las armas metidas en los faldones. Como último ejemplo, citaremos la figura de un arquero montado en un barco, que se ha descubierto entre los esgrafiados del Reino Medio.

Los arqueros son los soldados que con más frecuencia aparecen representados en la decoración mural de las tumbas de Beni Hasan; muchas veces actúan como pantalla protectora cuando se emprende una carga destinada a resolver una situación de asedio. También interpretan papeles menores, como recuperar las flechas de los muertos. Parece que los soldados recuperaban la posesión de las flechas después de la batalla, incluyendo las armas con las que habían golpeado o herido al enemigo, una práctica que se ilustra con toda claridad en la tumba de Baqt III, en Beni Hasan. En estas escenas funerarias se representan las distintas etapas que seguía un arquero en el proceso de encordar un arco y disparar. En muchos casos, los arqueros sujetan tres arcos. En Beni Hasan se consiguió distinguir unas figuras militares de otras por el método de yuxtaponer las figuras de soldados con piel blanca y con piel morena: mientras que los arqueros de piel blanca llevaban armas auxiliares, las figuras más oscuras portan haces de flechas. No obstante, ha resultado imposible distinguir el rango de los soldados que aparecen en estas representaciones.

Tradicionalmente, los arqueros estaban asociados con los perros, unos animales que desempeñaban una función de vital importancia en las tareas de inspección y reconocimiento. Existieron cargos tan especializados como el de director de criaderos caninos, como se ha constatado en la fortaleza de Buhen; además se han recuperado elaborados collares de perro en zonas funerarias de gran significación, como por ejemplo la de Tutankhamón. Los arqueros empleados como escolta real en los desfiles militares solían acompañarse de estos animales, a juzgar por las representaciones artísticas.

En el arte del Reino Medio, los arqueros suelen desempeñar funciones específicas de estructuras narrativas complejas; con frecuencia inspeccionan grupos de cadáveres que



Figura 40. Los soldados que tripulaban las embarcaciones en las miniaturas del Reino Medio llevan, con frecuencia, armas y herramientas a la espalda, cogidas al faldón. Es habitual que en los barcos militares se dispusieran escudos de gran tamaño, sujetos al toldo o pintados en él. *(Bridget McDermott-Ashmolean Museum.)*

permanecen tendidos en el campo de batalla (fig. 41). La recuperación de las víctimas de guerra se ilustra a la perfección con el ejemplo de los soldados de Mentuhotep, cuyos cuerpos fueron repatriados a Egipto cubiertos y protegidos por la arena. Es habitual referirse a este acontecimiento destacando que debió de tratarse de un acto de respeto único y excepcional; pero cabe la posibilidad de que otros soldados también pudieran recuperar a sus muertos de esta forma.

En la decoración de la tumba de Áctoes vemos a arqueros integrados en un desfile militar que marcha precediendo al rey. Muchas veces actuaron como escolta, y es frecuente su inclusión en las procesiones y paradas del Reino Medio. Otros dos arqueros de la misma cámara funeraria también están formando parte de una procesión militar, que en este caso marcha detrás del propietario de la tumba, Cheuti-Hetep. Los solda-



Figura 41. En esta escena de la tumba 15 de Beni Hasan (la tumba de Baqt III), los enemigos han sido heridos en el cuello. Las flechas egipcias partían con poca fuerza, por lo que el impacto causaba menos muertes que las infecciones posteriores. Parece probable que los saeteros estuvieran entrenados para disparar al cuello, por su especial debilidad. *(Bridget McDermott.)*

dos aprietan los arcos contra el pecho, haciendo demostración del saludo militar típico del Reino Medio. En las pinturas de la tumba de Amenemes, por su parte, encontramos arqueros representados en varias actitudes. Por ejemplo, aparecen ante las almenas de una fortaleza, con los arcos en posición vertical, preparados para disparar. Estos arqueros cuentan con la protección de escuderos; y ellos, a su vez, están dando protección a los soldados que asaltan el fuerte con un ariete. Dos de los arqueros de esta tumba aparecen en lo alto del despeñadero que protege a la fortificación, con las cuerdas tensadas. Además, los arqueros de esta tumba están flanqueados por hombres armados con hachas y jabalinas; a uno de ellos se lo ve en el momento mismo de disparar sus saetas al enemigo.

Aunque está claro que estas unidades desarrollaban movimientos estudiados, fruto de un entrenamiento preciso y organizado, no es infrecuente ver arqueros que, en solitario, corren al azar detrás de las tropas, con la cabeza cubierta. Es posible que estos hombres fueran los responsables de suministrar provisiones de refresco. Por otro lado, resulta evidente, a partir del estudio de las representaciones artísticas, que durante los combates el ejército egipcio usaba formaciones alternas de arqueros y lanceros. Los saeteros, armados por lo general con arcos ligeros, actuaban junto a los lanceros de tal modo que podían oponer una fuerza muy poderosa ante enemigos que dependían exclusivamente de la infantería. Los arqueros podían mantenerse en su posición, pues

quedaban fuera del alcance de los proyectiles, y permitían a los lanceros avanzar contra el enemigo bajo un fuego de cobertura. Se ha apuntado la posibilidad de que el arco del Reino Medio tuviera un radio de alcance de entre 50 y 60 m, lo que podría compararse con los arcos sudaneses modernos, que suben hasta los 87,5 m. En el combate, los saeteros también servían para debilitar y aligerar las formaciones enemigas, una práctica observable en representaciones artísticas en las que la arquería figura siempre a la vanguardia de la acción militar. Esta posición de vanguardia es testimonio, por sí misma, de la especial condición que correspondía a los arqueros en la jerarquía militar.

Flechas

Carecemos de vestigios arqueológicos del armamento militar empleado durante el Primer Período Intermedio, de modo que tenemos que abstenernos de realizar cualesquiera interpretaciones que afecten a esta etapa histórica. Lo único seguro es que los egipcios todavía fabricaban puntas de flecha compuestas (fig. 42), porque se las identifica claramente en los textos jeroglíficos. En el yacimiento de Asiut se han encontrado muchas muestras de arcos de la Dinastía VI; pero no se conoce la existencia de secuencias figurativas entre el arte pictórico del Tercer Período Intermedio.

Tradicionalmente, las saetas egipcias eran de junco y madera. La punta del astil, ligeramente afilada y redondeada, formaba una cuña o espiga que por lo general se insertaba en el junco (fig. 43). La unión se reforzaba con nervios o hilos y cubriéndola con una capa gruesa de mástique negro. En lo que respecta a los métodos de emplu-



Figura 42. Excelente ejemplo de punta de flecha compuesta, fechada en el Reino Medio. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 43. La cabeza de este astil forma una cuña que se introduce en el junco, y la unión se sella con mástique. Al impactar en un blanco, el astil se vuelve a separar y la punta queda clavada con firmeza. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 44. Esta saeta del Reino Medio es un raro ejemplo de la antigua técnica de emplumado. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 45. Flechas de Asiut, fabricadas durante la Dinastía VI. El astil es de junco. La punta se fija con mástique y se le añade, transversalmente, una punta de sílex. El segundo ejemplo de saeta de punta transversal se halló envuelto en lino. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

mado, raras veces han sido objeto de análisis científico. Sin embargo, es una pericia peculiar, conocida igualmente entre las tribus del África actual, en la que un extremo afilado de las puntas de flecha se inserta en los astiles de tal modo que la varilla se despega una vez que la flecha encuentra su blanco. Esto evita que la punta se suelte por el peso del astil, o que la flecha se rompa. Las flechas podían alcanzar hasta un metro de longitud, aunque lo habitual era que variaran entre los 559 y los 864 mm. Se han dado tantas anomalías en los cálculos de la longitud de las saetas del Reino Medio, que se hace imposible, en el contexto de este estudio, intentar ofrecer un análisis definitivo de estas mediciones. Con gran frecuencia, las flechas estaban rematadas por una cabeza metálica o de varias puntas o en forma de triángulo. Posteriormente se añadían tres flechas, encoladas a lo largo del astil a intervalos iguales (fig. 44). También hubo puntas de sílex, fijadas con una capa espesa de resina negra (fig. 45). El sílex continuaba siendo de uso habitual, pero también se han encontrado puntas de madera y de ébano, que se dotaban de engorras o astillas laterales. Estas engorras adicionales facilitaban que la saeta se clavara con mayor firmeza. Hay dos clases de puntas de flecha que suelen considerarse propias de las armas cinegéticas: las incisas con muescas y las de engorras redondeadas; pero las dos han sido igualmente identificadas en escenas

militares. También los saeteros de la maqueta de Meserheti llevan flechas de este tipo. En la tumba de Senbi (fig. 46) vemos flechas fabricadas con puntas largas y rectas, además de otras de hoja oblicua, que se empleaban para la caza.

Cuando Winlock examinó los cuerpos de los soldados de Mentuhotep, descubrió que los hombres habían sido heridos o habían muerto por flechas de junco rematadas con puntas de ébano: en la cabeza de uno de los soldados momificados se halló una muestra de esta clase. Entre el conjunto de vestigios materiales que acompañaba a este grupo de arqueros fallecidos en combate se encontraron tres fragmentos más. También tenemos noticia del uso contemporáneo de puntas de cobre. La ventaja de este material en concreto radica en el hecho de que era suficientemente duro para producir una penetración profunda, pero a la vez suficientemente blando para doblarse al chocar con el hueso; así pues, el cobre suponía una cabeza más eficiente, en comparación con materiales como la madera y el hueso. Su empleo y su producción se menciona expresamente en los textos del Reino Medio. La punta de flecha metálica más antigua descubierta en Egipto se halló en una capa arenosa de Saqqara, y se dató como perteneciente a la Dinastía II.

A menudo se han encontrado arcos y flechas del Reino Medio depositados de forma conjunta en las sepulturas; también durante el Reino Nuevo se mantuvo la costumbre de «dar muerte» ritual a estas armas. Así, se descubrió todo un grupo de flechas en la tumba de Sobekhotep, mientras que otras colecciones mayores —alguna de cuyas saetas medía más de un metro— aparecieron en Tebas y El-Lisht, junto con dos arcos encordados. Había un total de 60 flechas datadas en el Reino Medio, con algunos arcos; fueron halladas en haces de 5 y de 18, junto con flechas largas de junco a las que se habían añadadido puntas afiladas de madera endurecida.

Durante el Reino Medio, las armas se consideraban posesiones religiosas e identidades míticas. Las figuras divinas se representaban armadas con el equipo de arquero: el arco se había convertido en un elemento imprescindible del sistema ceremonial del antiguo Egipto. Las flechas también adquirieron el valor de amuletos protectores, y como tales se llevaban.



Figura 46. Flecha de la Dinastía VI, con cabeza larga de madera. Esta clase de saetas golpean, en lugar de clavarse. Se halló junto a flechas bélicas, pero se desconoce cuál debía de ser su función exacta en un combate. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

El uso de puntas de flecha pintadas está bien documentado. Era una práctica asociada a la administración de venenos o de sangre menstrual, cuya intención era provocar la muerte o la infertilidad del enemigo. Hoy todavía es frecuente, entre las culturas tribales, la preparación de flechas envenenadas; para ese fin suelen extraer la ponzoña de los escorpiones o las serpientes. Aunque es imposible identificar rastros de este tipo de venenos en el armamento antiguo, es importante no olvidar que los antiguos egipcios conocían bien esta singular clase de secreciones, y las empleaban cuando lo consideraban preciso. En otro orden de cosas, la adición de marcas pintadas puede haber servido igualmente como método de identificación, ya fuera para permitir que el soldado recuperara sus propias saetas, o bien para indicar el número de enemigos que había herido o matado.

Otra escena en la que aparecen flechas se encuentra en la tumba de Amenemes en Beni Hasan. Se muestra el proceso de fabricación. El astil está representado con un pigmento gris oscuro; las flechas están ralladas e incluyen engorras. En las tumbas de esa zona hay algunos arqueros en posición de disparo; y como característica única, hay asimismo una escena en la que se muestran las saetas en movimiento (fig. 47). Las flechas vuelan en las dos direcciones, entre los egipcios y los enemigos. Es una ilustración infrecuente por otra razón más: los soldados egipcios son retratados como guerreros vulnerables, atrapados en un asedio; es una imagen que genera en el espectador sensación de peligro y dibuja un destino incierto, que muy pocas veces halló lugar dentro del canon del arte egipcio.

También podemos ver algunas flechas en manos de los arqueros de dos fragmentos del Reino Medio. En otro fragmento de la misma colección se observa a un soldado



Figura 47. Los artistas egipcios no acostumbraban a representar flechas en movimiento. Esta escena de la tumba 2 de Beni Hasan es la única conocida. *(Bridget McDermott.)*

enemigo atravesado por las flechas, del que se singularizan las piernas y el pecho en tanto que zonas especialmente vulnerables. En la decoración de la tumba de Senbi, en Meir, hallamos puntas de flecha transversales; también las emplean los soldados de Meserheti. En varias escenas de la tumba de Senbi es fácil identificar saetas de punta recta y afilada; no cabe duda de que, en el combate bélico, se empleaban las dos clases de flechas. En este último caso el arquero, que agarra tres flechas con la mano, fue retratado en actitud de tensar el arco hasta el límite.

En varias escenas de Beni Hasan encontramos imágenes de soldados muertos o heridos a causa del impacto de flechas; las heridas más frecuentes son las del cuello. En una de las escenas se puede ver claramente cómo las flechas sobresalen del cuello del soldado enemigo (fig. 41). Hay una representación escrita equiparable, en las *Aventuras de Sinuhé*, cuando se describe el duelo que enfrenta al protagonista con el campeón de Retenu, durante cuyo transcurso Sinuhé logra que una saeta atraviese el cuello de su contrincante.

> Él vino hacia donde estaba yo, que me había aproximado a él. Ardían todos los corazones por mí; las mujeres lloraban. Todos los corazones se dolían por mí, pensando «¿Acaso hay otro que pueda competir con él?» Levantó el hacha y el escudo, y arrojó hacia mí los venablos de su brazo. Dejé que cayera sobre mí su ataque, dejé que sus saetas pasaran junto a mí sin preocuparme, una junto con la otra. Luego, cuando cargó contra mí, le disparé: mi flecha se clavó en su cuello. Gritó y cayó boca abajo; lo rematé con su propia hacha. Lancé un grito de guerra por él, y todos los asiáticos devolvieron el grito. Canté la alabanza de Montu, y su gente lloró.

Nótese que, en este ejemplo, la herida del cuello no fue mortal, ya que el campeón de Retenu fue rematado posteriormente de un hachazo. Ello no obstante, el arquero egipcio debió identificar el cuello con la zona más vulnerable del cuerpo; y de hecho, las heridas más frecuentes en las escenas de combate militar son justamente las producidas en el cuello.

A pesar de que los ejércitos destinaban un contingente específico de hombres ligeros para que actuaran como corredores y suministraran y recuperaran las jabalinas y las flechas, los arqueros cargaban con sus propios petates y eran los responsables de afilar y proteger sus armas. En esos petates llevaban cantos y piedrecitas para afilar y pulir las puntas de flecha, en una operación que se describe en las mismas *Aventuras de Sinuhé*: «Encordé mi arco, ordené mis flechas, practiqué con mi daga, pulí mis armas».

Por otro lado, las puntas de flecha halladas en las excavaciones de Beni Hasan estaban protegidas con envoltorios de lino (fig. 48); y parece que se empleaba el mismo método de protección en el caso de flechas aisladas, cuando era preciso transportarlas o almacenarlas.

a)



b)



Figuras 48 a y b. Las flechas solían envolverse en finas tiras de lino, para evitar que se estropearan. En esa condición se hallaron en diversos estuches y carcajes del Reino Medio. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

Aljabas

Durante el Reino Medio se emplearon carcajes para el transporte de varias clases de armas, como flechas, varas y bastones, lanzas y venablos o jabalinas. En este período es fácil encontrar representaciones de aljabas de gran extensión, adaptadas a los bastones; el material es recurrente: siempre se las muestra fabricadas a partir de piezas cosidas de piel de bovino, blancas y negras. Algunas imágenes artísticas dibujan a los soldados aguantando los carcajes sobre los hombros, como para hacer mayor hincapié en su considerable peso. En cierta escena de Beni Hasan se observa el contenido de una aljaba —bastones largos y curvados— que resulta comparable a las aljabas de los arqueros de esa misma imagen. Han pervivido restos materiales de los carcajes de este período, que nos brindan excelentes ejemplos del modo en que se curtían y trataban las pieles empleadas en su fabricación; sin embargo, hubo también carcajes de juncos tejidos. En una tumba de la Dinastía XI, en Tebas, se halló una aljaba de cestería muy cerca de un grupo de flechas en miniatura; ese carcaj medía 114 mm de diámetro y 635 mm de largo. En el Rijksmuseum van Oudheden de Leiden se exhibe un ejemplo similar. En ocasiones, las flechas se transportaban en estuches de madera (fig. 49), que se cerraban con paneles corredizos y se aseguraban con clavijas de madera; es probable que estos estuches sirvieran para transportar las armas al campo de batalla.

Si hubo variaciones en el diseño de las aljabas, estas se pusieron de relieve de forma especial dentro del canon del arte militar del Reino Medio. Por ejemplo, los carcajes fabricados con fibras naturales tenían tapas alargadas y a menudo se destinaban a la infantería. Formaba parte del equipamiento de los soldados que participaban en los desfiles militares, y los llevaban asimismo los miembros de la escolta de Cheuti-Hetep, en Senbi, en las representaciones funerarias de El-Bersha. La tapa de esta clase de carcaj estaba decorada con bandas y las flechas se colocaban en posición vertical dentro del estuche.

Una maqueta de madera de la Dinastía XI, recuperada en El-Bersha y única en su especie, muestra a un grupo de ocho soldados a paso de marcha, tres de los cuales portan grandes estuches de arcos, pintados de modo que imitan la piel. En la misma tumba se encontró otra maqueta de madera que representa a unos soldados transportando aljabas sujetas a los hombros y apoyadas en ellos. Son carcajes largos, de la extensión de todo un brazo. Uno de ellos está decorado con una cenefa blanca en forma de zigzag, mientras que el segundo está pintado con topos blancos y negros. Los carcajes más grandes, destinados al transporte de jabalinas o lanzas, con frecuencia eran trasladados de este modo. También hay aljabas de gran tamaño que se ataban al toldo de las miniaturas navales, o se cosían a lo largo de uno de los cos-



Figura 49. Estuche de madera decorado con escenas de caza. Probablemente contenía haces de flechas muy numerosos. Se cerraba con una tapa deslizante, de madera, que se fijaba con clavijas del mismo material. Esa clase de estuches debieron de emplearse para el traslado de armas, pero no para el combate mismo. *(Bridget McDermott.)*

tados del barco; la decoración imita la piel de vaca. Es probable que se emplearan para contener lanzas. Es de creer, asimismo, que estas maquetas reproducían modelos reales: en los navíos del Nilo, las aljabas debían viajar fijadas a los paneles exteriores de la cabina.

Durante el combate, los carcajes de flechas se depositaban en el suelo, al pie de los saeteros, que en las representaciones artísticas suelen aparecer tensando los arcos. Por alguna razón, estas aljabas tienden a figurar en grupos de dos. Se dejaban en posición vertical, de modo que los arqueros pudieran seleccionar el arma necesaria con solo agacharse lo imprescindible.



Figura 50. Esta gran hacha con hoja de épsilon, custodiada hoy en el Museo Británico, se fabricó con plata; lo más probable es que sea de naturaleza ceremonial. Vale la pena comparar esta clase de hachas con las armas de combate empleadas por los soldados de Beni Hasan (figura 47). *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

SOLDADOS Y HACHAS

Durante el Reino Medio, en las tumbas de hombres, mujeres y niños se depositaron tanto hachas auténticas como reproducciones y miniaturas. Aunque solían ser enterradas como objetos individuales, las hachas se incluían en el grupo de las armas. En determinados contextos se siguieron utilizando como amuletos; por ejemplo, colgando miniaturas del cuello. También en los paneles de los ataúdes del Reino Medio hallamos representados varios tipos de hacha.

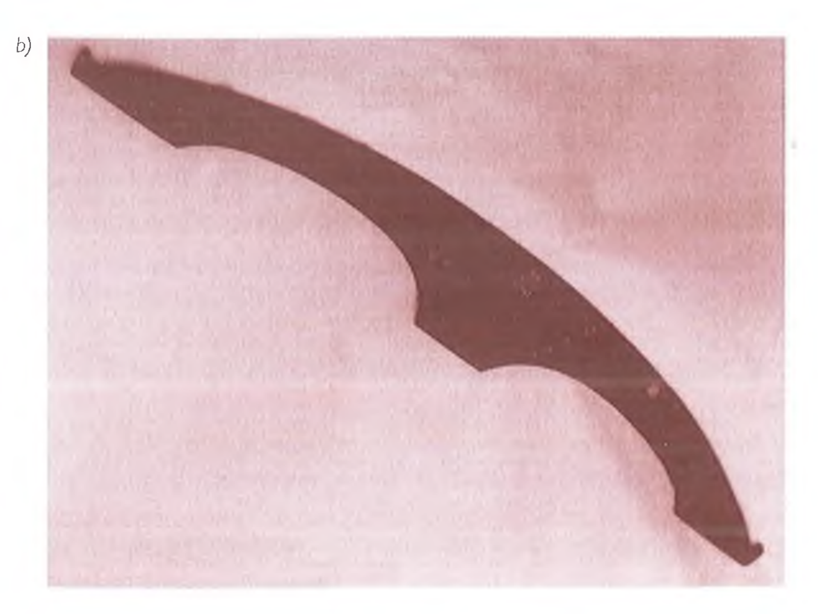
El examen de los abundantes vestigios de hojas del Reino Medio ha posibilitado realizar el análisis más exhaustivo de cuantos se han dedicado al armamento del antiguo Egipto. Las hachas del Reino Medio eran de bronce y cobre; se fabricaron modelos de piedra durante todo el Reino Medio y los principios de la Dinastía XIII. Los metales preciosos como la plata se reservaban para decorar las armas ceremoniales (fig. 50).

El egiptólogo británico Vivian Davies ha examinado e identificado varias clases de hachas del Reino Medio (fig. 51). La primera estaba dotada de una hoja fina y de forma redondeada, que incluía una serie de protuberancias. En muchas de las muestras, la hoja se forjaba con tres perforaciones. La segunda clase es similar a la primera, pero las protuberancias adquieren forma de gancho, y la hoja, de media luna segmentada. La tercera clase se asemeja más bien a un hacha de corte, con hojas tanto simétricas como asimétricas. Todas ellas tenían filos poco profundos y bastante anchos. Una cuarta clase está diseñada con una culata cóncava. Era frecuente que la hoja estuviera reforzada por un nervio central sobresaliente. Solo las simétricas, sin embargo, disponían de protuberancias. Puede citarse una quinta clase de hacha del Reino Medio, concebida con espigas de sujeción al mango, casi siempre en número de tres y perforadas con uno o más agujeros. Esta última clase no se puede distinguir del hacha asiática con hoja en

a)



b)



Figuras 51 a, b y c. Las hojas de las hachas eran muy diversas y se montaban tanto sobre mangos cortos como sobre varas más largas, ya fuera para hachear o cortar con más precisión. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

c)



épsilon, pero las otras variedades —entre ellas la de hoja de media luna con una gran espiga central, la de filo ancho con hoja de media luna y la de filo poco profundo y corte recto— son todas de origen egipcio. Las protuberancias suelen aparecer en grupo, no aisladas. Las variedades de filo ancho y hoja de media luna llevan siempre espigas en los extremos de la parte trasera; y la de corte recto suele contar con el nervio central. Las empuñaduras casi siempre estaban bien protegidas, y la hoja iba con frecuencia fijada o cubierta por remaches. Solo hay protuberancias de forma sistemática en las hojas de filo ancho y figura de media luna, y solo cuando estas se empuñaban como un látigo. El modelo tradicional de hacha de combate, durante el Reino Medio, correspondió a las hachas con hoja de media luna y sujeciones de espiga.

Mediante un análisis científico, Davies se apercibió de que había determinados tipos de hacha creados específicamente para desarrollar funciones militares. Así, en las hojas de las hachas de batalla registró porcentajes elevados de estaño, bronce y arsénico, mientras que las empleadas como herramientas contenían porcentajes bajos de cobre y arsénico. La consecuencia principal es que el hacha de batalla era de un peso relativamente ligero. Las de corte han tendido a clasificarse como porras de combate de filo endurecido. En estos tres tipos hallamos tanto versiones simétricas como asimétricas. Davies retrotrae las hachas de corte al Primer Período Intermedio, o a principios del Reino Medio. La hoja de Asiut estaba acorazada y asegurada al mango con una suerte de alambre metálico. Las hachas de hoja redondeada se montaban sobre varas largas y se manejaban de la misma forma (fig. 52).

Durante el Reino Medio también se emplearon hachas con hojas en forma de ancla; en lo que respecta a las hachas «de ojo» —de origen asiático y perforadas— llegaron a Egipto de la mano de los mensajeros extranjeros, pero no fueron incorporadas regularmente por el ejército egipcio. La empuñadura de las hachas del Reino Medio estaba recubierta de lino u otros materiales vegetales, para mejorar el agarre. Con frecuencia la empuñadura era curva, de modo que los soldados podían realizar el balanceo del movimiento de ataque sin que el arma les resbalara de la mano (fig. 53). Aparte, los mangos de este período se horadaban para poder añadirles correas.

En los textos jeroglíficos del Reino Medio se representaron con frecuencia hachas de espiga; en general, en los vestigios arqueológicos del Reino Medio es fácil encontrar imágenes de soldados armados con hachas. Por su parte, en la tumba de Inyotef vemos escenas de sitio basadas claramente en formulas artísticas ya arcaicas. Los soldados de infantería portan hachas cuya hoja tiene una forma que alterna entre la épsilon y la media luna. Los soldados marchan con las hachas apretadas contra el hombro o levantadas por encima de la cabeza. En cierto relieve fragmentario, datado en el reinado de Mentuhotep Nebhotepre, se ilustra la forma en que los soldados metían las armas en las correas del cuerpo o los faldones (fig. 54). La práctica de llevar el hacha enganchada al cuerpo era igualmente habitual entre la población civil.



Figura 52. Hacha de hoja redondeada montada sobre un bastón largo. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*



Figura 53. Los mangos de algunas hachas estaban perforados para pasar una cuerda o una correa de cuero; y se curvaban para una mejor sujeción. *(Bridget McDermott-Museo Arqueológico de Florencia.)*

En El-Bersha aparecen dos escoltas militares representados con hachas en forma de épsilon, doblemente perforadas. En esta misma tumba hallamos ilustraciones de muchas clases de hachas del Reino Medio; entre ellas, hachuelas con hojas en forma de media luna y empuñaduras ornamentadas. Otra escena de esa misma tumba nos muestra a un escolta con un hacha larga en forma de épsilon, con el mango en equilibrio sobre un hombro. A juzgar por los vestigios conservados, parece probable que el hombro se protegiera de la fricción mediante alguna clase de tira de cuero (fig. 55, p. 105). En la tumba de Cheuti-Hetep podemos ver tres clases de hachas. Por un lado, la escolta (en la que participan los dos hijos de Cheuti-Hetep) porta unas en forma de épsilon y otras de hoja oblicua (estas últimas, planas sobre el hombro y con la hoja vuelta hacia arriba; véase la fig. 55). El primer soldado, Ab-Kau, hijo de Sep, lleva un hacha doblemente perforada (con hoja de épsilon), en la que se distingue perfectamente la ligazón con el mango. La segunda hacha se caracteriza por una hoja pequeña, en forma de media luna; el mango está pintado con un motivo en zigzag, un tipo de decoración habitual en las excavaciones.

Existe una probabilidad muy alta de que los soldados destinados a la protección de los navíos fluviales fueran armados con hachuelas; por otra parte, también se usarían



Figura 54. El hacha solía sujetarse en la parte de atrás de los faldones. Imagen del templo de Mentuhotep II en Deir el-Bahari. *(Bridget McDermott.)*

hachas para acompañar a las partidas de caza. En las tumbas de Beni Hasan se han podido recuperar miniaturas armadas de una forma similar. Encontramos hachuelas, asimismo, entre las armas de los militares representados en las estelas del Reino Medio.

Durante el Segundo Período Intermedio, las representaciones de soldados armados son bastante escasas. Sin embargo, los vestigios analizados por Davies indican que las hachas solían dotarse de hojas oblicuas o de lados curvados hacia el interior. Es el mismo tipo de hacha que podemos contemplar sobre un cráneo bovino que dataría de la cultura «de tumbas de sartén» y hoy se expone en el Museo Británico.

SOLDADOS Y LANZAS

Durante el Reino Medio, la mayoría de puntas de lanza empleaban o bien espigas planas o de volutas, con extremos redondeados o en forma de hoja. Es probable que esas armas se arrojaran habitualmente desde cerca. Las espigas egipcias estaban curvadas en la parte posterior, para evitar que el mango se rajara en el momento de lanzar. La



Figura 55. Estos tres soldados del Reino Medio, procedentes de la tumba 2 (la de Cheuti-Hetep, en El-Bersha) llevan el típico escudo protector de cuerpo entero, un hacha de hoja oblicua y una lanza. El soldado de la izquierda se protege el pecho con una placa fijada en las típicas correas pectorales. *(Bridget McDermott.)*

zona más ancha del mango se abría por el centro, y ahí se insertaba la espiga, que dibujaba una espiral hacia el exterior; la hoja se anudaba con tendones u otros despojos animales. Este tipo de lanza se puede identificar claramente entre las armas portadas por los infantes egipcios de una maqueta de la tumba de Meserheti (fig. 56). La miniatura de Meserheti reproduce estas largas cuchillas en forma de hoja, anudadas con hilo al mástil de la lanza. En este caso, los infantes llevan las lanzas en la mano libre. Los mástiles de estas lanzas, en posición vertical, miden lo mismo que los soldados; debieron de alcanzar el metro y medio, si no más.

Disponemos de testimonios del Reino Medio que sugieren que el diseño de las lanzas estuvo sujeto a modificaciones que resultaron en la producción de jabalinas o venablos de combate cuerpo a cuerpo. La jabalina se convirtió pronto en un arma tradicional, de incisión y doble funcionalidad. La concepción de estas jabalinas difería de la estructura de la lanza en varios puntos. La longitud era variable, lo que permitía a los soldados llevar varias jabalinas ligeras cargadas a la espalda, en un carcaj. Además, la jabalina estaba reforzada con una empuñadura de madera o metal, que además hacía las veces de contrapeso para el peso de las hojas. Eso también permitía clavar una serie de venablos en el suelo, ya dispuestos para su uso en combate. La empuñadura



Figura 56. La reproducción a escala de los soldados de Meserheti, encontrada en la tumba de un príncipe de Asiut, muestra a un grupo de lanceros. Están equipados con el armamento tradicional de la infantería: lanza y escudo. Las puntas de las lanzas están fijadas a los mástiles con una cuerda de tripa. Los escudos están pintados con manchas blancas y negras, en imitación de la piel de vaca. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

también daba al lanzador la libertad de retener en la mano el extremo del mástil. La jabalina solía estar equipada con una hoja de doble filo y una punta larga en forma de diamante. También se han recuperado algunos vestigios que sugieren que se fabricó un segundo tipo de jabalina, esta vez sin hoja. Se trataba de armas simples, construidas a partir de largas varas de madera cuyo filo se aguzaba y remataba en punta. Aunque han pervivido varios ejemplos, es difícil clasificarlas como simples varas o bastones de combate. También cabe la posibilidad de que se tratara de venablos de los que no hemos encontrado las hojas. La longitud de estas armas, tanto de las lanzas como de las jabalinas, variaba enormemente. Por ejemplo, la jabalina corta puede compararse con



Figura 57. Maqueta de la tumba de Meketre, en la que un hombre coloca su lanza en el cuello del matarife, mientras este extrae la sangre del cuello de una vaca. Desde el Tercer Período Intermedio, la lanza quedó asociada con la idea de un potencial mítico; la creencia debió de originarse ya durante el Reino Medio. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*

las lanzas largas que llevaban los escoltas militares de El-Bersha. En este caso, Ab-Kau, el hijo de Sep, porta una lanza larga de la altura del cuerpo, con una punta metálica en forma de hoja, asimismo larga; en cambio, el soldado que marchaba detrás suyo lleva una lanza con una hoja mucho más corta.

En un contexto religioso cabe la posibilidad de que, durante el Reino Medio, las lanzas se convirtieran en objeto de devoción. Esas connotaciones religiosas quedan de relieve en varias escenas con derramamiento de sangre. Una miniatura de la tumba de Meketre, por ejemplo, muestra una escena de sacrificio: un varón sostiene una lanza contra la parte posterior del cuello del matarife, mientras este recoge la sangre de una

vaca estrangulada con un cordel (fig. 57). La situación podría ser reflejo de algunos antiguos ritos para el derramamiento de sangre, habituales entre las tribus africanas, en los que el sacrificio de los animales exigía el empleo de unas determinadas clases de metales o armas.

Durante este período hay datos que apuntan a la utilización del hierro en la manufactura de las puntas de lanza. La punta de hierro más antigua recuperada hasta la fecha se forjó justo durante el Reino Medio: Petrie la fecha en la Dinastía XII. Se encontró en la fortificación de Buhen, y tiene la forma de una hoja ancha. El hierro se designaba con el nombre de «el metal celeste», porque durante mucho tiempo los egipcios no conocieron más hierro que el meteórico (que posee un componente de níquel porcentualmente elevado). Esa razón explicaría también que se hubieran empleado útiles de hierro en la ceremonia de la «apertura de la boca», un importante ritual funerario que se realizaba sobre las antiguas momias egipcias. El ambiente militarizado del Reino Medio también favoreció el surgimiento de interpretaciones mitológicas que, con gran complejidad, daban sentido a las diversas armas y técnicas de combate; en ese período, el ajuar de las tumbas de los miembros de las clases altas empezó a incluir armas tales como las lanzas. Ello no se explicaría solo por el evidente valor material de esos objetos, sino por la creencia de que el fallecido se encontraría en la otra vida con actos de violencia o de enfrentamiento militar. Así, todos los que habitaban en el mundo inferior —ya fueran dioses o seres humanos— estaban bien preparados y equipados para la guerra.

Hallaremos representaciones artísticas de las lanzas del Reino Medio en las tumbas de El-Hauauish y de Baqt III, en Beni Hasan, donde aparecen portadas por escoltas y por guerreros. En general, la pintura no permite distinguir entre los diversos tipos de lanza, porque apenas resulta posible diferenciar una lanza de una vara (figs. 41 y 34). Sin embargo, en esta tumba sí veremos con claridad, en la fila inferior, a cuatro soldados que manejan varas cortas y lanzas. En dos de los casos, la lanza sirve para dar muerte a soldados enemigos: los guerreros usan sus dos manos para clavar el arma en el cuerpo del contrario. En un caso, el soldado muere empalado (fig. 41). En comparación, la tumba de Áctoes solo muestra dos posibles ejemplos de utilización de lanzas en el combate: vemos a dos hombres, un soldado con una lanza larga, y otro con una jabalina o una vara de punta afilada. Las imágenes de esta tumba también arrojan luz sobre la introducción de mangos de madera o metal, que ayudaban al soldado a retener las lanzas en la mano.

Durante el Reino Medio, también empleaban lanzas los soldados de las embarcaciones fluviales, para su función de escoltas y defensores de las naves; el alcance intermedio de este arma arrojadiza la convertía en un aliado perfecto. Los soldados iban equipados para repeler ataques tanto desde las orillas como desde el propio río. Por otro lado, consta igualmente el uso de lanzas por parte de los guardias y porteros. No



se ha podido demostrar que esos puestos requiriesen característicos propiamente militares, pero es posible que en ocasiones fueran ocupados por soldados. Los venablos y las jabalinas se guardaban y transportaban en grandes aljabas de cuero; las lanzas más largas se agrupaban en atados. Se pueden ver largos contenedores cilíndricos en varias representaciones visuales; aparecen repletos de un gran número de lanzas y venablos, con las puntas con frecuencia sobresalientes. Los contenedores de lanzas, por su parte, solían amarrarse en diagonal a las estructuras de techado de los barcos.

SOLDADOS Y MAZAS

Durante el Primer Período Intermedio, los signos jeroglíficos muestran a los arqueros con mazas apoyadas sobre el hombro. No se ha podido determinar con claridad la función de la maza durante el Reino Medio, aunque algunos historiadores consideran que debió de conservarse con una función estrictamente religiosa. Solo se ha encontrado una representación (en una tumba de Beni Hasan) que muestre la función militar de este arma; sin embargo, el rol militar continuó siendo un tópico de la decoración de los templos, tumbas y ataúdes. Es frecuente hallar vestigios de mazas entre los ajuares funerarios; por otro lado, no hay duda de que se produjeron nuevos desarrollos de este arma, puesto que se ha encontrado un ejemplo de vara larga con cabeza de maza (fig. 58).

SOLDADOS Y PALOS ARROJADIZOS

Se han encontrado numerosas muestras de palos arrojadizos entre las colecciones de armas del Reino Medio. Estos objetos aparecen dibujados en contextos militares y se incluyen de forma habitual entre los objetos funerarios. Se han recuperado dos palos arrojadizos cuya datación se remonta a la Dinastía XII. En el

Figura 58. Muestra única de una maza montada sobre una vara larga y con cabeza «de pera». *(Bridget McDermott-Museo Arqueológico de Florencia.)*

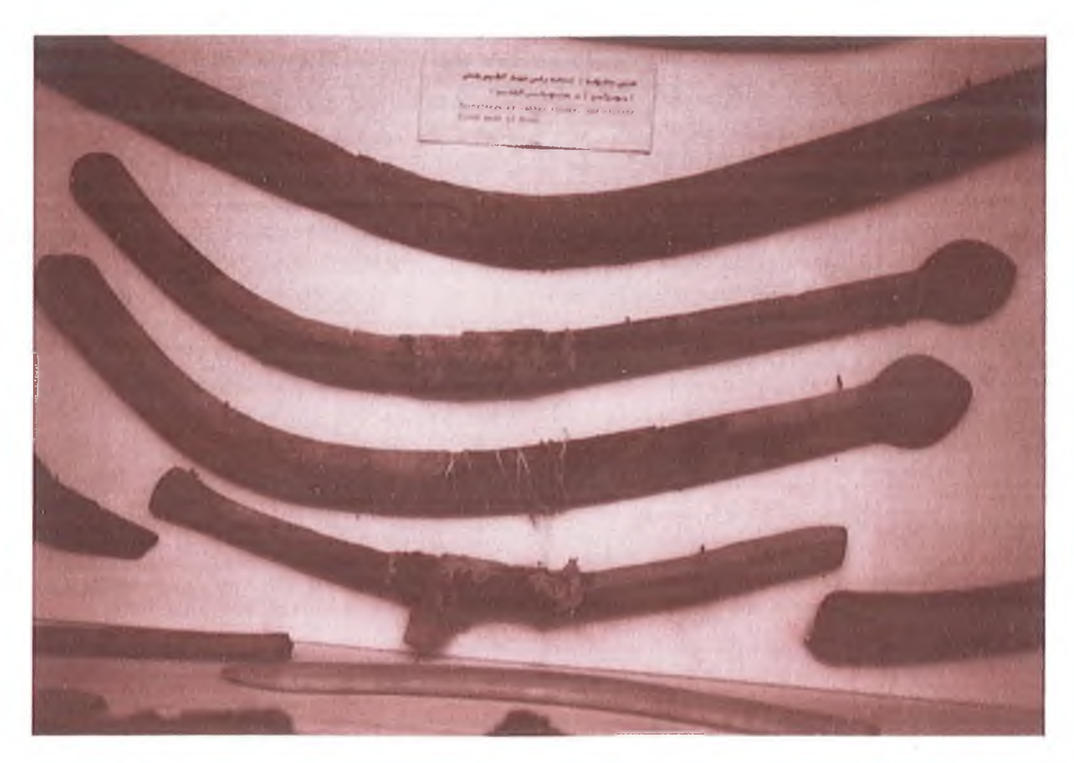


Figura 59. Palos arrojadizos con empuñaduras de cuero o hilo. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Rameseo se encontró una de estas armas, dotada de un mango bastante pronunciado; a su lado había una más corta, que se considera debía de ser un juguete infantil, decorada con puntos negros y angulares rojos. No es infrecuente que entre los palos arrojadizos (sueltos o envolviéndolos) aparezcan también hilos de origen animal (fig. 59).

No se ha logrado demostrar con plena certeza cuál era la función exacta de los palos arrojadizos en el Reino Medio. Algunos eruditos han apuntado la posibilidad de que se utilizara como arma de caza, del mismo modo que los típicos bumeranes de los aborígenes australianos; pero no se han encontrado pruebas que demuestren la existencia de esa clase de arma en la estructura militar africana, ni antigua ni moderna. Si el bumerán existió como tal en el antiguo Egipto, sería de esperar que se hubiera conservado entre las armas modernas, puesto que en este ámbito de la vida cultural lo más común es la pervivencia de los modelos antiguos.

Aunque Petrie ha arrojado dudas sobre el empleo de los palos arrojadizos con anterioridad a la Dinastía XII, las representaciones artísticas del Reino Medio indican que

sí se utilizaron en los conflictos armados. Podemos ver esta clase de armas en las pinturas murales de las tumbas de los nomarcas de Beni Hasan; también en un fragmento calizo de Buhen, en el que se representa a un soldado armado de esa manera. Así pues, durante el Reino Medio se utilizaron palos arrojadizos fruto de la unión de varias piezas, y su empleo se mantuvo durante el período del Reino Nuevo.

III
LA GUERRA EN EL REINO NUEVO



UNA BREVE HISTORIA DE LOS REYES GUERREROS DEL REINO NUEVO

Los hicsos

El período de la historia egipcia que se suele identificar con el nombre de «Reino Nuevo» ofrece a los investigadores un gran número de referencias, tanto visuales como escritas, sobre el arte militar. Durante esta etapa histórica se asentaron en Egipto ejércitos bien instruidos, que eran dirigidos por los faraones y se decía contaban con la protección del gran dios Amón. A medida que se iba incrementando la importancia de Amón, se fueron percibiendo en las campañas egipcias ciertos signos, cada vez más claros, de fundamentalismo religioso. Resulta evidente que los egipcios creían que su expansión militar era una suerte de cruzada religiosa, que llevaban a término bajo el amparo de la bandera de Amón.

Amón, cuyo nombre significa «el oculto», era representado con frecuencia como un hombre con una doble corona de plumas (fig. 60). Había una estatua del dios en las profundidades del templo de Karnak, en su corazón mismo, en un nicho de granito; rodeado por la oscuridad, aguardaba la celebración diaria de los rituales de regeneración, que debía celebrar el sumo sacerdote. A cambio, el dios concedía a los egipcios una abundancia inédita tanto de riquezas como de victorias militares. Amón y el monarca compartían el objetivo de «ampliar las fronteras de Egipto»; cuando se adentraba en lo más hondo del territorio de Nubia, el ejército no hacía sino llevar a término la voluntad común a su dios y su rey. En el norte, el ejército centró sus objetivos en Asia, e incluso llegó a cruzar el Éufrates; en el empeño de expansión hacia occidente, acabaron dominando a los pueblos de Libia. Aunque los egipcios establecieron toda clase de relaciones, desde comerciales a conyugales o fiscales, con los pueblos de más allá de sus fronteras —como los cananeos, asiáticos, hurritas e hititas—, mostraron una desconfianza inequívoca ante los extranjeros y en general se refirieron a ellos en términos degradantes. En los textos escritos se los denomina «chusma asiática» o «miserables enemigos», y en los suelos de los palacios egipcios se retrataban rostros extranjeros con el objeto de que fueran pisados por los visitantes. Esa xenofobia es la que explica, asi-



mismo, que en las pinturas murales de las tumbas y templos se retratara a los extranjeros de modos fácilmente reconocibles. Para cada una de las razas se estableció una serie de rasgos distintivos. Los nubios, por ejemplo, aparecen siempre con grandes arracadas, cabellos cortos y rizados y narices prominentes. Los pueblos asiáticos (fig. 61), por su parte, se representan con barbas puntiagudas y túnicas largas. Para remarcar aún más la idea de su identidad extranjera, las razas no egipcias solían retratarse en aquellos muros de los templos que miraban justo a sus tierras de origen.

Aunque la Dinastía XVIII emergió de las cenizas de las guerras de los hicsos, los egiptólogos continuamos sabiendo relativamente poco de esta oscura fase de la historia egipcia. Se cree que, durante el Segundo Período Intermedio, el pueblo hicso se asentó en el delta del Nilo; debían de provenir de oriente, a la busca de mayores posibilidades comerciales y de tierras de pastoreo para su ganado. Durante un largo período de tiempo, estos nómadas se fueron estableciendo en Egipto y comprando tierras. La Egiptología sí ha podido determinar que en la zona nororiental del Delta vivía un gran número de asiáticos, desde mucho antes del 1674 a. C., que se mezcló y casó con los nativos egipcios. Hacia 1700 a. C., estos grupos adquirieron el control político de la zona norte del país y fundaron una capital fortificada en la región del Delta: la ciudad de Ávaris.

Durante un tiempo se pensó que los hicsos habían invadido Egipto. Esta hipótesis parecía contar con el respaldo de las *Aegyptiaca* compiladas por el historiador egipcio Manetón, que vivió durante el siglo III d. C.:

> *Tutimeo*. En su reinado, no sé cómo, se hizo sentir contra nosotros la cólera divina y, de improviso, desde el Oriente, unos hombres de raza desconocida tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, fácilmente y sin combate, se adueñaron de él por la fuerza. Hicieron prisioneros a sus gobernantes, incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron con gran crueldad a todos los naturales del país, matando a unos y esclavizando a las mujeres e hijos de otros. Finalmente, hicieron rey a uno de los suyos, llamado Salitis. Este se estableció en Menfis, imponiendo tributos en el Alto y en el Bajo Egipto, y dejó guarniciones en los lugares más apropiados.*

* Recogido por Flavio Josefo, *Contra Apión*, I, xiv, 74-78. Se cita por la traducción de Margarita Rodríguez de Sepúlveda: Flavio Josefo, *Autobiografía. Contra Apión*, Gredos (Biblioteca Básica Gredos, n.º 80), Madrid, 2001. (*N. de la t.*)

Figura 60 (página anterior). Amón y Hatshepsut, en un detalle de un obelisco del Reino Nuevo.

Bienvenida, hija de Amón Re. Ya habéis visto [en qué estado se encuentra] la administración de vuestras tierras; vos restauraréis el orden y repararéis cuanto está arruinado. Derrotaréis a los libios y aniquilaréis a los trogloditas; y cortaréis la cabeza de cuantos soldados capturéis. Vuestro tributo serán muchos hombres para los templos de Las Dos Tierras, y realizaréis ofrendas en Tebas, a los pies del rey, Amón-Re, el señor de Tebas.

Texto procedente del templo funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari. *(Joann Fletcher.)*



Figura 61. Asiáticos representados en una imagen del reinado de Rameses III.
(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)

Los egiptólogos modernos no suelen conceder crédito ni a la teoría de la invasión ni a varios aspectos del relato manetoniano, que fue escrito siglos después de concluido el período de gobierno hicso. Lo que debió de ocurrir, más bien, fue que los hicsos se fueron infiltrando en Egipto a lo largo de un extenso lapso de tiempo. No hay duda de que los hicsos gobernaban desde la región del Delta, ni de que controlaron Menfis; además, establecieron alianzas con el sur, con el reino nubio de Cush, situado por en-

cima de la Segunda Catarata. Los reyes egipcios, que mantuvieron la sede en Tebas, se hallaron atrapados sin remedio «entre dos fuegos». Era frecuente que estallaran disputas menores entre los gobernantes hicsos y los egipcios. En cierta ocasión, el rey hicso Apofis ordenó al príncipe tebano Sekenenre II que clausurara la piscina de los hipopótamos, porque el ruido nocturno no le dejaba dormir... ¡y eso cuando el palacio de Apofis se hallaba a varios cientos de kilómetros del lugar!

Seqenenre II murió violentamente antes de cumplir los treinta años. Su cráneo —expuesto hoy en el Museo de El Cairo— muestra heridas brutales, causadas por el golpe de una hacheta o alguna otra arma roma. Cabe la posibilidad de que muriera durante la guerra contra los hicsos. En Tebas se había organizado una resistencia clara contra los «invasores», pero en principio, esta contaba con unas perspectivas de éxito bastante limitadas. Los hicsos, en efecto, estaban al cabo de las flaquezas de sus enemigos y conocían bien su territorio. Eran duchos en el manejo de la caballería y los carros, y empleaban arqueros expertos en el uso del arco compuesto. Además, a diferencia de los egipcios, que aún vestían protecciones de tela, los hicsos llevaban cascos metálicos. Ahora bien, los tebanos sentían rabia por la ocupación, y ese fiero sentimiento de identidad nacional demostró ser un arma poderosa. Kamose, el hijo de Seqenenre II, fundó un nuevo ejército y organizó expediciones militares; además envió al norte una flota naval con armamento y soldados. Con la meta de ampliar su territorio, acabó sometiendo a los gobernantes hicsos del Egipto Medio. Quien dirigió el asalto final fue su hijo Amosis (Ahmose). Amosis escogió luchar contra los hicsos en la zona meridional del Delta, porque allí era más difícil movilizar a los carros de combate. Según escribió uno de los soldados (Ahmose, hijo de Abana),

> Ahora que Su Majestad ha derrotado a los asiáticos, ha proseguido avanzando hacia el río Jentennefer, para aniquilar a los nubios. Su Majestad causó una gran matanza entre sus filas. Yo hice algunos esclavos: dos hombres vivos y tres manos. Se me regaló una doble cantidad de oro, además de dos esclavas. Su Majestad navegó entonces corriente abajo, con el corazón henchido de gozo por la victoria, puesto que había domeñado tanto al sur como al norte.

Los hicsos fueron expulsados de Egipto y tuvieron que refugiarse en Sharuhen, en la Palestina meridional. Sin embargo, como muchos inmigrantes asiáticos permanecieron en la tierra de los faraones, los egipcios aprovecharon su dominio de la metalurgia y la tecnología militar para reforzar la propia capacidad bélica. El Estado comenzó a utilizar la imaginería militar con fines propagandísticos, favoreciendo la producción de monumentos impresionantes. Estos surtían un fuerte efecto psicológico sobre los espectadores: destacaban las proezas del rey y daban a entender que se contaba con el



Figura 62. En los muros del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari aparece un gran número de soldados. Aquí marchan con hojas de palma, como signo de que la expedición al Punt se realizaba con ánimo pacífico; sin embargo, junto a las hojas se muestran armas y estandartes militares. *(Bridget McDermott.)*

beneplácito del divino Amón. Amosis había logrado ascender a una posición de gran fuerza. Había liberado al pueblo egipcio y establecido un liderazgo firme, al recompensar con tierras la entrega de los soldados y con donaciones fabulosas la lealtad de los oficiales.

Los reyes guerreros de Egipto

El Reino Nuevo vio el surgimiento de muchos faraones guerreros de gran fortaleza. Algunos de estos gobernantes eran militares que poseían vínculos con la realeza o habían contraído matrimonio con mujeres de la estirpe real. Entre los primeros, por ejemplo, figura Tutmosis I, quien había comenzado su carrera como general. En el momento de ascender al trono —cuando adoptó el sobrenombre de «Toro Poderoso», elegido asimismo por otros reyes de la Dinastía XVIII— debía de contar unos cuarenta años de edad. Tutmosis emprendió campañas militares más allá de la Tercera Catarata y alcanzó a derrotar a los

cushitas, que tantos problemas habían causado a Kamose. Tutmosis era un gobernante astuto; como se apercibió de la importancia que iban a tener las campañas iniciales, confió el gobierno de Egipto a los parientes de más confianza. Determinó que Tebas sería la nueva capital de Egipto, y erigió allí edificios monumentales, sentando las bases de una práctica que sería luego emulada por faraones posteriores de la Dinastía XVIII. También fue el primero en construir su propia tumba en el Valle de los Reyes.

En el siguiente documento, un soldado rinde tributo a la grandeza de Tutmosis I:

> Ha logrado domeñar hasta los confines del mundo. Ha alcanzado con su espada poderosa hasta el límite de sus extremidades, buscando guerra, pero sin encontrar a nadie que osara hacerle frente. Ha penetrado en tierras desconocidas incluso para sus ancestros reales.

Su hijo, Tutmosis II, murió siendo todavía joven, después de haber realizado con éxito incursiones en Palestina y en Nubia. Construyó navíos militares de gran magnificencia y dictó la orden de que los hijos de los caudillos vencidos fueran educados en la corte de Tebas. De esta forma, recibirían clase en las escuelas de los templos y, por tanto, serían absorbidos por el modo de vida egipcio; algunos de esos hijos se incorporaron al ejército egipcio y fueron ascendidos hasta ocupar puestos de relevancia. Tutmosis II murió sin dejar heredero. Había engendrado una hija con su Gran Esposa Real, pero fue una esposa secundaria, llamada Isis, la que le dio un hijo varón, que recibió también el nombre de Tutmosis. La tía de este varón, Hatshepsut, fue designada corregente hasta su mayoría de edad; pero Hatshepsut —que había sido hija, tía y madrastra de dos faraones— se hizo con el trono en su lugar. No estaba dispuesta a cederlo: en el segundo año de su regencia se nombró a sí misma faraón y gobernó certeramente los designios de Egipto durante los dieciocho años siguientes.

Algunos egiptólogos han supuesto que debieron de surgir graves enfrentamientos entre Hatshepsut y Tutmosis III, una vez que este alcanzó la mayoría de edad; e incluso hay quien considera que Tutmosis III promovió la destrucción de los monumentos erigidos por Hatshepsut, a la muerte de esta. Pero el mero hecho de la supervivencia de Tutmosis III debe bastar para transmitirnos una idea clara de la humanidad de la reina y, por tanto, de la clase de relación que debió de unirlos. Mientras Tutmosis III centró sus energías en el terreno militar, se sabe muy poco de las posibles campañas bélicas de Hatshepsut. Hay datos que apuntan a que debió de dirigir al menos una: su templo funerario de Deir el-Bahari incluye representaciones ciertamente vívidas de escenas militares (fig. 62). Encontramos soldados en las proas de las embarcaciones, o acompañando a una expedición comercial a las tierras del Punt, donde los egipcios mercadeaban con bienes de lujo. Hay ilustraciones que describen minuciosamente a soldados que llevan animales exóticos, mascotas más habituales, estandartes y armas (fig. 119, p. 204).

El antiguo Egipto nos ha dejado pocos testimonios que hablen del papel interpretado por las mujeres en tiempos de guerra. Sabemos que acompañaban a los ejércitos durante la marcha y que se ocupaban de las tareas domésticas. Ello no obstante, sobresalen varias mujeres que ascendieron al poder durante tiempos de conflicto: por ejemplo, la reina Sebeknefrure (Sobekneferu), del Reino Medio, cuyo título la presenta como una mujer faraón; o Tetisheri, la madre de Seqenenre II. Cierta mujer del Reino Medio, de nombre Senebtisi, fue enterrada con toda clase de arreos militares, incluyendo una falda propia de situaciones marciales. También Nefertiti —de quien ahora se tiende a pensar que gobernó Egipto a la muerte de su marido, Amenofis (o Amenhotep) IV— fue retratada golpeando la cabeza de sus enemigos, es decir, en una postura característica de la imaginería faraónica. Lo cierto es que estas imágenes son inusuales. También se ha descubierto un pequeño fragmento calizo en el que se muestra a una mujer disparando un arco desde un carruaje; pero la representación es tan oscura que los eruditos tienden a considerar que se trata únicamente de la ilustración de un relato, quizá mítico.

En vida de Hatshepsut (fig. 63), durante los tiempos de paz, Tutmosis III se centró en su carrera militar. Era un hombre muy piadoso, que donó al templo de Amón cantidades elevadas de forma repetida. Quizá —al igual que ocurrió tiempo más tarde con Alejandro Magno— Tutmosis daba crédito a las historias que le atribuían un nacimiento divino. En cualquier caso, demostró ser capaz tanto en las labores monárquicas como en la dirección de los ejércitos. En el momento de ascender al trono era un hombre seguro, perfectamente preparado para esa función. Sin apenas demora organizó una serie de campañas que fueron luego reseñadas con todo lujo de detalles en los *Anales*. Aparte, el rey era un explorador arriesgado. Anticipándose por muchos siglos a Napoleón, ordenó que se dibujara con todo detalle cuantas plantas y animales extraños se fueran encontrando en territorio extranjero; y luego las mandó reproducir en los muros del templo de Karnak. Estas representaciones han pervivido hasta nuestros días y pueden ser observadas en el área que hoy se conoce con el nombre de «Jardín Botánico».

Los Anales de Tutmosis III proporcionaron a los historiadores la primera descripción detallada de las antiguas campañas egipcias. El encargado de registrar el acontecer diario era el «escriba militar en jefe». Los textos se conservaron luego en un archivo del templo de Amón, en Karnak, pero además se grabaron numerosos pasajes en los muros. El examen de esos relatos, que dan fe de movimientos de tropas fascinantes, ha permitido a los historiadores analizar las campañas reales. Sabemos que Tutmosis III dirigía un ejército muy bien instruido, capaz de vivir de la tierra y mantenerse con los recursos naturales. A medida que avanzaba, el ejército iba extrayendo agua de los pozos abiertos en los desérticos caminos.

De camino hacia la famosa batalla de Megiddo, Tutmosis III y su ejército dejaron la fortificación de Chel el día 25º del cuarto mes de invierno del 22º año (de reinado del



Figura 63. Hatshepsut.

Así dijo Amón, el señor de los dioses: «Mirad a mi hija Hatshepsut, que viva [muchos años]. Que vosotros [los dioses] os sintáis complacidos con ella y satisfechos con ella». Y así replicaron los dioses a Amón-Re: «Esta es vuestra hija, Hatshepsut, que viva [muchos años]. Estamos satisfechos con ella, dejadla vivir. Es la hija de vuestra forma, vos le habéis dado vuestra alma, vuestro margen y el poder de la diadema».

Texto procedente del templo funerario de Deir el-Bahari. *(Joann Fletcher-Metropolitan Museum of Art.)*

faraón). Los egipcios cubrieron una distancia de 201 km, hasta Gaza, en tan solo diez días, puesto que llegaron allí en el cuarto día del primer mes de verano del 23º año de gobierno. De ser fidedigno este dato, estaríamos hablando de una media de marcha de 20 km diarios a través del desierto. Permanecieron en Gaza una sola noche y partieron hacia Yehem el día siguiente. Aquí acamparon durante varios días, para realizar operaciones de exploración; el día 16º se celebró un consejo de guerra y los jefes del ejército decidieron continuar hacia Megiddo.

Los consejeros del faraón expresaron sus dudas respecto de la ruta escogida. La principal fuente de inquietud fue la estrechez del paso de Aruna, que desembocaba en el valle de Qina. Era un paso de varios kilómetros de longitud, pero que en algunos puntos no excedía de los 9 metros de amplitud; eso podía incrementar la vulnerabilidad de la retaguardia, incluso antes de que la cabeza de la expedición hubiera alcanzado el destino del valle. Los detalles con que se nos refiere la reacción del rey son típicos de la retórica regia del Reino Nuevo. Se nos indica que el faraón se queda solo, que todos sus hombres se oponen a una decisión tan temeraria. Pero el rey les habla con tal seguridad que lo único que destaca, si acaso, es la incompetencia de algunos de sus militares; los hombres cobran coraje, inspirados por su bravura, y se unen a su rey con fuerzas renovadas.

De hecho, la decisión de tomar el paso de Aruna —que nuestro texto atribuye al rey— fue una determinación brillante. Si se hubiera seguido otra ruta, el ejército se habría encontrado en una posición estratégica mucho menos ventajosa, que habría dado tiempo al enemigo a realizar maniobras de evasión. Sin embargo, el paso de Aruna llevó a los soldados de Tutmosis III directamente hasta Megiddo, con lo que los sirios quedaron atrapados, sin tiempo para reaccionar.

> Su Majestad avanzaba sobre un carro de electro [una aleación de oro y plata], con todo su armamento de guerra, como Horus, el Golpeador, el señor del poder; como Montu el tebano mientras su padre, Amón, fortalecía sus brazos. El ala meridional de su ejército se encontraba en una colina, al sur del río Qina; el ala septentrional se hallaba al noroeste de Megiddo; mientras que Su Majestad estaba el centro, con Amón como armadura y con el valor en sus miembros. Entonces Su Majestad tomó la cabeza de su ejército y, cuando ellos [los enemigos] lo vieron, huyeron hacia Megiddo, presas del pánico, abandonando sus caballos y sus carros de oro y plata.*

Cuando el ejército enemigo se retiró lo siguieron hasta alcanzar la ciudad de Megiddo, que había cerrado sus puertas. El faraón contempla cómo son izados a lo alto de

* Puede verse una traducción directa de todo el pasaje en Federico Lara Peinado, *El Egipto faraónico*, ed. Istmo, Madrid, 1991. Salvo indicación contraria se traduce de la versión citada por McDermott, que no coincide al 100 por 100 con la de Lara Peinado, pues esta última es más filológica que interpretativa. (*N. de la t.*)

los muros con cuerdas improvisadas con las propias ropas; el espectáculo no es precisamente una demostración de dignidad militar:

> Se les saca izándoles por sus trajes sobre [las murallas] de esta ciudad, porque la población había cerrado [las puertas]; en ocasiones dejan caer sus ropas para ser izados [más deprisa] a lo alto [de los muros] de la ciudad.*

En ese momento, los soldados egipcios pierden el control y se dedican a saquear el lugar de la batalla, causando con ello un retraso considerable en los proyectos del rey. Tutmosis se ve obligado a ordenar el sitio de la ciudad; transcurrieron nueve meses hasta que el enemigo se rindió.

> ¡Ah!, solo con que el ejército de Su Majestad no hubiera entregado su ánimo al pillaje, habrían tomado Megiddo entonces, cuando el vil enemigo de Qadesh y el vil enemigo de esta ciudad fueron así izados por los muros, con esa celeridad, para conducirlos hasta el interior. El temor a Su Majestad había entrado en sus corazones y sus brazos carecían de fuerza: habían sido derrotados por la diadema de la serpiente.

Tutmosis III murió en 1436 a. C., tras haber dirigido diecisiete campañas y haber reinado durante 54 años. Le sucedió su hijo Amenofis II. Amenofis erigió un monumento en la cara noroeste de la esfinge de Guiza, que describe sus excelsas virtudes como arquero y jinete. Dirigió tres campañas en Asia, durante el tercer, séptimo y noveno año de su reinado; hay anales en tablillas. Los historiadores han prestado mucha atención a las brutalidades de Amenofis —entre cuyas reacciones figuran la mutilación y las ejecuciones públicas y múltiples—, pero lo cierto es que no fue un rasgo exclusivo de su reinado.

> Cuando Su Majestad regresaba, henchido el corazón de alegría hacia su padre Amón, mató con su propia espada a los siete príncipes que habían regido el distrito de Tijsi, a los que había ordenado colgar cabeza abajo en la proa de la barcaza regia. Luego se ahorcó a seis de los caídos ante los muros de Tebas.

A lo largo de su historia, Egipto se había familiarizado con la violencia. Los egipcios no sentían aversión alguna ante la idea de empalar a los cautivos o de infligirles mutilaciones faciales; también era conocida su costumbre de quemar vivos a los prisioneros. Para un pueblo que concedía un valor extraordinario a la preservación del cuerpo, este castigo debía representar, sin duda, la más horrenda de las penalidades imagina-

* Trad. de Lara Peinado, *El Egipto faraónico.*

bles. Durante los hechos que se refieren a continuación, cabe la posibilidad de que Amenofis II estuviera reproduciendo un antiguo rito cananeo, conocido como *herem*, que implicaba la quema ritual de los prisioneros:

> Entonces se excavaron dos trincheras en torno de ellos. Fijáos: se llenaron de fuego. Su Majestad los vigiló hasta el amanecer, en persona, con el hacha de combate en la mano.

Durante el séptimo año de su reinado emprendió una campaña hacia el norte, cruzando el Orontes hasta alcanzar Qadesh; allí participó en una cacería que acabó convirtiéndose en una celebración obligatoria de las victorias posteriores.

Cuando Mitanni —la dinastía kasita de Babilonia— incrementó su fortaleza política, egipcios e hititas dejaron de ser las dos mayores potencias de la región. Ahora todos eran conscientes de que los otros dos miembros de la tríada podían establecer una alianza y emprender un ataque feroz contra un tercero. Eso favoreció el desarrollo de un período de estabilidad, en el que todas las regiones buscaron el modo de apaciguar a las regiones vecinas. En esta etapa —la más próspera de la extensa historia de Egipto— floreció el comercio. Se establecieron relaciones de intercambio comercial con Babilonia y Ugarit. Las caravanas traían lana y cuero de Siria, vino y madera del Líbano. Los egipcios llegaron igualmente a Creta, Napata, Anatolia y Naharina; y sus mensajeros alcanzaron incluso el Éufrates con sus mensajes de saludo, los regalos y las cartas con que, de modo periódico, se comunicaban las diversas familias reales. Se acordaron matrimonios ajustados a los intereses diplomáticos, y las novias extranjeras acudían a los harenes de la corte egipcia protegidas por caravanas militares. Los faraones de Egipto gozaban entonces de una vida de grandes lujos y riquezas, de las que dedicaron una parte a la construcción de monumentos de una escala desconocida hasta la fecha. Durante un breve lapso de tiempo, el ejército y la actividad militar parecieron realidades superfluas. El hombre que rigió Egipto durante esta época gloriosa fue Amenofis III, que pasó a la historia como el Rey Sol (véase el apartado «Revolución», pp. 153-160). Al concluir esta fase emergió como líder militar un general: Horemheb.

Tras un período de conflictos internos y restricciones militares, Horemheb y su ejército centraron de nuevo su atención en la guerra. Horemheb —a quien complacía ser descrito como un escriba— era un administrador de gran eficacia. En el templo de Karnak hizo pública una serie de reformas grabadas sobre una estela monumental, que superaba los 5 m de altura. En ella declaró su intención de insuflar una nueva disciplina en la tropa, y estableció nuevas regulaciones de la conducta de los soldados, además de severos castigos en caso de incumplimiento (entre ellos, el exilio o la ejecución). Proyectó el desarrollo de dos centros de entrenamiento militar: uno debía construirse en el sur, en Tebas, y el otro en el norte, en Menfis. Nombró dos visires, para que se encargaran de controlar el Alto y el Bajo Egipto. Para reforzar aún más su

control político, Horemheb otorgó a los visires el cargo de comandantes militares; por otro lado, atribuyó al sumo sacerdote la responsabilidad directa ante sí mismo, el rey. Horemheb también quiso dejar huella como orador, puesto que los egipcios otorgaban un valor especial a la experiencia oratoria. Podría parecer extraño que un faraón diera tanta importancia a la capacidad militar y legal, pero ello es consecuencia, en parte, de la batalla de Amarna. Aquella crisis no se superó hasta que intervino un líder arrojado y habilidoso, capaz de erradicar de la memoria tanto el reinado del herético Amenofis IV como su legado de profunda inestabilidad.

Horemheb no tuvo herederos. Como era de esperar, escogió como sucesor a otro militar. La posición de este contaba con la legitimidad otorgada no solo por el rey, sino por los oráculos de Amón. Ese hombre fue Rameses I, el primer faraón de la Dinastía XIX. Se sabe muy poco de su persona, aparte del hecho de que procedía del norte de Egipto. Rameses era ya mayor cuando ascendió al trono, y su reinado fue breve. Su hijo, Setos I, también fue un rey guerrero. Nada más ser coronado Setos emprendió un programa de construcción que incluía un cenotafio en Abido, el centro mismo del culto a Osiris. También empezó a erigir su tumba, que es sin duda una de las más hermosas del Valle de los Reyes.

Ya en el primer año de reinado, Setos se embarcó en una campaña militar en el Sinaí. Su ejército llegó hasta Chel, una fortificación situada en el extremo de la muy trillada Ruta de Horus. Los egipcios, que con anterioridad habían abierto pozos de agua y erigido toda una serie de puntos fortificados, se encontraron con que muchos de los edificios habían sido ocupados por extranjeros. Setos se vio forzado, por tanto, a asegurar el control de la zona antes de proseguir el camino de Gaza. Desde Gaza dirigió el ejército hacia Megiddo, siguiendo los pasos de su antecesor Tutmosis III. Setos llegó hasta Beth-Shan, al sur del lago de Galilea, y luego giró hacia el norte de Palestina y el Líbano. Durante los años siguientes, Setos I se abrió paso hacia el Orontes y su ejército entró en Qadesh: la puerta de Siria. En ese lugar entabló combate con los hititas, dirigidos a la sazón por el rey Mursilis. La victoria correspondió a Setos, pero el faraón era consciente de que no podría conservar el control de la zona y, se acordó el reconocimiento oficial de una frontera justo al sur de Qadesh.

El hijo de Setos, Rameses II (fig. 64), es el más famoso de los faraones egipcios. Heredó el trono en la adolescencia, al suceder a su padre en 1279 a. C.; se mantuvo en el poder durante 67 años. Mandó erigir templos de gran magnificencia en Egipto y Nubia, y su presencia todavía es perceptible por la magnitud de su legado. No tardó en emprender campañas militares; la primera campaña siria, por ejemplo, se inició en su cuarto año de reinado. Su ejército marchó de Chel a las tierras de Canaán, Tiro y Biblos, y continuó luego hacia el este, hacia Amurru. Tras lograr la rendición de los aliados de los hititas, un Rameses triunfante regresó a Egipto por la vía de Fenicia. La calma duró poco: con un exceso de entusiasmo y de confianza en la victoria, Ra-

meses lanzó una ofensiva contra la Siria septentrional. Partió de la nueva capital —Pi-Rameses, en el Delta— y cruzó la región cananea hasta la orilla del Jordán; prosiguió hacia Kummidi, pasando por el valle de Beqqa, y a la postre llegó a Qadesh, con su estratégica situación de bisagra entre el Líbano y la cadena montañosa del Antilíbano. Aquí su ejército, organizado en cuatro divisiones, se enfrentó a un enemigo formidable:

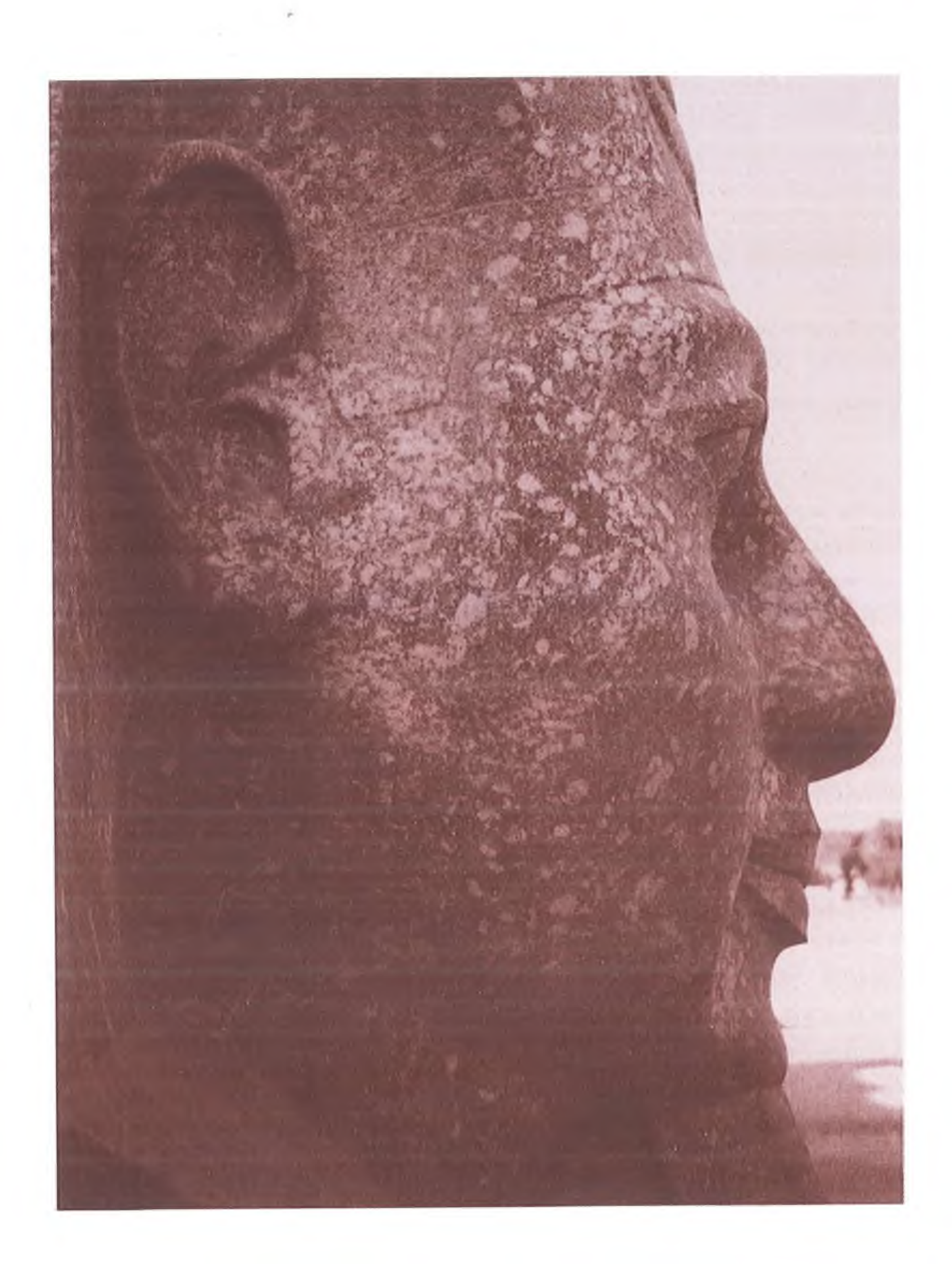
> El vil enemigo de Hatti había llegado, trayendo consigo a cuantas naciones extranjeras hay desde aquí hasta el mar. Había acudido todo el país de Hatti, en pleno, y el de Naharina también, el de Arzaua y los Dárdanos, el de Keshkesh, Masa, Pidasa, Iruna, Karkisha, Lukka, Kizzuwadna, Karkemish, Ugarit, Kedy, el país en pleno de Nugués, Mushanet y Qadesh. Cubrieron los montes y los valles y eran tan numerosos como una plaga de langostas. [El rey extranjero] no había dejado plata en su país; había despojado su tierra de todos sus bienes y los había entregado a todas las naciones extranjeras, para que le acompañaran en la guerra.

Rameses había recibido información (gracias a la captura de unos espías) de que los reales del monarca hitita, con sus numerosas tropas, se habían asentado lejos de Qadesh. Rameses dio crédito a la noticia e impulsó el avance de sus ejércitos; pero en realidad las tropas hititas se hallaban emboscadas tras las colinas de la propia Qadesh. Dejaron pasar a la primera división egipcia y lanzaron un ataque contra la segunda:

> Vinieron del sur de Qadesh, atacando a la división de Re —que avanzaba sin sospechar nada— por el centro mismo de las filas. La infantería y los carros de Su Majestad resultaron muy debilitados; entre tanto, Su Majestad estaba acampado al norte de la ciudad de Qadesh, en la orilla occidental del Orontes. Vinieron a contárselo a Su Majestad. Al saberlo, Su Majestad se puso en pie, como su padre Montu, agarrando sus armas de combate. Se vistió la cota de malla, ¡era como Baal en acción! Su caballo, «Victoria de Tebas», pertenecía a la caballeriza de Usermmatra-Sepetenra [User-maat-re, el Elegido de Re], el Amado de Amón. Su Majestad espoleó a su caballo y cargó contra las huestes del vil hitita; estaba solo, nadie lo acompañaba. Cuando Su Majestad miró en torno vio que lo atacaban 2.500 carros y todos los batidores del vil [hitita] y sus aliados.

Así pues, Rameses se encontró solo en el campo de batalla, sin más compañía que la de su escudero Menna; en ese momento se dirigió a Amón, rogando su intervención divina:

Figura 64 (página siguiente). Rameses II, el mayor comandante militar de la historia de Egipto, según la estatua del templo de Luxor. *(Bridget McDermott.)*



Yo te invoco, Amón, Padre mío,
yo que me hallo entre una multitud hostil.
Todos los países se me enfrentan,
estoy solo, nadie me acompaña.
Los llamo, pero no me prestan atención;
mis tropas me han abandonado;
ninguno de mis carros me protege.
Grito para que acudan,
pero ninguno responde a mi llamada . . .
Pero aunque yo oraba en las tierras remotas,
mi voz resonaba en On.
Hallé que Amón acudía cuando lo llamé;
me tendió la mano y me sentí reconfortado.
Decía:
«¡Adelante! Estoy contigo,
Yo, tu padre. Mi mano está contigo.
Venceré incluso a cien mil hombres:
soy el señor de la Victoria, el que ama el coraje».*

Los carros egipcios eran más ligeros y ágiles que los hititas, porque los de Hatti llevaban tres soldados, en lugar de dos. Rameses contaba al menos con esa pequeña ventaja, y supo aprovecharla para mantener alejados a los hititas hasta la llegada de refuerzos; entonces los obligó a retirarse (fig. 65). Al día siguiente, Muwatalli, el rey hitita, envió mensajeros para solicitar una tregua. Rameses afirmó siempre que Egipto había vencido en la batalla de Qadesh, pero en realidad fueron los hititas los más beneficiados por las consecuencias del combate. Rameses había sobrevivido a una prueba que, sin lugar a dudas, dejó una honda impresión en su psique: es interesante observar que, desde entonces y en toda su larga vida, no regresó jamás a la zona de Qadesh. Al cabo de poco perdió el control sobre la región vecina de Upi, que había sido egipcia durante un tiempo; y más adelante los hititas reclamaron para sí otros territorios.

Rameses se esforzó sobremanera en incluir representaciones de la batalla de Qadesh en muchos de los monumentos que ordenó erigir tanto en la zona de Tebas como más allá. Esas imágenes se acompañan de textos descriptivos. El faraón es siempre la ima-

* Se reproduce la interpretación citada por McDermott, pero tomando en cuenta la versión de Guillermo Fatás Cabeza reproducida en http://www.cervantesvirtual.com/portal/Antigua/egipto_textos.shtml>. (*N. de la t.*)

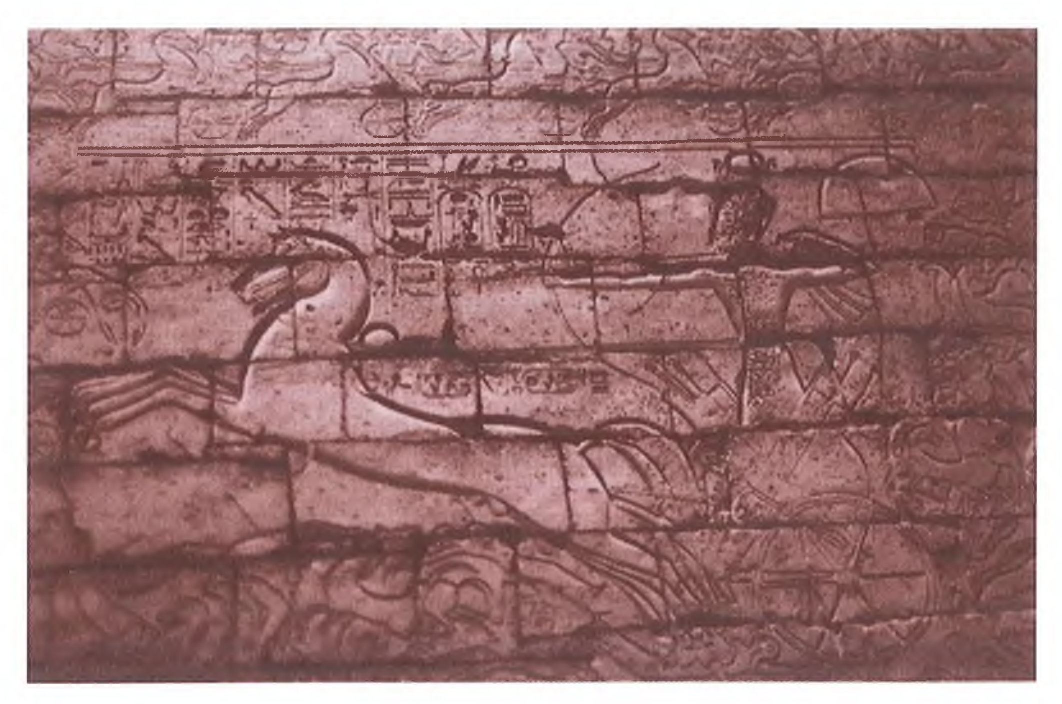


Figura 65. Rameses II en su carro. Esta imagen se empleaba para hacer especial hincapié en el poderío del faraón en tanto que comandante del ejército. Tradicionalmente se lo representa chafando a los enemigos bajo los cascos de su caballo. *(Bridget McDermott.)*

gen principal de la escena y el protagonista inequívoco del relato. Su caballo suele aparecer con las patas delanteras alzadas, como si estuviera a punto de caer sobre los soldados enemigos. Ante los ojos del rey se presenta un teatro bélico donde se observa el enfrentamiento directo de grupos de guerreros. Los soldados egipcios forman núcleos de solo tres o cuatro soldados, que levantan los escudos con solidaridad uniforme. Los enemigos, por el contrario, forman agrupaciones más numerosas y mucho más caóticas, y se perciben signos claros de su derrota.

El templo funerario de Rameses II se conoció con el nombre de «La Casa de Millones de Años», y contiene numerosas ilustraciones del campamento de batalla. La tienda del rey aparece rodeada de una actividad frenética. En cada una de las diversas secciones se muestra una escena asociada con los combates. Los espías hititas —los que proporcionaron al faraón informaciones falsas— son devorados, literalmente, por los soldados egipcios. El ataque enemigo se representa junto con escenas de alimentación de los animales, o de arqueros tensando sus arcos en momentos de reposo. Se destacan varias escenas individuales. Los soldados forman pequeñas columnas de marcha;

se ve con claridad cómo los heridos son atendidos junto a los depósitos de provisiones y los cúmulos de armas. Sobre el conjunto de la escena se remarca el tremendo ataque de los carros hititas, que amenazan al gran faraón con estrategias de choque.

Debido a la inusual duración del reinado de Rameses II, su hijo, Mineptah (fig. 66), ascendió al trono a una edad muy tardía. Según indican los testimonios escritos, tuvo que afrontar de inmediato una invasión libia; se relata cómo se vio obligado a combatir contra un ejército de 25.000 soldados enemigos, que avanzaban hacia el Delta acompañados de sus familias, con carros tirados por bueyes y cargados con sus posesiones. A lo largo de su reinado, Mineptah logró capear diversas invasiones libias, gentes desesperadas por hacerse con terrenos de labranza. Los libios se retratan siempre como gentes de piel oscura, cazadores y criadores de ganado; llevaban el cabello recogido en una gran trenza lateral. Además se los dibuja siempre desnudos, con la única cobertura de una túnica y un taparrabos mínimo. Los libios luchaban armados de arcos y venablos, pero en comparación con los egipcios, sus carros eran demasiado pesados. Las bandas libias se organizaban en varias tribus que los egipcios identificaban con los apelativos de chehenu, libu y mashauash.

El reinado de Mineptah duró menos de un decenio, y le sucedió una serie de faraones de corta vida. Los conflictos internos se agravaron por las constantes disputas que enfrentaron a los diversos sacerdotes de Tebas. Eso comportó, de nuevo, un debilitamiento de la autoridad central. Con la llegada de la Dinastía XX subió al trono el último de los grandes faraones guerreros: Rameses III. Quiso emular a su antecesor Rameses II, y para ello no solo adoptó su nombre, sino que copió varios aspectos de su programa arquitectónico. Sin embargo, Egipto ya no disponía de una riqueza ilimitada, por lo que Rameses III no logró erigir edificios de una magnificencia comparable. Los libios aparecieron de nuevo en el Delta, con el mismo ansia de conseguir tierras fértiles, pero el ejército de Rameses se mostraba rebelde a sus órdenes. En una antigua ceremonia, Amón había regalado al rey una cimitarra sagrada, al tiempo que le prometía la victoria. Antes de entablar combate, el faraón arengó a sus hombres, y los oficiales respondieron a su llamada: «Vuestro grito de guerra rodea al propio Sol. La sombra que arroja vuestra espada cae sobre vuestro ejército, y este proseguirá adelante con el coraje que le insufla vuestro poder».

Los egipcios sometieron a los libios gracias a sus carros más ligeros, a los arcos compuestos y a la superioridad de efectivos; se capturaron muchos prisioneros, entre ellos niños y mujeres, que fueron incorporados a las fuerzas de trabajo en calidad de esclavos. En cuanto a los soldados enemigos, se los encadenó y se marcó sus carnes con el nombre del faraón de Egipto.

Hubo otro enemigo no desdeñable: los Pueblos del Mar. Se cree que procedían de Anatolia, y que habían cruzado Siria en carros, junto con sus familias. Otra rama de estos invasores habría llegado por vía marina, desde Creta. Los Pueblos del Mar ha-



Figura 66. Mineptah, hijo de Rameses II. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

bían invadido las ciudades-estado de Siria y parecían invencibles. A la postre se asentaron en Palestina, tierra que fue bautizada con el nombre de uno de esos pueblos, los peleset. Los egipcios se enfrentaron a ellos por tierra y por mar. En tierra firme los Pueblos del Mar empleaban carros y técnicas muy similares a los utilizados por Egipto; en cambio, sus navíos se impulsaban con velas, y no con remeros. La batalla naval se inició en la boca del Delta: los egipcios apostaron vigías y honderos en sus mástiles para atacar con piedras a sus enemigos. Los Pueblos del Mar se abrieron paso por la fuerza, hasta adentrarse en los riachuelos del Delta, y aquí fueron atacados por una multitud de arqueros apostados en las orillas. Rameses afirmó que había tendido una red para el enemigo, y que este había caído de lleno: los libios fueron asesinados encarnizadamente, sin compasión.

Han pervivido representaciones pictóricas de esta batalla en el templo de Medinet Habu (fig. 68), que contiene un total de más de 7.000 m^2 de inscripciones pétreas. También se conserva la puerta original de la fortificación, que regulaba el acceso principal, situado en un muelle de las orillas del río. Frente al templo se construyó asimismo un complejo edificio de guardia, cuyos muros fueron decorados con representaciones del rey machacando a los tradicionales enemigos de Egipto. Los muros exteriores del templo, por su parte, se decoraron con escenas de combate, en las que se retrataron las campañas de Rameses III contra los libios y los Pueblos del Mar. En el primer patio se ilustraron escenas de los egipcios contando el número de manos amputadas a los prisioneros; en el muro meridional, hay escenas de lucha y de combate con bastones. Sobre ellos se abre la «Ventana de las Apariciones», desde donde se cree que el faraón concedería sus galardones a los oficiales más destacados. Las representaciones de Medinet Habu (fig. 67) son las últimas grandes escenas militares del arte del antiguo Egipto. Entre ellas aparece una representación del reparto de armas y pertrechos entre los soldados de élite. Encima se inscribieron estas palabras del rey: «¡Sacad las armas! ¡Enviad el ejército a destruir las tierras enemigas!». Los muros de Medinet Habu (fig. 68) continúan siendo, hoy día, uno de los monumentos más significativos y adecuados al ejército de Egipto y el arte militar de la Antigüedad.

LA VIDA MILITAR

Los soldados de élite del ejército del Egipto antiguo recibían una educación muy cuidada. Recibían entrenamiento para luchar en el campo de batalla, pero además desempeñaban tareas de escriba militar y de funcionario, en las que se ocupaban de los problemas logísticos de la guerra; más concretamente, del transporte, los víveres y la movilización general de grandes contingentes de hombres. Utilizaban sus aptitudes de lectura, escritura y conocimiento de las matemáticas para disponer una milicia organizada con gran precisión. Se daba por supuesto que ya desde los cinco años, los niños de las familias de clase alta irían a la escuela, donde aprenderían a partir de antologías o «libros escolares» compilados por los profesores. Los vestigios de estos libros nos dan a conocer una pequeña parte de la disposición con que las escuelas se enfrentaban al ejército. Durante el Reino Nuevo, el ejército fue una institución importante, que se alineaba con los sectores administrativo y religioso en cuanto a prestigio profesional. Por este motivo, los libros escolares, que hoy se conocen con el nombre genérico

Figuras 67 a y b (página siguiente). El ejército de Rameses III parte a combatir contra los Pueblos del Mar. Están armados con escudos y espadas *jepesh*. *(Bridget McDermott.)*

a)

b)

de *Misceláneas*, se centraban en la parte negativa de la vida militar, con la intención de convencer a los muchachos de que se incorporaran a la profesión de escriba. En este texto se describe la vida del soldado.

> Se lo llevan cuando es un niño para encerrarlo en un barracón. Propinan a su cuerpo una paliza atroz, le dan un fuerte golpe en la cabeza. Tienen la cabeza partida por la herida. Lo dejan tumbado y lo azotan como si fuera una tira de papiro. Lo aplastan a golpes. Venga, déjame que te cuente cómo ha de ir a Jaru, y su marcha por las colinas; lleva el pan y el agua encima de los hombros, como si fuera la carga de un burro. Tiene el cuello rígido, como el del asno. La espalda rota. Bebe agua contaminada y solamente en las guardias. Llega al enemigo como un pajarillo con las alas cortadas. Si logra regresar a Egipto, es igual que una ramita a la que se han comido los gusanos. Ha caído enfermo. Se queda paralizado, y lo llevan de vuelta en un burro. Le han robado sus prendas y su criado lo ha abandonado.

Si bien las *Misceláneas* nos ofrecen una información muy importante en lo concerniente a la clase de dificultades a las que se puede enfrentar un soldado, la vida militar también tenía numerosas ventajas. A pesar de la dureza de la vida castrense, debemos hacernos cargo de que las descricpiones como esta eran exageradas; los egipcios describían así muchas profesiones, entre ellas la de carnicero, mercader o granjero, para que por comparación sobresalieran las ventajas de ser escriba.

Recluta y entrenamiento

Había dos caminos por los que se conseguían soldados de infantería para el servicio militar. Aunque algunos puestos del ejército eran hereditarios y uno podía ofrecerse voluntario para la carrera militar, la mayoría de soldados procedían de la recluta (fig. 70). Gracias a un texto del Reino Nuevo sabemos con certeza que incluso los candidatos al sacerdocio podían ser reclutados como soldados:

> El visir trajo a tres jóvenes, diciendo: «¡Ponedlos como sacerdotes en el templo de Hotephermaat-Mineptah, en la casa de Ptah!»; pero los cogieron y se los llevaron al norte, mientras uno decía: «¡Serán soldados de la infantería!» De hecho, deberías apresurarte y correr tras ellos, y poner por escrito su condición.

Tras el período de Amarna, es posible que los egipcios desarrollaran una división específica de los soldados-sacerdote. Algunos sacerdotes fueron representados y enterrados con armas, mientras que una unidad específica de arqueros, según se muestra en los muros de Medinet Habu, están ataviados con ropajes sacerdotales.

Los hombres permanecían en el ejército durante toda su vida. Con frecuencia se llamaba soldados «de edad» a unos veteranos que, de hecho, vivían de la agricultura. Ello no obstante, las representaciones militares siempre nos muestran a los soldados en la plenitud de sus capacidades físicas; solo de forma excepcional —como sucede con las representaciones del ataúd de madera de Tutankhamón— hay señales visibles de una edad avanzada en el rostro de los soldados egipcios.

Hubo dos grandes centros de instrucción de los nuevos reclutas, uno en el norte y otro en el sur de Egipto. Las *Misceláneas* nos han descrito así el entrenamiento de un soldado:

> Lo destrozan hasta que queda exhausto. Se despierta por la mañana nada más que para recibir golpes hasta que se le abren heridas. Lo equipan con armas en el brazo, permanece en el campo de ejercicios cada día. Le propinan una dolorosa paliza en el cuerpo, un potente golpe en la cabeza, los ojos y la nariz.



Figura 68. Medinet Habu, templo de Rameses III. Detrás están las tumbas de los nobles y el Valle de los Reyes. *(Bridget McDermott.)*



Figura 69. Lucha de bastones, tal cual se incluía en los festejos y las celebraciones de victoria. Probablemente también se realizaron duelos de esa clase de combate con ocasión de los funerales regios. Esta escena procede de Medinet Habu. Los egipcios celebraron duelos y exhibiciones de combates armados en las ceremonias y los grandes acontecimientos oficiales, creando una tradición que sigue vigente en el Egipto moderno. *(Bridget McDermott.)*

No hay textos específicos que traten de la instrucción en el ejército. Sin embargo, las representaciones pictóricas nos muestran a soldados en formaciones cerradas, con portaestandartes en el puesto de comandantes de la unidad. Estas ilustraciones nos permiten ver a hombres bien entrenados, adiestrados en la realización de maniobras repetidas. Las manifestaciones artísticas indican que los zapadores, capaces entre otras cosas de trepar a edificaciones mayores, eran también buenos conocedores del proceso de fabricación de arietes de asalto. Si bien está claro que los soldados estaban bajo la guía de los trompeteros y tamboristas, que con sus señales controlaban las maniobras de instrucción, cabe la posibilidad de que los portaestandartes emplearan banderas decoradas a la hora de conducir a sus unidades hacia el campo.

En las representaciones de los ritos funerarios o las celebraciones públicas se puede ver a soldados entrenados que participan en desfiles; los egiptólogos han apuntado la posibilidad de que las representaciones artísticas de estas escenas nos estén revelando



Figura 70. Recluta de hombres según se representa en la tumba de Userhet, en Tebas. Los soldados aparecen sentados, a punto de que les corten el pelo o los despiojen. *(Bridget McDermott.)*

la existencia de deportes o «Juegos» antiguos. En época moderna, dos ramas del ejército británico han empleado los procesos de construcción y disparo de un cañón en los acontecimientos regios que, de forma anual, celebran a las fuerzas armadas; parece igualmente probable que los egipcios hubieran producido imágenes que mostraran exhibiciones públicas de maniobras militares. En el antiguo arte egipcio, los deportes como la lucha de bastones, el boxeo y la lucha libre aparecieron con mucha frecuencia entre las representaciones murales de los templos funerarios (figs. 69, 71, 72 y 73). Estas competiciones, que incluso pudieron haber sido incorporadas a los funerales regios, se han conocido en algunas culturas como juegos propiamente funerarios.



Figura 71. En la tumba de Jeruef, en Tebas, se ve a soldados enfrentados en un combate de boxeo. *(Bridget McDermott.)*

Hay asimismo escenas de combate que ilustran movimientos de ataque y defensa aún vigentes en las modernas exhibiciones egipcias de combate con bastones, sobre todo en lo que respecta al golpeo del cuerpo del oponente con la vara. Durante el Reino Nuevo, los egipcios diseñaron toda una serie de protecciones para los brazos y la mandíbula, además de cascos; sin embargo, este tipo de elementos protectores no aparece representado en las escenas militares. El cuerpo se protegía con almohadillas de lino, con las que se envolvía el pecho. Durante estos juegos, los soldados usaban tallos de palmera a modo de bastones. En varias escenas de Medinet Habu, en las que se muestra una lucha de bastones, se llega a ver parte de la reacción de los espectadores, cuyos comentarios quedan registrados en las inscripciones jeroglíficas que acompañan al texto. Así, a los luchadores favoritos, por quienes se había apostado con anterioridad, se les lanzaba gritos de ánimo. En algunas escenas similares, procedentes en esta ocasión de la tumba de Amenmose, los contendientes se lanzan provocaciones mutuas: «¡Ándate con ojo, soldado desgraciado y fanfarrón!», dice uno, a lo que el otro replica: «Más loco

eres tú, que te atreves a poner la mano sobre uno de los soldados de Su Majestad!»

Hay representaciones de combates de boxeo y lucha libre tanto en los muros de Medinet Habu como en la tumba de Jeruef, en Tebas. Las inscripciones que aparecen grabadas entre estas escenas emplean palabras asociadas habitualmente con el deporte moderno, como *asestar un golpe* o *defender*. Otro deporte con aplicación militar directa era el tiro con arco, que resultaba importante para los jóvenes arqueros en proceso de entrenamiento. La introducción del arco compuesto significó que la nueva generación tuvo que aprender las dos técnicas, la moderna y la tradicional. Hay escenas que muestran a instructores situados detrás de los jóvenes candidatos, corrigiendo sus posturas y dándoles los consejos pertinentes; por ejemplo, en una de ellas el entrenador corrige la posición de un joven arquero con estas palabras: «Tira de la cuerda hasta tu oreja. Mantén fuertes los hombros. Actúa con fuerza y energía» (fig. 74). Una vez cumplida la fase de entrenamiento básico en el tiro con arco, los muchachos de clase alta pasaban a practicar el tiro desde un vehículo en movimiento, para adquirir la habilidad de acertar a objetivos inmóviles. Los monarcas del Reino Nuevo demostraron ser hábiles en todas las formas de combate. Así se describió la técnica del tiro con arco de uno de los faraones:

> Al entrar en su jardín septentrional, vio cuatro objetivos de cobre asiático, dispuestos para él. Uno era del grosor de una palma y estaba situado a una distancia de veinte codos entre un blanco y el otro. Su Majestad apareció en su carro de guerra como Montu en el esplendor de su poder. Tiró del arco mientras sostenía cuatro flechas con la mano. Cabalgó hacia el norte, disparando en movimiento, como Montu en sus ropajes de batalla; y cada una de sus flechas atravesó su objetivo, mientras él ya disparaba hacia el siguiente. Nunca antes se había realizado un logro como este: disparar una flecha contra un objetivo de cobre y que esta saliera por el otro lado y cayera al suelo.

El soldado en tiempo de paz

Cuando no era requerido para el combate militar, el ejército no permanecía ocioso, sino que se lo empleaba para distintos cometidos. Los textos egipcios escritos hablan con frecuencia de soldados utilizados para el transporte de materiales de construcción, o para proteger las expediciones mineras, que partían hacia las fronteras de Egipto con las tierras extranjeras y a menudo constaban de numerosos grupos de hombres. Estas expediciones, que requerían mano de obra a gran escala, contaban con la presencia de escribas militares, en número de hasta veinte, a veces, encargados de la distribución de los víveres. Los soldados también se ocupaban de atrapar a los prisioneros huidos, y en muchas ocasiones aparecen con perros entrenados especialmente para las misiones de exploración. También se enviaban grupos de hombres armados a países extranjeros, como par-



Figura 72. En esta escena, que se remonta a la Dinastía XX, dos soldados se enfrentan en duelo ritual. Visten cascos altos, de forma cónica, y brazales de protección. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

te de los séquitos regios; por ejemplo, acompañaban a las procesiones de concubinas que el rey de Egipto recibía de modo regular, como presente de los gobernantes extranjeros.

El soldado en la batalla

Antes de que el ejército iniciara su campaña, los egipcios llevaban a cabo una ceremonia oficial en la que las unidades militares eran reconocidas por los dioses. El término que se utiliza en los textos, «la unción de los soldados», se refiere a este reconocimiento ceremonial de las tropas que parten a la guerra. Lo mismo ocurría con la comparecencia pública del rey: «El faraón ha comparecido al alba del Día de la Comparecencia, el día en que marchamos hacia Heliópolis para proceder a la purificación ritual». Entre estos textos antiguos se ha encontrado, por ejemplo, una lista de aceites que se afirma se utilizaban para ungir al ejército del rey.

El ejército desfilaba siguiendo el orden de sus divisiones, incluyendo la de infantería y la de carros de guerra. Algunos estudios recientes de los relieves del Reino Nuevo po-

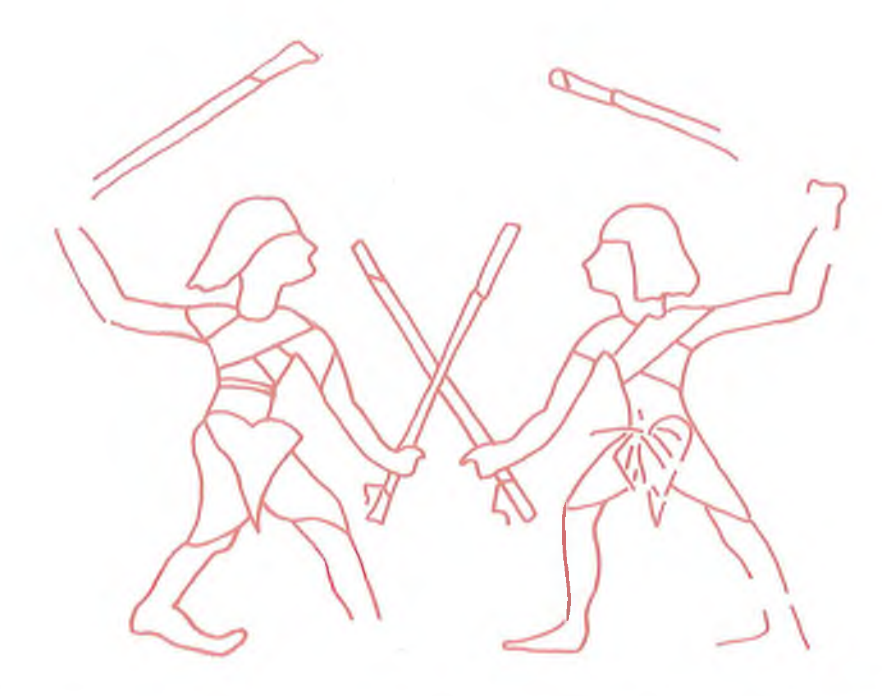


Figura 73. Escena del Período Amarniense, en la que los combatientes se protegen el cuerpo con bandas de lino. *(Bridget McDermott-Museo del Louvre.)*

nen asimismo de manifiesto la presencia de soldados de caballería, dotados de armas y aljabas. Los egiptólogos no han considerado la caballería como un elemento característico y regular del ejército egipcio; aunque se han atestiguado hombres montados a caballo (fig. 75), se los clasifica en general como exploradores. En otro orden de cosas, señalaremos que había dos tipos de soldados: una sección de infantería integrada por profesionales y otro grupo que —como sucede en los modernos ejércitos territoriales— se formaba a partir de reclutas y solamente era llamado a filas en épocas de conflicto.

La sección de los carros era una división de élite en el ejército, que brindaba apoyo táctico a las tropas. Parece que se distinguían de las unidades tradicionales del ejército y solo actuaban en tanto que división especial. La infantería, que se entrenaba en el combate cuerpo a cuerpo, también se usaba para tareas propias de los cuerpos de zapadores, y estaba bien preparada para las operaciones de asedio (figs. 76 y 89). La infantería ligera siempre aparece armada con lanzas, escudos y armas auxiliares. Hay hombres armados a caballo en varias representaciones del Período de Amarna o posteriores; parece probable que estos hombres desempeñaran funciones de relevancia en el campo de batalla. Las compañías de arqueros y mercenarios iban separadas en uni-

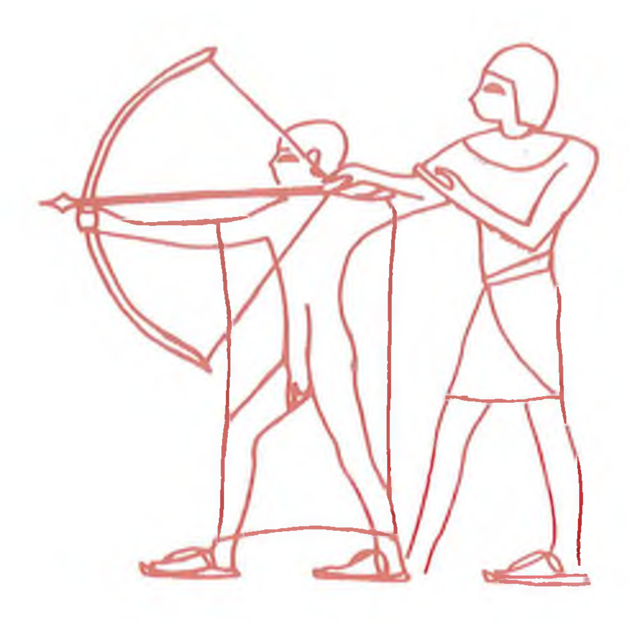


Figura 74. Amenofis II aprende a manejar el arco. Para la instrucción, los egipcios empleaban dianas de cobre y madera. También se utilizaban dianas cuando se practicaba desde lo alto de un carro. *(Bridget McDermott.)*

dades distintas, guiadas por un porteastandarte con los emblemas del campo. Los egipcios confiaban en el transporte fluvial para trasladar a grupos numerosos de soldados, e igualmente para los animales, los carros y las armas; sin embargo, carecemos de pruebas que certifiquen el adiestramiento de marinos en las fuerzas armadas de Egipto. Si bien las descripciones militares ponen de relieve el papel de los soldados asociados a determinados barcos y los que participaron en combates fluviales o marinos, nada demuestra que se impartiera una instrucción especial para esta clase de lucha.

Durante las campañas, que incluían largas marchas, los egipcios habrían preparado un campamento elemental, en el que dormirían a cielo raso. Se cree que mantenían el calor mediante braseros y durmiendo debajo de mantas (fig. 77). Solamente se levantaban tiendas para los miembros de la élite militar, de cuyo alojamiento se ocupaban los sirvientes y los escoltas. Con ellos viajaban también los cocineros, médicos y escribas. Parece seguro que las campañas atraían igualmente a comerciantes, trabajadores del metal y a mujeres para el servicio. Existe la misma certeza de que algunas mujeres ejercían de prostitutas; y probablemente los niños trabajaban como criados, a juzgar por lo que se percibe en algunas representaciones artísticas. Un campamento de batalla establecido —esto es, un real que permanezca sin cambios durante el enfrentamiento mili-



Figura 75. Aunque los estudiosos han descartado la existencia de unidades de caballería entre los rangos del ejército egipcio, es frecuente encontrar imágenes de jinetes. Durante el Período de Amarna, y posteriormente, vemos jinetes en los campos de batalla, armados con arcos o bastones. Este jinete del ejército de Rameses II procede de la decoración mural del templo de Luxor. *(Bridget McDermott.)*

tar— resultaba más complejo. Para empezar, estaba mejor afianzado, puesto que era construido en un recinto vallado; esa valla era vigilada por centinelas armados, apostados en todas las esquinas del recinto. En el interior, además, se desarrollaba toda una industria militar. Los caballos y el equipo quedaban al cuidado de especialistas; las unidades de soldados disponían de un espacio específico para el ejercicio y la instrucción. Se cree que el rey y su guardia vivirían dentro de tiendas de piel; aparte se destinaría una zona para celebrar consejos, en la que el rey o su general comerían, analizarían las diversas opciones, recibirían a los extranjeros o presidirían los consejos de guerra. El real quizá contaría asimismo con un estrado público, para que el rey se pudiera dirigir a las tropas. De hecho, disponemos de testimonios de esta clase de arengas. Durante el Reino Nuevo, en la víspera de una batalla dirigida por Tutmosis III, el discurso del rey contenía las palabras «equipaos vosotros mismos y afilad vuestras armas».



Figura 76. Durante el reinado de Rameses II y Rameses III son numerosas las ilustraciones que describen el saqueo de las plazas conquistadas. Aquí, en dibujos del Período Ramésida, los soldados del ejército de Rameses III prestan su cobertura a los zapadores. Los soldados talaban árboles para construir escaleras de asalto. Un trompetero situado en lo alto dirige a las tropas. *(Bridget McDermott.)*

Estandartes e insignias militares

La práctica de llevar insignias militares es tan vieja como la guerra misma. Aunque los estandartes eran un signo de la afiliación del regimiento, también se utilizaban para mandar señales e identificar las maniobras de cada unidad en el campo de batalla. Los antiguos estandartes egipcios eran banderas o tótems decorados con imágenes diversas, como por ejemplo de luchadores, barcos, plumas, caballos y leones. Una unidad podía lucir un estandarte ilustrado con caballos, pero no por ello debía guardar relación directa con un cuerpo de carros o de caballerías; en realidad, es más probable que los estandartes estuvieran vinculados a las localidades de origen. Cuatro estandartes distintos, usados en la mayoría de divisiones del ejército, estaban asociados con cuatro dioses egipcios: cada sección luchaba bajo la bandera de Ptah, Amón, Set o Re.

a)

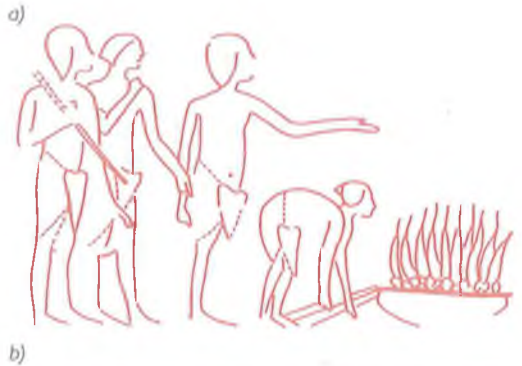


Figura 77 a. Unos soldados encienden fuego para mantener el calor. *(Bridget McDermott-Museo de Brooklyn.)*
Figura 77 b. Este fragmento (*abajo*) del Período Amarniense muestra a soldados durmiendo bajo mantas.

b)

La medicina y la guerra

Aunque las *Misceláneas* exageran las penosidades de la vida militar, los problemas logísticos a los que se enfrentaban los grupos numerosos que debían recorrer a pie largos trechos no debían ser nimios. Los textos mencionan la disentería, los piojos y la contaminación del agua, entre los asuntos más problemáticos. Las representaciones artísti-

cas de la tumba de Userhet, por ejemplo, nos enseñan a grupos de soldados a los que se está despiojando. Los soldados también debían de sufrir problemas en los pies, y no debe sorprendernos que en los textos militares, el bastón y las sandalias figuren en la lista de los elementos de crucial importancia para un soldado. En las escenas de la batalla de Qadesh, los guardias aparecen sentados en bloques de piedra, atendidos por médicos que les examinan los pies. Mientras que las pruebas escritas referidas al tratamiento de las heridas de batalla son limitadas, el *papiro de Edwin Smith* pone a nuestra disposición alusiones a varios síntomas y tratamientos relacionados con las heridas sufridas en el combate. Las más graves y profundas se asociaban sobre todo con la cabeza y la zona de alrededor de los ojos y parece ser que se trataban mediante la aplicación de carne fresca, aceite y miel. También se analizan las heridas de la nariz, las orejas, los labios, la garganta y los hombros. Los egipcios, muy probablemente, suturaban las heridas profundas y vendaban las superficiales con tiras de lino. Las heridas infectadas debían de tratarlas con hierbas; hay razones para pensar que las administraban sobre una base de cierto aceite denominado *moringa*. Usaban el tomillo y la canela como antisépticos, mientras que aplicaban áloe en las quemaduras y las inflamaciones. Por su parte, la raíz de mandrágora se empleaba como narcótico. No eran menos habituales las fracturas, que trataban con la manipulación del hueso, tablillas y algodones.

Las recompensas

Un soldado egipcio era recompensado por su servicio con el derecho de uso de unas tierras que solían permanecer como propiedad familiar mientras el soldado era capaz de prestar servicio. Parece que la actuación de los soldados en el campo de batalla se evaluaba atendiendo a los restos humanos que lograra recuperar. Tras dar muerte a un enemigo, el soldado egipcio le cortaba varias partes del cuerpo, y muy especialmente la mano; luego las ataba en un rollo que cargaba sobre el cuerpo. Según la biografía de su tumba, el soldado Ahmose, hijo de Abana, que había traído consigo unas cuantas manos, fue recompensado con esclavos y tierras.

Los prisioneros de guerra

El recuento de prisioneros es un elemento habitual en las representaciones bélicas, tanto artísticas como literarias. *La toma de Joppa*, por ejemplo, es un relato egipcio que revela fuertes semejanzas con los cuentos de *Las mil y una noches*. La infantería se escondió en unos cestos y fue transportada así hasta la ciudad enemiga. Iban armados con cadenas y grilletes, que emplearon luego para encadenar a los prisioneros. En los

muros de los templos egipcios se observan con frecuencia grilletes similares, fabricados por lo general en madera, y dispuestos de modo que rodean cuello y muñecas de los presos. En algunas imágenes también se puede observar la marca que se grababa a fuego en los prisioneros egipcios, posiblemente con el cartucho real o la insignia de un templo. El *papiro Harris* testimonia que el rebaño humano —es decir, los extranjeros— «eran marcados y convertidos en esclavos; se les ponía el sello con mi nombre, e igualmente a sus mujeres e hijos. Llevé sus rebaños a la casa de Amón, y allí se convirtieron en su ganado para siempre».

Las jerarquías militares

Al rey, en calidad de comandante incontestable del ejército, se le asignaba un cuerpo de carros durante su juventud, que acompañaría a sus fuerzas en la mayoría de campañas. Disponía de un carro propio y de un grupo de caballos que algunas veces se distinguían entre sí por los nombres. Aunque tenemos pocas pruebas de la función que desempeñaban los reyes en la batalla, es poco probable que se situaran en posiciones de riesgo directo. Pese a que el faraón habría demostrado en varias ocasiones que era un buen atleta —incluso imbuido, en apariencia, de habilidades sobrehumanas— lo más probable es que permaneciera bajo la protección de una muralla de escoltas, y que su bienestar se considerara primordial. Es asimismo probable que conforme iba envejeciendo delegara esa función en un comandante o en su hijo y heredero.

Se cree que el rey debía de participar en el levantamiento del real, junto con los soldados, y además presidiría las reuniones del consejo en su propia tienda. Probablemente lo acompañaban su general y los comandantes del ejército. Por debajo de los generales, los comandantes de infantería y los oficiales se dedicaban a controlar los cuerpos de infantería. Los oficiales de este rango podían llegar a asumir la responsabilidad de conservar determinadas fortalezas, momento en el que pasaban a ser considerados «comandantes» de esos fortines. El escalafón inferior de la jerarquía militar correspondía a los portaestandartes, que guiaban a las compañías de soldados. Tras él se encontraba el soldado común, o el *w'w (aha)*, al que se hizo alusión con diferentes títulos a lo largo del Reino Nuevo.

El ejército se identificaba según sus divisiones, cada una de las cuales llevaba el nombre de un dios egipcio. Durante la batalla de Qadesh, las divisiones se llamaron Amón, Re, Ptah y Set. Cada una estaba formada por una unidad militar completa y llevaba un apelativo o una divisa identificativa. Entre los apelativos podía haber aforismos como «una multitud de héroes» o «fuerte con los arcos». Algunos estudios sugieren que las divisiones estarían formadas por unos cinco mil soldados rasos, veinte oficiales y veinte escribas. Cada compañía de hombres estaría compuesta por 250 per-

sonas y se dividiría en cinco secciones de cincuenta hombres. Cada una de estas compañías o pelotones recibiría también un título identificativo, como por ejemplo «Atón resplandece» o «Bienamado de Amón». Parece que estos apelativos eran de gran importancia y se conservaban y transmitían siguiendo tradiciones que podían estar vigentes durante mucho tiempo.

Según Alan Schulman —una destacada autoridad en el estudio de los títulos militares egipcios— el ejército dividía sus intervenciones en cuatro grandes sectores: el ejército de Cush, en Nubia; el ejército de Siria; y las fuerzas nacionales, que se dividían a su vez en dos sectores, el Alto y el Bajo Egipto. Una de estas unidades se situaba en el Delta. Durante el período tardío del Reino Nuevo se construyó una serie de fuertes en una ruta militar que partía del Delta hasta adentrarse en Asia, y que permitía a los egipcios controlar mejor el Bajo Egipto. Se cree que estas plazas fuertes eran las encargadas de suministrar al ejército el agua y los víveres necesarios, a la vez que funcionaban como atalayas cuando se deseaba tener constancia de las actividades extranjeras y supervisar el comercio. Los reclutas vivían en las comunidades nacidas alrededor de estas plazas fuertes, y eran llamados a filas en las épocas de disturbios.

En las representaciones de enfrentamientos militares, la infantería aparece siempre en combates cuerpo a cuerpo. También disponemos de ejemplos en los que aparecen como soldados de falange, ofreciendo así una imagen fuerte y uniforme de los mejores guerreros de Egipto. Otra imagen frecuente es la de los zapadores, a la cabeza de las operaciones contra los baluartes enemigos. Es probable que esta clase de soldados se situara al frente de la formación ofensiva. En tanto que grupo, los movimientos de la infantería quedaban bajo el control de los trompeteros, a los que es fácil observar en los parapetos de las torres de asedio, enviando señales al ejército que permanece a sus pies. El portaestandarte —miembro de la élite militar—dirigiría y ordenaría a la unidad con movimientos precisos de la bandera del regimiento. Los carros protegerían la retaguardia y los flancos de la infantería. Los egipcios empleaban la técnica del sitio cuando el asalto directo resultaba imposible. Por lo común, se trataba de un proceso muy largo y complejo, que podía obligar al ejército egipcio a pasar muchas semanas en el campamento de guerra. Durante el Reino Nuevo no hay duda de que los egipcios emplearon arqueros para proteger a la infantería durante el asedio a las forticaciones enemigas; en estos casos, asaltarían al enemigo con lluvias de flechas dirigidas a los parapetos y bastiones de la fortificación hostil.

La logística

Los escribas militares, que gozaban de una posición específica en la jerarquía, con sus propios comandantes y oficiales, desempeñaban un papel crucial en la administración

del ejército, puesto que eran los responsables de llevar las cuentas de los víveres, así como racionarlos y suministrarlos a los cuerpos de infantería y de carros; además debían mantener un registro de las provisiones restantes y anotar los botines adquiridos. Los escribas también llevaban las listas de la recluta, buscaban a los desertores y documentaban los delitos. Algunos escribas tomaban nota de lo acontecido durante el combate; durante la campaña de Megiddo, por ejemplo, Tutmosis III empleó a sus escribas para que recogieran un testimonio escrito de la fauna y la flora de las regiones asiáticas. Estos testimonios se reprodujeron luego en las imágenes de lo que se ha dado en llamar «Jardín Botánico» del templo de Karnak. Las inscripciones jeroglíficas de la tumba de Chaunny, un escriba militar, nos describen las tareas que solía llevar a término: «hacía una lista de los soldados en presencia de Su Majestad, anotaba a los que eran idóneos para las tropas de élite e informaba a todos los hombres sobre sus obligaciones militares».

Amenhotep —hijo de Hapu, que adquirió gran fama por su trabajo como arquitecto para Amenofis III— también ostentaba el título de «escriba de las tropas de élite». Su trabajo consistía en «escoger a los hombres para las tropas de élite, realizar los ajustes adecuados para la protección de las fronteras y supervisar a los prisioneros de guerra». A los escribas militares también se les asignaban cárceles; uno de los títulos que llevaban a gala podría traducirse como «escriba de la prisión del ejército», en referencia, probablemente, o a una prisión de personal militar o a un lugar de encierro de los cautivos extranjeros. A pesar de que los comandantes del ejército ya cumplían una función administrativa, puesto que mantenían correspondencia con otros comandantes, era tarea del escriba el pasar a un papiro esos despachos. Las cartas se entregaban a los mensajeros encargados del correo entre las diversas fortificaciones.

A pesar de que los escribas del ejército estaban bajo el control de un comandante, es poco probable que contemplaran con sus propios ojos los combates directos. Los escribas, en efecto, solían trabajar en el «Gran Salón de Palacio», un nombre que probablemente alude a los cuarteles generales de los oficiales del ejército, establecidos en diferentes lugares de Egipto. Allí estaban los tribunales que celebraban las vistas militares, y allí era donde los soldados se «equipaban con todo su armamento». Este tipo de sala está representado en una escena única, procedente de Medinet Habu, en la que se nos muestra un almacén de armas durante el proceso de reparto (fig. 78).

Entre los pertrechos y provisiones de los soldados se incluía lino, pan, cereales y ungüentos. Los hombres pagaban por estos paquetes con cuentas de madera que tenían la forma de un pan. En el *papiro Lansing* se dice del soldado:

> recibe un ración de cereales cuando lo liberan de sus obligaciones, pero esta huele muy mal, una vez molido. No hay ropas ni sandalias, las armas de guerra están en la fortaleza de Chel. Durante la marcha, solo bebe agua cada tres días, y esta tiene gusto a sal. Su cuerpo



Figura 78. El templo de Medinet Habu se concibió con una gran sala ceremonial, desde la que se distribuía el armamento a los soldados. En esta escena, única, los guerreros llevan arcos angulares y carcajes. También pueden verse espadas *jepesh* con mangos de lazada. Los soldados visten cascos; en uno de ellos se ve una franja que indica que su portador era el jefe de la unidad. *(Bridget McDermott.)*

está destrozado. El enemigo está aquí, y lo rodea con flechas; su vida ya está muy lejos. Ellos dicen «¡Rápido, valeroso soldado! ¡Gánate un buen nombre!», pero él no sabe siquiera quien es. Su cuerpo está exhausto y sus piernas son débiles.

Otra versión de este texto continúa diciendo: «la mujer extranjera se ha desmayado durante la marcha y él se la ha cargado al cuello. Se le ha caído el equipo, y él lleva a cuestas a la prisionera. Su esposa y sus hijos están en el pueblo; él muere antes de llegar».

Los soldados eran juzgados en el caso de haber cometido algún delito, como por ejemplo el robo de pieles o de comida. Aunque el saqueo era una práctica aceptada, se esperaba del ejército que entregara al Estado los objetos más valiosos. En la batalla de Megiddo, los soldados fueron reprendidos por haber cedido a la tentación del saqueo, ya que eso favoreció la huida de los enemigos y obligó a los egipcios a realizar una compleja y prolongada maniobra de sitio. La deserción, por su parte, estaba considerada entre los delitos más graves. En cierto texto se expone que un soldado «huyó y se fue con los desertores, mientras toda su familia está encerrada en la cárcel. Ahora él ha muerto en el desierto, y no queda nadie que haga pervivir su nombre». Cuando los escribas llegaban a una región para alistar a los soldados, se sabía de antemano que varias personas huirían tratando de esquivar el llamamiento. La ley también podía recaer

sobre los comandantes, que eran castigados por abusar de los soldados que tenían bajo sus órdenes. Muchas de las referencias que nos describen la vida del soldado subrayan las duras palizas y la disciplina requerida para aguantar la instrucción militar. Los desertores eran perseguidos por exploradores acompañados por perros de rastreo, y sus familias iban a la cárcel por el delito del huido. Un texto que trata de este problema nos dice:

> Llegué al lugar donde estaba mi señor. Resultó que el soldado de infantería de la zona estaba detenido, aquel cuyo trabajo me habían asignado. Alguien lo había llevado a la cárcel del pueblo y está cultivando la tierra en beneficio del escriba del ejército Pamerka, que vive en el pueblo de *Tbnt* [Tebenet].

El concepto de valor

Entre los soldados egipcios se concedía poca importancia al concepto de valor. A diferencia de los griegos, aquellos no destacaron los actos de valentía individual en las inscripciones oficiales, sino que prestaban atención casi exclusiva a las acciones del rey y comandante en jefe. No obstante, el coraje personal se pone de relieve en algunos textos militares. Por ejemplo, en varios relatos biográficos los homenajeados son descritos como «valerosos ante los soldados» o como «el jefe de todos los bravos del ejército».

LA REVOLUCIÓN

Ajenatón, el segundo hijo de Amenofis III (fig. 79), sucedió a su padre en algún momento entre 1378 y 1352 a. C. Durante el reinado de Amenofis III, Egipto había alcanzado su máxima etapa de prosperidad y asegurado su supremacía militar y política sobre los países vecinos. Sin embargo, durante esta etapa de estabilidad nacional, el país estuvo aquejado de luchas internas por el poder; más concretamente, por el enfrentamiento entre la monarquía y los sacerdotes de Amón. El poder de estos últimos, intermediarios entre el monarca y el dios —que por entonces era la máxima deidad del panteón de Egipto—, estaba fuertemente asentado. Durante el prolongado período de la estabilidad nacional, los sacerdotes de Amón habían ido acumulando una considerable riqueza material, derivada de los impuestos exigidos a los países sojuzgados.

En el segundo año de su reinado, el monarca trató de poner freno a las influencias del sacerdocio elevando a otra deidad, Atón, al lugar de excelencia del panteón. De este modo intentaba crear una suerte de equilibrio teológico. Más tarde llegó a susti-

tuir al dios Amón —a pesar de que llevaba mucho tiempo establecido como el dios supremo de Tebas— por el dios Atón, el disco solar. El cambio supuso importantes consecuencias políticas. Ajenatón rompió la alianza con la capital, Tebas, y tomó una decisión sin precedentes: al establecer a Atón como divinidad única, por vez primera en la historia de Egipto, el pueblo se enfrentaba con el concepto del monoteísmo. En realidad, entre los ciudadanos corrientes, que adoraban a una extensa y variada serie de dioses, esta nueva religión no tenía ninguna posibilidad de prosperar. Los acontecimientos que tuvieron lugar durante esta época todavía nos resultan en parte desconocidos, pero está claro que en algún momento los egipcios trataron de eliminar todas las alusiones tanto pictóricas como documentales a esta oscura fase de su historia. Tras el fallecimiento del monarca, su nombre fue borrado de todos los grandes relieves, y en adelante se lo conoció siempre como «el rey hereje».

Durante el quinto año de reinado, el monarca trasladó la corte a una nueva ciudad, que había levantado en el desierto del Egipto Medio. El lugar se conocía con el nombre de Ajetatón, «horizonte del disco solar». La ciudad se edificó en una llanura de forma oval, rodeada de montañas desérticas. Se extendía a lo largo de 13 km de árido paisaje, y en su parte central abarcaba hasta los 5 km de anchura. Los límites de la ciudad fueron señalados mediante catorce estelas de demarcación, sobre las que se inscribió un juramento por el cual el rey se comprometía a no abandonar jamás la ciudad. Se cree que la población llegó a subir hasta los 20.000 habitantes, que vivían en casas independientes en los barrios norte y sur. La familia real ocupaba los palacios de la parte central de la ciudad; sus tumbas se excavaron en los despeñaderos de los alrededores.

Amón ha pasado a la historia como «el Oculto», y su devoción se celebraba en santuarios escondidos en los recovecos más recónditos de los templos egipcios. Por el otro lado, Atón, el dios único, era adorado como el disco solar visible, por lo que los rituales de su culto se celebraban al aire libre, donde los rayos del Sol pudieran alcanzar los altares del dios. Al elevar a Atón, el rey había destacado por encima de todo la fuerza creativa del Sol, al tiempo que reclamaba para sí un poder totalitario y privaba a los sacerdotes de Amón de su papel crucial en tanto que intermediarios entre el gobernante y los dioses.

En algún momento de la fase temprana del reinado de Ajenatón ocurrió algo que produjo una violenta reacción contra el culto a Amón. Todavía desconocemos qué ocurrió exactamente, pero lo más probable es que se tratara de un intento de asesinato contra el monarca. De resultas del atentado se desató un furioso ataque contra los monumentos de Amón, en los que los ciudadanos borraron a golpes de hacha todas las

Figura 79 (página siguiente). Amenofis IV con la tradicional corona bélica de Egipto. *(Bridget McDermott-Ashmolean Museum de Oxford.)*





Figura 80. Dos soldados de Amarna conversan. Van armados con una vara o bastón, único en esta etapa histórica. Es probable que el bastón, de forma ligeramente trapezoidal, fuera de fibra seca de palma. *(Bridget McDermott-Museo de Brooklyn.)*

referencias jeroglíficas y pictóricas al dios tebano. Para llevar a cabo semejante campaña, el rey debió de contar con el apoyo de los militares; pero solo podemos imaginar qué escenas se desarrollaron dentro de la ciudad sagrada en el momento en que los oficiales tebanos se enfrentaron a las consecuencias de sus actos y la cólera del rey se volcó sobre los habitantes del templo de Karnak.

Este intento de erradicar a los viejos dioses no tuvo éxito. De hecho, hay pruebas de que incluso los habitantes de Ajetatón siguieron adorando a varios dioses, en privado; también se han descubierto oraciones dirigidas a Amón en la aldea de los trabajadores de Amarna. Estas pruebas podrían demostrar o que el pueblo de Ajetatón rendía culto secreto a Amón, o que la venganza real se dirigió principalmente contra los sacerdotes tebanos y su culto, más que contra el propio dios Amón. En cualquier caso, está claro que Ajenatón cerró los templos de Tebas, con una iniciativa que afectó de forma muy negativa a una administración central que antes había controlado el conjunto de los asuntos políticos y económicos de Egipto.

Figura 81. Un hacha con restos del atado de cuero. *(Armour-Metropolitan Museum of Art.)*



Figura 82. Escamas de loriga. Llegaron a ser tan grandes que algunos estudiosos han apuntando que quizá sirvieron de decoración para las estatuas. *(Bridget McDermott-Ashmolean Museum de Oxford.)*

Ajenatón encargó obras de arte muy características. Sus rasgos —que a menudo se han descrito como de un «realismo sensual»— fueron inéditos hasta aquel período: las formas humanas eran menos rígidas, las líneas figurativas se suavizaron y cobraron mayor sensualismo, y se destacó más la relación entre los súbditos y la naturaleza circun-

dante. Las imágenes de la familia real presiden las creaciones artísticas de este período, creando una inusual sensación de intimidad. El extraordinario hincapié que se dio a estas figuras y el aspecto más distendido del cuerpo humano han sido objeto del estudio académico durante varias décadas.

Durante mucho tiempo se ha defendido que Ajenatón era un pacifista. En realidad, muchas sociedades esotéricas modernas —como los rosacruces— consideraron a Ajenatón como una suerte de profeta o de «rey poeta». Sin embargo, este punto de vista es insostenible para la Egiptología reciente; irónicamente, las pruebas que ha venido sacando a la luz la investigación moderna tienden a demostrar lo contrario. Las excavaciones de la ciudad de Ajetatón han recuperado abundantes relieves militares y vestigios que prueban la crucial relevancia del ejército en las actividades de Amarna. En las representaciones visuales, el cuerpo militar aparece de forma constante en los acontecimientos públicos, ofreciendo su protección a la familia real. Los relieves militares hallados en este lugar superan a todos los demás relieves del Egipto antiguo en cuanto número e importancia dentro de los templos y las tumbas: de hecho, no es descabellado sugerir que los relieves militares de Amarna contienen ciertas características siniestras que más tarde han sido adoptadas por los dictadores modernos.

Además, dentro mismo de la ciudad de Ajetatón, los arqueólogos han encontrado restos de un cuartel militar. El edificio, que constaba de varias secciones, se erigió en el extremo oriental de la ciudad y ofrecía a las autoridades una vista panorámica de la llanura desértica. El cuartel constaba de tres bloques principales, que incluían una zona orientada hacia el sur, que probablemente se empleaba como sala de los consejos de guerra. El edificio, de fuerte influencia minoica, albergaba asimismo almacenes y depósitos, amplias cocinas y dependencias para la guardia. Las excavaciones también han descubierto una amplia zona de ejercicio en la que los egipcios entrenarían a sus equipos de carros y caballería. En la zona norte del muro principal ha salido a la luz una plaza de armas, con vestigios de comederos y mojones para amarrar a los animales. A su lado estaban los establos, construidos sobre un suelo de adobes inclinados. Durante este período, carros y caballos cobraron una importancia difícil de sobreestimar. De hecho, es en esta época cuando los caballos empiezan a aparecer a gran escala en representaciones que incluyen tanto al caballo como al jinete. En esta misma etapa hay constancia por vez primera del empleo de títulos militares como el de «señor de los caballos» y «escriba de los reclutas».

Los hallazgos recuperados en las excavaciones de este cuartel militar incluyen cierto número de armas y fragmentos de armaduras compuestas (figs. 81 y 82). Entre estos vestigios se encuentran asimismo etiquetas de cuero, que antaño formaron parte del uniforme de un soldado egipcio y que se parecen de un modo asombroso a las tiras de piel encontradas en una túnica acorazada de la tumba de Tutankhamón. Varias piezas de estos restos de piel, que hoy se custodian en el museo de Manchester, están estria-

das y teñidas con mucho esmero, tratando de imitar escamas metálicas como las que se unían para crear las antiguas lorigas.

A su muerte, Ajenatón fue sucedido por una misteriosa figura conocida como Esmenjkare. Sabemos muy poco de este rey, pero algunos datos recientes apuntan que podría tratarse de la propia Nefertiti, la esposa de Ajenatón. Los estudiosos aún están sacando a la luz nuevas pruebas relacionadas con el papel de Nefertiti en Amarna, pero las representaciones artísticas la muestran en la postura tradicional del gobernante que aplasta los cráneos de los enemigos de Egipto; esto parece indicar que no le correspondía en Ajetatón un papel meramente pasivo. Su reinado duró solo dos años y después se perdió la pista de Esmenjkare. La ciudad fue abandonada muy pronto, y los egipcios destruyeron sistemáticamente todos los restos de aquella efímera capital. También borraron todas las referencias escritas al rey, incluso en las listas de antecesores reales. Al proceder así, tenían la esperanza de destruir la segunda vida del rey y borrar para siempre de la historia el nombre de Ajenatón.



Figura 83. Dibujo de Hesi, un soldado egipcio del Período de Amarna, tomado de una estela del Reino Nuevo que se custodia en el Pelizaeus Museum de Heidelberg. El faldón del soldado es singular: está reforzado con un panel protector acorazonado. *(Bridget McDermott.)*

Las representaciones de Amarna

Tanto en Ajetatón como en Tebas se han excavado grupos de tumbas pertenecientes al Período Amarniense. Mientras que las de Tebas conservaban los temas tradicionales, las de Amarna están decoradas con características peculiares. En las tumbas amarnienses han aparecido más representaciones militares que en cualquier otro lugar de Egipto. En ellas vemos a una infantería claramente distinta de los miembros de élite del ejército (fig. 83). Los infantes aparecen siempre en pequeñas unidades, con la cintura doblada —en la típicas postura de obediencia— o bien como hombres corriendo en hilera (fig. 106, p. 192). Los soldados llevan las armas tradicionales, esto es, el escudo y la lanza, aunque algunas veces disponen también de armas auxiliares. Las clases altas, que siempre se emplazan en lugares más próximos a los que ocupa la familia real, figuran como portaestandartes, escoltas o comandantes.

Las tumbas han proporcionado a los egiptólogos una información muy abundante acerca de la milicia egipcia de este período. En muchas ocasiones nos muestran armerías custodiadas por soldados, o bien ilustran las técnicas de fabricación utilizadas durante la construcción de las armas y los carros. En una serie única de escenas, además, se representa con toda claridad la actividad de una fábrica de escudos o de trabajo de la piel.

EL CABALLO Y EL CARRO

> Hermosos carros de madera, más resplandecientes que el lapislázuli, dorados con oro, doradas las piezas *htr* [heter] con el color de los rojos ropajes y con flores talladas en la madera; los suelos estaban hechos de madera y marfil, las riendas en un solo grupo, los radios de *pher* y los extremos de los ejes de *ipu*. Los lavaban, los enfundaban y cubrían de pieles y terminaban aceitándolos y puliéndolos con aleaciones de oro.
>
> (*Papiro Anastasi* IV)

El carro aparece en la literatura del antiguo Egipto, por vez primera, en la estela del rey Kamose. Este texto alude a los carros de los hicsos, el pueblo que invadió y gobernó Egipto durante el Segundo Período Intermedio. Es una creencia generalizada que fue la ocupación hicsa la que permitió a los egipcios conocer el manejo de los carros. Ello no obstante, cabe la posibilidad de que los egipcios ya estuvieran familiarizados con este tipo de vehículo antes del período del Reino Nuevo: quizá proceda de entonces la introducción en Egipto de los carros y los caballos, que habrían venido de Oriente. En algunas culturas como la de Mesopotamia, los animales de tiro se incluían

en los funerales. A pesar de que entre los ajuares de las tumbas egipcias también se han encontrado carros —de hecho, algunas tumbas estaban concebidas con una «sala del carro»—, en Egipto, el entierro de caballos fue siempre raro. El caballo y el carro desempeñaban un papel importante en la iconografía real. Amenofis II, en su gran estela, es alabado en tanto que domador de los caballos de su propio carro. El hecho adicional de que los extranjeros enviaran carros como regalo recalca el valor concedido tanto al carro mismo como al caballo. Además, durante el Período de Amarna, los extranjeros mandaron cartas en las que destacaban de forma especial los saludos a los equipos de carros reales.

La función del carro

Ciertas pruebas escritas sugieren que durante el reinado de Tutmosis I se movilizaron unidades de carros organizadas. En esa época, las divisiones de carros actuaban como una rama de élite del ejército egipcio. A pesar de que los carros fueron introducidos durante el combate y demostraron ser eficaces en los terrenos más llanos, no se emplearon ni en las operaciones de asedio ni en los terrenos rocosos. La primera función del carro egipcio consistió en servir de plataforma móvil desde la que abrir fuego, lo que permitía a los soldados egipcios luchar desde puntos concretos del campo de batalla. El carro posibilitaba que los soldados dispusieran de una mayor potencia de fuego, bajo la forma de descargas de los arqueros, que se encontraban situados en una posición elevada con respecto al enemigo. También servía para transportar pertrechos a determinadas zonas del campo de batalla, y permitía recoger del suelo a los hombres heridos, o perseguir al enemigo cuando este emprendía la huida. Se usaba también para romper las formaciones enemigas al inicio de la batalla, así como para formar murallas humanas, que se situaban ante las líneas enemigas. Conservamos una enumeración del equipo que se destinó para una expedición a Siria, en la que se describen con gran detalle los preparativos realizados tanto para los caballos como los carros. Los jefes de los establos y los mozos de cuadra se ocupaban de asistir a los soldados, puesto que durante las marchas les llevaban grandes cantidades de paja finamente picada. Estos carros se cargaron de todo tipo de armamento, entre el que podemos mencionar las flechas (y las aljabas), los bastones y las porras, las lanzas, los venablos y las espadas.

Los carreros

En total conocemos tres títulos para aludir a los carreros en general: «guerrero del carro», «escudero» y «auriga» o «carretero». El título de «escudero» pudo haber sido em-

pleado por los altos funcionarios regios. Menna, el escudero de Rameses II, es mencionado como la única compañía del rey cuando este se enfrenta al enemigo, solo, en el campo de batalla:

> Menna, mi escudero, sabía que una legión de carros me rodeaba. Perdió las fuerzas, su corazón era débil. El terror estaba en sus extremidades. Dijo: «Mi buen señor, el poderoso gobernante que salva a Egipto en el día de la batalla, ¡abandonado por sus soldados y sus carros!» Su Majestad respondió a este escudero: «Mantente firme, tranquiliza tu ánimo: cargaré contra ellos como un halcón, los aniquilaré y destruiré, echándolos por tierra». Su Majestad corrió hacia delante y cargó contra la multitud; por sexta vez los atacó. Yo era como Baal en el día del poder, les di muerte sin dudarlo un segundo.

Los egipcios también utilizaban a otro tipo de soldados, designados con el nombre de «corredores». Estos hombres corrían alrededor de los carros, o a su lado, con la misión de herir a los caballos de los carros enemigos en el transcurso de los combates directos. En las representaciones artísticas, estos corredores suelen aparecer como escoltas.

Aunque sabemos que algunos príncipes extranjeros solicitaron como ayuda la presencia de divisiones de diez vehículos egipcios, se cree que las unidades tradicionales estaban integradas por cincuenta vehículos, cada uno de los cuales transportaba a dos soldados. Mientras que uno realizaba la función de auriga, el otro hacía las veces de guerrero-escudero, armado con el equipo de la arquería. El guerrero del carro podía llevar además diversas armas, como espadas y hachas, que se guardaban dentro del armazón del vehículo. Muchas veces, los relieves militares dibujaron al soldado luchando en tierra, tras haber bajado del carro; por otro lado, en bastantes representaciones de la batalla de Qadesh hay soldados egipcios que detienen a los carros enemigos y arrastran a tierra a los carreros. En las escenas de combate, el rey se suele distinguir entre las filas porque aparece sobre un carro que lo separa de los soldados. En las representaciones del Período de Amarna, toda la familia real suele mostrarse sobre carros. En las fuentes escritas de las *Misceláneas* se nos describe a los carros como elementos de transporte de las armas y los pertrechos de batalla. Este mismo vehículo figura también en los cuentos y los mitos: es el medio más habitual de transporte, tanto de los granjeros como de la realeza.

El diseño del carro

El carro se diseñaba con un armazón de forma ovalada, de fabricación tan ligera como fuera posible, ya que de ese vehículo se esperaba tanto velocidad como capacidad de maniobra (fig. 84). Ahora bien, los carreros también necesitaban una superficie esta-

ble que les permitiera emplear los arcos con acierto. Eran de madera; con frecuencia incluían elementos de piel y se decoraban con metales preciosos. En la tumba de Tutankhamón se han encontrado carros ceremoniales; los artesanos los habían decorado con incrustaciones de pan de oro y piedras preciosas. En los textos egipcios se mencionan a menudo carros de oro y plata, y en la batalla de Megiddo Tutmosis III llevaba un carro de electro (la aleación de oro y plata).

Los egipcios dotaban a sus carros de ruedas ligeras y situaban el eje hacia la parte trasera. La disposición de las ruedas permitía realizar giros cerrados. Estaba completamente abierto por detrás y era suficientemente amplio como para llevar a dos personas conduciendo una al lado de otra. El suelo, colocado sobre un armazón poco profundo y ovalado, era una base de correas de cuero entretejidas. El armazón incorporaba un soporte vertical, con un número variable de soportes (entre dos y cinco) que se proyectaban en diagonal hasta el extremo del eje, para reforzar el espacio comprendido entre el suelo y el eje. Las ruedas, cuyas llantas estaban fabricadas con madera y piel, quedaban en la parte trasera del armazón. Disponían de una barra situada bajo el panel inferior, que sujetaba tanto el suelo como el eje. Los caballos estaban uncidos a la lanza del carro (fig. 85) mediante un arnés con meleneras que se extendía por la columna y los cuartos delanteros de las caballerías, de forma que el auriga podía controlar sus movimientos. Los caballos de un carro egipcio típico se controlarían con las bridas o una muserola; además se anudaban dos riendas a los extremos del bocado, que luego bajaban hasta los cuartos delanteros, cerca del yugo. Los caballos de los carros egipcios llevaban los ojos tapados con anteojeras.

Los talleres de carros estaban emplazados en los grandes templos y aparecen representados en las tumbas de los nobles tebanos; los artesanos nos son mostrados en el proceso de dar forma y tallar la madera empleada en la construcción de los vehículos militares. Los egipcios utilizaron varios tipos de maderas, como por ejemplo la de olmo, tamarisco o abedul; estos son los materiales que se identificaron mediante los análisis practicados sobre los carros de Tutankhamón. Los seis carros de tamañano natural hallados en la tumba de Tutankhamón son ejemplos de gran significación para el estudio de los carros de la Edad del Bronce. Para el mantenimiento de estos vehículos se utilizaban unidades especiales, que estaban bajo el control administrativo de los establos del rey y el caballerizo real.

Es posible que los egipcios establecieran dos grandes escuelas de adiestramiento para los aurigas; una al norte, en Menfis, y otra en Tebas, al sur. Sabemos también que en la ciudad de Ajetatón, en Amarna, se alojaba una división ecuestre. Pero además de estos datos, para las ocasiones en que se movilizaban unidades en Nubia y otras áreas de Egipto, la mayoría de plazas fuertes debían contar con instalaciones en las que alojar a los caballos y estacionar los carros. El personal del establo, o los «sirvientes» que trabajaban como mozos de cuadra, reparaban y mantenían en buen estado los carros y



su equipo. Los establos daban empleo a sus propios escribas, como responsables de la adquisición tanto de caballos de calidad como de piezas para la construcción y reparación de los carros. En el *papiro Anastasi* III, en efecto, figura una lista que detalla el coste y el peso de las diversas piezas de un carro.

LA GUERRA DIVINA

En la antigua mitología egipcia, se consideraba que el dios Sol, Re, cruzaba el día y la noche en un bote. Las imágenes que nos revelan acontecimientos sucedidos durante estos viajes interpretan un papel importante en el culto funerario a los monarcas fallecidos; durante el Reino Nuevo se las situó en lugares destacados de la decoración mural. Se conocían como *Escritos de la cámara secreta que está en el mundo inferior*. El viaje de la barcaza por el mundo inferior incluía el viaje nocturno del dios Sol durante las doce horas o «segmentos» de la noche. La barca entraba en cada fase pasando por una puerta custodiada por un espíritu maligno. Aquí, los egipcios dibujaban con todo lujo de detalles el complejo y peligroso paisaje del ultramundo; y cada fase se distinguía claramente de las otras, conforme el dios Sol iba atravesando las puertas en un barco tripulado por una completa marinería de dioses y de guerreros. Cada hora o sección del viaje a través del Amduat (el mundo de ultratumba egipcio) hacía pasar a la tripulación a una cámara en la que el dios y sus pasajeros debían superar acontecimientos muy peligrosos, fácilmente mortales. Por ejemplo, la primera hora se conoce como la «destrucción de las cabezas de los enemigos de Re». En medio del viaje, el dios Sol asumía el papel de un candidato del que se espera que pase por un ritual en el que su *ba* (o espíritu), vivo, se reunía con su cuerpo, muerto; el momento definitivo de la regeneración culmina con la victoria frente a la serpiente demónica Apofis. Solo en este momento, el dios Sol puede aparecer en el horizonte y dar inicio a un nuevo día.

Estas imágenes fantasmagóricas y cargadas de violencia daban origen a una legión de criaturas con rasgos propios de los reptiles o de criaturas híbridas. Algunas de esas figuras llevaban espadas o puñales entre los hombros; imágenes que nos pueden resultar familiares después de las pinturas de artistas modernos, como Pieter Brueghel o el Bosco. Parece probable que estas imágenes de pesadilla fueran el reflejo preciso de cómo veía su entorno un egipcio de a pie. Los egipcios consideraban las imágenes de pureza y orden como elementos esenciales para el equilibrio cósmico, y en un contexto ideal situaban estas representaciones en los monumentos públicos y privados, porque creían

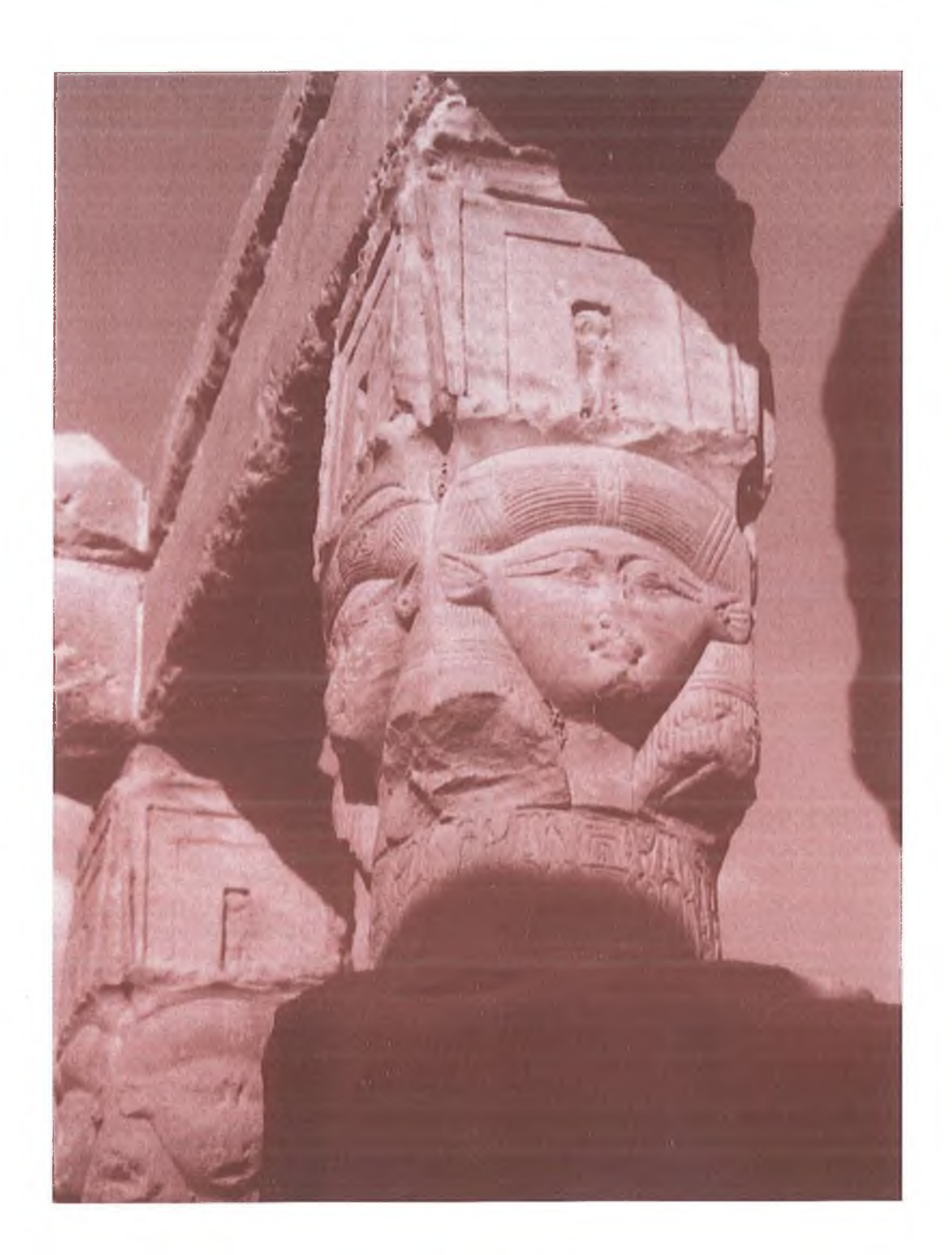
Figuras 84 y 85 (página anterior). Estas fotografías demuestran lo gráciles y ligeros que, como es sabido, eran los carros egipcios. *(Bridget McDermott-Museos Egipcio de El Cairo y Arqueológico de Florencia.)*

que al pintar una imagen esta podía tornarse activa. Sin embargo, en la realidad, los egipcios vivían en un mundo violento, rodeados por las fuerzas que ellos designaban como «caos»; para ellos, en efecto, las enfermedades, las plagas y el peligro eran hechos cotidianos. No nos sorprende, por tanto, que los rituales de triunfo sobre el caos debieran representarse una y otra vez en el mundo de ultratumba, donde los enemigos de los dioses debían ser derrotados una vez tras otra. La salida del Sol —y en consecuencia, la continuación de las fuerzas de la vida— dependía de este ciclo nocturno en el que los dioses luchaban contra los espíritus malignos y las fuerzas del caos de la noche. La derrota de las fuerzas del caos se hace evidente en las imágenes que detallan el apresamiento de los espíritus de ultratumba; aparecen prisioneros arrodillados con las manos atadas a la espalda, en una imagen iconográfica que se repite en las imponentes representaciones de las procesiones de prisioneros del Reino Nuevo, guiadas en esta ocasión por un ejército de seres de carne y hueso.

La lucha entre los dioses Horus y Set se convirtió en uno de los mitos más importantes del antiguo Egipto. Horus era hijo de Osiris, y Set el hermano; y los dos reclamaron para sí la posición de su pariente. Entonces surgió una disputa entre los dioses acerca de quién debía ocupar el lugar de Osiris, y decidieron preparar una competición. Luego tuvo lugar una serie de acontecimientos en los que ambos se desafiaron mutuamente a combatir, los cual originó contactos violentos con mutilaciones, intervenciones mágicas y humillaciones sexuales. Cada uno de estos elementos, por separado, coincide con los métodos empleados por las sociedades tribales cuando iniciaban a los jóvenes en la vida del guerrero. Horus resultó vencedor de la batalla y entabló con la realeza una relación mitológica de crucial importancia. Set, por su parte, permaneció en el ámbito del caos; se convirtió en el dios de las tormentas y gobernó la tierra del desierto. Set fue asociado con los símbolos demoniacos y se lo consideraba relacionado con el hipopótamo y el cocodrilo, dos animales que en la mitología egipcia compartían una función subterránea, pero propicia.

Desde la época prehistórica, los egipcios estuvieron muy influidos por el ambiente que los rodeaba, y esto se trasluce en la forma en que los dioses nacionales conservan aspectos de una dualidad que es reflejo de dos vertientes de la naturaleza: la agresiva y la nodriza. Aunque los egipcios rendían culto a Hathor como diosa de la fecundidad y de los alumbramientos, también la veían como una devoradora de sangre y asesina de la raza humana (fig. 86). La capacidad de curar o matar fue una atribución común a numerosos dioses del antiguo Egipto. Isis, uno de cuyos apelativos era «Señora de la Magia», era reputada por su capacidad de sanar a los enfermos. Cuando su marido fue

Figura 86 (página siguiente). Esta columna del templo de Hathor en Dandara tiene una cabeza humana con rasgos bovinos. *(Bridget McDermott.)*



asesinado y descuartizado por Set, Isis recogió los miembros arrancados a su esposo y regeneró el cuerpo empleando su magia. Sin embargo, durante la batalla entre Horus y Set atrajo a Set a una trampa, haciéndose pasar por una joven muchacha, y luego cercenó partes vitales de su cuerpo.

Amón, el dios principal del panteón egipcio, a menudo aparece bajo la forma de representaciones antropomórficas; si en ocasiones lo encontramos con el aspecto de una oca o de un carnero, otras muchas veces lo vemos entronizado como rey humano. Durante el Reino Nuevo, Amón estuvo asociado con la realeza divina. Todos los gobernantes añadían a su título el nombre del dios; en el Reino Nuevo, el término «bienamado de Amón» pasó a ser un epíteto predominante. En esta época se creía que Amón facilitaba al gobernante las victorias militares; en las escenas artísticas es por ello frecuente que el dios regale al rey una cimitarra, como símbolo de su poder. Se creía asimismo que Amón le ordenaba al rey que iniciara cada una de sus campañas, además de garantizarle la protección divina en el campo de batalla. Los botines obtenidos en la guerra se ofrecían de forma ritual en el templo de Amón en Karnak; en realidad, estas ceremonias fueron la fuente de una gran riqueza y un poder nada desdeñable para los sacerdotes de Amón.

En cierto relato sobre la batalla de Qadesh —la primera batalla de la cual conservamos una descripción histórica contemporánea—, se da a entender al lector que existía una relación excelente entre el monarca y el dios; tanto, que la victoria estaba asegurada directamente por el «fuerte brazo» de Amón. Cuando se adelanta para luchar en soledad, Rameses II lamenta que sus tropas hayan desertado. Se enfrenta al enemigo que se aproxima, sin ayuda ninguna, pero grita:

> Yo sé que Amón me ayudará más que un millón de guerreros,
> más que cien mil aurigas,
> más que diez mil hermanos e hijos
> uncidos como un único corazón.

Muchos dioses compartían rasgos bélicos. Por ejemplo, Montu, el dios tebano de la guerra, caracterizado con una cabeza de halcón, se convirtió en la forma divina del vigor del faraón. También son muchas las civilizaciones guerreras que generaron diosas asociadas con los temas militares. En la mitología del Egipto antiguo, en concreto, se creía que la diosa Satis protegía las fronteras del sur del país; la diosa está representada con el símbolo de una piel de animal atravesada por una flecha. Los egipcios también adoptaron a Anat, una diosa guerrera de Siria. La llamaban la «Señora del Cielo», porque se consideraba que protegía al rey durante sus combates. De hecho, Rameses III la describe como «su escudo». Es frecuente que las diosas adopten armas de guerra como símbolos propios; Neit, la diosa de Sais, por ejemplo, aparece a menu-

do bajo la forma de un escudo con flechas cruzadas; en las representaciones pictóricas, se la dibuja con un arco. Sin embargo, es Sacmis, la diosa leona de Menfis, la que presenta la imagen bélica de mayor ferocidad. Su mismo nombre significa «poderosa». Como hija del dios Sol, Re, suele aparecer en la literatura egipcia como una figura heroica; durante las batallas, espira fuego contra los enemigos del rey y transforma sus cuerpos en paja. En el combate, el rey se asocia con la «cólera» de Sacmis. Según se refiere en una antigua historia, los dioses la enviaron a destruir a la humanidad y Sacmis —una de las primeras vampiresas de la historia— desarrolló un deseo incontrolable de beber sangre humana. Adicionalmente, cabe señalar que los egipcios se referían a ella como la «Señora de los trajes rojos», con un término que puede asociarse a las ropas empapadas con la sangre de sus enemigos.

Los primeros textos religiosos de Egipto, los *Textos de las Pirámides*, están llenos de violentas imágenes de destrucción, canibalismo y mutilaciones. Durante el Reino Nuevo, encontramos estas mismas imágenes en el *Libro de los Muertos*, en el que los dioses suelen portar armas de guerra y viajan en embarcaciones tripuladas por soldados. Los egipcios veían el mundo de los muertos como un reflejo del mundo de los vivos: los muertos corrían el riesgo de recibir ataques por parte de los espíritus malignos (fig. 87) y podían sufrir un destino terrible, conocido como la «segunda muerte». En

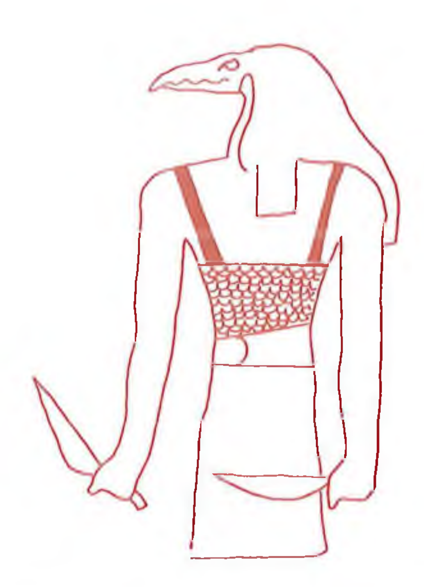


Figura 87. Se han podido identificar muchos de los rasgos que caracterizan a los espíritus malignos del mundo inferior. Este dios con cabeza demoniaca está armado con dos cuchillos, lleva un corselete militar (de escamas) y una toca típica del Reino Nuevo. Se trata de un detalle de la tumba de Amenherjepshef, en el Valle de las Reinas, según Wilkinson, 2003. *(Bridget McDermott.)*

la literatura religiosa y en las representaciones visuales, los dioses emplean como armas las lanzas y los cuchillos; y se los ve en diversos contextos, por ejemplo cortando la cabeza de serpientes o matando cerdos y reptiles. Los dioses, que algunas veces participaban en las escenas de batallas, iban vestidos con ropa militar y portaban armas; el dios Amón suele aparecer ataviado con el traje de guerra completo, con un casco y una loriga de escamas. Lleva una daga atada encima del hombro y una espada metida en la falda. Es asimismo frecuente que los dioses manejen lanzas cortas o venablos. Durante su viaje por el mundo subterráneo golpean desde la proa de su barco a Apofis, el caudillo de los enemigos de Re. A Horus es habitual verlo con una maza, con la que participa en la matanza ritual de los enemigos de Egipto. El dios de las tormentas, Set, aparece en su papel de arquero tutor de Tutmosis III. El dios león, Apedemak, es representado como un arquero con prisioneros atados a sus pies, mientras que la diosa Uaset —un icono de la ciudad sagrada de Tebas— es portadora de un arco, flechas, un bastón y un hacha de cabeza doble (boca cortante y mocheta de maza). Los espíritus malignos que custodian las puertas del mundo subterráneo suelen ir armados con dagas. Estas imágenes violentas e imprevisibles destacan el respeto, la aprensión y el miedo que sentían los antiguos egipcios cuando contemplaban la naturaleza que los rodeaba.

SOLDADOS Y ARMADURAS

La protección de la cabeza

Carecemos de datos que nos documenten el uso por parte de los egipcios de protecciones para la cabeza, ya fueran fabricadas con metal o telas, hasta el Reino Nuevo. Durante este período, los cascos de bronce se convirtieron en un importante elemento del uniforme que llevaban los cargos superiores del ejército egipcio; sabemos que ya en la etapa de 1479-1425 a. C. (si no antes) los arqueros, en tanto que arma de élite del ejército, ya usaban cascos. No cabe duda que los soldados egipcios dispusieron de esta prenda durante la segunda mitad del Reino Nuevo (1249 a. C.), pero al principio se valoraba más bien como un objeto de culto; parece probable que solo lo llevaran los oficiales y los miembros de la realeza. Los cascos de bronce más antiguos, hallados en la tumba de Amenmose, al oeste de Tebas, estaban decorados con plumas de avestruz. En las representaciones de las tumbas posteriores (figs. 88 *a* y *b*), los cascos ya no aparecen adornados y adquieren una forma más cónica. En esta época se guardaban en trabajadas cajas de bronce.

Se ha apuntado la posibilidad de que los cascos fueran asimismo una de las prendas empleadas en las operaciones de sitio. Algunos miembros del ejército de Rameses II aparecen, en varias pinturas del templo de Amón en Karnak, con cascos que les pro-



Figura 88 a. Detalle de una pintura mural de la tumba de Rejmire, en Tebas. *(Bridget McDermott.)*

tegen la cabeza de los proyectiles catapultados desde los parapetos del fuerte que asediaban (fig. 76, p. 146). Los cascos también aparecen con frecuencia en la decoración del templo de Medinet Habu; los llevan tanto los arqueros como unos soldados enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo. También empleaban este tipo de protección para la cabeza los practicantes de la lucha de bastones, que aparecen representados en las posturas tradicionales de combate (fig. 72, p. 142). Es entre este tipo de imágenes donde aparece por vez primera un pequeño casco de bronce (fig. 90) que servía para

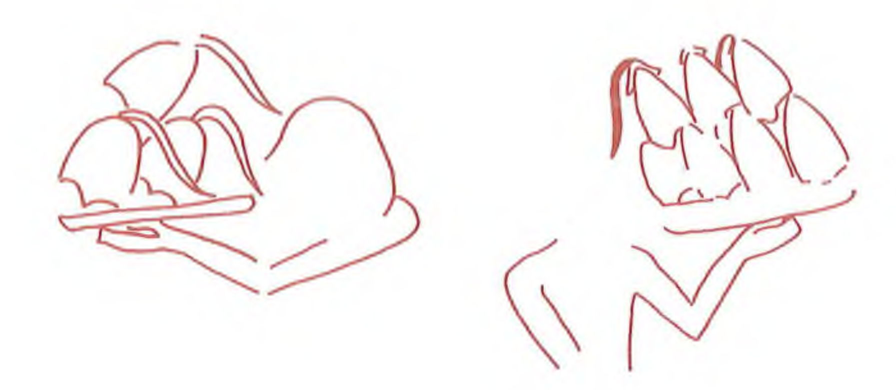


Figura 88 b. Dos dibujos de una serie de cascos representados en tumbas tebanas, según Davies, *The Tombs of Menkheperrasonb, Amenmose and Another*, láms. VII, V, XXXV y XXXIV. *(Bridget McDermott.)*

proteger cabeza y nuca, y solía llevarse sobre una base de tela. Esta clase de protector aparece asimismo en un raro fragmento de la Saqqara de la Dinastía XIX: se trata de un fragmento único, misceláneo, que contiene imágenes de soldados que pesan varios cascos de metal en una balanza de mano (fig. 91).

A lo largo de la historia egipcia, hay pocos datos que testimonien que la zona de alrededor del rostro se llevaba protegida durante el combate. No obstante, es importante señalar que durante el reinado de Rameses III (1186-1154 a. C), se desarrolló un artefacto destinado a proteger las mejillas y las mandíbulas durante los enfrentamientos militares. También disponemos de pruebas que indican que los soldados egipcios usaban la malaquita —la gruesa pintura verde para los ojos, tanto de los hombres como de las mujeres —, pero quienes más empleaban este pigmento para protegerse los ojos de los rayos solares eran los arqueros. Un petate que había pertenecido a un arquero del Reino Medio contenía, al ser recuperado por los arqueólogos, fragmentos de malaquita y grasa junto con un pequeño tarro que probablemente serviría para la preparación de la pintura. Es probable que durante la marcha, los miembros ordinarios del cuerpo de arqueros llevaran estos materiales dentro de sus bolsas.

Durante la batalla de Tunip, Rameses II extrema el signo exterior de su bravura y su confianza al prescindir de su cota de malla. Durante el Reino Nuevo se empezaron a utilizar los petos militares —quizá simples adaptaciones de los antiguos— como prendas ceremoniales. Puesto que se trataba de un emblema de guerra, su uso estaba restringido a los personajes reales. La antigua práctica de vendar el cuerpo con lino a modo de capa protectora, que aún se utiliza en algunas tribus guerreras del África moderna, servía para desviar los golpes de las armas ofensivas y fue de uso muy generali-

zado entre los soldados del Reino Nuevo. Los soldados de a pie llevaban lino y se lo ponían en el cuerpo de varias formas, sin adoptar ningún diseño común; se trata de una práctica que reapareció en época de Rameses II, cuando en la lucha de bastones los combatientes protegían sus cuerpos con finas vendas de lino, que sumaban a una banda de mayor tamaño envuelta sobre la parte alta del abdomen. En cambio, los coseletes —que suponemos serían de cuero— aparecen representados pocas veces; tal vez fueron de uso exclusivo para los miembros de la realeza y el funcionariado de máximo nivel. El coselete conservó los tirantes de los hombros y daba la vuelta alrededor del vientre, sujeto con unas cuerdas que se ataban a la pieza central de la prenda. Durante el Reino Nuevo las prendas amortiguadoras ganaron en complejidad, como los coseletes de cuero, que protegían al soldado mucho mejor frente a los golpes y las punzadas tanto de las hojas de espada como de los bastones. Aunque sabemos que en época de Tutmosis III se fabricaban armaduras metálicas, las corazas y lorigas de escamas solamente aparecen en las ilustraciones en tanto que prendas reales. Sin embargo, durante el Período de Amarna sí se utilizaron las cotas de malla, que a su vez continuaron siendo incorporadas en las representaciones de arte funerario.

La protección de los genitales

A lo largo de la historia militar, el uniforme de soldado ha distinguido muchas veces la cabeza y los genitales en las exhibiciones de agresividad masculina. En las representaciones del antiguo Egipto, el soldado suele hacer hincapié en sus órganos sexuales por la vía de añadir un fajín característico a su falda. Sin embargo, solamente a partir del Período de Amarna se empezó a utilizar una tablilla de refuerzo en la parte delantera de la falda, que cumplía una doble función: resaltar y proteger la zona genital.

Un rasgo distintivo del uniforme militar consistía en la adaptación de una cincha protectora, tejida en cuero, que se llevaba alrededor de la falda (fig. 92). En la tumba de Chauny, la falda aparece con una pieza de cola. Este tipo de colas —que tal vez representaban alguna clase de amuleto— apareció originalmente sobre las prendas de los guerreros predinásticos, y puede verse en algunas cinchas tejidas e incluso en aljabas (fig. 108, p. 194). El análisis de varias muestras de taparrabos albergadas en colecciones de museos nos indica que todos se fabricaban a partir de una única lámina de cuero.

Un buen ejemplo de taparrabos fabricado con una sola pieza de piel de gacela se encontró en la tumba de un guerrero del Reino Nuevo, llamado Mahepere. Se había tejido de forma metódica, dejando un solo parche de cuero en el centro. Sobre esta prenda se practicaron numerosos remiendos de gran finura, en un proceso del que han quedado huellas muy evidentes.



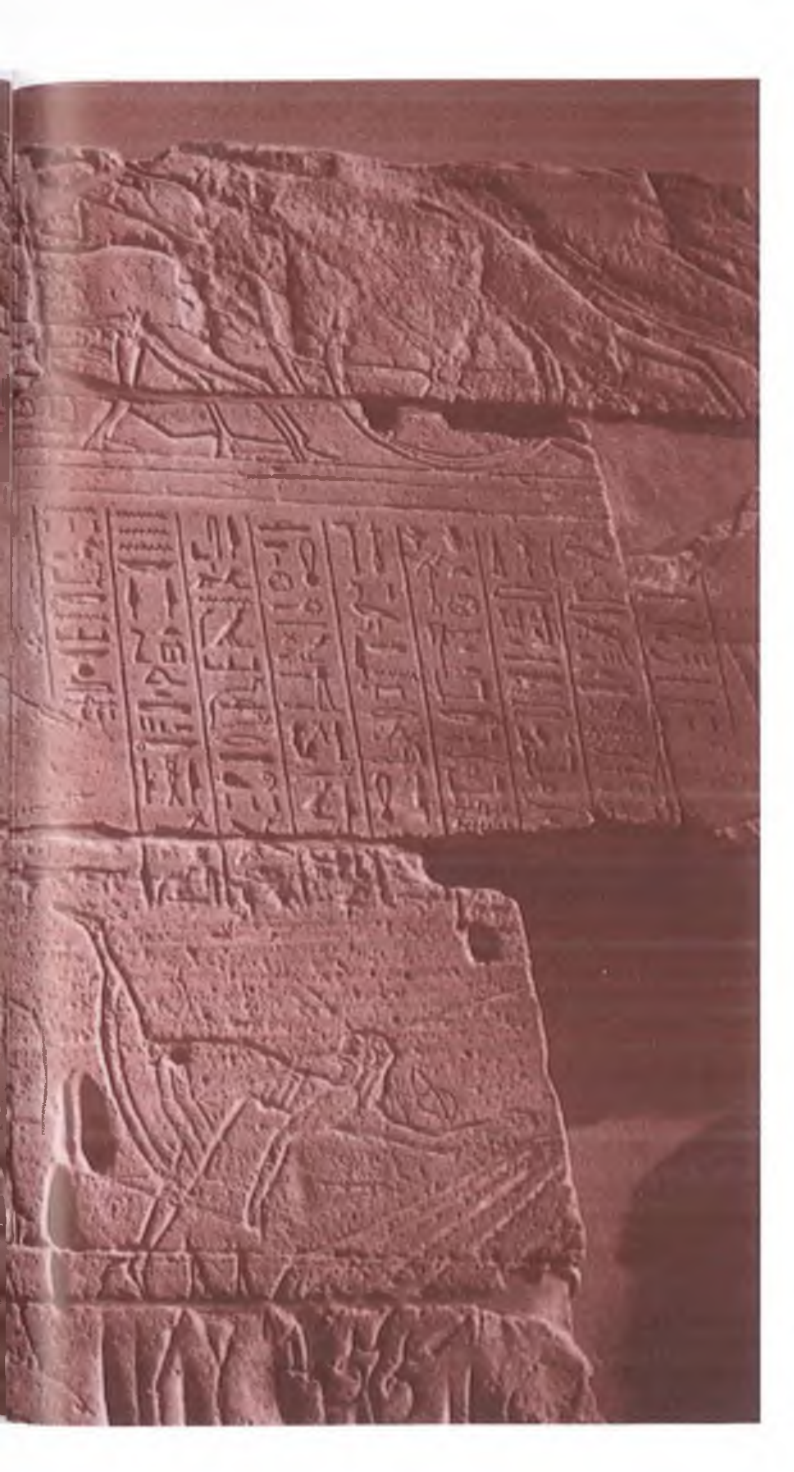


Figura 89. Escena de asedio durante el reinado de Mineptah (Reino Nuevo), procedente del templo de Karnak. *(Bridget McDermott.)*

Figura 90. En este fragmento, hallado en Saqqara, se ve una serie de cascos. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 91. Imagen única, encontrada en un fragmento hallado en Saqqara. Muestra a un funcionario que pesa un conjunto de cascos. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 92. Tejidos para proteger los faldones militares del desgaste. Eran empleados por varias clases de soldados. Se enrollaban al talle y se sujetaban con un fino cinturón de cuero perforado. Se han encontrado numerosas faldas con extensiones traseras, tanto de esta época como del Período Predinástico. Véanse también los soldados de Tutankhamón reproducidos en la fig. 117. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

La protección del cuerpo

Durante el Reino Nuevo, el escudo llegó a estar muy estrechamente vinculado con la iconografía social y religiosa. Estaba, además, imbuido de propiedades mágicas, por lo que se concebía como si fuera un artículo de joyería, que se depositaba sobre el pecho de los fallecidos. El escudo terminó por integrarse realmente en la panoplia de las divinidades militares. En este período es evidente el aumento de la popularidad de divinidades como Reshep, generalmente representado en posición de blandir un bastón y un escudo; esta veneración creciente se asocia también con la diosa asiria de la guerra, Anat, cuyo papel como escudo humano está bien atestiguado en los textos literarios del antiguo Egipto.

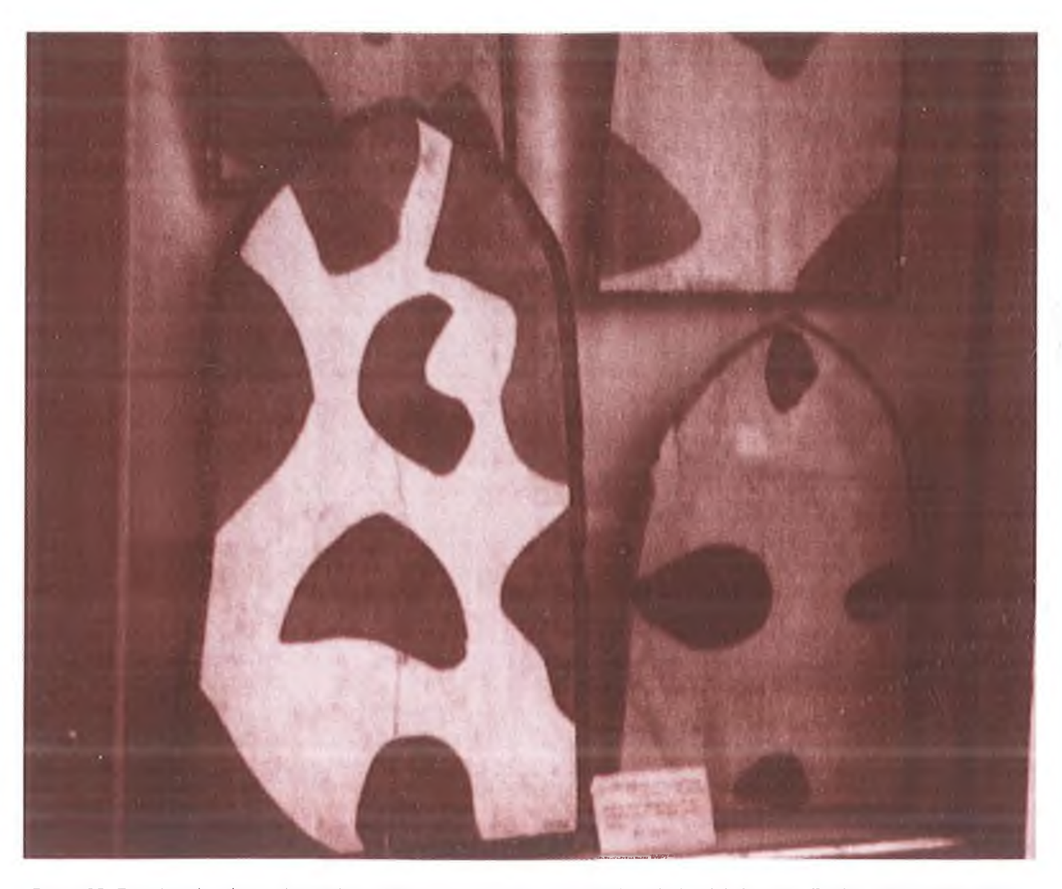


Figura 93. Escudos singulares, de madera pintada y decorada en imitación de la piel de vaca. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Durante este mismo período los escudos adquirieron siempre la forma de un panel ovalado (fig. 93). El canon artístico muestra tres formas de representación del escudo: grabado, claveteado o con un estilo mixto. Solían estar pintados de negro u otro color oscuro, imitando en ambos casos la piel de vaca o trazando líneas en diagonal; pocas veces se dejaban sin decorar. Parece que el estilo del escudo se mantuvo relativamente constante a lo largo de todo este período, pero los vestigios conservados son escasos. Durante el Reino Nuevo, los egipcios aún eran reticentes a incluir armas defensivas imponentes dentro de la estructura del arte militar, por lo que pocas veces son mostradas tal cual. De igual modo, era raro que el artista egipcio representase la necesidad misma de medidas defensivas, por lo que el escudo nunca aparece empleado con su función más propia. Sin embargo, sí se encuentran con fre-



Figura 94. Este fragmento del templo de Karnak muestra un escudo sostenido en alto. Los soldados de madera de las proas de las maquetas navales (véase la fig. 40) suelen aparecer con los escudos sujetos de esta forma. Crea una sensación de dinamismo de la que suelen carecer las representaciones militares del arte egipcio. *(Bridget McDermott.)*

cuencia imágenes de acometidas en las que los escudos se llevaban en alto. En las representaciones de finales del Reino Nuevo, lo veremos a menudo en el extremo del brazo extendido, de forma que la parte interior queda expuesta a nuestra vista, creándose así impactantes imágenes de confianza artística y militar (fig. 94). Aunque el escudo era un arma tradicional del soldado de tierra o de infantería, hay unas pocas ilustraciones de la etapa final del Reino Nuevo que también nos lo muestran en manos de los portaestandartes, los arqueros y los zapadores (figs. 76 y 89, pp. 146 y 174-175).

El escudo del soldado raso se fabricaba con tres planchas de madera unidas por clavos y recubiertas de piel, o simplemente pintadas con diseños en color oscuro o negro. También se le pintaban franjas alrededor del borde exterior (fig. 117, p. 203). Durante la última época del Reino Nuevo, los escudos estaban reforzados con discos sobre-





Figura 96. Este pequeño fragmento muestra a un soldado egipcio que trepa por una escalera de asalto, con el escudo al hombro. Los escudos tenían lazadas de sujeción, para colgarlos del cuerpo con una correa al hombro. *(Bridget McDermott-Museo de Brooklyn.)*

salientes (fig. 95). En general, durante todo el período, estas armas dispusieron de enganches donde incorporar correas para el hombro; con el paso del tiempo llegó a ponerse de moda mostrar en las escenas de asedios y combates al soldado con el escudo colgando a la espalda (fig. 96). Los retratos artísticos del soldado con escudo son asistemáticos y poco dinámicos, sin apenas muestras claras de la utilidad defensiva del escudo, salvo cuando el contexto se correspondía con una maniobra de sitio. La escena tradicional de asedio durante el Reino Nuevo, tal cual aparece en un fragmento procedente del templo de Karnak, dibuja a un soldado que trepa por una escalera de asalto apoyada contra un edificio fortificado (fig. 96). El soldado lleva un bastón en una mano y el escudo le cuelga sobre el hombro, de una forma típica, que se repetirá en los siguientes períodos de la historia militar. Esta imagen llegó a ser tan popular que en cierta sátira contra los soldados estos aparecen como gatos y ratones que ascienden por escaleras de asalto con los escudos colgando a la espalda.

Figura 95 (página anterior). Muchos escudos llevaban discos en relieve, como refuerzo. Detalle del patio de Amenofis III en el templo de Luxor. *(Bridget McDermott.)*



Figura 97. Estos magníficos escudos reales de la tumba de Tutankhamón están fabricados a partir de tres paneles de madera y recubiertos con piel de guepardo. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

No hay dudas de que el Estado proveía a los soldados con escudos, siendo su fabricación y conservación responsabilidad de los oficiales militares; durante el Reino Nuevo, las armerías se hallaban tanto en los templos como en los fortines de Egipto y sus zonas limítrofes. Se han encontrado depósitos de armas en las tumbas tebanas de Rejmire y Kenamón, al tiempo que se descubrió asimismo una colección de escudos muy trabajados en la tumba de Tutankhamón (fig. 97).

Los escudos que pertenecieron a los soldados de Rameses II que aparecen en el muro sur de la sala de entrada al templo de Beit el-Uali pueden considerarse ejemplos típicos del período. Es probable que el escudo se hiciera de madera sencilla, enyesada luego y pintada con distintos diseños. El escudo de madera sigue imitando la piel de vaca, y se decora con tonos blancos, marrones y negros. También aparece durante este perío-

do un nuevo estilo de escudo corto, pintado de color negro y colores oscuros distribuidos en líneas diagonales. El uso del negro y de los pigmentos oscuros es habitual entre las culturas tribales del África antigua y moderna. Son colores que se asocian con las culturas ganaderas. Se usan de ordinario, por ejemplo, en los temas decorativos de las tribus masai; como se ha apuntado con anterioridad, su cultura guerrera muestra frecuentes semejanzas con la del antiguo Egipto. A partir del reinado de Rameses II, el escudo se convirtió en un emblema del poder, a quien correspondía, dentro de la simbología artística, repeler al caos. Por ejemplo, durante las batallas de Qadesh, algunas representaciones de los escudos, en realidad imposibles, se emplearon para mostrar la formación de las murallas que defendían el campamento real.

SOLDADOS Y ARCOS

El arco

> El lugar donde se reúnen tus carros; donde se congrega tu ejército; donde amarran tus tropas navales. Te traen regalos, diciendo: «¡Alabado seas!» Has venido con tu cuerpo de arqueros de salvaje semblante y ardientes dedos, que caminan cuando contemplan al soberano que combate y se sostiene siempre en pie. Ni las montañas pueden resistirlo: les asusta vuestra atrocidad.
>
> *Papiro Anastasi III: Alabanza de Mineptah y de su residencia del Delta*

Durante el Reino Nuevo se sucedieron diversos cambios en el diseño del arco. La colección de arquería procedente de la tumba de Tutankhamón subraya la diversidad de concepciones con que los egipcios afrontaron la fabricación de arcos y materiales relacionados (fig. 98). Así, aunque mantuvieron el empleo del arco de madera maciza, también adoptaron el arco compuesto —de origen hicso— por las mismas fechas en que introdujeron el angular (figs. 100 y 101). Los ángulos de este último modelo se formaban al tensar la cuerda hacia las partes móviles de las palas; como promedio, se formaban ángulos de unos 30°. En cuanto al arco compuesto, solía medir en total cerca de 1,5 m. Las palas constaban de un núcleo ranurado, que luego se recubría con una gruesa capa de cola a la que se añadía madera y virutas. Los arcos compuestos de doble pala se emplearon junto con los de madera maciza o con los arcos largos; se han encontrado muestras de las dos combinaciones en los ajuares funerarios. Era frecuente que los arcos se construyeran con muescas para las cuerdas. A pesar de que los militares conservaron el arco simple, también se lo incorporó en numerosas ocasiones a las representaciones ceremoniales.

Figura 98. Esta colección de flechas evidencia la gran diversidad de formas y tamaños que adquirieron los arcos egipcios. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 99. Detalle de los arqueros de Tutankhamón, en un cofre de madera hallado en la tumba del rey. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

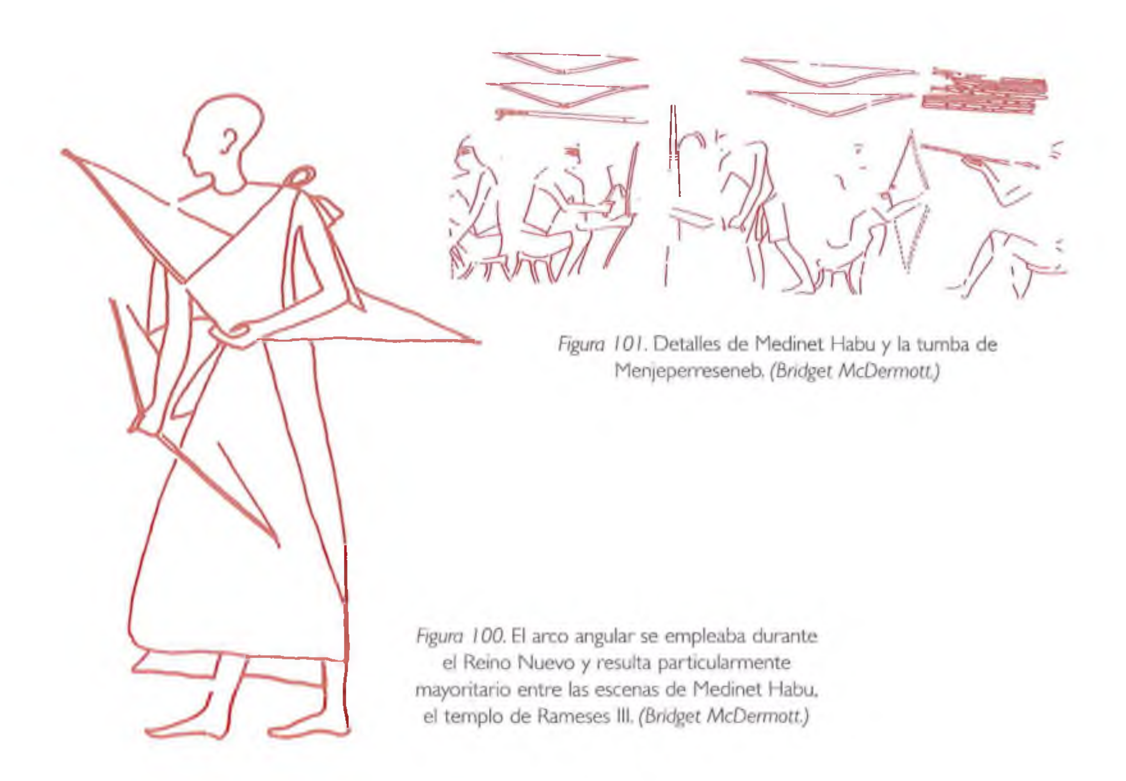


Figura 101. Detalles de Medinet Habu y la tumba de Menjeperreseneb. *(Bridget McDermott.)*

Figura 100. El arco angular se empleaba durante el Reino Nuevo y resulta particularmente mayoritario entre las escenas de Medinet Habu, el templo de Rameses III. *(Bridget McDermott.)*

La instrucción en el tiro con arco se iniciaba en la niñez. Algunas escenas de las tumbas egipcias nos revelan que los miembros de la realeza aprendían con las mismas técnicas que empleaban los cadetes militares. En las escenas de instrucción se pueden ver arcos curvos, mientras que una pintura de la tumba de Menna nos presenta el uso de dos tipos de arco: el doble cóncavo y el recto. La práctica del tiro con arco se consideraba un arte entre las clases militares, y los arqueros interpretaron un papel crucial en el sistema de la primera etapa del Reino Nuevo: ello demuestra la pervivencia de la condición de privilegio que de antaño asistía a los arqueros. Los arqueros también encargaron la creación de estelas, además de convertirse en un elemento típico de las representaciones funerarias. Durante todos los períodos del Reino Nuevo, se esperaba de los arqueros que participaran en los entierros, ya que continuaron desempeñando una función de importancia en el conjunto de los ritos funerarios.

Aunque se fabricaban arcos en Egipto, muchas veces también se recibían en calidad de impuestos, tributos o botín del extranjero. Así, se han podido reunir hasta 603 arcos procedentes de la guerra libia de Rameses III. Los arcos largos y los compuestos se han encontrado muchas veces juntos, por ejemplo en tumbas de funcionarios como Ahmose Penhat, un portador de abanico; también se han hallado arcos de madera ma-



Figura 102. Los egipcios casi nunca retrataban la vulnerabilidad de sus soldados en el campo de batalla. En esta escena excepcional, un soldado de Amenofis IV está en peligro y varios compañeros acuden a socorrerlo. El arma de la escena tiene características muy similares a las del arco egipcio. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

ciza (en concreto, de madera de limoneros), desencordados, bajo la tumba de Senenmut en Deir el-Bahari; en total medían 1,8 m.

Se consideraba preciso que en los santuarios más recónditos de los templos del Reino Nuevo hubiera representaciones iconográficas de grandes formaciones de soldados (fig. 103). En la capilla dedicada a Hathor en Deir el-Bahari aparecen arqueros con fundas de arcos y carcajes. También abundaban en el arte funerario del período; por ejemplo, encontramos arcos entre las escenas de artesanos de las tumbas de hombres importantes como el visir Rejmire. También es posible que el arco se utilizara en las ceremonias religiosas a principios del Reino Nuevo: junto a las mesas de ofrendas y dentro de los depósitos descubiertos en la tumba de Senenmut se han encontrado arcos rotos. Por otra parte, en las inscripciones jeroglíficas lo más habitual es que los arcos aparezcan atados: con esto, los egipcios —que consideraban que las imágenes podían cobrar vida mediante la magia— lograban que las armas más peligrosas permanecieran inactivas.

En los contextos funerarios del antiguo Egipto es muy frecuente la presencia de arqueros. En dos escenas de la tumba de Mentuherjepeshef es un arquero quien dirige la procesión ceremonial, con un arco doble y cóncavo, que sostiene formando el saludo militar. En una de estas mismas escenas, el arquero aparece en cuclillas, tocando el suelo como signo de subordinación.

En algunas escenas de las tumbas tebanas el arco se nos muestra protegido por un escudo. No pocas veces se ven arcos dobles convexos; cuando los acarrean los soldados de Deir el-Bahari casi siempre aparecen resguardados por envolturas de piel o de fibra, enrolladas alrededor de la barriga del arma (fig. 104). En el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari, los portaestandartes también van armados con arcos. La fabricación del equipo de arquería llegó a ser una profesión establecida y las técnicas asociadas a ella se registraron en numerosas representaciones murales de las tumbas del Reino Nuevo. En las antiguas tumbas de Menjeperreseneb (fig. 101) y de Amenmose, capitán de las tropas, se puede observar la fabricación de arcos compuestos; lo mismo ocurre en las estelas que pertenecieron a Hor, caudillo de arqueros.

Los artistas egipcios casi nunca representaron a los arqueros en el marco de las escenas narrativas. En las que testimonian los acontecimientos que rodearon la batalla de Qadesh, los arqueros están sentados en bloques de piedra, tensando los arcos. Sí que se los retrata mientras ofrecen cobertura de protección en las operaciones de sitio, y también cuando actúan como escoltas reales. Con frecuencia aparecen conduciendo a las procesiones de prisioneros, un tema tradicional del arte egipcio que muestra la ceremonia de contar a los cautivos de guerra; esta clase de imágenes se ha identificado ya en los temas artísticos del Reino Antiguo. La práctica de «meter al prisionero» fue un ritual que los estudiosos identificaron de forma errónea con un juego infantil; en realidad, no cabe duda de que esta práctica retrata un aspecto fundamental de la función del guerrero. La importancia de estas escenas supera la del tema del guerrero arcaico que contaba el ganado; el recuento de prisioneros —siendo como era un elemento esencial de las victorias militares— era una práctica profundamente arraigada en la psicología bélica del pueblo egipcio, y ese es el factor que explica que se reproduzca con tanta frecuencia en la imaginería artística.

Aunque han aparecido representados habitualmente entre las filas de soldados de Rameses III, los arcos angulares, característicos de los príncipes y los aurigas, se consideraban sin lugar a dudas como armas de las más valiosas. En Medinet Habu, el arco angular es el arma que más se asigna al cuerpo de arqueros. La falange de arqueros se nos muestra a menudo con esta clase de arcos colocada sobre uno de los hombros. En el templo de Medinet Habu hay una escena única que nos muestra el motivo de los arcos angulares de la armería local; en este recinto cabe pensar que se instalaban los funcionarios dedicados a fabricar las armas tradicionales del ejército egipcio.





Figura 103. Los soldados de Medinet Habu se dirigen a su faraón, Rameses III:

Vos sois el rey que ilumina Egipto. Cuando os levantáis viven Las Dos Tierras. Grande es vuestra fuerza entre los enemigos. Vuestro rugido rodea al Sol, la sombra de vuestra espada ampara al ejército. El ejército marchará, henchido de vuestro poder. Vuestro corazón es valiente y vuestra estrategia, brillante. Amón se aparece y muestra el camino. Somete a todas las tierras bajo vuestros pies y vuestro corazón se siente gozoso para siempre.

Imagen procedente de la tumba de Amenmose (tumba tebana n.º 19, de la Dinastía XIX. *(Bridget McDermott.)*



Figura 104. Cuando los arqueros transportaban sus armas solían cubrirlas con una envoltura colocada alrededor de la cuerda. *(Bridget McDermott.)*

Pese a que la presencia de arqueros en las representaciones de luchas narrativas o activas es rara, estos siguieron dominando en las escenas de caza que siempre se asociaban con las victorias militares. Los arqueros también cumplían como escoltas del rey, y en algunas ocasiones aparecen tras el carro del faraón, casi siempre provistos con armamento auxiliar. Durante los combates cuerpo a cuerpo, los arqueros se desplegaban a la cabeza del cuerpo de infantería, con la función de debilitar las formaciones enemigas. También había saeteros en los parapetos de las fortificaciones, prestos a disparar contra las líneas enemigas. En este contexto, los arqueros también protegen a los soldados de a pie durante los sitios; a menudo el artista retrata al arquero escudado por un infante en el momento en que apunta con su arma contra los muros de un fuerte enemigo (fig. 76, p. 146). Los arqueros también aparecen muchas veces con rollos de cuerda cruzados sobre el pecho. Esta cuerda, que solo es visible en las representaciones de la Dinastía XX, se usaba probablemente o bien para atar a los prisioneros, o bien para enhebrar las partes del cuerpo cercenadas a los enemigos: por ejemplo, las orejas, las manos o los genitales.

Flechas

Las excavaciones han sacado a la luz numerosas muestras de flechas y puntas de flecha del antiguo Egipto (fig. 105). En una fortificación del Reino Nuevo se descubrieron puntas de bronce, que se considera fueron forjadas durante el reinado de Horemheb (1323-1295 a. C.). Las flechas del Reino Nuevo también se remataban con hierro y hueso; lo más habitual era que estuvieran fabricadas con un astil de junco, fuerte y lo suficientemente flexible para admitir tanto la punta como una cola de plumas. Las varillas de las flechas medían entre 700 y 760 mm de largo y casi siempre eran huecas; estaban reforzadas con resina y en el extremo se afilaba la madera. En la parte lateral, el culatín se encajaba en los nudos naturales del junco, donde a su vez se fijaban tres plumas redondeadas, dispuestas de forma simétrica alrededor del asta y sujetas con tiras de corteza barnizada. Las puntas de flecha solían incluir espigas de sujeción, siendo la espiga más larga que la cabeza, de modo que la presión lateral no partiera la caña,

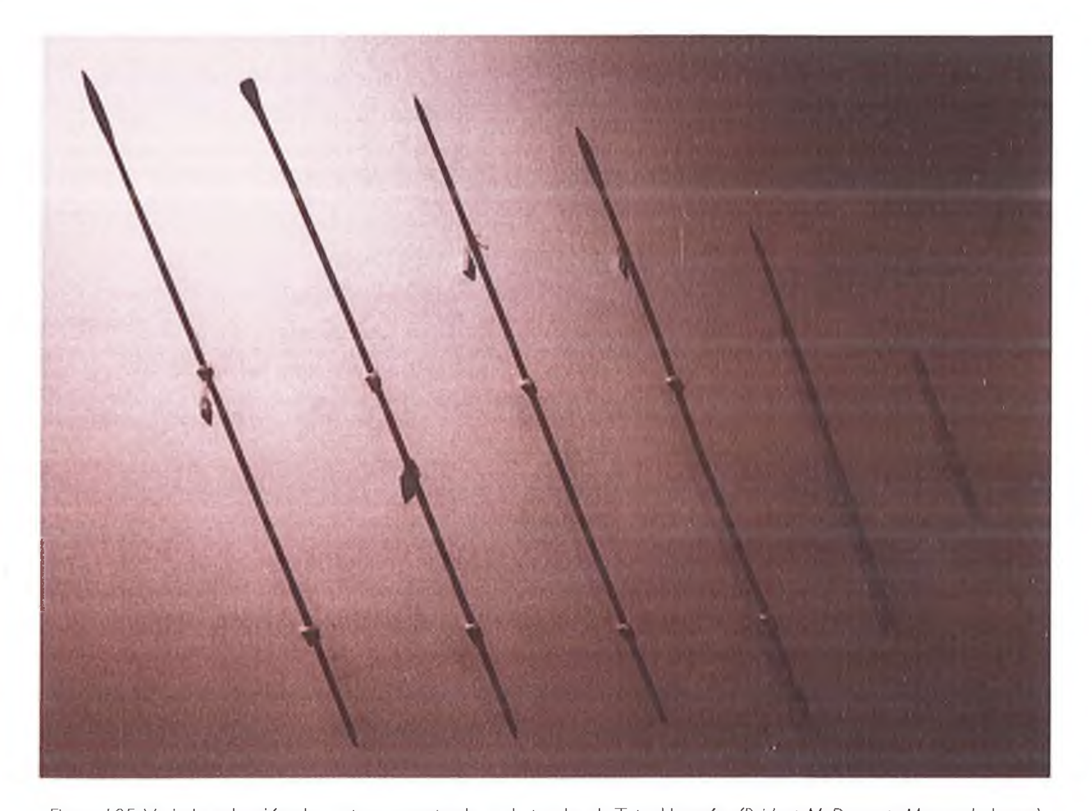


Figura 105. Variada colección de saetas, encontrada en la tumba de Tutankhamón. *(Bridget McDermott-Museo de Luxor.)*

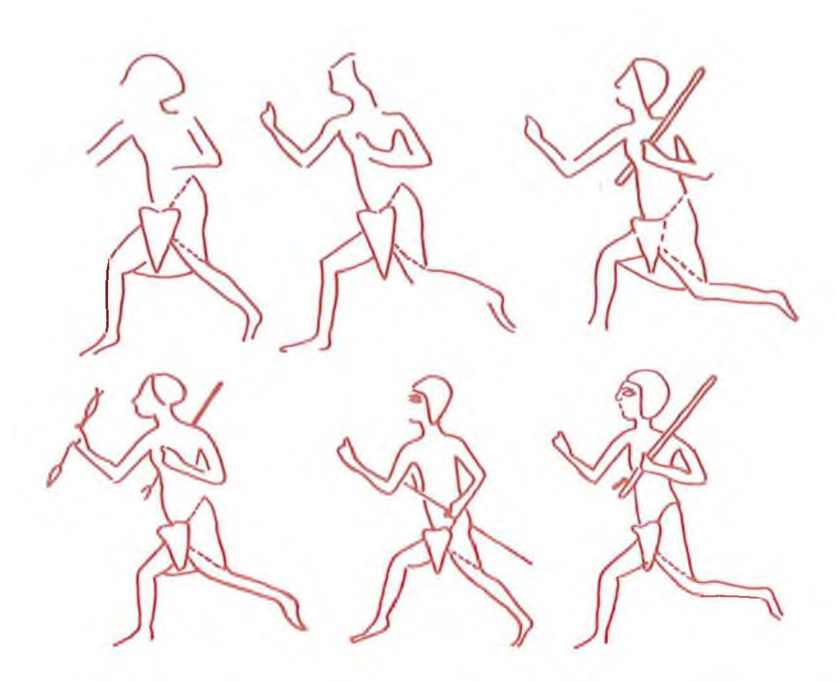


Figura 106. En este detalle de la tumba de Mahu Ajetatón, del Período Amarniense, un soldado blande un bastón con forma de flecha (*abajo a la izquierda*). Durante esta época, la flecha se convirtió en símbolo de la autoridad y los altos funcionarios comenzaron a emplear bastones sagitados. *(Bridget McDermott.)*

que se recubría de hilo y resina. En el ejército también se emplearon puntas con engorras. Los dardos se preparaban con puntas de piedra; luego se añadía sílex a las puntas, ya que la parte delantera se rompía al golpear su blanco. Ha habido una gran confusión con respecto a las flechas del Reino Nuevo, como resultado del desacierto con que se ha llegado a determinadas conclusiones a la hora de precisar su función en los ámbitos cinegético y militar. Se ha considerado que las puntas romas formaban parte del equipo de caza, pero en realidad son semejantes a las armas militares. Las colecciones de flechas recuperadas en la tumba de Tutankhamón son indicio de una gran variedad en la concepción de las cabezas: las hay con muescas y con forma de hoja o de abanico, además de las puntas romas, de madera, a las que nos acabamos de referir (fig. 105). A la práctica, resulta ciertamente difícil establecer una distinción inequívoca entre las flechas que empleaban los soldados y las que solo tenían uso en la caza.

Algunas ilustraciones de las tumbas del Reino Nuevo nos permiten contemplar haces de flechas, unas veces almacenadas, y otras atadas con cintas de lino. Es probable que ello sirviera de protección para las armas, mientras se transportaban los pertrechos al campo de batalla. El equipamento de los arqueros también aparece en varias esce-

nas que describen ofrendas, regalos o el pago de impuestos. Durante el Reino Nuevo, las flechas se adoptaron como emblema oficial (fig. 106), de forma muy parecida a como los ingleses adoptaron el cetro y la maza a modo de instrumentos rituales del Estado. En cierto texto de principios del Reino Nuevo se hace hincapié en el hecho de que la reina Hatshepsut situó su arco entre los habitantes del septentrión: el arco es el símbolo de su dominación militar.

Aljabas

Durante el Reino Nuevo, el diseño de las aljabas se hizo más elaborado: estaban decoradas con motivos asirios y se convirtieron en objetos de guerra muy preciados. Las aljabas se incluyen en una lista del botín capturado por el ejército de Rameses III tras vencer a los libios: en el texto se afirma que los egipcios se apoderaron de 2.310 carcajes. Las aljabas de este período suelen ser de cuero blando y llevar una correa atada a la tapa (fig. 107). El cuero se solía teñir y luego repujar con motivos florales. Se han conservado algunas versiones sencillas de esta clase, en las que la aljaba se ha trabajado poniendo la pieza de cuero sobre una base de lino. En varias escenas de tumbas del



Figura 107. Tapa de una aljaba que, originalmente, debió de estar sujeta por una cinta de cuero. Tanto la tapa como el carcaj son de un cuero blando, teñido de rojo intenso. Se le grabaron hermosos motivos florales. En cierta ocasión perteneció a un guerrero llamado Mahepere, puesto que se encontró en su tumba tebana. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*



Figura 108. En este detalle de una tumba tebana, los soldados están armados con un palo arrojadizo, una vara y un bate o bastón sujeto a la cintura con una correa de cuero. El soldado de la izquierda también lleva un estuche de arco triangular. Aunque son frecuentes en la escenografía militar, solo ha pervivido un único ejemplar de estuche de arcos triangulares: el que se encontró en la tumba de Tutankhamón y se expone hoy en el Museo Egipcio de El Cairo. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*

Reino Nuevo es fácil ver estuches preparados para llevar flechas, varas y venablos; suelen tener una tapa cuadrada. Las aljabas más cortas, cuya representación primera parece hallarse en la tumba de Amenmose, se usaron habitualmente en este período junto con estuches de madera hueca. También se conocían entonces los estuches fabricados con fibras vegetales, que se sujetaban al hombro mediante correas. Varias representaciones del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari nos muestran a soldados que transportan arcos en estuches o cajas triangulares.

En cuanto a escenas que representen la manufactura de las aljabas, también las hallaremos en las tumbas del Reino Nuevo; lo mismo ocurre con la fabricación de cajas triangulares para el transporte de los arcos, testimoniada en varias escenas de las tumbas de Meri, Kenamón u Hoy (fig. 108). Se almacenaban muchas flechas dentro de cada aljaba: un contenedor largo y cilíndrico, fabricado en piel y dotado de correa para colgarlo al hombro, podía llevar normalmente unas 80 saetas.

La diferencia entre los distintos estilos de aljabas usados por los egipcios se percibe de un modo especialmente claro en las escenas que, en el templo de Medinet-Habu, describen la guerra librada contra los Pueblos del Mar. Se distinguen varios tipos de carcajes (fig. 109). Tanto los arqueros como los infantes que combatían con varas y porras usaban el típico estuche cilíndrico. Una aljaba ornamental, decorada con cabezas de león, y un estuche de arco triangular están siendo transportados por soldados; aquí vemos asimismo la introducción de un carcaj en forma de bebé, sujeto al hombro mediante una cinta.

En Medinet Habu los soldados de Rameses III aparecen provistos de largas aljabas cilíndricas, que sujetan con la mano por un asa. En la tumba de Ibi vemos un arquero que transporta un grupo de aljabas con ayuda de una banda cruzada, y en la de Horemheb (en una escena única) encontramos largas aljabas cilíndricas colgadas de un



Figura 109. Los soldados de Medinet Habu emplean varias clases de carcajes; entre ellos, el cilíndrico y más tradicional (*derecha*), una aljaba de varas decorada con cabezas de león (*centro*) y una de saco (*izquierda*). Estos guerreros también llevan cajas triangulares, colgadas al hombro con cuerdas. *(Bridget McDermott.)*

porteador. Durante el Reino Nuevo, los carcajes aparecen con frecuencia en las escenas militares de la decoración mural de los templos; algunas imágenes son detalladas y nos muestran abiertas las tapas de los carcajes. En el templo de Luxor también hay un jinete con una aljaba (fig. 75, p. 145); esta imagen podía dar a entender que ya hubo caballeros en el ejército de principios de la Dinastía XIX, aunque las pruebas indican que los jinetes entraron en el ejército a partir del Período Amarniense.

SOLDADOS Y HACHAS

Durante el Reino Nuevo es frecuente hallar hachetas y miniaturas entre los depósitos ceremoniales que se realizaban con ocasión de, por ejemplo, una fundación o un entierro. Es probable que las hachas más pequeñas se usaran como juguetes, puesto que se han encontrado entre los objetos de las tumbas de niños. Durante el Reino Nuevo, las hachas de bronce se fabricaban con moldes de piedra y la hoja se forjaba a mano. En las hachas de principios de la Dinastía XVIII aparecen armas con empuñaduras más largas, pero existen bastantes transiciones y variaciones con respecto a su diseño. Las hachas fueron acortando los mangos y estrechando las hojas de un modo gradual; en principio estaban pensadas para contrarrestar los avances del ejército enemigo. La nueva forma —que apareció por primera vez entre los vestigios recobrados en Deir El-Ballas— debió de reemplazar al hacha con hoja de épsilon de los Reinos Antiguo y Medio. De las hachas simétricas con mangos alargados sabemos que se fabricaron por vez primera a principios de la Dinastía XVIII; la hoja se aseguraba con clavos de bronce, mientras que la empuñadura se reforzaba con correas de cuero, para evitar que la madera se partiera. A finales del Reino Nuevo tenemos pruebas de que algunas de las cabezas de hacha se fabricaban en moldes cerrados, de dos piezas, y que luego se fijaban en el mango, más que a la inversa. Por lo general, las hachas del Reino Nuevo están menos ornamentadas que las armas de períodos anteriores, aunque alguna vez aparecen con grabados. La base del mango y las hojas ostentan con cierta frecuencia cartuchos reales u otras marcas identificativas (fig. 110). Durante la marcha, el soldado llevaba el hacha colgada del cuerpo mediante correas; era frecuente que durante las operaciones militares las hachas estuvieran sujetas a la parte trasera del faldón, o al correaje del cuerpo; las cinchas del hombro son una novedad del Reino Nuevo. Muchas hachas de este período muestran un agujero deliberado: con frecuencia, en el mango, para añadirles una correa de cuero.

El arma asimétrica se convirtió en la principal de las hachas de combate de la Dinastía XVIII; las hojas más antiguas —que eran más anchas por la parte del filo— eran muy eficaces contra la piel desnuda o cubierta con ropas finas. Este tipo de hoja se clavaba en la herida y quedaba fija tras el impacto. Las hachas de hoja estrecha, no cabe



Figura 110. Los vestigios arqueológicos se pueden comparar con las imágenes antiguas. Así, un hacha recuperada en Deir el-Bahari se asemeja a las representaciones del mismo yacimiento (véase la fig. 62). Estas hachas, grabadas con el nombre de Tutmosis III, proceden del Museo Egipcio de El Cairo. (*Bridget McDermott.*)

duda, se fabricaron en parte para mutilar los cuerpos enemigos, pero también para atravesar las lorigas de escamas. En lo que respecta al Reino Nuevo, las primeras representaciones de soldados con hachas pueden datarse en el reinado de Hatshepsut: aparecen en el templo funerario de Deir el-Bahari (fig. 62, p. 120). Se trata de un hacha de hoja estrecha, con el mango ligeramente curvado. Aunque en las representaciones de este período no figuran hachas con mangos largos —que se manejaban trazando una curva con las dos manos—, sabemos que se utilizaban y se fabricaban. Los vestigios arqueológicos de las hachas de cierto yacimiento, datadas en este período, muestran una notable semejanza con las representaciones artísticas del mismo lugar (figs. 110 y 62). Más adelante —y gracias sobre todo a la abundancia de restos arqueológicos— se ha podido constatar que la ilustración artística de las armas solía realizarse con una elaboración muy precisa.

En el contexto del arte egipcio, muchos soldados aparecen en las ceremonias y desfiles marciales en la posición de saludo a un superior, que consistía en apretar el hacha contra el pecho. También se los ve armados con hachas de talar, que usaban para derribar árboles durante los asedios (fig. 76, p. 146). Es frecuente que haya imágenes de hachas en las tumbas de los nobles. Aparecen como tributo a Hatshepsut en la tumba de Duu-er-eneh y en las escenas de artesanos de la tumba de Ipuimre y Menjeperreseneb. En la tumba de Ineni hay varias representaciones de soldados que empuñan hachas en contextos que no son militares. Hay un portador de hacha en una formación procesional, mientras que un camarada, al que le han sido confiadas las mujeres prisioneras, blande el hacha sobre sus cabezas en un gesto de amenaza. En la tumba de Antef, hay hachas distribuidas por las bandejas de ofrendas; algunas están amarradas y muchas constan solo de la hoja. También encontramos hileras de hachas atadas en las escenas de la tumba de Rejmire.

Durante este período, las hachas que tenían la clásica forma torcida se redujeron y pasaron a tener una hoja más estrecha, con filo redondeado. Una vez se generalizó el empleo de este tipo de armas, hubo muy pocas variaciones en la concepción de las hachas militares.

Han pervivido algunas muestras —más bien escasas— de hachas de las Dinastías XIX y XX; los datos de los que disponemos provienen de representaciones artísticas aisladas. El desarrollo del hacha durante la Dinastía XIX, en lo que atañe a la tecnología y el diseño, derivó en el uso de empuñaduras alargadas, con lo que las armas se tornaron más pesadas y gruesas. Unos pocos soldados de las filas de Rameses II aparecen blandiendo hachas de este tipo. Sin embargo, las armas de hoja más gruesa y amplia eran las empleadas habitualmente por los zapadores, según se colige de las escenas de asedio. Las variaciones de concepción que se encuentran en Medinet Habu fueron resultado de la introducción del hacha moldeada, una clase de arma que se representa en posesión de los personajes reales. Aunque son de origen extranjero, se han recuperado algunas de este tipo en yacimientos del Reino Nuevo. En general se fabricaban con un molde de dos piezas, cerrado, más que con el molde de una sola pieza, abierto, que los egipcios habían usado tradicionalmente.

Aunque el pueblo egipcio estaba familiarizado con el metal, las armas de hierro son escasas. El primer ejemplo que conocemos de una alabarda de hierro se descubrió en una excavación de la Dinastía XX, en Abido. Se han encontrado algunas hachas de hierro en el cementerio meroítico de Soleb; un hacha similar se recuperó de un yacimiento del Rameseo, pero que había sido saqueado con anterioridad. Los modelos de hachas de hierro descubiertos en Deir el-Bahari comparten ciertos rasgos: todas tenían mangos ganchudos.

Hay pocos ejemplos en los que los antiguos soldados egipcios aparezcan usando el hacha doble.

SOLDADOS Y ESPADAS

Durante el Reino Nuevo se forjaron auténticas espadas, como consecuencia de las innovaciones tecnológicas adquiridas durante el gobierno de los hicsos. Los avances en el campo de la metalurgia permitieron a los artesanos egipcios fabricar espadas largas con espigas afiladas, que reforzaban el arma para el uso militar. Durante el combate, los puntos de mayor tensión se centraban sobre todo en la empuñadura de la espada, por lo que la incorporación de largas espigas confería una estabilidad superior a la del arma fabricada durante el Reino Medio, realizada mediante la unión de piezas separadas (fig. 111). Los primeros ejemplos de este tipo de molde de fundición se diseñaron con incrustaciones en la empuñadura. Aparte, las espadas destinadas a los soldados de élite estaban diseñadas con conocimientos superiores y más complejos (fig. 112). A menudo se les grababa el cartucho real, de tal modo que cuando la espada se clavaba en el cuerpo del enemigo este sentía incluso la presencia iconográfica del faraón. Las espadas más cortas solían llevarse cogidas al brazo mediante una banda; las más largas iban metidas en un cinturón que rodeaba el talle. La fricción constante de ese modo de empleo hace que algunos pomos de espadas largas den muestras evidentes de haber sido usados (fig. 113). Las espadas largas, que solían fabricarse con una aguzada hoja de doble filo, se usaban como armas de acometida. La espada curva o *jepesh* (figs. 114 y 115) estaba concebida para cortar y atravesar; llevaba una empuñadura larga, con incrustaciones, y la hoja era estrecha y ligera. Se diseñó una segunda versión del *jepesh*, realizada a partir de una sola hoja de bronce. También se usaba una espada larga en forma de hoja, fundida, con un pomo liso o en forma de media luna (fig. 116). Aunque las armas ceremoniales se fabricaron con una diversidad de materiales, la espada militar del Reino Medio casi siempre era de bronce. Hay armas de esta clase, con el metal en forma de hoja, entre los materiales recuperados en la ciudad de Ajetatón



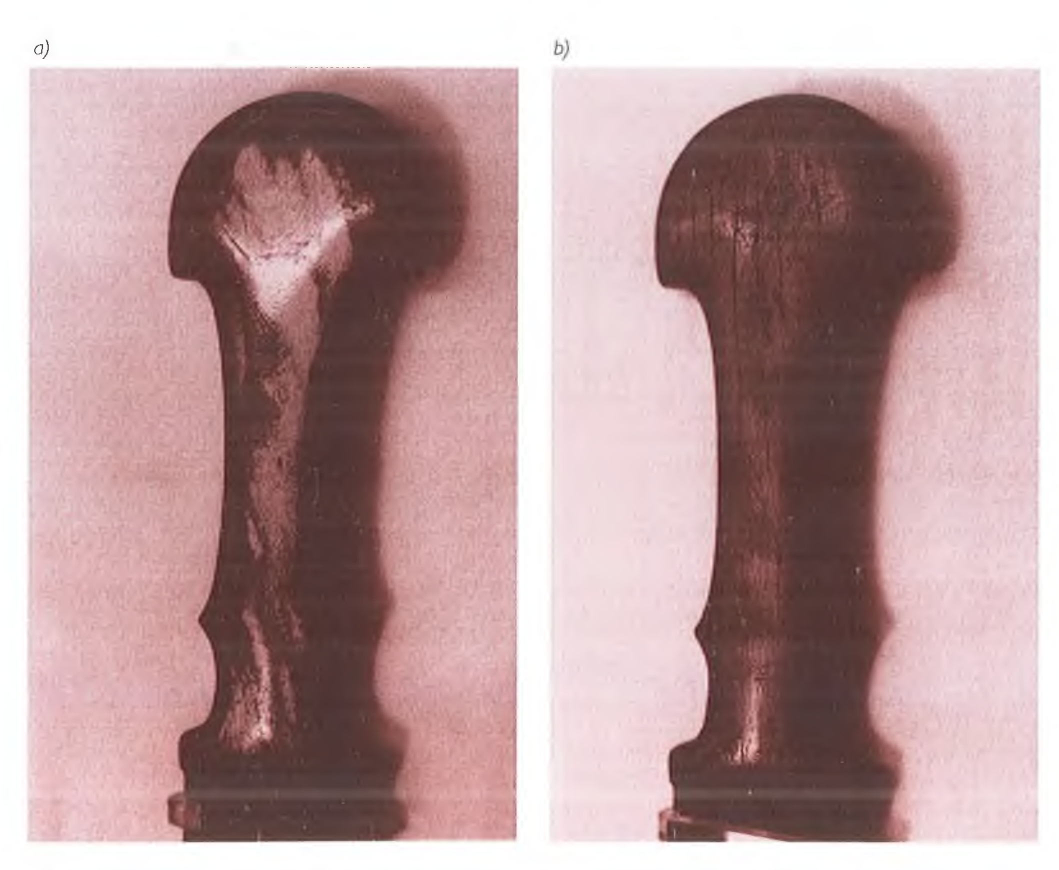
Figura 111. Una espada corta o daga del Reino Medio. (*Bridget McDermott-Museo de la Universidad de Liverpool.*)



Figura 112. Varias espadas datadas en el Reino Nuevo. (*Bridget McDermott-Museo Británico.*)

(figs. 116 y 117). Pero aunque son raras, también se han identificado algunas espadas de hierro entre las antiguas armas militares.

Dioses y reyes aparecen con frecuencia armados con una espada. Estas armas se incluían de vez en cuando en el ajuar funerario de la realeza o de los funcionarios de ma-



Figuras 113 a y b. Las dos caras de una espada procedente de la colección del Museo Británico. La cara interior de la empuñadura presenta signos de desgaste, con el tipo de fricción que suele darse cuando el arma se lleva en un cinturón. (*Bridget McDermott-Museo Británico.*)

yor nivel; por ejemplo, dos espadas *jepesh* se hallaron entre el contenido de la tumba de Tutankhamón. Hay estudios que han sugerido la posibilidad de que la espada alcanzara su mayor relevancia durante el reinado de Mineptah; sin embargo, no cabe duda de que el arma fue utilizada por el ejército egipcio ya desde principios del Reino Nuevo. Los primeros ejemplos de representaciones artísticas de soldados con espadas se pueden ver en el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari, donde también encontraremos el desafío de dos guerreros que se enfrentan con *jepesh* cortos (figs. 118 y 119). Estas armas se fabricaban en madera y se usaban en contextos ceremoniales; es probable que en el marco de los ritos funerarios de los reyes egipcios tuvieran lugar representaciones de lucha de bastones o de duelos de espada. Con frecuencia, estas espadas estaban dotadas de empuñaduras curvas.





Figuras 114 y 115. La espada *jepesh* es una obra maestra del diseño. Era extraordinariamente ligera. Por ejemplo, la espada de bronce (*abajo*) pesa solamente 754 g. El *jepesh* se empuñaba de forma que el borde exterior de la hoja golpeara el objetivo. (*Bridget McDermott.*)

Hay espadas descritas como objetos de tributo en las primeras tumbas tebanas, en las que se ve a extranjeros armados tanto con *jepesh* como con espadas rectas. Durante la Dinastía XIX y el reinado de Rameses II, la espada larga y el *jepesh* eran armas propias de la infantería; aparecen en los relieves que narran el asedio de Ashkelón y la batalla de Qadesh. En algunas escenas es habitual ver a soldados que ejecutan al enemigo atravesándole el pecho o la garganta con una espada (fig. 117). La espada también se empleaba en el contexto ceremonial para representar el descuartizamiento de los prisioneros enemigos; son escenas que suelen incluir la amputación de las manos. Los arqueros y los miembros de la escolta real están armados con *jepesh*. En algunas escenas de combate poco comunes aparecen grupos de estas armas abandonados entre los heridos de guerra. Los soldados que participaban en un asedio también iban armados con las espadas largas, igual que los que son representados en el transcurso de una acome-

a)



b)



Figuras 116 a y b. Espadas simples, en forma de hoja. Se fabricaban con moldes y probablemente las usaban los soldados de infantería. (*Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.*)

Figura 117. En esta ilustración de un cofre de madera hallado en la tumba de Tutankhamón aparece un soldado que usa una espada en forma de hoja. (*Bridget McDermott-Museo Británico.*)



a)



b)



Figuras 118 a y b y 119. Aunque las primeras representaciones del *jepesh* aparecen en el templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari (Figuras 118 *a* y *b*), también se descubrió en este yacimiento otra clase de espada: las espadas de madera que se utilizaban en los combates de exhibición. (Figura 119). *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

tida; el *jepesh*, en cambio, suele reservarse para las formaciones de no combatientes. Esta espada curva, en efecto, pocas veces resulta incluida en las escenas que describen contactos violentos y, por el contrario, desarrolla un papel predominante en las escenas procesionales o ceremoniales (fig. 9, p. 36). En las tradicionales escenas de caza, el *jepesh* aparece de forma recurrente en manos de soldados. Hubo poca variación en el retrato artístico del soldado con espada durante el reinado de Rameses III: su función como arma acuchilladora quizá resultaba difícil de ejecutar dentro del canon del arte egipcio, en el que era tradicional que el artista evitase la representación del movimiento.

SOLDADOS, LANZAS Y VENABLOS

Aunque no existen vestigios materiales de las lanzas del Reino Nuevo, sí han sobrevivido numerosas muestras de jabalinas, que se usaban tanto para la caza como para los enfrentamientos militares (fig. 120). Fabricadas con madera y con frecuencia decoradas con tiras de corteza, se remataban con empuñaduras de hueso que permitían al soldado clavarlas en el suelo y, en general, mejorar el agarre. Por más que seguía siendo un metal preciado, durante la primera época del Reino Nuevo algunas puntas de lanza se hicieron de bronce (figs. 121 y 122).

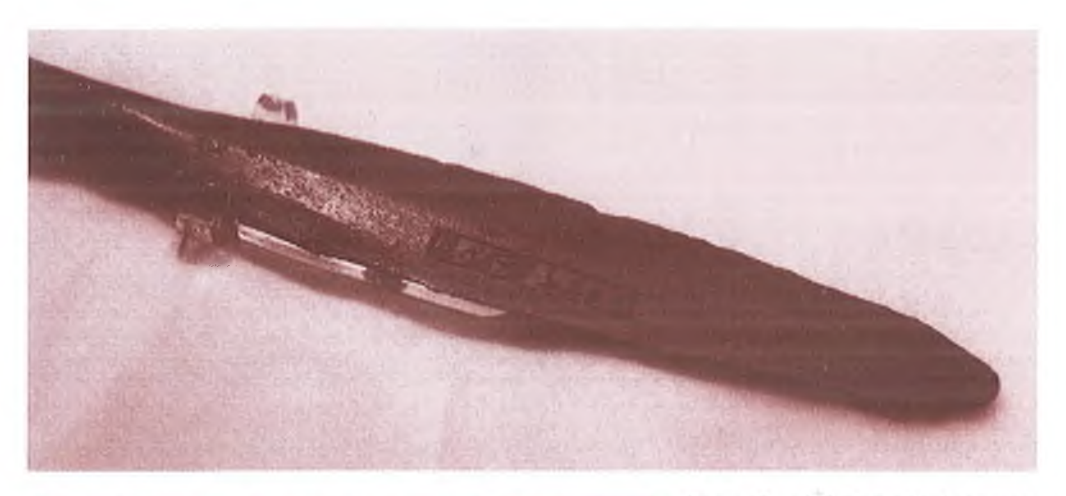
Las lanzas formaron parte de los ajuares funerarios. Durante el Reino Nuevo, los dioses adoptaron las lanzas y jabalinas como armas de guerra tradicionales; cuando se popularizó la imagen de Reshep como dios de la guerra, su figura apareció en multitud de ocasiones en posición de sostener una lanza y un escudo. Hay una conexión clara entre la naturaleza bélica de los dioses y la iconografía regia del Reino Nuevo. Los gobernantes hicieron suya una asociación metafórica con varias armas, entre ellas las lanzas. De hecho, las lanzas son con frecuencia un objeto de culto o de reverencia en distintas culturas, pues se las considera imbuidas de significados divinos o religiosos. El estudio de un culto a la lanza que llegó a popularizarse en el Egipto Ptolemaico nos ha conducido a suponer que la práctica tenía orígenes muy antiguos. Lo que es más, se ha apuntado que la lanza estaba asociada con emblemas hallados en el mítico montículo de la creación, cuando la tierra de Egipto emergió por vez primera de las aguas y el caos. El dios de la guerra Horus también usaba una lanza como símbolo de la victoria.

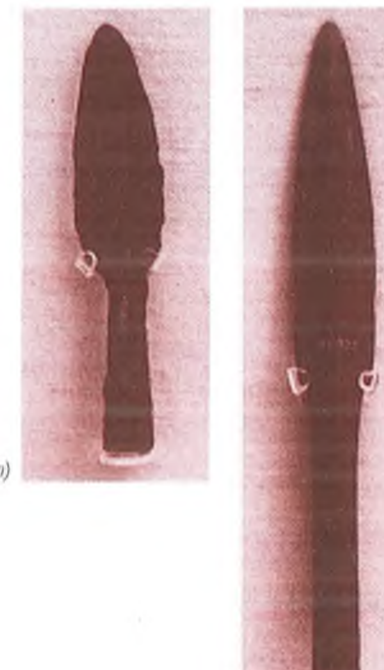
La población civil también usaba lanzas. Los granjeros, de los que se sabe que habían empleado esta arma en épocas turbulentas, afilaban las hojas de sus lanzas con piedras, una técnica que probablemente adoptaron los soldados. En los relatos antiguos, las lanzas son descritas como una arma eficaz para causar la muerte, incluso en manos de personas ajenas al mundo militar. Sin embargo, hay pocas representaciones pictóricas



Figura 120. Varas y jabalinas de la tumba de Tutankhamón. Las dos armas de la parte superior de la foto son venablos cortos, de duelo cuerpo a cuerpo. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

de soldados que las utilizaran fuera del contexto militar. Aunque las representaciones artísticas de los guerreros no solo ilustran temas propiamente bélicos, sino también la posterior celebración de la victoria, hay pocas escenas que incluyan ejemplos de infantes con lanza. La imaginería arcaica, cuya primera muestra conservada es la paleta de los Cazadores, tiene reflejo en la representación de unos soldados de Rameses III, que participan en una cacería del león, en Medinet Habu (fig. 9, p. 36). Están marchando en la hilera inferior de la escena, con todos los ropajes militares. En el mismo templo, otro prototipo arcaico resucita bajo la forma de la cacería de un toro salvaje. Aquí, los infantes están situados detrás de la formación de los arqueros (fig. 103). También podemos encontrar una curiosa representación de esta arma en cierto fragmento de un relieve ramésida, que dibuja a un hombre que se agacha sobre un brasero empleado para fabricar una lanza (fig. 104).







a) b) c)

Figuras 121 y 122 a, b y c. Muchas armas, como estas puntas de lanza de bronce, llevaban inscripciones. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

Es posible que la jabalina fuera un arma indígena, cuya concepción derivaría directamente de la lanza común, puesto que el antiguo prototipo egipcio muestra semejanzas muy escasas con los vestigios de armas hallados en los demás países del Próximo Oriente. La jabalina y el venablo, a diferencia de la lanza, solían aparecer empuñados

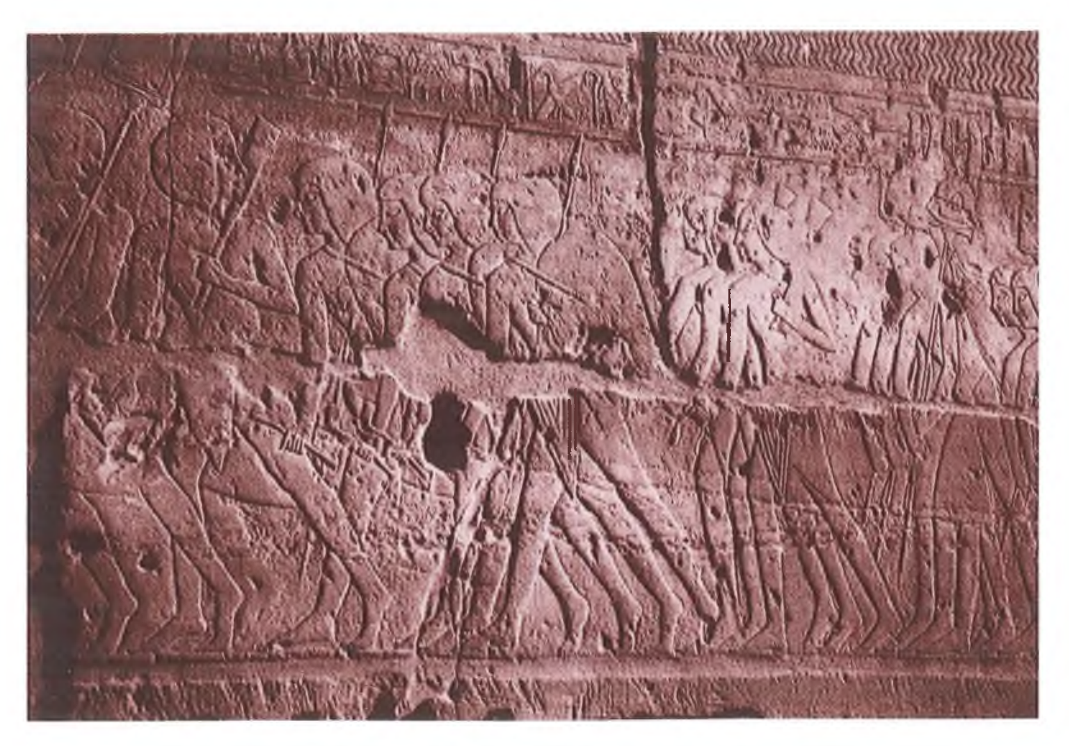


Figura 123. Soldados con lanzas y escudos en el templo de Luxor. *(Bridget McDermott-Museo Británico.)*

con un claro propósito de agresión. Son numerosas las jabalinas descubiertas en las excavaciones modernas, muchas de las cuales conservan aún las hojas de bronce. En muchos casos, la jabalina guarda un estrecho parecido con la flecha egipcia; de hecho, en algunas escenas militares de finales del Reino Nuevo resulta difícil distinguir la una de la otra. El venablo y la flecha comparten un diseño y unas capacidades similares. El asta de las dos armas solía fabricarse en dos secciones, de las cuales la más cercana a la punta se cortaba de un junco. En algunos casos las jabalinas iban emplumadas, como las saetas, pero no llevaban culatín, sino un tope de madera. Resulta evidente que lo que se pretendía era que la articulación se partiera; para ello la parte trasera, encajada en un hueco de la delantera, también estaba afilada. Los soldados que aparecen empuñando jabalinas suelen participar en combates cuerpo a cuerpo; en la mayoría de los casos se trata de luchadores individuales que rematan a los soldados enemigos con un golpe de su arma. En este período son raras las imágenes que muestran a soldados enemigos muertos por las heridas de jabalina.

Durante la época del Reino Nuevo, nunca se observa la lanza como arma ni de lanzamiento ni de ejecución. Por este motivo, los estudiosos han aventurado que este



Figura 124. Un artesano de la Dinastía XIX da forma a una lanza, según un relieve de Saqqara. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

arma podía emplearse sobre todo para golpear. Ello no obstante, es obvio que la lanza siempre ha permitido que los soldados ataquen aprovechando al menos dos posibilidades: la de golpear, pero también la de arrojarla a una distancia cercana. En realidad, el artista egipcio se enfrentaba a grandes dificultades para expresar este tipo de acciones; el artista, limitado por la distribución tradicional del espacio, prefería mostrar a las falanges en una formación estática y próxima (fig. 123). A finales del Reino Nuevo se pudo representar el movimiento gracias al empleo de superficies más extensas; entonces ya veremos lanzas y flechas en pleno vuelo.

En un valioso fragmento de un relieve albergado hoy por el Museo de Brooklyn se representa una primitiva escena de sitio, en la que observamos la imagen de un soldado que asciende por una escalera de asalto armado con una lanza (fig. 96, p. 181). La jabalina se representa con frecuencia como un arma ofensiva de gran importancia; en Abu Simbel se puede ver empleada por parte de dos soldados que dan muerte a un hitita en escenas relativas a la batalla de Qadesh. En otra escena del reinado de Rameses III se representa a un soldado que remata a un guerrero sirio. Este soldado no lleva más arma que su jabalina; sin embargo le asoma, por detrás de la espalda, una larga al-

jaba cónica para más venablos. En unas pocas escenas de este período la jabalina es utilizada tanto por los infantes como por los arqueros, que la llevan con la hoja invertida. En una imagen semejante, la jabalina se complementa con un escudo: el soldado la sostiene sobre su cabeza, agarrándola con una mano por la empuñadura, mientras con la otra mano la impulsa desde el extremo del asta. Las jabalinas casi siempre aparecen en el contexto de los combates directos: el soldado agarra el brazo extendido de su contrincante —en una manifestación de dominio absoluto— y le clava la jabalina con la otra mano. En otras ocasiones veremos ejemplos de lanzas largas en medio de las formaciones de falange, mientras que las unidades de carros siguen llevando jabalinas más pequeñas o venablos. A pesar de los datos artísticos, que coinciden en mostrar la jabalina como un arma de mano, hay otras pruebas que avalan su empleo en otros contextos. Es probable, por ejemplo, que una unidad especial de corredores usara la jabalina como arma de largo alcance, arrojándola hasta varios metros de distancia.

SOLDADOS, VARAS Y PORRAS

Los reyes egipcios solían personificar los atributos agresivos de las armas que llevaban. En el *papiro Anastasi*, por ejemplo, se alude a Mineptah como «la vara golpeadora». Las armas también están ligadas con frecuencia a los mitos y los relatos antiguos. A pesar de que en los contextos militares se usaban palos y porras de diferentes formas, también se utilizaban como accesorios oficiales o regios y servían como símbolo de una dignidad, o igualmente de una edad; es una tradición que aún se mantiene vigente en la culturas tribales de África. El bastón era de madera, pero también se conocen algunos ejemplos de palos de bronce y de plantas fibrosas; las empuñaduras se fabricaban con ásperas tiras de pieles o lazadas de cuero.

Las innovaciones en el diseño y la concepción de los bastones se ven con particular claridad en las escenas murales de las tumbas del Período Amarniense. En la tumba de Jonsu, por ejemplo, se dibuja un combate de bastones sobre la cubierta central de un barco que se encuentra en plena batalla (fig. 125). Este tema es recurrente en los barcos, en los que aparecen parejas de varones armados con bastones de duelo.

A finales del Período Ramésida, las variaciones en el diseño de los bastones incluyeron la adición de una empuñadura ahorquillada (fig. 73, p. 143); esta clase de vara fue la más frecuente en las escenas de batalla de la Dinastía XIX (fig. 101, p. 185). Es posible que se ataran troncos de papiro, dobles o múltiples, para emplearlos como varas en las luchas de bastones. En las representaciones de este tipo de combates duelísticos también se puede identificar un modelo de bastón largo, recto pero con la cabeza curvada, y dotado de una correa en la empuñadura (fig. 69, p. 138). También



Figura 125. Lucha de bastones sobre una embarcación fluvial, en un detalle de la tumba de Jonsu, en Tebas. *(Bridget McDermott.)*

hallamos bastones curvados y cortos, con tope en la culata o sin él; un bastón curvo excepcionalmente largo, que solían emplear los soldados de infantería en Medinet Habu, está ahora expuesto en el Museo de El Cairo.

El bastón curvo se conocía desde principios de la Dinastía XVIII, y fue representado entre las armas de la infantería ligera y la pesada, así como entre el armamento secundario de los arqueros. Hay palos dentados o serrados —varas con ramas y salientes afilados— dibujados cerca del santuario de Hathor en Deir el-Bahari; también un varón joven de una escena procesional de este mismo yacimiento va pertrechado con esta arma (fig. 119). Para detallar las variaciones en el diseño de los bastones conviene observar las tumbas de Kenamón, del Reino Nuevo, en las que hay varas largas con empuñaduras ahorquilladas junto a palos que se asemejan más bien a un moderno bate de béisbol (fig. 108, p. 194).

Los soldados de tierra no suelen figurar en los relieves militares de Setos I. Sin embargo, en el templo de Rameses II en Abido sí que aparecen un par de soldados con

Figura 127. Esta clase de arma —una maza con cabeza doble, de corte y golpeo— es infrecuente en el arte egipcio. La de aquí procede de una escena de la tumba de Sennefer, en Tebas. La hoja está añadida a la maza. Era un arma empleada también por la realeza.



Figura 126. Detalle del templo de Karnak, donde un soldado lleva una maza de cabeza doble y un hacha de hoja de épsilon, además de una caja cargada al hombro. *(Bridget McDermott.)*

bastones tanto curvos como rectos, algunos de los cuales muestran protuberancias letales, que sin duda se habían concebido así para acrecentar fatalmente la gravedad de las heridas craneales. Hay soldados en las escenas de instrucción de la tumba de Amenmose que van armados con bastones de combate. Los palos ahorquillados siguieron usándose durante el reinado de Rameses II, por parte de los trompeteros que servían en el ejército. Las escenas de la batalla de Qadesh, en Abu Simbel, también nos muestran a guerreros armados con largos palos rectos. Los bastones conservaron su papel como arma de contacto de gran fuerza, y solían aparecer en las escenas en que se remata a los enemigos. También se ven distintas clases de bastones entre las imágenes de los campamentos de batalla. Hay cuatro soldados que ejecutan a unos hititas con ayuda de las porras, además de un corredor de carros, que porta un arma idéntica. La potencia golpeadora de las varas se pone de relieve por la forma en que se sostiene. Así, en las escenas donde los soldados usan bastones rectos y ahorquillados para arrancar la confesión a los espías hititas, los golpes se dirigen a la parte superior del cuerpo. En otras escenas similares, los prisioneros están agarrados por el pelo mientras son golpeados. En una tercera clase de representaciones, el enemigo queda situado en el suelo, entre dos egipcios que lo golpean con varas o porras.

Hay muchas representaciones del bastón entre los relieves del templo de Rameses III en Medinet Habu (fig. 9, p. 36). Muchas de las variaciones en la concepción de los bastones se hallan ilustradas en escenas aisladas. Los soldados de las falanges empleaban bastones de dos tipos: rectos y con la empuñadura ahorquillada. Es poco frecuente que estas armas aparezcan en las tumbas reales, pero hay bastones ahorquillados en la de Rameses III.



Figura 128. Maza con correa para colgarla del cuerpo. *(Bridget McDermott-Metropolitan Museum of Art.)*

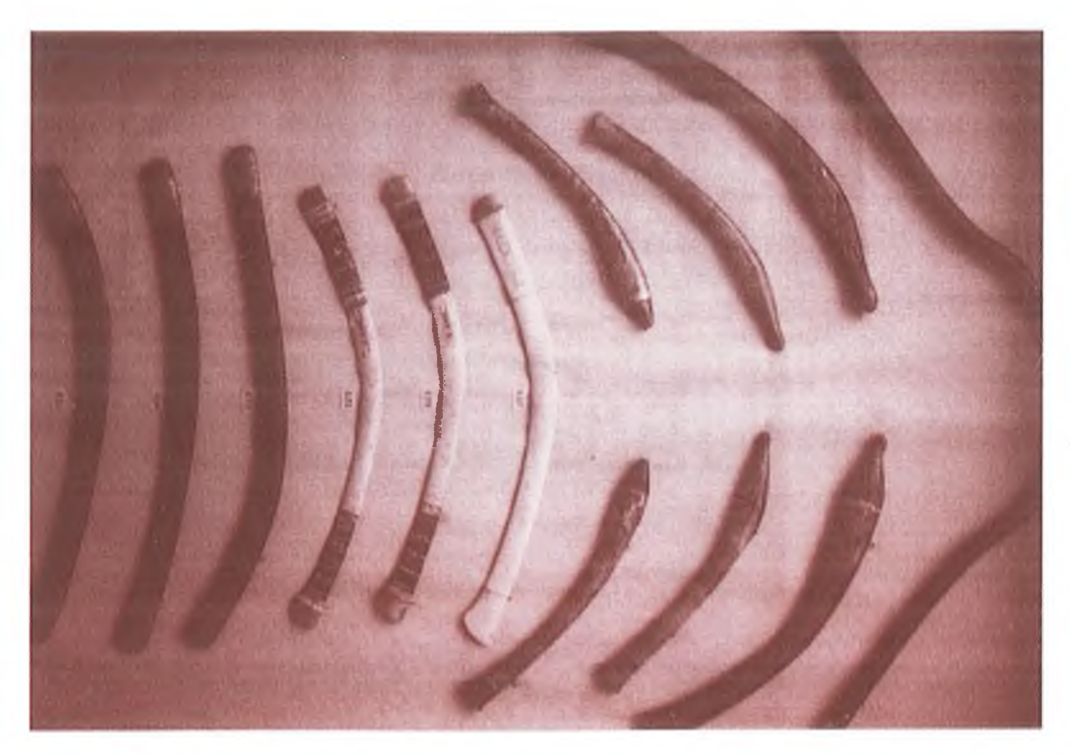


Figura 129. La tumba de Tutankhamón permitió recuperar una amplia variedad de palos arrojadizos. *(Bridget McDermott-Museo Egipcio de El Cairo.)*

Por otro lado, hallamos bastones redondeados en las escenas de duelo del templo funerario de Medinet Habu, donde la misma celebración del combate podría haber formado parte de los rituales en honor del difunto faraón (fig. 69, p. 138). Aquí la empuñadura aparece añadida al extremo posterior del bastón; en otro orden de cosas, los soldados vestían protecciones para la mandíbula, destinadas a cubrirlos de los golpes de su oponente. Las empuñaduras ahorquilladas se sustituyen por lazadas de cuero, y los bastones se refuerzan con cinchas de piel, para facilitar la sujeción. Los soldados del Reino Nuevo llevaban los bastones en largos carcajes, que se colgaban a la espalda con una correa cruzada.

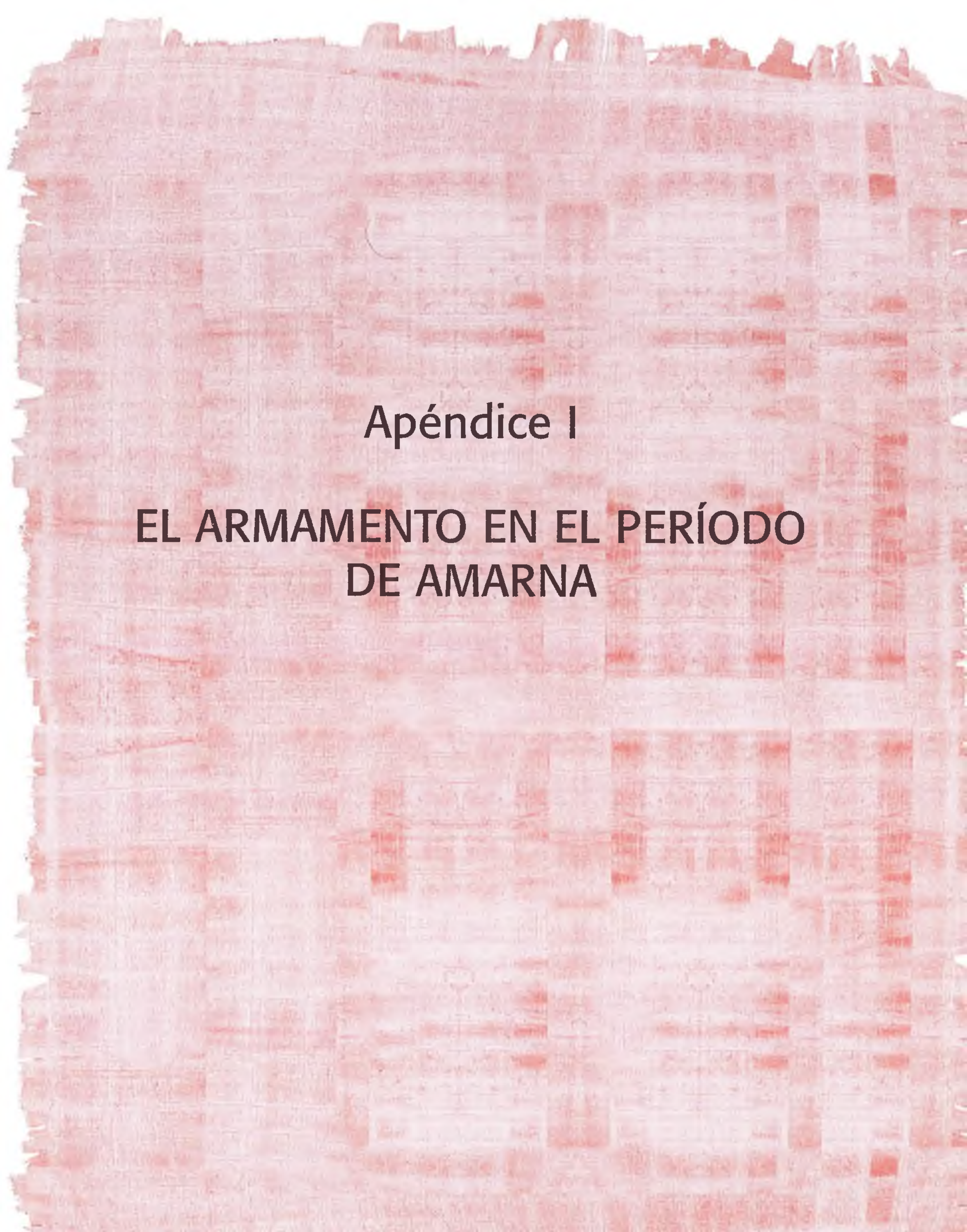
SOLDADOS Y MAZAS

No han pervivido representaciones artísticas que muestren a guerreros armados con la maza y fueran creadas durante el Reino Nuevo. Aunque las mazas tradicionales se

conservaron en la representación, su diseño varió con la intención de contrarrestrar los avances del enemigo, que en aquella fecha ya empleaba lorigas de escamas. Así, la maza aparece muchas veces con una hoja curvada (figs 126 y 127). En la tumba de Rejmire, la maza aparece con un mango más ancho; lo mismo se percibe en los paneles de un ataúd del Reino Nuevo, donde incluye además una punta aguzada, que tal vez sirviera para hendir la carne. También se han encontrado ejemplos de mazas con correas para el cuerpo: la correa permitía a los soldados y cazadores llevar el arma sujeta alrededor del hombro (fig. 128).

SOLDADOS Y PALOS ARROJADIZOS

Sabemos con certeza, gracias a los testimonios literarios, que hubo un comercio de palos arrojadizos durante el reinado de Hatshepsut. De hecho, están representados con claridad en el templo funerario de la reina, en Deir el-Bahari, donde vemos una procesión de soldados armados con hachas y este tipo de palos. Los depósitos excavados en el área aneja a la tumba de Senenmut (un funcionario que suele considerarse el favorito de la reina Hatshepsut) incluyen, entre una amplia y diversa colección de armas, la presencia de palos arrojadizos (fig. 129).



Apéndice I

EL ARMAMENTO EN EL PERÍODO DE AMARNA



ARMADURAS Y PROTECCIONES

Los cascos se representan por vez primera, en el Reino Nuevo, en las tumbas de Kenamón y Seimneut, una pareja de funcionarios que trabajaron para Amenofis II, el abuelo de Amenofis III, ambos pertenecientes al Período de Amarna. Los inventarios de guerra de esta época nos indican que los cascos se transportaban y almacenaban en unas cajas de gran refinamiento, algunas de ellas incluso con incrustaciones de piedras preciosas. Un soldado de las tropas de Ajenatón aparece con un casco de bronce (o quizá de cuero) en una representación fragmentaria del ejército de Amarna, conservada en un papiro que actualmente alberga el Museo Británico. Es un casco de estilo micénico, sin duda ninguna, por lo que los estudiosos han aventurado la posibilidad de que los soldados de esa imagen fueran mercenarios. Ello no obstante, nos hallamos en un período de grandes innovaciones en la concepción de la armadura y los elementos de protección, de forma que no debería extrañarnos descubir que el soldado egipcio pudo haber adoptado este tipo de casco como parte de su defensa personal. Es más: resulta imposible distinguir con certeza, en esta representación, la presencia de elementos mercenarios. Los datos sugieren que el ejército egipcio mantuvo este tipo de casco hasta la Dinastía XXVI.

La antigua práctica de envolver el cuerpo con lino —que todavía es habitual entre los actuales guerreros africanos— había demostrado ser una protección útil frente a los golpes de las armas ofensivas, por lo que conservó su popularidad entre los soldados de tierra del Reino Nuevo. Es una práctica evidente en las tropas de Ajenatón, cuyos soldados llevaban una prenda de lino, corta, que les cubría la parte superior del cuerpo y se terminaba en una ancha cinta abdominal; los brazos y la cintura quedaban al descubierto. Los soldados de Tutankhamón empleaban prendas idénticas (fig. 117). Las tropas del rey están pintadas con una diversidad de protectores de esta clase, tanto en los costados como en la tapa del cofre de madera decorado que se encontró en su tumba. El soldado egipcio se ponía la ropa de lino sobre un hombro y alrededor del abdomen, dejando sin protección el otro brazo y su hombro. En otro ejemplo, un soldado aparece ataviado con el lino rodeando por completo su cintura, sin dejar nada de car-

ne a la vista, mientras que otro lleva esta ropa solo alrededor de la parte superior del cuerpo, con lo que deja el abdomen expuesto. Hay asimismo un soldado aislado que no lleva protección de ninguna clase. Este tipo de irregularidad en la representación podría implicar que los soldados llevaban las ropas de lino de diferentes maneras, en lugar de adoptar una prenda única de una sola manera.

Aunque es seguro que la fabricación de armaduras metálicas se remonta al reinado de Tutmosis III, las lorigas de escamas se representan como prendas de uso exclusivamente regio. Ahora bien, se usaron cotas de malla durante el Período de Amarna, y siguieron mostrándose en el arte funerario. Durante esta época, el peso y el tamaño de las armaduras de escamas aumentó de forma terrible, lo que ha llevado a los estudiosos incluso a considerar la posibilidad de que solamente se emplearan en las estatuas del período. Sin embargo, cuando se examinaron las escamas se identificaron restos de tela adheridos (fig. 82). Esto sugiere que hasta las placas de mayor tamaño llevaban adherida una capa de lino o de piel. Aunque no cabe duda de que las armaduras de escamas se mantuvieron en uso por parte de las élites, es importante señalar que los cascos —en principio pensados como parte de la armadura de las clases superiores— llegaron a ser adoptados por el soldado raso durante el Período Amarniense. Es probable que el soldado aplicara fragmentos metálicos a su uniforme como medida de protección durante el combate. Los análisis realizados sobre fragmentos textiles procedentes de una zona de Ajetatón cuya historia se desconoce indican que se estriaban pequeñas piezas de cuero, se teñían y luego se cosían para imitar las escamas de la armadura. Estas piezas se cosían en los uniformes de la policía y de las divisiones militares. Un coselete de cuero de este tipo fue descubierto en la tumba de Tutankhamón. Las innovaciones en el diseño de las armaduras durante el Período de Amarna alcanzaron un elevado grado de complicación en la confección de cotas de malla; se llegó al punto más alto durante el reinado de Tutankhamón y ese refinamiento se mantuvo como un rasgo constante de los uniformes militares a lo largo de los últimos períodos de la historia egipcia.

PROTECCIÓN DE LOS GENITALES

No fue hasta el Período de Amarna cuando se estableció definitivamente el empleo de una pieza reforzada en la parte delantera de los faldones, para hacer resaltar —a la vez que se protegía— la zona genital (fig. 83). Un ejemplo temprano de este tipo de falda se observa en uno de los portaestandartes que hay en el muro izquierdo de la entrada al patio de Amenofis III, en el templo de Luxor. Aunque la falda recta se mantuvo sin ninguna interrupción entre los militares, en las escenas de combate y de festividades del Reino Nuevo los soldados llevaban esta falda con protector.

Un rasgo distintivo del uniforme militar incluía la adaptación de una pieza de cuero, que se llevaba como protección alrededor del faldón (fig. 92). La prenda estaba diseñada para resguardarlo mientras el soldado se sentaba en superficies rugosas o viajaba en barco. Muchos guerreros están representados con esa pieza de ropa. Los visten con frecuencia, por ejemplo, los soldados de Tutankhamón, tanto en los combates como en las exhibiciones ceremoniales. La primera representación conocida figura en un cofre de madera descubierto en la tumba de este rey (fig. 117). Este tipo de faldón se usaba asimismo como parte del uniforme de los soldados que vemos en la tumba de Huy, e igualmente de las tropas de Horemheb, según su tumba menfita. No figura, sin embargo, en el arte militar de finales del Reino Nuevo.

ESCUDOS

El escudo del Reino Nuevo estaba fabricado con tres paneles de madera, unidos y recubiertos de piel (o solamente pintados). Durante el Período de Amarna y la última época del Reino Nuevo, los escudos solían reforzarse con un disco de bronce grabado (fig. 95) y decorarse con imágenes de cobras.

No hay duda de que era el Estado quien suministraba los escudos a sus soldados. La fabricación y el almacenamiento de estas herramientas pasó a ser responsabilidad de los oficiales militares y, durante el Reino Nuevo, se establecieron arsenales en los templos y las fortificaciones tanto de Egipto como del extranjero. En la decoración de las tumbas de los nobles de este período vemos depósitos de armas; el proceso de fabricación de los escudos se ilustra en la tumba de Mehu, en la que se muestra a unos artesanos estirando pieles ovaladas sobre unas abrazaderas de madera. Solo una escena de la pared oeste de la tumba de Panehesy muestra un edificio que podría haberse usado como fábrica de escudos. Un arsenal situado dentro de la ciudad de Ajetatón contaba con dos plantas, según la imagen; aparece custodiado por un centinela que lleva un escudo colgado al hombro. Durante el Período de Amarna se dieron algunas innovaciones en el estilo de los escudos usados por los soldados de Amenofis III, en los que un corto panel oval está grabado con un minúsculo disco situado en el centro. Es posible que este disco central fuese metálico; quizá se usó con la intención de representar el disco Atón. Durante este período, los regimientos mostraban la afiliación a un determinado cuerpo mediante estandartes, y podían ser identificados como regimientos individuales; por ejemplo, hay alusiones a cierto grupo como «el bienamado regimiento del disco».

Los soldados de infantería de la segunda hilera de escenas de la tumba de Merire llevaban los escudos atados sobre el hombro; es una imagen muy clara. Los datos conocidos sugieren que el escudo, la lanza y el hacha fueron las armas más comunes entre la infantería del Período Amarniense (fig. 123). Aunque no es muy probable que el soldado

raso pudiera usar un escudo de una excelencia similar al que se encontró en la tumba de Tutankhamón (fig. 97), la tradición pictórica exigía a los artistas que dispusieran a los soldados con imponentes armas y corazas. Esta práctica se puede observar en las imágenes convencionales del ejército de Tutankhamón, tal cual se lo presenta sobre los paneles pintados del cofre de madera mencionado más arriba (fig. 117). Hay imágenes igualmente elaboradas en la columnata del templo de Luxor. Aquí, los soldados participan en el festejo anual de Opet; este acontecimiento, que tenía lugar en Tebas, era una celebración de la fertilidad de la tierra. Los escudos son idénticos, en apariencia, a los que manejaban los soldados de Amenofis III, con un disco grabado en el centro.

ARCOS

Durante el Reino Nuevo, el diseño del arco egipcio sufrió varios cambios; basta examinar los arcos y vestigios encontrados en la tumba de Tutankhamón para apreciar la diversidad de concepciones en el equipo de arquería (figs. 88 y 99). Aunque se siguió empleando el arco de madera maciza, los egipcios habían adoptado ya otros dos: el arco asirio y el compuesto, de origen hicso. El arco asirio fue introducido entre los atavíos del arquero durante la segunda mitad de la Dinastía XVIII; sin embargo, han sobrevivido muy pocos restos. Durante este período, los arqueros encargaban estelas que se convirtieron en un elemento clásico del material funerario.

Se han encontrado unas cuantas cuerdas enrolladas en la tumba de Tutankhamón, así como un ejemplo de cuerda de lino con abrazadera de cuero. También se descubrieron arcos del Reino Nuevo en las tumbas de Amenofis III y de Tutankhamón (habían ido pasando de unos miembros de la familia a los sucesores). Han pervivido varios arcos compuestos procedentes de las tumbas nobiliarias del período, mientras que vemos arcos convexos dobles en manos de soldados de a pie, que marchan detrás de la infantería. La importancia del papel del arquero durante el Período de Amarna es de las más elevadas de la historia de Egipto. Durante los reinados de Amenofis III y Ajenatón, parece que los arqueros fueron muy reverenciados. Los discursos personales del faraón incluían felicitaciones formales a ciertos arqueros, y en la correspondencia con el extranjero se hace evidente una especial atención por el bienestar de los arqueros egipcios. En este momento, los arqueros servían para proteger los territorios afiliados a la corona, y muchas veces eran enviados al extranjero; de hecho, muchas de las cartas dirigidas a Ajenatón revelan peticiones desesperadas de una ayuda militar muy concreta: el envío de arqueros egipcios. Cuando llegaban a una corte extranjera, los huéspedes asumían preparativos dirigidos especialmente a ofrecer un buen sustento al arquero egipcio. Los vasallos extranjeros debían responder con su persona del bienestar e incluso de las vidas de los arqueros reales. En cierta carta al rey, un vasallo extranje-

ro se vio obligado a alegar en su defensa porque un arquero egipcio había muerto estando bajo su jurisdicción.

Es evidente que los arqueros eran considerados como una fuerza de élite y de gran experiencia, de la que se esperaba que derrotara definitivamente al enemigo; este hecho queda atestiguado con absoluta claridad en la carta que envió cierto Rib Hadda al visir de Egipto, solicitando la presencia de 200 soldados para mantener a distancia al enemigo antes de que llegaran los arqueros. Es muy probable que los extranjeros observaran a estas fuerzas de élite con un profundo respeto. Un gobernante extranjero describe así el temor del enemigo: «si oyen que acuden los arqueros abandonarán sus ciudades y desertarán». También se pone de relieve, con toda claridad y de forma repetida, la fortaleza y la habilidad de los arqueros egipcios: «Y pueden los arqueros del rey, mi Señor, mi Sol, mi Dios, aplastar las cabezas de sus enemigos». Que los mandatarios extranjeros otorgaran un peso tan definitivo a la presencia de los arqueros egipcios nos indica que incluso un pequeño cuerpo de hombres podía repeler un ataque. Se creía que la mera aparición de los arqueros egipcios podía impedir la pérdida de una ciudad, como si su sola presencia transmitiera a los países aliados una fuerza psicológica de valor inestimable.

FLECHAS

Las excavaciones arqueológicas han permitido recuperar muchos ejemplos de antiguas flechas y puntas de flecha. Son pocas las variaciones en el diseño durante el Período Amarniense. Las colecciones de flechas descubiertas en la tumba de Tutankhamón están diseñadas con una amplia variedad de cabezas: las hay con protuberancias y engorras, con forma de hoja y de abanico, o con la punta de madera roma a la que nos hemos referido antes (fig. 105). Una colección de ocho flechas, albergada en el Museo del Louvre, también nos ofrece un panorama bastante completo. Durante este período, la flecha se había convertido en un potente símbolo de autoridad. En la tumba de Mehu, por ejemplo, aparecen unos corredores portando un bastón en forma de una flecha, que nos indica que este objeto había llegado a ser un símbolo de la categoría militar (fig. 106).

ALJABAS

Las escenas de las tumbas del Período de Amarna suelen ilustrar bien las técnicas de fabricación; en cuanto al uso y la manufactura de los estuches de arco triangulares, podemos verlos en las tumbas del Reino Nuevo. Sin embargo, una caja triangular, de piel (procedente de la tumba de Tutankhamón y custodiada ahora en el Museo Egipcio de

El Cairo) es el único ejemplo que nos ha pervivido; el análisis ha demostrado que se usaba para transportar varios arcos a la vez.

HACHAS Y HACHETAS

Han pervivido varias hachas y materiales de unión del Período Amarniense. Durante ese período —en el cual el hacha fue el arma más habitual de la infantería— las representaciones artísticas nunca se apartaban de los diseños tradicionales y los mangos de las hachas seguían siendo ligeramente curvos. Aunque no hay hachas en los relieves militares de la tumba menfita de Horemheb, parece lógico admitir que este arma también se utilizó durante su reinado. Se ven hachas de hoja fina en las representaciones artísticas realizadas durante los reinados de Tutankhamón y Ay. Sin embargo, en la tumba de Tutankhamón también se produce una llamativa falta de hachas y vestigios relacionados: es muy sorprendente que no se hayan recuperado hachas en la tumba que nos legó la colección de armas antiguas más completa del mundo.

MAZAS Y PALOS ARROJADIZOS

Este tipo de armas raramente aparece representado fuera del contexto de la imaginería regia. Ello no obstante, podemos ver algunas mazas en la antigua tumba de Kenamón, donde aparecen dotadas de una punta afilada, que posiblemente servía para atravesar el cuerpo del enemigo. También se han hallado mazas provistas de correas que permitían a soldados y cazadores colgarse el arma al hombro.

Hay palos arrojadizos entre el armamento del soldado amarniense del templo de Luxor (fig. 123); en este caso, la curvatura del palo es moderada. En la decoración mural de las tumbas de este período es frecuente que los soldados aparezcan manejando palos arrojadizos; también ha resultado habitual la pervivencia de armas y restos. Se han recuperado palos arrojadizos bastante elaborados en la tumba de Tutankhamón (fig. 129).

Aunque en la mayoría de casos se empleaban ramas planas, a algunos restos hallados en las excavaciones se les había dado forma de serpientes.

LANZAS Y JABALINAS

La lanza se puede reconocer como un arma importante en la medida en que aparece ilustrada en las estelas de los mercenarios de Ajetatón. Las lanzas siguieron usándose durante el Período de Amarna. En numerosas ocasiones se incluyeron entre los tributos extranjeros; en los inventarios antiguos, además, se distinguen entre varios tipos. Por ejemplo, una lanza de bronce, de la que se creía tenía una doble capa de oro, es muy probable que fuera de uso ceremonial. También se anota la presencia de lanzas entre los regalos de gobernantes extranjeros como Tagi y Tushratta; en este caso, las armas de bronce se diferencian claramente de las lanzas tradicionales. En consecuencia, cabe pensar que las jabalinas se consideraban distintas de la lanza tradicional; con frecuencia se las incluye entre las armas superiores, y se fabricaron con hojas de bronce y de hierro. Durante este período, se observa un aumento perceptible del uso del hierro en la fabricación de armas militares.

De esta época hay también numerosas representaciones militares, la mayoría de las cuales se producen en contextos funerarios. Las lanzas se muestran almacenadas junto con otras armas de guerra en los arsenales de Ajetatón, por ejemplo. En cierto fragmento procedente de Ajetatón, se ven lanzas —en apariencia, uniformes— en posesión de los soldados de infantería (fig. 123). También se las muestra a punto de ser distribuidas a los soldados. Hallamos infantes armados de lanzas entre las representaciones de escenas oficiales. Su función era, sin duda, la de ofrecer una fuerte presencia militar en las ocasiones en que la realeza aparecía en público; en esos casos las vemos retratadas en gran número, con la función de escolta. Por el contrario, no hay soldados rasos en las escenas de ceremonias religiosas u oficiales. Cuando la presencia de la milicia se registra en estos dos contextos, el artista solamente identifica a los funcionarios y a los oficiales.

Mientras que la falange de infantería siempre aparece con las lanzas tradicionales, las ilustraciones de combates cuerpo a cuerpo nos presentan el manejo de venablos. La indicación más clara del diferente uso dado a las lanzas y las jabalinas se puede observar en las representaciones realizadas durante el reinado de Tutankhamón, en el que las jabalinas se empleaban en los combates cuerpo a cuerpo y su uso está representado con toda claridad en el cofre de madera hallado en su tumba. Durante este tiempo, parece que las jabalinas alcanzaron la condición de arma de guerra clásica; como tema artístico, además, se popularizaron los venablos de duelo. Unas cuantas de estas jabalinas cortas aparecieron entre el ajuar funerario de la tumba de Tutankhamón (fig. 120). Para rematar al enemigo, un soldado maneja una jabalina que empuña con las dos manos. Por el contrario, en otra escena del panel frontal se ilustra a una falange de soldados que portan lanzas simples; se trata de lanzas de aproximadamente 1,5 m de longitud, con largas puntas en forma de hoja. Los restos de jabalinas datadas en los rei-

nados de Tutankhamón o de Ay demuestran la estrecha relación existente entre los venablos y los bastones. En este caso, la jabalina estaba fabricada al modo tradicional y se completaba con una empuñadura de madera. Sin embargo, esta arma no estaba diseñada para incluir una hoja; lo que se hacía era afilar su extremo.

Las escenas de la celebración de Opet en el templo de Luxor nos ofrecen numerosos retratos de soldados de infantería con lanzas, que cabe datar en el Período Amarniense (fig. 123). Aquí, los infantes avanzan delante de sus portaestandartes y marchan en grupos de cuatro. Se conserva la imagen tradicional del soldado de infantería que sostiene un escudo y la lanza en una mano.

VARAS Y BASTONES

Las innovaciones en cuanto a la concepción de los bastones resultan especialmente vistosas en las escenas de las tumbas amarnienses, cuando se representaban con frecuencia los largos bastones trapezoidales.

En la tumba de Tutankhamón se recuperaron varas ahorquilladas y curvadas; este yacimiento funerario nos ha permitido obtener un panorama completo de las variaciones que sufrió el diseño de los bastones de combate durante el Reino Nuevo. Aunque son de naturaleza ceremonial, los bastones también están relacionados con el tipo de varas representadas en la antigua tumba de Kenamón: una larga vara ahorquillada y un palo que se asemeja a un moderno bate de béisbol.

Si bien se continuaron usando bastones tanto de empuñadura recta como ahorquillada, en la tumba amarniense de Mehu se observan variaciones en esta clase de arma. Aquí vemos a soldados con palos cortos y bastones rectos, algunos de los cuales tienen correas de lazada. En la misma tumba hay cuatro soldados con bastones rectos. El bastón ahorquillado también se conservó durante el Período de Amarna, como puede verse en las tumbas de Mehu y de Huya. No obstante, en las escenas militares del Período Amarniense predomina un único tipo de bastón, con el que aparecen armados tanto los soldados de infantería como los arqueros. Aunque el tema se ha estudiado en contadas ocasiones, son bastones que hasta la fecha se habían identificado de formas muy diversas: desde correas de cuero a grandes escobones, o incluso como trompetas. Lo más probable es que estos bastones estuvieran construidos con fibras de palmera seca, que se solidifican cuando se las deja secar al sol (figs. 80, 83 y 123). En la tumba de Mehu hallamos un grupo de hombres armados con estos instrumentos. El bastón de Amarna aparece asimismo en la tumba de Merire y Huya, que muestran igualmente el manejo de porras curvadas. Estos bastones conservaron su función militar durante los reinados de Tutankhamón y Horemheb, y sin embargo, con posterioridad al gobierno de Horemheb, desaparecieron de las representaciones militares.

ESPADAS

Aunque para la fabricación de las armas ceremoniales se emplearon distintos materiales, la espada del Reino Nuevo fue casi siempre de bronce, por mucho que entre el armamento militar del período se han identificado también algunos productos de hierro. En la ciudad de Ajetatón se encontró una larga espada de bronce, con el acero en forma de hoja; en la tumba de Tutankhamón apareció un buen número de espadas de tipo *jepesh*. Los *jepesh* son habituales en las tumbas nobiliarias de este período: aparecen portadas por soldados o almacenadas como armas de guerra. En estas escenas se ve claramente que tienen lazadas a modo de asa. Una sola escena de un papiro amarniense nos describe a un soldado egipcio en situación de vulnerabilidad: está a punto de ser ejecutado por la espada de un soldado enemigo (fig. 102).



Apéndice II

UBICACIÓN EN EGIPTO DE LAS REPRESENTACIONES ARTÍSTICAS DE TEMA MILITAR



Es importante tomar en cuenta de qué lugares de Egipto proceden las diversas imágenes militares, porque estas nos transmiten una información única acerca de la función de los templos egipcios y además sacan a la luz cuestiones muy problemáticas respecto de ciertos aspectos del arte funerario. A continuación ofrezco una lista general de las representaciones que han sido objeto de análisis en el presente libro.

PERÍODO PREDINÁSTICO

Decoración de las tumbas
Tumba 100, en Hieracómpolis.
Imágenes de lucha de bastones, escenas de golpeo y aniquilación del enemigo y motivos de guerreros cazadores.

Cerámica
Imágenes de danza e instrucción militar y motivos de guerreros cazadores.

Paletas
Motivos de guerreros cazadores.

Maquetas y miniaturas
Imágenes de soldados de guardia.

Estelas
Imágenes de armas individuales.

REINO ANTIGUO

Tumbas
Tumba de Mereruka
Tumba de Yedu
Tumba de Jamehesit
Tumba de Inta
Imágenes de ritos iniciáticos masculinos, lucha de bastones, escenas de batalla (en combates cuerpo a cuerpo) y de asedio.

Armas
En tumbas reales, cementerios y cerámica. Contienen imágenes de hachas, mazas, arcos, aljabas y flechas.

Fragmentos procedentes de templos y de tumbas
Imágenes de arqueros y de soldados en formación.

REINO MEDIO

Escenas de tumbas
Tumba de Senbi, en Meir
Tumba de Anjtifi, en Moalla
Tumba de Amenemes, en Beni Hasan, n.º 2
Tumba de Baqt I, en Beni Hasan, n.º 29
Tumba de Baqt III, en Beni Hasan, n.º 15
Tumba de Jeti, en Beni Hasan, n.º 17
Tumba de Cnumhotep, en Beni Hasan, n.º 3
Tumba de Cheuti-Hetep, en El-Bersha, n.º 2

Escenas de sitio, del guerrero cazador, combates cuerpo a cuerpo, contactos letales y reparto de las armas.

Maquetas y miniaturas
Soldados de madera armados, soldados y armas en las embarcaciones fluviales.

Joyería
Varias armas usadas como amuleto.

Representaciones en los ataúdes
Se muestra una gran variedad de armas.

Restos humanos
Los restos momificados de los soldados de Mentuhotep II.

REINO NUEVO

Tumbas reales
Tumba de Rameses III (KV 11)
Tumba de Setos I (KV 17)
Imágenes de arqueros y de colecciones de armas.

Tumbas privadas
Tumba de Jeruef, n.º 192
Tumba de Ibi, n.º 36
Tumba de Amenofis-Si-Se, n.º 75
Tumba de Meri, n.º 95
Tumba de Menjeperreseneb, n.º 42
Tumba de Rejmire, n.º 100
Tumba de Kenamón, n.º 93
Tumba de Seimneut, n.º 92
Tumba de Chauny, n.º 74
Tumba de Huy, n.º 40
Tumba de Ineni, n.º 81
Tumba de Tutu, n.º 8
Tumba de Panehesy, n.º 6
Tumba de Merire, n.º 2
Tumba de Antefoker, n.º 60
Tumba de Jeruef, n.º 192
Tumba de Nebamón, n.º 90
Tumba de Mehu, n.º 9
Tumba de Ipuimre, n.º 39
Tumba de Ay, n.º 25
Tumba de Ahmes, n.º 3
Tumba de Jaemhet, n.º 57
Tumba de Userhet, n.º 56

Tumba de Haremheb, n.º 78
Tumba de Pentu, n.º 5
Tumba de Huya, n.º 1
Tumba de Pareneffer, n.º 7

Imágenes de colecciones de armas, representaciones de armas extranjeras, lucha de bastones, higiene de los soldados y reclutamiento de las tropas.

Cerámica y óstraca
La reina dispara una flecha desde un un carro; Reshep con escudo y lanza.

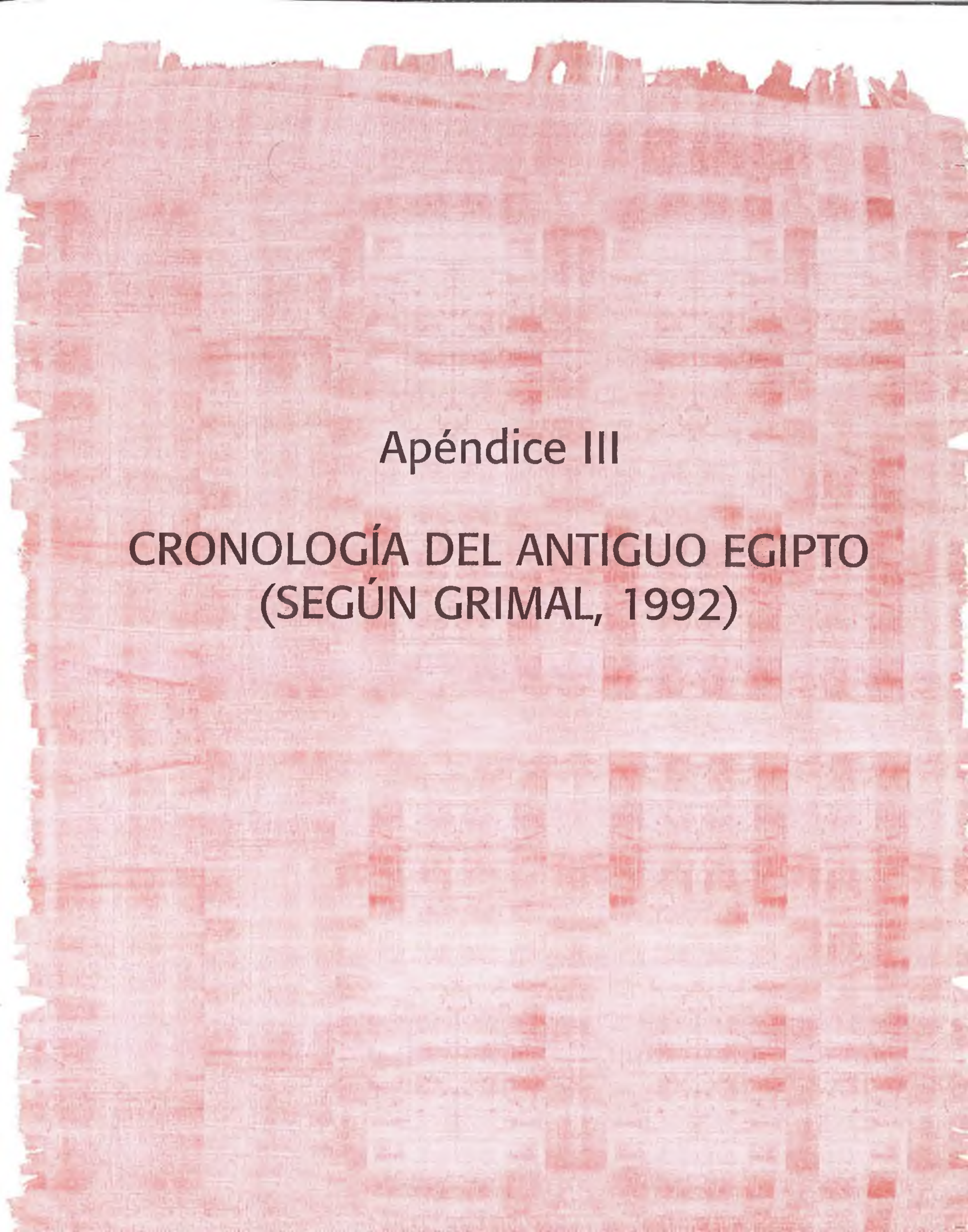
Restos de armas
Hallados en fortificaciones, depósitos fundacionales, enterramientos regios, cementerios y casas de la ciudad. Todo tipo de armas.

Maquetas y objetos votivos
Armas con función de amuleto.

Papiros
Imágenes satíricas de la batalla; escenas del ejército de Ajenatón.

Relieves de los templos
De Deir el-Bahari; del templo de Karnak; del templo de Luxor; de Abu Simbel; del templo de Beit el-Uali; de Abido; del Rameseo; de Medinet Habu.

Ilustraciones con escenas de asedio: sobre parapetos; atacando al enemigo; trepando por escaleras; con cobertura de protección; talando árboles; tareas del zapador; escenas de caza; recluta; escoltas; amaestradores de perros; escenas de golpeo; formaciones en marcha; músicos militares; escenas de duelo; soldados en el marco de festejos; soldados en situaciones de contactos letales, como cortando el cuello o apuñalando; reparto de armas; escenas de súplica; corredores; lucha libre o similar (en Amarna); soldados que charlan o duermen.



Apéndice III

CRONOLOGÍA DEL ANTIGUO EGIPTO (SEGÚN GRIMAL, 1992)



4500-3150 a. C. PERÍODO PREDINÁSTICO

4500-4000 a. C.: Badariense
4000-3500 a. C.: Naqada I (Amraciense)
3500-3300 a. C.: Naqada II (Guerzeense A)
3300-3150 a. C.: Naqada III (Guerzeense B)

3150-2700 a. C. PERÍODO TINITA

3150-2925 a. C.: Dinastía I
3150-3125 a. C.: Nármer-Menes
3125-3100 a. C.: Aha
3100-3055 a. C.: Dyer
3055-3050 a. C.: Uadyi
3050-2995 a. C.: Den
2995-2950 a. C.: Andyib-Semerjet
2960-2926 a. C.: Qa

2925-2700 a. C.: Dinastía II
Hotepsejemuy
Raneb
Ninecher
Uneg
Sendyi
Peribsen
Sejemib
Jasejemuy

2700-2190 a. C. REINO ANTIGUO

2700-2625 a. C.: Dinastía III
Nebka
Dyesert
Sejemjet
Jaba
Neferkare
Huni

2625-2510 a. C.: Dinastía IV
Esnofru
Quéope
Didufri
Quefrén
Baufre (?)
Micerino
Shepseskaf

2510-2460 a. C.: Dinastía V
Userkaf
Sahure
Neferirkare-Kakai
Shepseskare
Neferefre
Niuserre
Menkauhor
Dyedkare-Izezi
Unas

2460-2200 a. C.: Dinastía VI
Teti
Usirkare
Pepi I
Merenre I
Pepi II
Merenre II
Nitocris

2200-2040 a. C. PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

2200-c. 2160 a. C.: Dinastías VII y VIII
Muchos faraones de corta vida

2160-c. 2040 a. C.: Dinastías IX y X (Heracleópolis Magna)
Meribre Áctoes I
Neferkare
Nebkaure Áctoes II
Neferkare Meribre
Uahkare Áctoes III
Merikare

2160-2040 a. C.: Dinastía XI (Tebas)
Mentuhotep I
Inyotef I
2118-2069 a. C.: Inyotef II
2069-2061 a. C.: Inyotef III
2061-2040 a. C.: Mentuhotep II

2040-1674 a. C. REINO MEDIO

2040-1991 a. C.: Dinastía XI (Reunificación de Egipto)
2040-2009 a. C.: Nebhepetre Mentuhotep II
2009-1997 a. C.: Sanjkare Mentuhotep III
1997-1991 a. C.: Nebtauyre Mentuhotep IV

1991-1785 a. C.: Dinastía XII
1991-1962 a. C.: Amenemes I
1962-1928 a. C.: Sesostris I
1928-1895 a. C.: Amenemes II
1895-1878 a. C.: Sesostris II
1878-1842 a. C.: Sesostris III
1842-1797 a. C.: Amenemes III
1797-1790 a. C.: Amenemes IV
1790-1785 a. C.: Sebeknefrure

1785-1633 a. de C.: Dinastías XIII y XIV
Sejemre-Jutauy
Amenemes V
Sehetepibre II
Amenemes VI (Ameni «el Asiático»)
Hornedyheritef «el Asiático»
c. 1750 a. C.: Sebekhotep I
Reniseneb
Hor I
Amenemes VIII
Ugaf
Sesostris IV
Jendyer
Esmenjkare
Sebekemsaf I
c. 1745 a. C.: Sebekhotep III
c. 1741-1730 a. C.: Neferhotep I
Sihathor
Sebekhotep IV
1720-1715 a. de C.: Sebekhotep V
Neferhotep II
Neferhotep III
Ibi
c. 1704-1690 a. C.: Iy
Iny
Dudimose I

1674-1553 a. C. SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

1674-1553 a. C.: Dinastías XV, XVI y XVII
1674 a. C.: Dudimose I
Dudimose II
Senebmiu

Dyedkare
Monthuemsaf

Dinastías XV y XVI (hicsos)
Salitis
1650 a. C.: Jacob-her
Jyan

Dinastía XVII (Tebas)
Rahotep
Inyotef V
Sebekemsaf II
Dyehuty

1663 a. C.: final de la Dinastía XIV (Tebas)
Mentuhotep VII
Nebireau I
Inyotef VII
Sequenere I
Sequenere II
Kamose

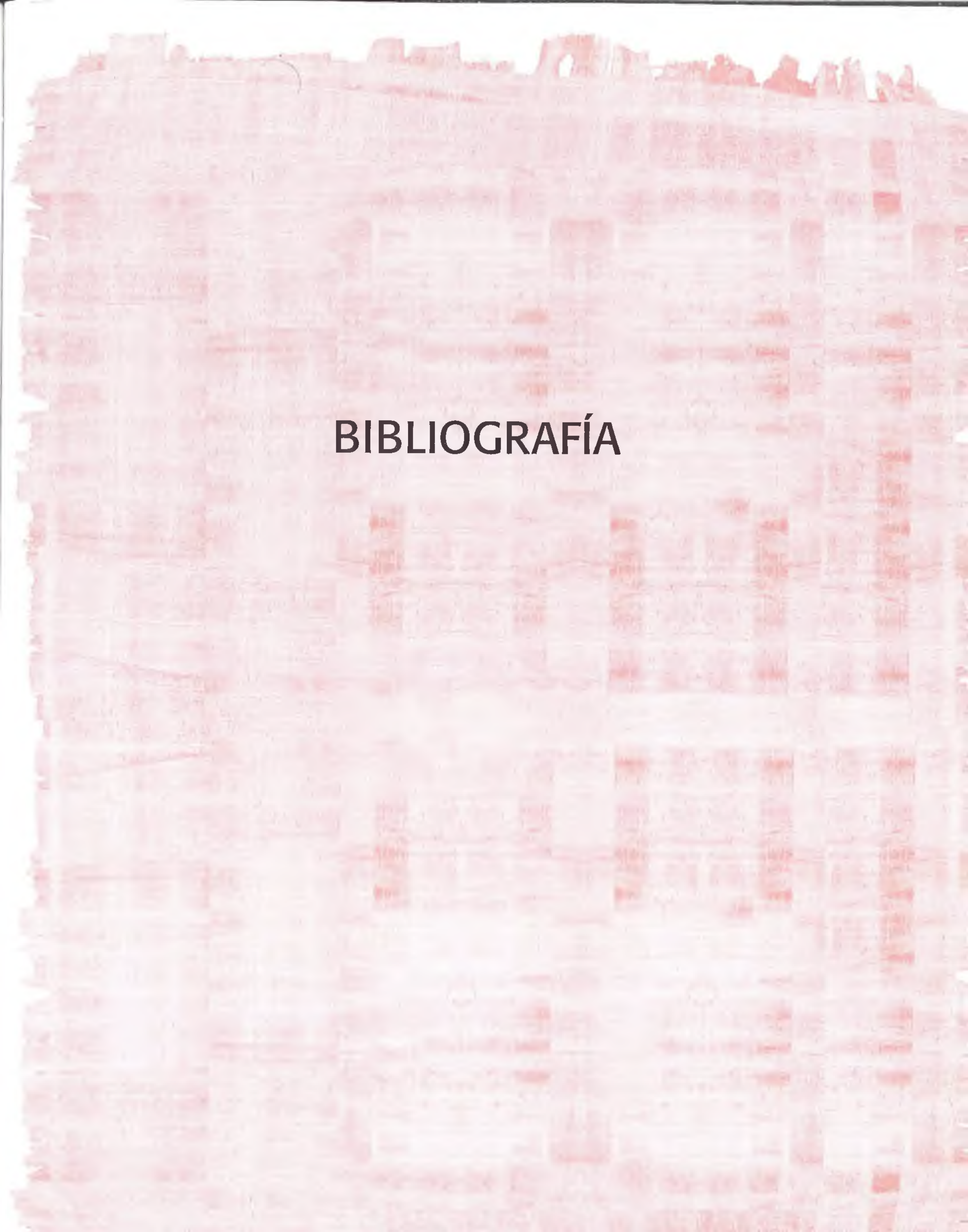
1633 a. C.: final de la Dinastía XIV (hicsos)
Apofis I
Apofis II

1552-1069 a. C. REINO NUEVO

1552-1314 o 1295 a. C.: Dinastía XVIII
1552-1526 a. C.: Amosis
1526-1506 a. C.: Amenofis I (Amenhotep)
1506-1493 a. C.: Tutmosis I
1493-1479 a. C.: Tutmosis II
1479-1425 a. C.: Tutmosis III
1478-1458 a. C.: Hatshepsut
1425-1401 a. C.: Amenofis II (Amenhotep)
1401-1390 a. C.: Tutmosis IV
1390-1352 a. C.: Amenofis III (Amenhotep)
1352-1348 a. C.: Amenofis IV (Amenhotep)
1348-1338 a. C.: Ajenatón
1338-1336 a. C.: Esmenjkare (?)
1336-1327 a. C.: Tutanjatón (Tutankhamón)
1327-1323 a. C.: Ay
1323-1295 a. C.: Horemheb

1295-1188 a. de C.: Dinastía XIX
1295-1294 a. C.: Rameses I
1294-1279 a. C.: Setos I
1279-1212 a. C.: Rameses II
1212-1202 a. C.: Mineptah
1202-1199 a. C.: Amenmeses
1202-1196 a. C.: Setos II
1196-1190 a. C.: Siptah
1196-1188 a. C.: Tausert

1188-1069 a. de C.: Dinastía XX
1188-1186 a. C.: Setnajt
1186-1154 a. C.: Rameses III
1154-1148 a. C.: Rameses IV
1148-1144 a. C.: Rameses V
1144-1136 a. C.: Rameses VI
1136-1128 a. C.: Rameses VII
1128-1125 a. C.: Rameses VIII
1125-1107 a. C.: Rameses IX
1107-1098 a. C.: Rameses X
1098-1069 a. C.: Rameses XI



BIBLIOGRAFÍA



Abdel-Kader, M., «The Administration of Syro-Palestine during the New Kingdom», en *Annales du Services des Antiquités de l'Égypte* 56 (1959), pp. 105-137.

Adams, Barbara, *Ancient Hierakonpolis. Petrie Museum Catalogues*, Aris & Phillips, Warminster, 1974.

Adams, William Y., «Invasion, Diffusion, Evolution», en *Antiquity* 42 (1968), pp. 194-215.

Agthe, Johana, *Waffen aus Zentral-Afrika*, Museum für Völkerkunde, Francfort, 1985.

Albright, William Foxwell, «The Israelite Conquest of Canaan in the Light of Archeology», en *Bulletin of the American School of Oriental Research* 74 (1939), pp. 11-23.

Aldred, Cyril, «Hair Styles and History», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 15 (1957), pp. 141-147.

—, *Egypt to the End of the Old Kingdom*, Thames & Hudson, Londres, 1965.

—, *Egyptian Art in the Days of the Pharaohs*, Thames & Hudson, Londres, 1980.

Alexander, David G., «Two Aspects of Islamics Arms and Armor», en *Metropolitan Museum Journal* 18 (1983), pp. 97-104.

Amin, A., «Ancient Trade Routes between Egypt and the Sudan», en *Sudan Notes and Records* 51 (1970), p. 23.

Andrews, Carol, *Ancient Egyptian Jewellery*, British Museum Publ., Londres, 1990.

Arkell, Anthony John, «Throwing-sticks and throwing-knives in Darfur», en *Sudan Notes and Records* 22 (1939).

—, «The Prehistory of the Nile Valley», en *Handbuch der Orientalistik* (Leiden) VII (1975), 1.2.

Arnold, Dieter, *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts*, Deutsches Archäologisches Institut (Abteilung Kairo) y Von Zabern, El Cairo y Maguncia, 1971.

—, *Der Tempel des Königs Mentuhotep von Deir el-Bahari*, vol. III, Deutsches Archäologisches Institut (Abteilung Kairo) y Von Zabern, El Cairo y Maguncia, 1974.

Ayrton, Edward Russell, y William L. S. Loat, *Pre-dynastic Cemetery at el-Mahasna*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1911.

Baer, Klaus, *Rank and Title in the Old Kingdom. The Structure of Egyptian Administration in the Fifth and Sixth Dynasties*, University of Chicago Press, Chicago, 1960.

Barthorp, Michael, *War on the Nile*, Blandford, Poole, 1984.

Bates, Oric, *The Eastern Libyans*, Macmillan, Londres, 1914.

Baumgartel, Elsie Jenny, *The Cultures of Prehistoric Egypt*, vol. I, Oxford Univ. Press, Oxford, 1955[2].

—, *The Cultures of Prehistoric Egypt*, vol. II, Oxford Univ. Press, Oxford, 1960.

Bissing, Friedrich Wilhem von, *Das Re-Heiligtum des Königs Ne-Woser-Re (Rathures)*, 3 vols. (vol. II, con Hermann Kees: *Die kleine Festdarstellung*; vol. III: *Die grosse Festdarstellung*), J. C. Hinrichs, Leipzig, 1923.

Blackman, Aylward Manley, *The Rock Tombs of Meir*, vol. 1, Egypt Exploration Society, Londres, 1914.

—, *The Rock Tombs of Meir*, vol. 5, Egypt Exploration Society, Londres, 1953.

Bonnet, Hans, *Die Waffen der Völker des alten Orients*, J. C. Hinrichs, Leipzig, 1926 (reed. Zentralantiquariat der DDR, Leipzig, 1977).

Borchardt, Ludwig, *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire, Nos. 1-1.294. Statuen und Statuetten von Königen und Privatleuten im Museum von Kairo*, Hiersemann, Leipzig, 1911.

Botti, G., «A Fragment of the Story of a Military Expedition of Tuthmosis III to Syria», en *Journal of Egyptian Archaeology* 41 (1955).

Brack, Annelies, y Artur Brack, *Das Grab des Tjanuni (Theben Nr. 74)*, Deutsches Archäologisches Institut (Abteilung Kairo) y Von Zabern, El Cairo y Maguncia, 1977.

—, *Das Grab des Haremheb (Theben Nr. 78)*, Deutsches Archäologisches Institut (Abteilung Kairo) y Von Zabern, El Cairo y Maguncia, 1980.

Breasted, James Henry, *The Battle of Kadesh. A Study in the Earliest Known Military Strategy*, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1903.

—, *The Edwin Smith Surgical Papyrus II*, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1930.

—, *Medinet Habu*, 8 vols., Univ. of Chicago Press, Chicago, 1930-1932.

—, *Ancient Records of Egypt: Historical Documents*, 5 vols., Univ. of Chicago Press, Chicago, 1988 [1ª ed. de 1906].

Broadhurst, A., «An Artistic Interpretation of Seti I's War Reliefs», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 75 (1989), pp. 229-234.

Brovarski, Edward J., «Akhmim in the Old Kingdom and First Intermediate Period», en *Bibliothèque d'Études* (El Cairo) (1985), 97/1, pp. 117-153.

— y William J. Murnane, «Inscriptions from the Time of Nebhepetre Metuhotep 11 at Abisko», en *Serapis I* (1969), pp. 11-27.

Brunton, Guy, *Qau and Badari*, vol. II, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1928.

—, *Qau and Badari*, vol. III, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1930.

—, ed., *British Museum Expedition to Middle Egypt. First and Second Years. 1928-1929. Mostagedda and the Tasian Culture*, Bernard Quaritch, Londres, 1937.

—, «Syrian Connections of a Composite Bow», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 38 (1938), pp. 251-252.

— y G. Carton-Thompson, *The Badarian Civilisation and Pre-dynastic Remains near Badari*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1928.

Bruyère, Bernard, *Rapport sur les fouilles de Deir el Medineh*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1924-1927.

Budge, Ernest A. Wallis, *The Egyptian Sudan: Its History and Monuments*, vol. I, Kegan Paul, Londres, 1907 [reed. Darf, Londres, 1986].

Buttery, Alan, *Armies and Enemies of Ancient Egypt and Assyria, 3200 BC to 612 BC*, Wargames Research Group, Goring by Sea, 1974.

Calverley, Amice M.; Myrtle Broome, y Alan H. Gardiner, *The Temple of King Seti I at Abydos*, vol. IV: *The Second Hypostyle Hall*, University of Chicago Press, Chicago, 1933-1958.

Caminos, Ricardo Augusto, *Late-Egyptian Miscellanies*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1954.

— y Henry George Fischer, *Ancient Egyptian Epigraphy and Paleography. The Recording of Inscriptions and Scenes in Tombs and Temples*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1976.

Caneiro, R., «A Theory of the Origin of the State», en *Science* 160 (1970), pp. 1187-1192.

Capart, Jean, *Les débuts de l'art en Égypte*, Bruselas, 1904. Traducción inglesa: *Primitive Art in Egypt*, Grevel, Londres, 1905.

—, «Note sur la décapitation en Égypte», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 36 (1989), p. 125.

Carman, John, y Anthony Harding, eds., *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*, Sutton, Stroud, 1999.

Carter, Howard, *The Tomb of Tut'ankh'Amen*, 3 vols., Cassell, Londres, 1927-1933.

Case, H., y Joan Crowfoot Payne, «Tomb 100: the Decorated Tomb at Hierakonpolis», en *Journal of Egyptian Archaeology* 48 (1962), pp. 5-18.

Catling, Hector W., «Bronze Cut-and-Thurst Swords in the Eastern Mediterranean», en *Proceedings of the Prehistoric Society* 22 (1956), pp. 102-125.

Champollion, Jean François, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, 4 vols., París, 1835-1845.

Cherf, William Joseph, «The Function of the Egyptian Forked Staff and One Forked Bronze Butt: A Proposal», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* (1982), pp. 86-97.

—, «Some Forked Staves in the Tutankhamun Collection», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* (1988), p. 115.

Chevereau, Pierre-Marie, *Prosopographie des cadres militaires égyptiens de la Basse Époque. Carrières militaires et carrières sacerdotales en Égypte du XIe au IIe siècle avant J.-C.*, París, 1985 [reed. corr. Cybèle, París, 2001].

Christian, E., «A Throwstick of Princess Nfr-Nfrw-R'e with Additional Notes on Throwsticks of Faience», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 71 (1987).

Christophe, Louis-A., «L'organisation de l'armée égyptienne de l'époque ramesside», en *La Revue de Caire* (1957), pp. 387-405.

Cifola, Barbara, «Ramses III and the Sea Peoples: A Structural Analysis of the Medinet Habu Inscriptions», en *Orientalia* 57 (1985), pp. 275-306.

—, «The Terminology of Ramses III's Historical Records with a Formal Analysis of the War Scenes», en *Orientalia* 60 (1991), pp. 9-57.

Clark, J. D., «Interpretation of Prehistoric Technology from Ancient Egyptian and Other Sources, Pt I: Ancient Egyptian Bows and Arrows and their Relevance for African Prehistory», en *Paléorient* 2/2 (1974), pp. 323-388.

Clastres, Pierre, *The Archaeology of Violence*, Semiotext(e), Nueva York, 1994. [*Archéologie de la violence: la guerre dans les sociétés primitives*, La Tour d'Aigues, L'Aube, 1997, 2005[3]. Original de la revista *Libre*, 1977].

Clausewitz, Karl von, *On War*, Wordsworth, Ware, 1997. [*Vom Kriege*, 1831. Existen varias tra-

ducciones al español, entre ellas una en dos vols. del Ministerio de Defensa: *De la guerra*, Madrid, 1999].

Cline, Eric H., «Amenhotep III and the Aegean: A Reassessment of Egypto-Aegean Relations in the 14th Century BC», en *Orientalia* 56 (1987), pp. 1-35.

Cockburn, Aidan, y Eve Cockburn, eds., *Mummies, Disease and Ancient Cultures*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1980.

Collins, L., «The Private Tombs of Thebes: Excavations by Sir Robert Mond. 1905-1906», en *Journal of Egyptian Archaeology* 62 (1976), pp. 18-40.

Curto, Silvio, *The Military Art of the Ancient Egyptians*, Museo Egipcio, Turín, 1971 [*L'arte militare presso gli antichi egizi*, 1969].

Daressy, M. Georges, *Catalogue général des antiquités egyptiennes du Musée du Caire. Nos. 24.001-24.990. Fouilles de la Vallée des Rois, 1898-1899*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1902.

Davies, Norman de G., *The Rock Tombs of el-Amarna*, 6 vols., Egypt Exploration Fund, Londres, s. a. (1903-1908).

—, *The Tomb of Antefoker, Vizier of Sesostris I, and of his Wife, Senet* (No. 60), Allen & Unwin, Londres, 1920.

—, *The Tombs of Two Officials of Tuthmosis the Fourth (Nos. 75 y 90)*, Egypt Exploration Society, Londres, 1923.

—, *The Tomb of Kenamun at Thebes*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1930.

—, *The Tombs of Menkheperrasonb, Amenmose and Another*, Egypt Exploration Society, Londres, 1933.

—, «Research in the Theban Necropolis. 1938-1939», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art (New York)*, XXXIV (1939), pp. 280-284.

—, *The Tomb of Rekh-mi-Re' at Thebes*, vol. II, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1943.

Davies, Nina M. *Ancient Egyptian Paintings*, vol. I, Oriental Institute (University of Chicago) Chicago, 1936.

— y Alan H. Gardiner, *Tutankhamun's Painted Box*, Griffith Institute, Oxford, 1962.

Davies, W. Vivian, «An Inscribed Axe Belonging to the Ashmolean Museum, Oxford», en *Journal of Egyptian Archaeology* 60 (1974).

—, «The Origin of the Blue Crown», en *Journal of Egyptian Archaeology* 68 (1982).

—, *Catalogue of Egyptian Antiquities in the British Museum: VII. Tools and Weapons. 1. Axes*, British Museum Publ., Londres, 1987.

—, *Egypt, the Aegean and the Levant. Interconnections in the Second Millennium BC*, British Museum Publ., Londres, 1995.

— y Reneé F. Friedman, *Egypt*, British Museum Publ., Londres, 1998.

Dawson, Warren R., «A Bronze Dagger of the Hyksos Period», en *Journal of Egyptian Archaeology* (1925).

Debono, Fernand, y Bodil Mortensen, *The Predynastic Cemetery at Heliopolis. Season March-September 1950*, «Archäologische Veröffentlichungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo», LXIII, Von Zabern, Maguncia y El Cairo, 1988.

De Buck, Adriaan, y Alan H. Gardiner, *The Egyptian Coffin Texts. IV. Texts of Spells 268-354*, University of Chicago Press, Chicago, 1951.

Decker, Wolfgang, *Sports and Games of Ancient Egypt*, Yale Univ. Press, New haven y Londres, 1992. [*Sport und Spiel im Alten Ägypten*, Beck, Múnich, 1997]

Derry, Douglas Erith, «Mummification», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* (1942), pp. 235-265.

Dodson, Aidan M., «The Tombs of the Kings of the Early Eighteenth Dynasty at Thebes», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* (1988), p. 115.

Drews, Robert, *End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca. 1200 BC*, Princeton Univ. Press, Princeton, 1993.

Duell, Prentice, *The Mastaba of Mereruka by the Sakkarah expedition*, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1938.

Dunham, Dows, *The Barkal Temples*, Museum of Fine Arts, Boston, 1970.

— y Jozef M. A. Janssen, *Second Cataract Forts. Semna and Kumma*, vol. I, Museum of Fine Arts, Boston, 1960.

Dyer, Gwynne, *War*, Bodley Head, Londres, 1986.

Edgerton, William Franklin, y J. A. Wilson, *Historical Records of Ramses III*, en *The Epigraphic Survey*, Chicago, 1936.

Edwards, I. E. Stephen, «Lord Dufferin's Excavations at Deir El-Bahri and the Clandeboye Collection», en *Journal of Egyptian Archaeology* 51 (1965), pp. 16-28.

Ehrenreich, Barbara, *Blood Rites. Origins and history of the passions of war*, Virago, Londres, 1997.

El-Batrawi, Ahmed M., *Mission Archéologique de Nubie 1929-1934. Report on the Human Remains*, Service des Antiquités de l'Égypte-Government Press, El Cairo, 1935.

Elliot, Paul, *Warrior Cults. A history of magical, mystical and murderous organizations*, Blandford, Londres, 1995.

El-Mahdy, Christine, *Mummies, Myth and Magic in Ancient Egypt*, Thames & Hudson, Londres, 1989.

El-Saady, Hassan, «The Wars of Seti I at Karnak: A New Chronological Structure», en *Studien zur Altägyptischen Kultur* 19 (1992), pp. 285-294.

Emery, Walter Bryan, *Excavations at Saqqara 1937-1938. Hor-Aha*, Service des Antiquités de l'Égypte-Government Press, El Cairo, 1939.

— y Zaki Yusef Saad, *The Tomb of Hemaka*, Service des Antiquités de l'Égypte-Government Press, El Cairo, 1938.

— y Z. Y. Saad, *Great Tombs of the 1st Dynasty. Excavations at Saqqara*, Service des Antiquités de l'Égypte-Government Press, El Cairo, 1949.

Engelbach, Reginald, y Battiscombe Gunn, *Harageh*, Egyptian Research Account, Londres y Viena, 1923.

Epigraphic Survey (Oriental Institute of the University of Chicago), *The Tomb of Kheruef*, Chicago, 1980.

Erman, Adolf, y Hermann Grapow, *Wörterbuch der aegyptischen Sprache*, 7 vols., Akademie. Berlín, 1925-1955, 1992^4.

Faulkner, Raymond Oliver, «Egyptian Military Standards», en *Journal of Egyptian Archaeology* 27 (1941), pp. 12-18
—, «The Battle of Megiddo», en *Journal of Egyptian Archaeology* 28-29 (1942), pp. 2-15 [*sic*].
—, «The Euphrates Campaign of Tuthmosis III», en *Journal of Egyptian Archaeology* 32-33 (1946-1947), pp. 39-42.
—, «Egyptian Military Organisation», en *Journal of Egyptian Archaeology* 39 (1953), pp. 32-47.
—, *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*, Griffith Institute, Oxford, 1962, 1981.
—, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Clarendon Press, Oxford, 1969.
—, *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, Limited Editions Club, Nueva York, 1972 [reed. British Museum Publ., Londres, 1985; Chronicle Books, San Francisco, 1994].
Filer, Joyce, *Disease*, British Museum Publ., Londres, 1995.
Fischer, Henry George, «The Archer as Represented in the First Intermediate Period», en *Journal of Near Eastern Studies* 21 (1962), pp. 50-52.
—, «Notes on Sticks and Staves in Ancient Egypt», en *Metropolitan Museum Journal* 13 (1978), p. 5-32
Fischer-Elfert, Hans-Werner, «The Sufferings of an Army Officer», en *Göttinger Miszellen* 63 (1983), pp. 43-46.
Fletcher, Joann, *Ancient Egyptian Hair: A study in style, form and function*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Manchester, 1995.
Frankfort, Henri *The Birth of Civilization in the Near East*, Williams & Norgate, Londres, 1951.
— y John Devitt S. Pendlebury, *The City of Akhenaten*, vol II: *The North Suburb and the Desert Altars. The excavations at Tell el Amarna during the seasons 1926-32*, Egypt Exploration Society, Londres, 1933.
Freedman, Lawrence, ed., *War*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1994.
Fried, M., «Warfare, Military Organisation, and the Evolution of Society», en *Anthropologica* 3 (1961-1962), pp. 134-147.
Fulco, William J., *The Canaanite God Reshep*, American Oriental Society, New Haven, 1976.
Furneaux, Rupert, *Primitive Peoples*, David & Charles, Londres, 1975.
Gaballa, G. Ali, «Minor War Scenes of Ramesses II at Karnak», en *Journal of Egyptian Archaeology* 55 (1969), pp. 82-88.
Gardiner, Alan H., *The Tomb of Huy, Viceroy of Nubia in the Reign of Tut'ankhamun (No. 40)*, Theban Tombs Series 4, Egypt Exploration Fund, Londres, 1915.
—, «The Ancient Military Road between Egypt and Palestine», en *Journal of Egyptian Archaeology* 6 (1920), pp. 99-116.
—, *The Wilbour Papyrus*, vol. II: *Commentary*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1948.
—, *The Inscriptions of Sinai*, vol. I, ed. rev. por Jaroslav Černý, Egypt Exploration Society, Londres, 1952.
— y Thomas Eric Peet, *The Inscriptions of Sinai*, vol. II, Egypt Exploration Society, Londres, 1955.
Garstang, John, *The Burial Customs of Ancient Egypt as Illustrated by Tombs of the Middle Kingdom*, Archibald Constable, Londres, 1907 [reed. Kegan Paul, Londres, 2002].
Giveon, Raphael, «The Impact of Egyptian Canaan», *Orbis Biblicus et Orientalis* 20 (1978),

Universitätsverlag Freiburg y Vandenhoeck & Ruprecht, Friburgo y Gotinga.
Goedicke, Hans, «The Campaign of Psammetik II against Nubia», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abt. Cairo* 37 (1981), pp. 187-198.
—, «Sinuhe's Duel», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 21 (1984), pp. 197-201.
—, *Perspectives on the Battle of Kadesh*, Halgo, Baltimore, 1985.
Griffith, Francis Llewellyn, *Inscriptions of Siut and Der Rifeh*, Trubner, Londres, 1889.
Griffiths, John Gwyn, «The Interpretation of the Horus-Myth of Edfu», en *Journal of Egyptian Archaeology* 44 (1958), pp. 75-85.
—, *The Conflict of Horus and Seth from Egyptian and Classical Sources*, Liverpool Univ. Press, Liverpool, 1960.
Groenewegen-Frankfort, Henriette Antonia, *Arrest and Movement. An Essay on Space and Time in the Representational Art of the Ancient Near East*, Faber, Londres, 1951; reed. Hacker Art, Nueva York, 1978.
Gundlach, Rolf y Christiane Desroches-Noblecourt, *Sen-nefer. Die Grabkammer des Burgermeisters von Theban*, Von Zabern, Maguncia, 1986.
Gwyn-Griffiths, J., «Human Sacrifices in Egypt: The Classical Evidence», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 48 (1948).
Haas, Jonathan, ed., *The Anthropology of War*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1990.
Habachi, Labib, «The Military Posts of Ramesses II on the Coastal Road and the Western Part of the Delta», en *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 80 (1980), pp. 13-30.
Hanke, Rainer, *Hermopolis*, vol. II: *Amarna-Reliefs aus Hermopolis*, Gerstenberg, Hildesheim, 1969.
Hansen, O., «On the Greek Graffito at Abu Simbel Concerning the Campaign of Psammetichus II in Ethiopia», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 111 (1984), p. 84.
Hardy, Robert, *Longbow: A Social and Military History*, Patrick Stephens, Cambridge, 1976; Stephens, Sparkford, 1992[4].
Harris, James E., y Edward F. Wente, *An X-ray Atlas of the Royal Mummies*, Univ. of Chicago Press, Chicago y Londres, 1980.
Hassan, Ali, «Stöcke und Stäbe im Pharaonischen Ägypten bis zum Ende des Neuen Reiches», *Münchner Ägyptologische Studien* 33 (1976), Deutscher Kunstverlag, Berlín y Múnich.
Hassan, Selim, *Excavations at Giza*, 10 vols., Universidad de Fouad I, El Cairo, 1932-1960.
—, *Excavations at Saqqara. 1937-1938. I. The Mastaba of Neb-Kaw-Her*, ed. Zaky Iskander, Antiquities Dept. of the Arab Rep. of Egypt, El Cairo, 1975.
Hayes, William Christopher, *The Scepter of Egypt. A background for the study of the Egyptian antiquities in the* Metropolitan Museum of Art, 2 vols., Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1990.
Helck, Wolfgang, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Harrassowitz, Wiesbaden, 1971, 2.ª ed. rev.
Hoffman, Michael A., *Egypt before the Pharaohs*, Routledge, Londres, 1980; Ark, Londres, 1984.

—; H. A. Hamroush, y R. O. Allen, «A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 23 (1986), pp. 175-187.

Hoffmeier, James Karl, «Some Egyptian Motifs related to Warfare and Enemies and their Old Testament Counterparts», en *Ancient World* 6 (1983), pp. 53-70.

Humble, Richard, *Warfare in the Ancient World*, Cassell, Londres, 1980.

Hurst, Arthur, *Medical Diseases of War*, Arnold, Londres, 1917, 1918[2], 1941[4].

Israelit-Groll, Sarah, «The Egyptian Administrative System in Syria and Palestine in the 18th Dynasty: A Model of High Integrative Level», en *Fontes atque Pontes. Eine Festgabe für H. Brunner, Ägypten und Altes Testament*, 5.ª ed., M. Gorg, Wiesbaden, 1983, pp. 234-242.

James, T. G. H., *British Museum Hieroglyphic Texts from Egyptian Stelae*, I parte, British Museum Publ., Londres, 1961.

—, *Corpus of Hieroglyphic Inscriptions in the Brooklyn Museum*, vol. I, Museo de Brooklyn, Nueva York, 1974.

Janssen, Jacques J., *Commodity Prices from the Ramessid Period. An Economic Study of the Village of Necropolis Workmen at Thebes*, Brill, Leiden, 1975.

— y Rosalind Janssen, *Growing up in Ancient Egypt*, Rubicon, Londres, 1990.

Jaros-Deckert, Brigitte, *Grabung im Asasif 1963-1970*, vol. V: *Das Grab des Jnj-jtj.f. Die Wandmalereien der XI. Dynastie* («Archäologische Veröffentlichungen», 12), Von Zabern, Maguncia, 1984.

Jéquier, Gustave, *Fouilles a Saqqarah. Deux Pyramides du Moyen Empire*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1933.

Kadry, Ahmed, «The Social Status and Education of Military Scribes in Egypt during the 18th Dynasty», en *Oikumene* 5 (1986).

Kanawati, Naguib, *The Egyptian Administration in the Old Kingdom: Evidence on its Economic Decline*, Aris & Phillips, Warminster, 1977.

Kaplony, Peter, *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit*, vol. III («Ägyptologische Abhandlungen», 8), Harrassowitz, Wiesbaden, 1963.

Keegan, John, *The Face of Battle. A Study of Waterloo, Agincourt and Somme*, Cape, Londres, 1976; reed. Pimlico, Londres, 1996, 2004.

—, *A History of Warfare*, Hutchinson, Londres, 1993.

—, *War and our World*, Hutchinson, Londres, 1998.

— y Richard Holmes, *Soldiers. A History of Men in Battle*, Hamilton, Londres, 1985.

Keeley, Lawrence H., *War before Civilization: The Myth of the Peaceful Savage*, Oxford Univ. Press, Nueva York, 1996.

Keimer, Ludwig, «Bermerkungen zu altägyptischen Bogen aus Antilopenhörnen», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 72-74 (1936), p. 121-128.

Kemp, Barry J., y Robert S. Merrillees, *Minoan Pottery in Second Millennium Egypt*, Von Zabern, Maguncia, 1980.

Kenedy, D., «The Composition of a Military Work Party in Roman Egypt», en *Journal of Egyptian Archaeology* 71 (1985).

Kern, Paul Bentley, *Ancient Siege Warfare*, Indiana Univ. Press, Bloomington y Londres, 1999.

Kitchen, Kenneth Anderson, *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)*, Aris & Phillips, Warminster, 1973.

—, «Historical Observations on Ramesside Nubia», *Ägypten und Kush* 13 (1977), p. 213-226.

—, «Egypt, the Levant and Assyria in 701 BC», *Ägypten und Altes Testament* 5 (1983), pp. 243-253.

—, «Les Suites des guerres libyennes de Ramses III», *Revue d'Égyptologie* 36 (1985), pp. 177-179.

Komorzynski, Egon, «Uber die Soziale Stellung des Altägypytischen Soldaten», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 51 (1951).

Kruchten, Jean-Marie, «Retribution de l'armée d'après le décret d'Horemheb», en *L'Égyptologie*, vol. II (1979), p. 143-148.

Kuhlmann, Klaus P., y Wolfgang Schenkel, *Das Grab des Ibi, Obergutsverwalters der Gottesgemahlin des Amun (Theben Nr. 36)* («Archäologische Veröffentlichungen», 15), Von Zabern, Maguncia, 1983.

Kühnert-Eggebrecht, Eva, *Die Axt als Waffe und Werkzeug im Alten Ägypten*, Hessling, Berlín, 1969.

Lacau, Pierre, *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Nos 28.001-28.126. Sarcophages antérieurs au Nouvel Empire*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 2 vols., 1904.

Lauer, Jean-Philippe, *Saqqara. The Royal Cemetery of Memphis. Excavations and Discoveries since 1850*, Thames & Hudson, Londres, 1976.

Layton, R., *The Anthropology of Art*, Elek, Londres, 1981; Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1991[2].

Leibovitch, J., «Quelques Nouvelles Representations du Dieu Rechef», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 39 (1939), 145-175.

—, «Un Fragment de stèle dédiée à Rechef», en *Annales du Service des Antiquités de L'Égypte* (1940-1941), pp. 489-492.

Lepsius, Carl Richard, *Denkmäler aus Ägypten und Äthiopien*, 12 vols., Hinrichs, Leipzig, 1849-1856 [reed. Biblio-Verlag, Osnabrück].

—, «Der Bogen der Hieroglyphi», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Alterumskunde* 10 (1872).

Lesko, Leonard H., «The Wars of Ramses III», *Serapis* 6 (1980), pp. 83-86.

Lesquier, Jean, *Les institutions militaires de l'Égypte sous les Lagides*, E. Leroux, París, 1911.

Lichtheim, Miriam, *Ancient Egyptian Literature. Vol. I: The Old and Middle Kingdoms*, Univ. of California Press, Berkeley, 1975.

—, *Ancient Egyptian Literature. Vol. II: The New Kingdom*, Univ. of California Press, Berkeley, 1976.

Lilyquist, Christine, «The Gold Bowl Naming General Djehuty: a study of objects and early Egyptology», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 23 (1988), p. 5.

Lincoln, Bruce, *Priests, Warriors and Cattle. A Study in the Ecology of Religions*, Univ. of California Press, Berkeley, 1981.

Litt, B., y Gerald A. Wainwright, «The Egyptian Origin of a Ram Headed Breastplate from Lagos», *Man* 51 (1951).

Littauer, M. A., y J. H. Crouwel, *Chariots and Related Equipment from the Tomb of Tut'ankhamun*, Griffith Institute, Oxford, 1985.
Lloyd, A. B., ed., «Religious Consideration at Qadesh and the Consequences for the Artistic Depiction of the Battle», en *Studies in Pharaonic Religion and Society in Honour of J. Gwyn Griffiths*, Egyptian Exploration Society, *Occasional Papers* 8 (1992).
Lloyd, Christopher, *The Nile Campaign. Nelson and Napoleon in Egypt*, Barnes & Noble, Nueva York, 1973.
Loeben, Christian, «A Throwstick of Princess Nfr-Nfrw-R' with Additional Notes on Throwsticks of Faience», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 71 (1987), pp. 143-151.
Lorton, David, «Terminology Related to the Laws of Warfare in Dynasty XVIII», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 11 (1974), p. 35.
Lucas, Alfred, *Ancient Egyptian Materials and Industries*, Arnold, Londres, 1934, 1962[4] (ed. rev. por John R. Harris), 1989.
McDermott, Bridget, *Ancient Egyptian Footsoldiers and their Weapons. A Study of Military Iconography and Weapon Remains*, tesis doctoral, 2 vols., Manchester, 2002.
McDowell, A. G., *Jurisdiction in the Workmen's Community of Deir El-Medina*, Nederlands Instituut voor Het Nabije Oosten, Leiden, 1985.
Mackay, Ernest J. H.; G. Lankester Harding, y W. M. Flinders Petrie, *Bahrein and Hemamieh*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1929.
Mackintosh, James M., *War and the Doctor. Essays on the Immediate Treatment of War Wounds*, Oliver & Boyd, Londres, 1940.
McLeod, Wallace E., *Tutankhamun's Tomb Series III: Composite bows from the tomb of Tutankhamun*, Griffith Institute, Oxford, 1970.
—, *Tutankhamun's Tomb Series IV: Self bows and other archery tackle from the tomb of Tutankhamun*, Griffith Institute, Oxford, 1982.
McManners, Hugh, *The Scars of War*, HarperCollins, Londres, 1993.
Manniche, Lise, *Music and Musicians in Ancient Egypt*, British Museum Publ., Londres, 1991.
Manuelian, Peter Der, «Studies in the Reign of Amenophis II», en *Hildesheimer Ägyptologische Beitrage* 26 (1987).
Martin, Geoffrey T., *The Royal Tomb at El-'Amarna. The Reliefs, Inscriptions, and Architecture*, vol. II, Egypt Exploration Society, Londres, 1975.
—, «A Throwstick of Nefertiti in Manchester», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 71 (1987), p. 15.
—, *The Hidden Temples of Memphis. New discoveries from the time of Tutankhamun and Ramesses the Great*, Thames & Hudson, Londres, 1991.
Massoulard, Émile, *Préhistoire et protohistoire de l'Égypte*, Institut d'Ethnologie, París, 1949.
Michailidis, G., «De la signification spéciale de certaines armes dans l'Antiquité», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 1947.
Michalowski, Kazimierz, *The Art of Ancient Egypt*, Thames & Hudson, Londres, 1969.
Mogensen, Maria, «Ein altägyptischer Boxkampf», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 57 (1922), p. 87.

Monnet-Saleh, Janine, «Forteresses ou villages protégés thinites», *Bulletin de l'Institut Français d'archéologie orientale* 67 (1969), pp. 173-188.

—, «Remarques sur les représentations de la peinture d'Hiérakonpolis (Tombe No. 100)», en *Journal of Egyptian Archaeology* 73 (1987), pp. 51-58.

Montet, Pierre, *Les scènes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire*, Libr. Istra, París, 1925.

Moran, William L., *The Amarna Letters*, Johns Hopkins Univ. Press, Baltimore, 1992.

Morant, Geoffrey McKey, «The Predynastic Egyptian Skulls from Badari and their Racial Affinities», en G. Brunton, *British Museum Expedition to Middle Egypt. First and Second Years*, 1937.

Morkot, Robert, «Violent Images of Queenship and the Royal Cult», en *Wepwawet* 1 (1985), pp. 1-9.

—, «Studies in New Kingdom Nubia. I. Politics, economics and ideology: Egyptian Imperialism in Nubia», *Wepwawet* 2 (1986), pp. 29-48.

Moussa, Ahmed M., y Hartwig Altenmüller, *The Tomb of Nefer and Ka-Hay*, Von Zabern, Maguncia, 1971.

—, *Das Grab des Nianchchnum und Chnumhotep*, Von Zabern, Maguncia, 1977.

Muhammed, M. A., *Development of Funerary Beliefs and Practices Displayed in the Private Tombs of the New Kingdom at Thebes*, El Cairo, 1966.

Murnane, William J., «The Road to Kadesh: Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak», en *Studies in Ancient Oriental Civilization* 42 (1990).

—, *Texts from the Amarna Period in Egypt*, Scholars Press, Atlanta, 1995.

Murray, Margaret A., *The Splendour that was Egypt*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1951 [1962[2]. Hay reed. de la versión revisada en Dover, Mineola, 2004].

Naville, Edouard, *The XIth Dynasty Temple at Deir el-Bahari*, vol. III, Egypt Exploration Fund, Londres, 1913.

Needler, Winifred, *Predynastic and Archaic Egypt in the Brooklyn Museum*, Museo de Brooklyn, Nueva York, 1984.

Newberry, Percy Edward, *Beni Hasan*, vol. I y II, Egypt Exploration Fund, Londres, 1893.

—, *El Bersheh*, vol. I: *The Tomb of Tehuti-Hetep*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1894.

—, *Beni Hasan*, vol. IV, Egypt Exploration Fund, Londres, 1900.

—, *The Life of Rekhmara, Vezir of Upper Egypt under Thothmes III, and Amenhetep II*, Constable, Westminster, 1900.

Nicholson, Paul T., e Ian Shaw, eds., *Ancient Egyptian Materials and Technology*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 2000.

Nunn, John Francis, *Ancient Egyptian Medicine*, British Museum Publ., Londres, 1996. [Hay traducción castellana, *La medicina del antiguo Egipto*, FCE, México, 2002.]

Olivová, Vera, *Sports and Games in the Ancient World*, Orbis, Londres, 1984.

Page, Anthea, *Ancient Egyptian Figured Ostraca in the Petrie Collection*, Aris & Phillips, Warminster, 1983.

Parkinson, Richard B., *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*, British Museum Publ., Londres, 1991.

— y L. Schofield, «Akhnaten's Army?» *Egyptian Archaeology* 3 (1993), p. 34.
Petrie, W. M. Flinders, *Kahun, Gurob and Hawara*, Kegan Paul, Londres, 1890.
—, *Illahun, Kahun and Gurob*, D. Nutt, Londres, 1891 [reed. Aris & Phillips, Warminster, 1974].
—, *Naqada and Ballas*, Bernard Quaritch, Londres, 1896 [reed. Aris & Phillips, Warminster, 1974].
—, *Deshasheh*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1898.
—, *The Royal Tombs of the First Dynasty*, vol. I, Egypt Exploration Fund, Londres, 1900.
—, *Diospolis Parva: The Cemeteries of Abadiyeh and Hu*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1901.
—, *Abydos Part I*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1902.
—, *Abydos Part II*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1903.
—, *Abydos Part III*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1904.
—, *Hyksos and Israelite Cities*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1906.
—, *Gizeh and Rifeh*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1907.
—, *Tarkhan I and Memphis V*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1913.
—, *Heliopolis, Kafr Ammar and Shurafa*, Egyptian Research Account, Londres, 1915.
—, *Tools and Weapons*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1917 [reed. Aris & Phillips, Warminster, 1974].
—, *Prehistoric Egypt*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1920.
—, *Tombs of the Courtiers and Oxyrhynkhos*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1925.
—, *Ceremonial Slate Palettes*, Bernard Quaritch, Londres, 1953.
— y Guy Brunton, *Sedment*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1924.
—, Guy Brunton y Margaret A. Murray, *Lahun*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1923.
— y J. C. Ellis, *Anthedon, Sinai*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1937.
—, Gerald A. Wainwright y Ernest J. H. Mackay, *The Labyrinth of Gerzeh and Mazghuneh*, British School of Archaeology in Egypt, Londres, 1912.
Phillips, G. B., «The Antiquity of the Use of Iron», en *American Anthropologist* 26 (1924), pp. 175-184.
Poliakoff, Michael B., *Combat Sports in the Ancient World*, Yale Univ. Press, New Haven, 1987.
Porter, Bertha, y Rosalind L. B. Moss, *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings. 1. The Theban Necropolis*, Griffith Institute, Oxford, 1989, ed. rev.
Quibell, James Edward, *The Ramesseum, and, The Tomb of Ptah-hetep*, Bernard Quaritch, Londres, 1898.
—, *Hierakonpolis*, vol. II, Bernard Quaritch, Londres, 1902.
—, *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Nos. 11.001-12.000 and 14.001-14.754. Archaic Objects*, Service des Antiquités de l'Égypte, El Cairo, 1905.
—, *Excavations at Saqqara 1908-1910. The Monastery of Apa Jeremias. The Coptic Edited Inscriptions*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1912.
— y Angelo G. K. Hayter, *Excavations at Saqqara. Teti Pyramid, North Side*, El Cairo, 1927.

Quirke, Stephen, *The Administration of Egypt in the Late Middle Kingdom. The Hieratic Documents*, SIA, New Malden, 1990.

Randall-MacIver, David, y Arthur C. Mace, *El Amrah and Abydos*, Egypt Exploration Fund, Londres, 1902.

— y C. Leonard Woolley, *Buhen*, University Museum, Filadelfia, 1911.

Ray, J. D., «A Pious Soldier: Stele Aswan 1057», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 73 (1987), p. 129.

Redford, Donald B., *History and Chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt: Seven Studies*, Univ. of Toronto Press, Toronto, 1967.

—, *Akhenaten: The Heretic King*, Princeton Univ. Press, Princeton, 1984.

—, «Egypt and Western Asia in the Old Kingdom», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 23 (1986), pp. 125-143.

—, *Pharaonic King-lists, Annals and Day-books. A Contribution to the Study of Egyptian Sense of History*, Univ. of Toronto Press, Toronto, 1986.

Reeves, Carl Nicholas, *The Complete Tutankhamun*, Thames & Hudson, Londres, 1990.

—, *Valley of the Kings: The Decline of a Royal Necropolis*, Kegan Paul, Londres, 1990.

— y Richard H. Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings. Tombs and treasures of Egypt's greatest pharaohs*, Londres, 1996.

Reisner, George Andrew, «Work of the Expedition of the University of California at Naga Ed-Der», en *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* 5 (1904), pp. 105-109.

—, *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Models of Ships and Boats*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1913.

Reymond, Eve A. E., «The Origin of the Spear I», en *Journal of Egyptian Archaeology* 49 (1963), pp. 140-146.

—, «The Origin of the Spear II», en *Journal of Egyptian Archaeology* 50 (1964), pp. 133-138.

—, «The Cult of the Spear in the Temple at Edfu», en *Journal of Egyptian Archaeology* 51 (1965), pp. 144-148.

Ricke, Herbert; George R. Hughes, y Edward F. Wente, *The Beit el-Wali Temple of Ramesses II*, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1967.

Rocatti, A., «Les Papyrus de Turin», en *Bulletin de la Sociéte Française d'Égyptologie* 99 (1984), pp. 9-27.

Saad, Zaki Yusef, *Royal Excavations at Saqqara and Helwan, 1941-1945*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1947.

Saleh, Mohamed, y Hourig Sourouzian, *The Egyptian Museum, Cairo. Official Catalogue*, Organisation of Egyptian Antiquities y Von Zabern, El Cairo y Maguncia, 1987.

Sandars, Nancy K., *The Sea Peoples: Warriors of the Mediterranean*, Thames & Hudson, Londres, 1985.

Sandman, Maj, *Texts from the Time of Akhenaten* («Bibliotheca Aegyptiaca», 8), Fondation Égyptologique Reine Élisabeth, Bruselas, 1938.

Säve-Söderbergh, Torgny, *Private Tombs at Thebes*, vol. IV: *Scenes from some Theban Tombs*, Griffith Institute, Oxford, 1957.

—, ed., *Temples and Tombs of Ancient Nubia. The International Rescue Campaign at Abu Simbel, Philae, and other sites*, Thames & Hudson, Londres, 1987.

Schäfer, Heinrich, *Priestergräber und andere Grabfunde vom Ende des Alten Reiches bis zur Griechischen Zeit vom Totentempel des Ne-User-Re*, J. C. Hinrichs, Leipzig, 1908.

—, «Weiteres zum Bogenschieben im alten Ägypten», en *Orientalische Literaturzeitung* 34 (1931).

—, *Principles of Egyptian Art*, Clarendon Press, Oxford, 1974 [*Von ägyptischer Kunst*, J. C. Hinrichs, Leipzig, 1922[2]].

Scharff, Alexander, «Vorgeschichtliches zur Libyerfrage», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 61 (1926).

—, «Some Prehistoric Vases in the British Museum», en *Journal of Egyptian Archaeology* 14 (1928), pp. 261-276.

Schulman, Alan Richard, *The Military Establishment of the Egyptian Empire*, Chicago, 1958.

—, *Military Rank, Title and Organization in the Egyptian New Kingdom*, B. Hessling, Berlín, 1964.

—, «Some Observations on the Military Background of the Amarna Period», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 3 (1964), p. 51.

—, «The Nubian War of Akhenaton», en *L'égyptologie: axes prioritaires de recherche. Colloques internationaux du CNRS*, vol. II, París, 1982, pp. 299-316.

—, «Chariots, Chariotry and the Hyksos». en *Journal for the Study of Egyptian Antiquities* 10 (1980), pp. 105-153.

—, «The Battle Scenes of the Middle Kingdom», en *Journal for the Study of Egyptian Antiquities* 12 (1982).

—, *Ceremonial Execution and Public Rewards. Some Historical Scenes on New Kingdom Private Stelae*, Friburgo y Gotinga, Universitätsverlag y Vandenhoeck & Ruprecht, 1988.

Scott, Nora E., «The Metternich Stela», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 9 (1950), p. 201.

Seligmann, Charles Gabriel, y A. M. Murray, «Upon an Early Egyptian Standard», en *Man* 11 (1911), p. 165.

Sethe, Kurt, *Urkunden des Ägyptischen Altertums*, J. C. Hinrichs, Leipzig, 1906.

Shaw, Ian, *Egyptian Warfare and Weapons*, Shire, Princes Risborough, 1991.

—, «Battle in Ancient Egypt: The Triumph of Horus or the Cutting Edge of the Temple Economy», en Alan B. Lloyd, ed., *Battle in Antiquity*, Duckworth, Londres, 1996, pp. 239-269.

Simpson, William Kelly, «An Egyptian Statue of a Phoenician God», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 10 (1951-1952), pp.183-187.

Sliwa, Joachim, «Some Remarks Concerning Victorious Ruler Representations in Egyptian Art», en *Forschungen und Berichte* 16 (1974), pp. 97-117.

Smith, G. Elliott, y Warren R. Dawson, *Catalogue général des antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Nos. 61.051-61.100. Egyptian Mummies*, El Cairo, 1924 [reed. Kegan Paul, Londres, 2002].

Smith, Harry Sidney, *The Fortress of Buhen. The Inscriptions*, Egypt Exploration Society, Londres, 1976.

Smith, Ray W., y Donald B. Redford, *The Akhenaten Temple Project*, vol. I, Aris & Phillips, Warminster, 1976.

Smith, William Stevenson, «The Origin of Some Unidentified Old Kingdom Reliefs», en *American Journal of Archaeology* 46 (1942), pp. 509-531.

—, *A History of Egyptian Sculpture and Painting in the Old Kingdom*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1949 [reed. Hacker Art, Nueva York, 1974].

—, *The Art and Architecture of Ancient Egypt*, Penguin, Harmondsworth, 1981, ed. rev. por W. K. Simpson.

Spalinger, Anthony J., «Some Notes on the Battle of Megiddo and Reflections on Egyptian Military Writing», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts* 30 (1974), pp. 221-229.

—, «Esarhaddon and Egypt: an Analysis of the First Invasion of Egypt», en *Orientalia* 43 (1974), pp. 295-326.

—, «A Critical Analysis of the "Annals" of Thutmose III», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 14 (1977), pp. 42-54.

—, «A New Reference to an Egyptian Campaign of Thutmose III in Asia», en *Journal of Near Eastern Studies* 37 (1978), pp. 35-41.

—, «Egyptian-Hittite Relations at the Close of the Amarna Period and Some Notes on Hittite Military Strategy in North Syria», en *Bulletin of the Egyptological Seminar* 1(1979), pp. 55-90.

—, «The Northern Wars of Seti I: An Integrative Study», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 16 (1979), pp. 29-47.

—, «Historical Observations on the Military Reliefs of Abu Simbel and Other Ramesside Temples in Nubia», en *Journal of Egyptian Archaeology* 66 (1980), pp. 83-99.

—, «Notes on the Military in Egypt During the XXVth Dynasty», en *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities II* (1981), pp. 37-58.

Spencer, A. Jeffrey, *Catalogue of Egyptian Antiquities in the British Museum*, vol. V: *Early Dynastic Objects*, British Museum Publ., Londres, 1980.

Spring, Christopher, *African Arms and Armour*, British Museum Publ., Londres, 1993.

Steindorff, Georg, *Mission archéologique de Nubie, 1929-1934. Aniba*, 2 vols., Hiersemann, Leipzig, 1935-1937.

Strudwick, Nigel, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom*, KPI, Londres, 1985.

Thabit, T. H., «International Relations of the Sudan in Napatan Times», en *Sudan Notes and Records* 40 (1959), p. 19.

Thompson, Herbert, ed., *A Family Archive from Siut, from Papyri in the British Museum*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1934.

Time Life Books (equipo editorial), *The Way of the Warrior*, Time Life, Alexandria, 1993.

Tirard, Helen Marie, «The Soldiers of Ancient Egypt», en *Journal of Egyptian Archaeology II* (1915), pp. 299-333.

Tobin, Vincent Arieh, «Divine Conflict in the Pyramid Texts», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 30 (1993), p. 93.

Touny, A. D., y Steffen Wenig, *Der Sport im alten Ägypten*, Edition Leipzig, Leipzig, 1969.

Trigger, Bruce G., «The Narmer Palette in Cross-cultural Perspective», en *Ägypten und Altes Testament* 1(1979), pp. 409-419.
—, «Egypt and the Comparative Study of Early Civilizations», en K. Weeks, ed., *Egyptology and the Social Sciences*, El Cairo, 1979, pp. 23-56.
Trigger, Bruce G.; Barry J. Kemp; David O'Connor, y Alan B. Lloyd, *Ancient Egypt: A Social History*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1983. [Hay traducción castellana de Juan Faci, *Historia del antiguo Egipto*, Crítica, Barcelona, 1985.]
Tylecote, Ronald Frank, *A History of Metallurgy*, Metals Society, Londres, 1976 [reed. Institute of Materials, Londres, 1992].
Vandier, Jacques, *Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sébekhotep*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1950.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. I: *Les époques de formations. La préhistoire: les trois premières dynasties*, Picard, París, 1952.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. II: *Les grandes époques. L'architecture funéraire*, Picard, París, 1955.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. III: *Les grandes époques. La statuaire*, Picard, París, 1958.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. IV: *Bas-reliefs et peintures, scènes de la vie quotidienne I*, Picard, París, 1964.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. VI: *Bas-reliefs et peintures, scènes de la vie agricole à l'Ancien et au Moyen Empire*, Picard, París, 1978.
Velde, Herman te, *Seth, God of Confusion*, Brill, Leiden, 1967.
Vercoutter, Jean, «Ancient Egyptian Influence on Sudan», en *Sudan Notes and Records* 40 (1959), p. 8.
Virey, Philippe, *Le Tombeau de Rekhmara*, E. Leroux, París, 1989.
Vogelsang-Eastwood, Gillian, *Pharaonic Egyptian Clothing*, Brill, Leiden, 1993.
Ward, William A., *Egypt and the East Mediterranean World. 2200-1900 BC. Studies in Foreign Relations during the First Intermediate Period*, American University of Beirut, Beirut, 1971.
Weeks, Kent R., ed., *Egyptology and the Social Sciences*, American University in Cairo Press, El Cairo, 1979.
—, «An Historical Bibliography of Egyptian Prehistory», en *American Research Center in Egypt* 6 (1985).
Weinstein, J. M., «A 19th Century Egyptian Naval Base?», en *Bulletin of the American School of Oriental Research* 238 (1980), pp. 43-46.
Wendorf, Fred, *The Prehistory of Nubia*, vol. I, Southern Methodist Univ. Press, Austin, 1968.
Wertime, Theodore A., y James D. Muhly, eds., *The Coming of the Age of Iron*, Yale Univ. Press, New Haven y Londres, 1980.
Western, A. C., y W. McCleod, «Woods Used in Egyptian Bows and Arrows», en *Journal of Egyptian Archaeology* 81 (1985), pp. 77-94.
Wild, Henri, *Le Tombeau de Ti*, Institut Français d'Arquéologie Orientale, El Cairo, 1953-1966.
Wildung, Dietrich, *Sudan. Ancient Kingdoms of the Nile*, Flammarion, París, 1997 [*Sudan. Antike Königreiche am Nil*, Wasmuth, Tubinga, 1996].

Wilkinson, Charles Kyrle, «Egyptian Wall Paintings», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 36 (1978-1979), pp. 1-56.
Wilkinson, Frederick, *Arms and Armour*, Hamlyn, Londres, 1978.
Winlock, Herbert Eustius, «The Egyptian Expedition. 1935-1936», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 32 (1937), pp. 3-39.
—, *Excavations at Deir El-Bahri 1911-1931*, Macmillan, Nueva York, 1942.
—, *The Slain Soldiers of Neb-hepet-Re Mentuhotep*, Nueva York, 1945.
— y Arthur C. Mace, *The Tomb of Senebtisi*, Gillis Press, Nueva York, 1916 [reed. Arno, Nueva York, 1973].
Wise, Terence, y Angus McBride, *Ancient Armies of the Middle East*, Osprey, Londres, 1981.
Wolf, Walther, «Über einige Waffen im Berliner Ägyptishen Museum», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 61 (1926), pp. 98-104.
Wreszinski, Walter, *Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte*, 2 vols., J. C. Hinrichs, Leipzig, 1923-1935 [reed. Slatkine, Ginebra, 1988].
Yadin, Yigael, «Egypt's Earliest Penetration into Asia», en *Israel Exploration Journal* (1955), pp. 1-16.
—, *The Art of Warfare in Biblical Lands*, McGraw Hill, Nueva York, Tel Aviv, 1963.
Yeivin, Shmuel, «Amenophis II's Asiatic Campaigns», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 6 (1967), p. 129.
Yoyotte, Jean, y J. López, reseña de Alan Schulman, *Military Rank* (1964) en *Bibliotheca Orientalis* 26 (1969).
Yurko, F. J., «Merenptah's Canaanite Campaign», en *Journal of the American Research Center in Egypt* 23 (1986), pp. 189-215.
—, «3200-Year-Old Picture of Israelites Found in Egypt», en *Biblical Archaeology Review* 16 (1990), pp. 20-38.
Zadok, Ran, «On Some Egyptians in First-Millennium Mesopotamia», en *Göttinger Miszellen* 26 (1977), pp. 63-68.
—, «On Some Egyptians in Babylonian Documents», en *Göttinger Miszellen* 64 (1983), pp. 73-75.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Ab-Kau, hijo de Sep, 103, 107
- Abido, 53, 67, 69, 127
- Abu Simbel, 209, 213
- Áctoes III (Jeti), 65
- Ajenatón, (Amenofis IV), 122, 153-154, 156-158
- aljabas y carcajes
  - predinásticas, 54
  - Reino Antiguo, 54-55
  - Reino Medio, 97-98
  - Reino Nuevo, 193-196
- Amarna, Período de, 153-161
- Amduat, 165
- Amenemes I (Amenemhat), 71
- Amenofis II, 125-126, 161
- Amenofis III, 126
- Amenhotep, hijo de Hapu, 151
- Amón, 115, 153, 154, 156, 168
- Amón Re, 125
- Amosis (Ahmose), hijo de Abana, 119
- amuletos, 84-86, 93, 99
- Anales de Tutmosis III, 122
- Anat, 168, 177
- Anatolia, 126
- Anjtifi, 65
- Apedemak, 170
- Apofis (rey hicso), 119
- Apofis (serpiente demoniaca), 165, 170
- arcos
  - compuesto, 183
  - cuerda, 77
  - disparar, 87
  - encordar, 87
  - estuches, 194
  - predinásticos, 45-46
  - Reino Antiguo, 46-47
  - Reino Medio, 77, 80-90
  - Reino Nuevo, 183-190
  - ritual de «dar muerte», 84, 93
- armaduras, 158, 170-183
- armamento (Período de Amarna), 219-227
  - aljabas, 223-224
  - arcos, 222-223
  - espadas, 227
  - flechas, 223
  - hachas y hachetas, 224
  - lanzas y jabalinas, 225-226
  - mazas, 224
  - palos arrojadizos, 224
  - varas y bastones, 226
- Armant, 65-66
- armería, 151, 160, 182, 187
- asalto, 69-71, 89, 143, 150-151, 181, 209
  - arietes de, 138
  - cuerdas de, 44
  - escalera de, 42, 44, 45, 57, 181, 209
- asedio, técnicas de, *véase* asalto
- asiáticos, 69, 115
- Asiria, 80
- Asiut, 46, 67, 90
- Asuán, 71
- Atón, 153-154
- Ávaris, 117
- avestruz, paleta del, 40

Azadón, 55

Babilonia, 126
bastones, *véase* varas
combate de, 15, 25, 44, 140, 171, 173, 201, 210
batalla, 142
bajas, 88, 132, 133
campamento de (real), 131, 144-145, 150
Beit el-Uali, 182
Beni Hasan, 67, 87, 104, 111
Biblos, 30

campamento de batalla (real), 131, 144-145, 150
Campo de Batalla, paleta del, 37
cárceles, 151
carreros, 161-162
carros, 119, 122, 130, 143, 160-165
«sala del carro», 161
cascos, 119, 140, 170-171
castañuelas, 39
Cazadores, paleta de los, 37, 46, 53, 59, 206
cerámica, 39-40
Chaunny, 151, 173
Chel, 122, 127, 151
Cheuti-Hetep, 88, 97, 103
corredores, 162
cotas de malla, 173
Creta, 69

Deir el-Bahari, 121, 187, 194
delitos, 152
Den, rey, 29
Derry, Douglas E., 76
Deshashe, 47
Dióspolis Parva, 40
doctores, 148
Dybel el-Arak, cuchillo de, 25
Dybel Sahaba, 22
Dybell Sheij Suleiman, 29

Edad del Bronce, 16, 163
Edad de Piedra, 22
Egeo, 30
ejecuciones, 125-126, 202, 213
El-Barsha, 67, 97, 103, 107
El-Hauauish, 108
El-Lisht, 93
«el gran Blanco», deidad, 59
El oasita elocuente, 67
empalamiento, 108, 125
emplumado, método de, 90-92
entrenamiento militar, 134, 136
centros de, 126, 137
escolta, 97, 103, 108
«escriba de los reclutas», 158
escribas militares, 122, 141, 150-151
escudos
elaboración, 221-222
Reino Medio, 79-80
Reino Nuevo, 177-178
espadas
diseño, 199
jepesh, 199, 201, 202, 205
Reino Nuevo, 199-205
estandartes, 146
estelas, 53, 61, 84, 86, 104, 126, 154, 160, 185, 187
Éufrates, 115
expediciones, 141

flechas
ahorquilladas, 51
cobre, 50, 93
compuestas, 90
cristal, 50
Cush, 118
decoradas, 50, 51-53, 92, 191-192
envenenadas, 53, 94
hueso, 50, 191
junco, 90, 93
madera, 50, 53, 90, 93
mandíbula de pez, 51

marfil, 50
pigmentos, 53
predinásticas, 49-54
Reino Antiguo, 54
Reino Medio, 77, 90-97
sílex, 50, 92, 192
fortificación, 44, 71-74, 149

ganado, 32-33
«danza del ganado», 33, 38-39
«Gran Salón de Palacio», 151

hachas y hachetas
amuletos, 55, 99
de batalla, 101
bronce, 99, 101
cobre, 101
de corte, 99, 101
empuñadura, 101
de espiga, 101
fabricación, 197
hierro, 198
hoja de media luna, 99, 101
hoja de épsilon, 101, 103
mango, 55
miniaturas, 196
piedra, 101
predinásticas, 55
Reino Antiguo, 55-76
Reino Medio, 99-104
Reino Nuevo, 57, 196-198
de talar, 198
vestigios arqueológicos, 197
Hathor, 166
Hatshepsut, 67, 121
Heracleópolis, 65
herem (quema ritual), 126
heridas, 77, 95, 119, 148
Herjuf, 30
hicsos, 115, 117, 118, 119, 160, 183
Hieracómpolis, 65
hierro, 108
hititas, 115, 126, 127
Horemheb, 126
Horus, 46, 166, 170, 205

Illahun, 69
iniciación, escenas de, 40
insignias, 146
Inyotef I, 66
Isis, 166, 168

jabalinas, 105, 106, 109, 205-210
jinetes, 143
Joppa, 70, 148

Kamose, 119, 121, 160
Kuban, 74

lanzas
cobre, 58
predinásticas, 57-59
«punta de cola de pez», 57
Reino Antiguo, 58
Reino Medio, 104-109
Reino Nuevo, 205-210
sílex, 57, 58
La toma de Joppa, 148
Las aventuras de Sinuhé, 67, 83, 84, 95
Líbano, 30, 127
Libia, 115
libios, 115, 132, 133
lino, 95

Ma'at, 86
Mahepere, 173
mandíbula, protectores de, 140
Manetón, 23, 117
maquetas, 86, 87, 93, 95, 97, 105-106
máscaras, 40
mazas
diseños, 59
materiales, 59
predinásticas, 59

Reino Antiguo, 59-61
Reino Medio, 81
Reino Nuevo, 214-215
medicina, 71, 148
Megiddo, 71, 122, 124, 127, 151, 152, 163
Meketre, maqueta de la tumba de, 107
Menfis, 67, 117, 118
Menna, 128, 162
Mentuhotep II, 66-67, 78
soldados de, 75-78
Meserheti, maqueta de, 87, 93, 95, 105-106
Mesopotamia, 69
«meter al prisionero», juego, 40, 187
Mineptah, 132
miniaturas, 86, 87, 93, 95, 97, 105-106
Mirgissa, 74
Misceláneas, 162
Mitanni, 126
monoteísmo, 153-154
Montu, 168
muñequeras, 80
Mursilis, 127
mutilación, 37, 125
Muwatalli, 130

Naharina, 126
Napata, 126
Narmer, paleta, 30, 36-37, 44
navíos, 103, 108-109, 119, 121, 144, 165, 210
Nefertiti, 122, 159
Neit, 168-169
Nubia, 30, 71, 72, 74, 115, 117
«Nueve Arcos», 69

Osiris, 67, 127, 166

paletas, 36-39
palizas rituales, 33
palos arrojadizos
predinásticos, 61
Reino Medio, 109-111
Reino Nuevo, 215
papiro de Edwin Smith, 84, 148
papiro Harris, 149
papiro Westcar, 31
Pepi I, 30
perros, 53, 87, 141
petates, 80, 95, 172
peto, 79, 172
porras
diseño, 210
Reino nuevo, 210-214
portaestandartes, 37, 138, 149, 150, 160, 179, 187
prisioneros de guerra, 148-149, 151
protector pectoral, 79, 172
Pueblos del Mar, 132-133, 134
Punt, 30, 121
«punta de cola de pez», 57

Qadan, 49
Qadesh, 126, 127, 149, 168
quema ritual de prisioneros (*herem*), 125-126
Quéope, arqueros de, 46

ración, 151
Rameses I, 127
Rameses II, 127-128, 131, 132, 168
Rameses III, 132, 133, 134, 193
Re, 117, 128, 146, 165, 169, 170
real, *véase* campamento de batalla
recluta, 136
recompensas, 119, 120, 148
Relato del Náufrago, 67
Reshep, 177, 205
ritos iniciáticos, 31

Sacmis, 169
sacrificios, 126
«sala del carro», 161
sangre, derramamiento de, 107
saqueo, 152
Satis, 168

Sebeknefrure (Sobekneferu), 122
Semna, 74
«señor de los caballos», 158
Seqenenre II, 119, 122
Sesostris I, 69, 72
Sesostris III, 72
Set, 166
Setos I, 127
Sinaí, 30, 71, 127
Sinuhé, 67, 83, 84, 95
  duelo de, 95
Siria, 30, 69, 126, 127, 128, 132, 133, 150, 161, 168
Snofru, 30
Sobekhotep, 76, 93
soldados-sacerdotes, 136

talleres, 163
tamboristas, 138
taparrabos, 173
templos
  Abido, 127, 131
  Edfu, 59
  Karnak, 122, 126, 181
  Luxor, 196
  Medinet Habu, 37, 134, 136, 140, 141, 151, 171, 187-189, 195, 198, 206, 211, 213, 214
  Mentuhotep II, 68, 75, 83
  Rameseo, 110, 131
Tetisheri, 122
Textos de execración, 69
Textos de las Pirámides, 31, 169
tiro al arco, 141
tocados, 33
toros, cacería de, 206
trompeteros, 138, 150, 213
tumbas
  100 (Hieracómpolis), 25, 35, 60
  Achtoy, 80
  Áctoes, 87, 88, 108
  Amenemes, 89, 94
  Amenmose, 194
  Antef, 198
  Antefoker, 80
  Baqt III, 108
  Dyer, 53
  El-Hauauish, 108
  Hemaka, 29, 50, 54, 58
  Horemheb, 195
  Hoy, 195
  Ibi, 195
  Inta, 42, 54, 57
  Jamehesit, 44, 57
  Jeruef, 141
  Kenamón, 182, 195
  Menjeperreseneb, 187
  Menna, 185
  Meri, 195
  Najt, 83
  Ptahhotep, 44
  Rejmire, 182, 186
  Senbi, 80, 93, 95
  Senebtisi, 80
  Senenmut, 186
  Sobekhotep, 93
Tutankhamón, 182, 183
Tutmosis I, 120, 161
Tutmosis II, 121
Tutmosis III, 71, 121, 122, 125

Uaset, 170
Ueni, 30
Ugarit, 126
Uronarti, 74
Userkaf, 29, 30

Valle de los Reyes, 75, 121, 127,
valor, 153
varas
  diseño, 210
  Reino Nuevo, 210-214

Winlock, Herbert, 75-76, 93

zapadores, 70, 143



ÍNDICE



Agradecimientos 9

Introducción.....13
I. La guerra, de la prehistoria al Reino Antiguo 19
II. La guerra en el Reino Medio 63
III. La guerra en el Reino Nuevo.....113
Apéndice I: El armamento en el período de Amarna.....217
Apéndice II: Ubicación en Egipto de las representaciones artísticas de tema militar. 229
Apéndice III: Cronología del Antiguo Egipto (según Grimal, 1992).....235

Bibliografía.....241
Índice alfabético.....261

Este libro,
publicado por CRÍTICA,
se acabó de imprimir
en los talleres de Hurope
el 20 de enero de 2006